

# 30 años

30 historias

El Abrojo  
1988 - 2018



La Asociación Civil El Abrojo es una organización no gubernamental sin fines de lucro orientada al desarrollo de procesos de autonomía creciente y transformaciones activas y creativas en la sociedad.

Nuestra misión es desarrollar una organización que implemente ideas y acciones innovadoras, a partir de iniciativas, proyectos y programas de Investigación, Capacitación, Educación y Promoción, que involucren un compromiso permanente con la transformación de la realidad social. Apuntamos a la mejora de la calidad de vida de las poblaciones participantes a través del fortalecimiento de la autonomía ciudadana, el desarrollo de la sociedad civil y la articulación de los diferentes actores sociales.

El Abrojo es una organización que se propone intervenir en la realidad a partir de acciones, proyectos y actividades concretas. Pero también creemos necesario actuar en el debate público, político y académico de las temáticas relacionadas con las políticas sociales, los derechos humanos y la construcción de espacios cada vez más amplios de ciudadanía.

Aspiramos a que El Abrojo sea idea y acción, y que ambos elementos constituyan un diferencial y un aspecto distintivo de nuestra organización. Después de más 20 años de trayectoria, muchos proyectos en gestión y un crecimiento de la escala de trabajo y el tamaño organizacional, sentimos la necesidad de adaptarnos a los permanentes cambios del entorno, buscando un equilibrio entre lo formal y lo informal y explorando otras formas organizacionales que se complementaran con las ya existentes.



“Este no es un libro sobre El Abrojo y al mismo tiempo lo es. Cabalmente. De la primera a la última página.

Suele venir bien renovar década. Ocasión para el paréntesis y tras él, la pregunta: ¿qué fue lo que nos trajo hasta acá? Pregunta esquiva, camuflada en una suerte de amnesia autoindulgente que suelen tener las instituciones.

Hoy retomamos la metáfora, tal vez por hastío de la metonimia contemporánea donde las personas son habladas por los dispositivos y categorías.

Y a través de estas historias mínimas nos dejamos contar por ellos y ellas.

No es un libro sobre El Abrojo y al mismo tiempo lo es: permite contarnos como sociedad. La intemperie es más intemperie allá, donde la mayoría de la sociedad no se atreve a ir (incluidos aquellos que por encargo social deberían).“

Del prólogo de Mónica Zefferino



9 789974 722262

AUSPICIA

IMPO

Centro de  
Información  
Oficial  
[www.impo.com.uy](http://www.impo.com.uy)



**30 años**

**30 historias**

EL ABROJO,  
1988 - 2018

Tratamiento de imágenes: Iván Franco.

Corrección: Matías Medeiros y Mónica Zefferino.

Equipo coordinador de El Abrojo: Mónica Zefferino, Nadia Tantardini,  
Matías Medeiros.

Diseño de tapa en base a un concepto de Magdalena Sayagués.

**30 años 30 historias**

El Abrojo, 1988 - 2018

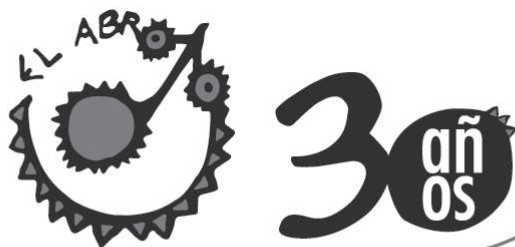
Primera edición en Irrupciones: Octubre 2018

© El Abrojo, 2018

© Irrupciones Grupo Editor, 2018

Montevideo – Uruguay

ISBN 978-9974-722-26-2



## El Abrojo

Textos de:

Anabella Aparicio - Sebastián Cabrera -  
Federico Castillo - Azul Cordo -  
Angelina de los Santos - Daniel Erosa -  
Laura Gandolfo - Leonel García -  
Mariángel Solomita - Leonado Haberkorn -  
Emilio Martínez Muracciole -  
Gabriel Sosa - Horacio Varoli

Fotos de Ana Casamayou

Edición a cargo de Gabriel Sosa



## PRÓLOGO

*...Hay quienes dicen  
que somos polizones  
que en ese amateurismo de tendones y pulso  
hemos escrito un pedazo de la Historia  
esa  
con mayúscula y con arreglo a protocolos*

*A mí me basta saber  
que los que estamos  
podemos ser  
simplemente  
contadores de breves  
pero sobre todo,  
buenas historias*

El Abrojo, en un cumpleaños atrás

Este no es un libro sobre El Abrojo y al mismo tiempo lo es. Cabalmente. De la primera a la última página.

Suele venir bien renovar década. Ocasión para el paréntesis y tras él, la pregunta: ¿qué fue lo que nos trajo hasta acá? Pregunta esquiva, camuflada en una suerte de amnesia autoidulgente que suelen tener las instituciones.

Hoy retomamos la metáfora, tal vez por hastío de la metonimia contemporánea donde las personas son habladas por los dispositivos y categorías.

Y a través de estas historias mínimas nos dejamos contar por ellos y ellas.

No es un libro sobre El Abrojo y al mismo tiempo lo es: permite contarnos como sociedad.

La intemperie es más intemperie allá, donde la mayoría de la sociedad no se atreve a ir (incluidos aquellos que por encargo social deberían).

Historias de intemperies, de ausencias, de omisiones, de sueños, de soledades, de oportunidades, de peregrinajes en compañía de un puñado de gente, para la que esa otra gente no es anónima. Unos relatos que pretenden inventariar gestos (afán ilusorio, al fin y al cabo resulta imposible que una institución tenga un inventario de gestos: es propio de la humanidad que la habita).

Sepa el lector que con *30 años 30 historias* está siendo convocado a acompañarnos a atravesar unos umbrales sin puestos fronterizos de tránsitos compartidos, cargados de olores, risas, tristezas, sabores, de mucha palabra que circula y cuya dueñería es compartida. Cual flaneur está siendo invitado/a a recorrer pasajes, rincones, esquinas donde se entraman (y a veces entrampan) biografías de conciudadanos y conciudadanas. Y está siendo desafiado a entrever, a través de ellas, contadas en forma minimalista, asuntos pendientes que como sociedad aún tenemos.

Nuestro agradecimiento a los y las periodistas, al editor, a la fotógrafa, por el entusiasmo y compromiso con que asumieron la tarea encomendada.

Nuestro más profundo agradecimiento a los y las protagonistas de estas historias —y de las que no pudieron estar por razones de espacio— por confiar en el encuentro, a nuestros compañeros que se empeñan día a día en recrear este oficio de ser parte de la cotidianidad de estos protagonistas.

“Para sobrevivir debes contar historias” dirá Umberto

Eco. Nosotros, vocacionales del detalle, seguro celebraremos varias décadas más, en la medida que no dejemos de contar (y compartir) historias.

Mónica Zefferino  
El Abrojo  
Octubre 2018



1988 - 1997



TODO CAMBIA, NADA CAMBIA

LAS MUJERES DE VERDISOL

Gabriel Sosa



Todo empezó con un video, que todavía se conserva en la sede de El Abrojo.

Es material en bruto, fragmentado, con abundantes voces de los que filman dando instrucciones a los filmados. Comienza con la vida cotidiana de Ruth, una mujer en pareja y con hijos que lucha cotidianamente por mantener su familia, por subsistir, por mejorar su vivienda. Luego aparecen otras mujeres, cosechando remolachas (nos enteramos que con las hojas de remolacha se puede hacer una buena pascualina), atendiendo el teléfono en una oficina, manejando un taxi... Por la mitad hay tomas panorámicas de una asamblea de Fucvam (Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda de Ayuda Mutua). El video se cierra con una toma de un cartel enorme de la colchonería Divino: una mujer de camión breve y mirada insinuante, recostada en un colchón sin sábanas. Son imágenes crudas, sin edición, de un proyecto notoriamente inacabado. Se puede deducir que la idea de base era reflejar la condición de vida de la mujer trabajadora uruguaya, en particular en relación con el acceso a la vivienda.

El año era 1989. 29 años después cada toma de esta filmación podría repetirse, las mujeres siguen luchando por mantener su familia, viendo vidrieras repletas de cosas que no pueden comprar, siendo usadas como llamadores publicitarios, teniendo dificultades para acceder a una vivienda digna. Todo cambió, pero nada cambió. Cuando se filmó el video, era otra ciudad, otro país, otro mundo. El Muro de Berlín todavía estaba en pie. La dictadura era un recuerdo fresco. No existían los celulares, ni internet, ni las computadoras portátiles. Las colchonerías vendían colchones y no *sommiers*. Hasta

los videos VHS eran algo novedoso. Pero los problemas de las mujeres eran los mismos, y la marcha anual del 8 de marzo tampoco existía, ni existiría por muchos años más.

\*\*\*

El Abrojo también era algo nuevo, con menos de un año de vida. Todavía tenían esas reuniones interminables en las que trataban de definirse y construirse, pero ya se empezaba a trabajar en los primeros proyectos. Ana Casamayou, que recién había vuelto del exilio en México, recuerda que uno de estos proyectos iniciales era la realización de talleres sobre salud reproductiva, y otro la producción inconclusa del video sobre la condición de la mujer en Uruguay, en el marco de una especie de “área mujer” dentro de la institución, que finalmente no llegó a definirse ni a continuarse.

“No nos definíamos como feministas, trabajábamos con mujeres”, recuerda Ana.

En paralelo a sus actividades en El Abrojo, Ana trabajaba como periodista en el semanario *Mate Amargo*. Ahí fue que tomó contacto con la ocupación de las viviendas de Verdisol, que en aquellos días estaba en plena efervescencia.

A fines de los 80 Uruguay, o al menos Montevideo, estaba en crisis inmobiliaria. Los alquileres estaban carísimos, y la demanda superaba por mucho a la oferta. Para incontables personas, la vivienda propia era una utopía. En ese contexto fue que la presión social desbordó los plazos de construcción del complejo Verdisol, que la empresa Cobluma construía en terrenos propios para el Banco Hipotecario. Desde febrero de 1987 primero uno de los promitentes compradores, luego otro, luego diez y al fin una avalancha de gente que necesitaba hogares, ocupó pacíficamente las viviendas terminadas del complejo primero, y luego las que estaban a medio hacer, o

apenas esbozadas (“los esqueletos” les dirían luego los locales a estas estructuras sin terminar pero ya habitadas). En enero de 1988, aprovechando la licencia de la construcción, las 540 viviendas del complejo se llenaron de familias.

Teresa Saura estuvo en aquella oleada de ocupantes. “Llegaba gente todos los días”, recuerda, “había una persona que no era del complejo pero que abría las cerraduras de los apartamentos, si veía que lo que llegaba era una familia con hijos, les abría la puerta gratis”.

Teresa vivía en Palermo, barrio donde tenía historia y familia, asociada al conventillo Mediomundo y a la tradición. Pero vivía con sus hijos menores en una sola pieza, incómoda, reducida, asfixiante. Su hijo mayor estaba entre los compradores de Verdisol, y cuando comenzó a correr el rumor de que la empresa no iba a entregar las viviendas y de que estaban empezando las ocupaciones, le avisó de inmediato a su madre. Teresa no dudó, y se mudó en febrero de 1988. Treinta años después recuerda su mezcla de incomodidad por hacer algo ilegal, y de alivio por tener al fin una casa digna y confortable. Y como ella, medio millar de familias que fueron llegando, primero de los que estaban anotados para comprar, luego vecinos de Nuevo París, y por fin gente de todo Montevideo. “Los que tenían camión le hacían la mudanza a los que no podían”, recuerda. “Y era algo increíble de ver, quedaban todos los muebles en la calle, adelante de los complejos, y nadie tocaba nada hasta que los dueños los entraban...”

Las viviendas de Verdisol, al menos las que ya estaban terminadas, eran confortables, pero era lo único confortable del complejo. Los accesos no estaban asfaltados, ni tampoco las calles interiores. No había comercios cercanos, ni transporte, ni servicios, ni nada. Eran apenas unos bloques de viviendas a medio terminar, en la mitad de la nada. En cada lluvia, todo se volvía un gigantesco barrial. Pero la gente las necesitaba con

desesperación. Teresa cuenta cómo una de las últimas familias en mudarse se encontró con que la tibia y poco entusiasta respuesta policial a la ocupación no los dejaba entrar por los accesos a la calle, y entonces: “Todo el complejo los ayudó a traer los muebles por un caminito en el descampado”.

“Muchas mujeres solas con hijos, muchas”, recuerda Teresa. “Y muchas mujeres negras, no sé bien por qué.”

\*\*\*

A esta nueva realidad fue que se acercaron integrantes de El Abrojo, Ana Casamayou entre ellos. La idea inicial fue mostrar aquel video a un grupo de mujeres de Verdisol, y debatir sobre acceso a la vivienda. Pero, cuenta Ana, se sorprendió al enterarse de que se había corrido la noticia de que iba a mostrarse un video sobre violencia, que en aquellos días todavía ni se llamaba violencia doméstica. Era violencia a secas, cotidiana y habitual pero de la que no se hablaba. “Y el video no tiene nada sobre violencia”, aclara Ana, “pero el tema estaba, siempre estuvo, aunque nadie hablaba de eso”.

Ni Ana ni Teresa ni Dea Picos, también de El Abrojo, recuerdan bien cómo empezó todo. Teresa sí se acuerda de que alguien le comentó que se estaba organizando una reunión de mujeres, y le interesó concurrir. Ana y Dea recuerdan las primeras reuniones, lo trabajoso de llegar hasta allá, lo abierto del grupo. Pero los detalles de cómo, cuándo y por qué no están claros. Cuando las tres se juntan a rememorar aquella época, todo se trata más de anécdotas y sensaciones compartidas que de datos estructurales. Surgen nombres, situaciones, recuerdos alegres y de los otros. Ni siquiera tienen claro cuándo se desvinculó el grupo. “Fueron un par de años, creo”, es lo más que puede precisar Ana.

“No teníamos formación en trabajo social, era todo vo-

cación”, recuerda Dea. Aquellos primeros tiempos de El Abrojo tenían algo de inclasificable, “hacíamos trabajo social porque nos gustaba, porque si no me embarraba la punta de los zapatos no podía hablar de soluciones”.

Por eso describir la intervención de El Abrojo en Verdisol es complejo. No había protocolos, ni programas, ni apoyo técnico ni profesional. “Íbamos por placer, porque nos sentíamos bien”, recuerda Ana. En los hechos, y a pesar de los logros que surgieron de aquel grupo de mujeres (una policlínica, una venta de ropa...), lo más duradero parece ser el sentimiento de encuentro, de apoyo, y la amistad. “Salimos juntas varias veces con las mujeres del grupo, éramos amigas”, recuerdan por separado Ana y Dea.

\*\*\*

Sin embargo el primer recuerdo que tiene Dea de Verdisol no es personal. Recuerda una de las primeras reuniones a las que asistió, y cómo llegó al grupo una de las mujeres que vivía en los esqueletos, con un niño en brazos, otros dos aferrados a la ropa, encorvada, quebrada. La pareja de esa mujer estaba preso, pero la controlaba ferozmente a través de su familia, que vivía enfrente. Ella estaba impedida de hacer nada por su cuenta, de independizarse, de tener vida propia. Y el grupo la apoyó y acompañó en un proceso largo y complicado, al final del cual logró divorciarse, mudarse y recuperar su vida.

“Un triunfo”, recuerda Dea, sonriendo.

\*\*\*

Teresa tenía tradición e historia en Palermo, y finalmente, hace unos años, logró volver al barrio de su infancia. Hoy es la orgullosa y feliz propietaria (legal) de un apartamento en las

viviendas cooperativas de la calle Ansina. Pero con los años también construyó historia y tradición en Verdisol. Su hijo mayor sigue viviendo allí. Una de sus nietas y su familia viven en el apartamento que dejó libre Teresa. A pesar del amor que le tiene a su original y actual barrio, Teresa sabe bien que su historia y la de su familia se definió por las décadas en Verdisol. “Gracias a que ocupamos ahí es que le pude pagar los estudios a mis hijos”, afirma. Gracias a Verdisol, al trabajo de su marido que implicaba que ella pasaba sola toda la semanas con los niños (hay muchas maneras en las que una mujer puede estar sola, incluso teniendo pareja), y a su propio sacrificio laboral, de viajar al Centro todos los días para trabajar, desde los tiempos en que ninguna línea llegaba hasta Verdisol y la larga caminata hasta Millán y Lecoq para tomar el ómnibus era recién el prólogo del viaje. Viaje que hacía siempre con su hijo menor, porque en aquellos días no había guardería donde dejarlo, y los centros CAIF apenas comenzaban a dar sus primeros pasos como programa.

Y sin embargo, a pesar de todos los sacrificios, Teresa cuenta que el día feliz en que volvió a su amado Palermo, luego de seis años de lucha y trabajo nocturno en la construcción de su vivienda, lloró. Por Verdisol, por sus años pasados, por su familia y por los vínculos. “Lloré, porque allá me sentía protegida”, explica.

\*\*\*

Los recuerdos de Teresa, de Ana y de Dea de sus años compartidos son difusos, fragmentarios. Fue hace mucho, y pasó mucho entre ayer y hoy. Pero no olvidan, ninguna de ellas olvida, a una mujer a la que llamaremos María.

María estuvo desde el inicio. Desde las primeras reuniones en las que esas mujeres, tanto de Verdisol como de El

Abrojo, descubrieron con sorpresa y regocijo todas las cosas que tenían en común, sin importar que recién llegaran de México, de Palermo o de Nuevo París. Estuvo cuando se improvisó una policlínica en una habitación de la casa de alguien, primer servicio médico al que pudieron acceder los vecinos. Estuvo cuando se organizó la venta de ropa, estuvo cuando la hermana de Ana, recién llegada también de sus años de vivir en el exterior, organizó una clase de ejercicios de relajación y dejó a todas mudas cuando las increpó al grito de “¡Aprieten el culo!”, en una época en que decir “culo” era una transgresión inimaginable.

Estuvo en muchas de las buenas, y sus compañeras estuvieron con ella en las malas. Como cuando tuvo un embarazo no querido y, recuerda Dea, la acompañaron sin éxito en la búsqueda de soluciones, cada vez con menos opciones, cada vez con menos puertas que golpear. “No había forma, en aquella época no había manera de ayudarla”, recuerda Dea con amargura. Eran los días en que un aborto seguro sólo estaba al alcance de quienes lo podían pagar. Y María no podía.

Ana cuenta que María visitaba a un hermano preso. Preso por reiterados delitos de violación. “Yo no entendía, nadie entendía, por qué María visitaba a ese hermano, cómo lo podía seguir apoyando”, recuerda Ana. Y un buen día, María se lo explicó, con la sencillez de quien vivió una vida dura, y conoce la compleja línea que separa víctimas y victimarios: “Mi padrastro lo violaba”, le contó. “A él, y a toda la familia. A mí no me violaba porque yo corría bien rápido.”

Un mal día, años después, María, la luchadora, la que tuvo que asumir un embarazo no deseado, la que corría bien rápido para escapar del abuso, la que no abandonaba a su hermano preso, la fundadora de policlínicas, la que ocupaba viviendas para proteger a su familia, se suicidó. Y al final de

cada relato de un recuerdo suyo, de los buenos o de los jodidos, en el rostro de Ana, de Dea o de Teresa se transparenta el dolor por esa decisión de la amiga ida.

\*\*\*

Cambió el mundo, cambió el país, cambió la ciudad. Y cambió Verdisol. Hoy en el complejo y sus alrededores viven 6000 personas. Los esqueletos se rellenaron, y son viviendas verdaderas. Las calles están asfaltadas, hay una escuela, un CAIF, una policlínica que no es un cuartito en una casa. Hay una línea de ómnibus que llega hasta la misma puerta del complejo. Hay almacén, comercios, hasta una pizzería. Y hay problemas nuevos, y miedos nuevos. Inseguridad, armas, drogas, son los temas que preocupan a los vecinos. Sigue la violencia contra las mujeres, a puertas cerradas, aunque ya no sea un tema del que nadie habla.

Pero cuando Teresa, Dea y Ana se reúnen, es como si el tiempo no hubiera pasado. Puede hacer meses o años que no se ven, la memoria puede fallar, pero se ríen, hablan (mucho), se emocionan, recuerdan gente y cosas, como si todo hubiera pasado ayer.

Todo puede haber cambiado, para bien o para mal, pero esos vínculos entre mujeres forjados hace tanto tiempo, en otra ciudad, en otro país y en otro mundo, esos, no cambiaron.

PERLITA NEGRA

PAOLA ARTIGAS

Leonel García



Hacía frío esa madrugada allá por 1993 o 1994, mucho frío. Era invierno. Paola Artigas, que andaba por los 13 años, estaba donde quería estar, donde conocía, en la calle. Se aprontaba a pasar la noche junto con otros compañeros de intemperie, niños como ella, niños en el más hostil mundo de los adultos. Hacía demasiado frío. Se tapó con una manta que le había birlado a otro indigente, más curtido que ella y que ya tenía algo muy valioso en esas noches invernales: abrigo de más. Se acomodó al costado de la Facultad de Derecho y quiso dormir. No pudo. Una picazón comenzó a impedirle conciliar el sueño. Y más fuerte, más fuerte, más fuerte.

Desesperada, Paola fue por Paula, que vivía ahí en el Centro. Eran las tres de la madrugada. Pero sabía que Paula la iba a ayudar.

—Paula, ¿tengo piojos!

Paula, que es socióloga y se apellida Baleato, colaboradora en El Abrojo y una de las personas que a Paola le hacen brillar los ojos cuando la nombra, le dio cobijo. Fue hasta una farmacia de turno y compró peine fino, piojicida y shampoo. Le dio un techo por esa noche o hasta que ella decidiera quedarse, como tantas veces. Le dio una ducha. Le dio comida. Le dio calor. Le dio lo que Paola dice que le dio El Abrojo: la posibilidad de ser ella, de vivir cosas acorde a su edad, de pensar, aún hoy, que un futuro posible es mejor.

—Yo de El Abrojo aprendí mucho, más que de mi madre. Si no hubieran “porfiado” por mí, no sé qué hubiera pasado...

Por esa porfía, ese goteo, ese seguimiento, gira esta historia.

Paola Artigas ofrece mate. “Y eso que yo soy Artigas, ¿no Ansina!”, se ríe. Achina los ojos cuando lo hace. Tiene un

rostro curtido y una sonrisa casi infantil a la vez. Tiene ojos negros y pelo más negro aún. Es alta y está orgullosa de haber bajado hasta menos de 80 kilos. Se le puede adivinar coqueta. Tiene dos piercing: uno en la ceja izquierda y otro abajo de la boca, en el labio inferior, del lado derecho. Un tatuaje muy visible es una palabra de cinco letras, cada una de ellas en uno de los dedos de su mano derecha: L-U-A-N-A, su hija. El 30 de agosto de 2018 Paola cumple 38 años y ya es abuela. Luana tiene 20 años; Zoe, su nieta, tres.

Cada vez que Zoe va a verla no se quiere ir. “Me abraza y llora. ‘No me quiero ir de tu casa, abuela’, me dice”. La casa, en realidad, es el Centro Nacional de Rehabilitación Femenino, en el ex Hospital Musto. Paola es casi una anfitriona en la zona este, la de “confianza”, la de las reclusas que, como ella, trabajan y estudian, la que le quieren seguir peleando a la vida, con buenas armas, o al menos las mejores que estén a mano. Ella está recorriendo los últimos meses previos a una libertad prevista para diciembre, un volver a empezar.

En un amplio salón con luces rotas, el de las visitas, ofrece toda la comodidad posible para el recién llegado: una manta para calentar el banco y un mate caliente; nada mal para una mañana fría.

—Yo vivía en el Paso Molino, ahí en Uruguayana y Zufriategui, con mi madre, mi padrastro, seis hermanas y dos hermanos, era un conventillo...

A Paola le resulta difícil pensar en su primer recuerdo. “Quizá en jardinera, no sé...”. El conventillo que dice, era la construcción abandonada de la fábrica Martínez Reina, de la textil La Aurora. Ella y su familia, y muchas familias más, eran “intrusos” como se decía en la época; “okupas”, como el lenguaje importado de España.

“Un conventillo”, lo grafica Paola. Cuatro plantas y 108 habitaciones que hacían de piezas. Lo recuerda sin baños. Va-

rias familias lo ocupaban. Eran años de ir y no ir a la escuela. “La 108”. Llegó hasta cuarto año. “Creo que me pasaron por edad”. El click le vendría más tarde. Desde 2012, asegura, no ha parado de estudiar.

Pero a la edad en que los niños aprenden las letras o escuchan cuentos, o al menos eso deberían, Paola salía a la calle a trabajar. Lo hacía junto a una amiga de la que no recuerda el apellido, Verónica. Desde los nueve años trabajaban pidiendo dinero en casas, en comercios y en ómnibus, limpiando las veredas, lavando ropa y sacando la basura de los vecinos, a voluntad. Pero hay basuras muy difíciles de quitar. Paola recuerda a su madre denunciando a ese hombre mayor que le ofreció jeringas para jugar a cambio de manosearla. “Me acuerdo clarito de eso”.

Sus hermanas mayores trabajaban en la casa. A ella le tocaba trabajar en la calle.

—Yo hacía todo lo que sea sobrevivir. Todo sea para llevar comida a casa.

Por esos tiempos entra a su vida El Abrojo. La cara se le ilumina cuando recuerda nombres como Paula, Adriana, Brigitte, el Conejo... Se trataba del proyecto Remolino (en Paso Molino) y después Cachabache (cuando trasladan a la comunidad de Martínez Reina a Casavalle), que trabajaba con niños desvinculados de la escuela, que salían a trabajar a la calle por fuera de toda formalidad y protección. Trabajaban con las familias, con Paola, su madre y sus hermanas. Tenían contacto con merenderos y realizaban talleres escolares de apoyo. Hacían campamentos y paseos.

Paola, que vivía entre Paso Molino y Capurro, no conocía el Parque Batlle ni el Estadio Centenario. Lo conoció gracias a El Abrojo, en un clásico, cuando tenía 12 años. Para bronca suya, ríe hoy, una manya como ella tuvo que ir a la tribuna de Nacional.

Para Paola, El Abrojo era sentir que para alguien contaba y que ella podía contar con alguien del mundo adulto, más allá de su madre, que alguien se preocupaba por ellos. Ella define a Cachabache como “gente que traía proyectos para los niños, para mejorar su niñez”. Y el rostro se le divide en una sonrisa

—Qué lindos recuerdos... Siempre me daban para adelante. Que tuviera metas, que tenía que compartir con otras personas, que me esforzara...

Que era alguien. Y alguien que merecía algo mejor.

El Abrojo, como Mahoma, iba a la montaña. Entraba a la fábrica Martínez Reina a preguntar por las familias. A Paola le preguntaba cómo estaban las cosas en casa. “Yo siempre supe que en casa el problema era mi padrastro”, dice y no se explaya. Recuerda “a Adriana” (Briozzo), una maestra que continúa hoy trabajando en El Abrojo, dando la cara por ella donde sea. “Ella siempre iba para adelante, siempre la enfrentó a mi mamá, que era brava. ‘Yo soy la madre y la tengo como quiera’, le contestaba. Adriana igual iba”.

Su madre, recuerda, falleció “acá” hace cinco años. “Acá” es el CNR Femenino. En las fotos colgadas en su cuenta de Facebook, se ve que su madre, ella, su hija y su nieta son muy parecidas. No hace falta un ADN. Sí hacía falta que en algún momento se pudiera alterar la historia repetida.

Paola, aún niña, optó por la calle. Su amiga Verónica, su compinche de trabajos y andanzas callejeras infantiles de la que no recuerda el apellido y a la que no volvió a ver, que también vivía en Martínez Reina, tuvo su involuntaria responsabilidad. Su padre falleció y su madre la abandonó, a ella y a su hermana más chica, por otro hombre. El tono de Paola cambia, se pone áspero, cuando se refiere a ese episodio.

—Yo le pedí a mi madre que dejara a Verónica vivir con nosotros. Pero no se pudo. Luego no sé bien que pasó, pero la

Policía se la llevó... Yo en la calle vivía preguntando por ella, y me entero que la habían llevado a un hogar en el Prado.

Paola quiso irse con ella, pero no la dejaron. “Vos tenés padres”, le dijo un funcionario a modo de explicación para cerrarle la puerta a lo que ella entendía como solidaridad y compañerismo. Luego se enteró que mudaban a su amiga a otro hogar en el Parque Rodó. Y ella se fue de casa. Para Paola, su lugar de pertenencia estaba con su amiga.

—Mi escape fue por ella. La extrañaba. Ya por entonces vivía más en la calle que con mi mamá.

La calle es una escuela, dice Paola. Pero una escuela con muchos peligros. Probó cemento y probó nafta. Dormía donde la sorprendía la noche. La alta noche. Robaba, era descuidista. Ella y otra barrita de niños sin niñez que recorrían el centro haciendo “bandideadas”, como ella misma dice.

—En un momento, yo andaba por 18 de Julio y me crucé con el Conejo y con Brigitte (de El Abrojo). Yo andaba “bandideando”, sentí terrible vergüenza. Yo andaba además con un tipo ya mayor, un cuidacoche que usaba muleta. Yo me alejaba y ellos me seguían, me alejaba más y me seguían. “¿Por qué me están siguiendo?”, les grité en un momento. “¿Por qué andás con ese hombre?”, me preguntaban.

Ese cuidacoche con muletas, ya muy mayor, que Paola da hoy por muerto, les ofrecía un lugar donde quedarse por las noche donde vivía, allá por Camino Carrasco. No era nada parecido a una pareja, asegura. A su lado, su hermana Isabel, dos años menor, compañera de sangre, andanzas y ahora también de reclusión, asiente.

Esa presencia de El Abrojo, “porfiando”, como si fuera un goteo, en algún momento terminaría de horadar la piedra. Seguiría horadando más tarde en el Borro, donde Paola viviría, ya en pareja, ya madre.

“Me junté a los 14 y me casé a los 18, ¡sí, me casé!” A

Paola le parece divertido que alguien se sorprenda con tanta formalidad en su vida. Ya había llegado Luana a su vida. Hoy no tiene ganas de volver a ver al padre. Y lo dice en un tono que exige, como no lo hace con otros temas que para el otro pueden parecer igual de dolorosos para el alma, discreción.

—Antes que naciera mi hija robaba, pero luego ya andaba en otro ruido. Dejé de robar, porque tenía miedo de caer y ahí sí perder el contacto con mi hija.

Por “otro ruido” terminó presa. Ya vivía en el Borro. Junto a su pareja, fueron a comprar droga a un lugar que ella mismo “abrió”, en el Parque Rodó, en Bulevar Artigas y Maldonado, donde muchos años atrás funcionara una mutualista. Ahí cayó, en julio de 2010. Esa fecha la recuerda claramente. Tuvo un raro presentimiento y le pidió a su entonces pareja que le diera a ella las dosis de pasta base, lo que nunca hacía. Se la metió en el soutián y salió para afuera, rumbo a su auto, un Fiat Siena logrado en base a mucho trabajo en la calle. Luana esperaba adentro. Pero ahí cayó.

—Me agarró una policía. Yo, para salvar a mi pareja, dije que lo que tenía era para consumo. Intenté salvarlo, por los códigos. Pero claro, en ese entonces yo pesaba 104 kilos. Jamás podía pasar como alguien que consumía...

Podría haber salido antes, pero la muerte de una reclusa en la ya cerrada cárcel femenina de Cabildo la encontró demasiado cerca. “Quedé engarrada”, resume. Eso fue en agosto de 2011, otra fecha demasiado presente. Estuvo en Florida, Mercedes y ahora en el ex Hospital Musto. Sale en diciembre de 2018, ya que le rebajaron la pena por trabajo y estudio. Era cuestión de momento que el goteo quebrara la piedra.

—Yo siempre estuvo en los pensamientos de esta gente. Siempre estuvieron cerca de mi familia.

En 2012 comenzó a trabajar haciendo tareas de limpieza y a estudiar. Y no paró “ni un solo día”. En aquel año apenas

leía. Ahora le faltan apenas tres materias, Literatura, Filosofía e Italiano, y termina el liceo. Lo dice con orgullo.

Si alguna vez fue una niña haciendo cosas de niña, fue por el trabajo de El Abrojo, admite y se emociona.

Si alguna vez se dio cuenta que había que romper el círculo, para ella o para su hija, fue por El Abrojo.

Tanta insistencia terminó dando frutos.

—Una de las principales cosas de El Abrojo fue que me dio herramientas para poder transmitirle a mi hija. ¿Cómo qué? Como la importancia del estudio, de compartir cosas... de buscarse metas. De tener metas en la vida.

Luana vive por Colón. Es ama de casa. Cuando Paola cayó presa ella estaba en sexto de escuela y la abandonó. La retomó tiempo después, ya embarazada de Zoe. Ya comenzó el liceo. Vive con su pareja, el yerno de Paola, el padre de Zoe, que es vidriero. Para Paola es otro hijo. Es un realidad distinta a la suya. Para ella, es un nuevo comienzo, una primera escala de afecto cuando recobre la libertad.

—Mi hija me puso “Perlita Negra”... dice que es una joya muy valiosa y difícil de hallar.

Cuando salga libre, luego de llenarse de afecto, Paola quiere seguir estudiando.

—Me gustaría ser maestra de preescolar. Quizá le pida ayuda a El Abrojo para eso. Con gurises en la calle, con problemas, ya tengo bastante experiencia...



LAS LETRAS CON AMOR ENTRAN

TEJIENDO REDES

Sebastián Cabrera



Esta historia arranca en Teniente Rinaldi y San Martín, en la cuenca de Casavalle, allá en 1996. En esa esquina estaba la casa de Ana, madre de cuatro hijas y abuela de tres nietos. Su marido, el Pato, estaba postrado en la cama por una enfermedad. En total 11 personas y cuatro perros vivían en esa humilde vivienda en un barrio donde ya entonces se arrastraban varias generaciones de excluidos. Nacer y crecer ahí, en esa zona de Montevideo cargada de estigma tras décadas de abandono del Estado, era casi una condena.

Ana había cursado solo hasta segundo de escuela y no sabía leer ni escribir. A Tatita, la hija más chica, de 10 años de edad, no la mandaba a clase porque decía que “no aprendía” y no había mucha más explicación que esa.

La maestra Adriana Briozzo, de El Abrojo, trabajaba en aquel entonces en la zona, como parte del proyecto Cachavache. Un día conoció a Ana y se enteró de su historia, que en definitiva no era tan distinta a la de muchos otros hogares de Casavalle.

—¿Qué te parece si vengo a enseñarles acá a leer y escribir? —le preguntó—. Eso sí, tenés que estar vos y tiene que ser dentro de tu casa. No te preocupes que no me voy a fijar si tenés todo desordenado o si faltan cosas. Nos hacemos un espacio donde puedas...

Briozzo hizo un silencio y espero la respuesta que, quiso el destino y la voluntad de Ana, fuera positiva. “Ese espacio fue el hallazgo de algo mágico, la espera del día acordado, la preparación de la mesa para sentarnos y el encuentro educativo dentro del hogar”, recuerda hoy Briozzo.

Así fue como Tatita vio a su madre escribir y juntas

aprendieron mientras los más pequeños de la familia se sumaban a aquellas clases abiertas. El Pato, acostado en la cama, seguía la inédita escena y bajaba la televisión al mínimo mientras transcurría la clase.

Dos meses más tarde Tatita volvió a la escuela y su experiencia fue el puntapié inicial para Tejiendo redes, un programa de alfabetización en los hogares que El Abrojo implementó en forma estable entre 1999 y 2002. Apuntó a las madres y sobre todo a los niños de primer y segundo año, repetidores o desertores, de las escuelas públicas de Casavalle.

La idea, como indica el nombre, era tender puentes y tejer redes entre las familias, la comunidad y la escuela. “Recorrer y estar en el barrio fue la cosquilla para gestar un espacio educativo significativo en la cercanía, en la inmediatez, involucrando a una aliada definitiva para el proceso, como es la madre”, dice Briozzo, quien luego se convirtió en la coordinadora del proyecto.

Así, en forma paralela al trabajo escolar, un grupo de maestras se metió en las casas y logró resultados alentadores para intentar acortar la brecha y dar más oportunidades a los niños de esa deprimida zona de la ciudad.

A inicios de la década de 1990 siete de cada diez niños nacían bajo la línea de pobreza en la cuenca de Casavalle. Los cantegriles y rancheríos rodeaban al casco antiguo constituido por viviendas levantadas por la Intendencia de Montevideo en la década de 1960 para albergar a los que llegaban del campo y que terminaban alimentando los cinturones de pobreza en la capital.

Allí, además, en 1972 se construyó la Unidad Misiones, lo que rápidamente se popularizó con el nombre de Los Palomares, un lugar que en el imaginario popular está tristemente asociado a la exclusión y la pobreza.

Casavalle ya era el barrio de la capital dónde se registra-

ban los niveles más altos de necesidades básicas insatisfechas entre los menores de 18 años (69%) y la repetición escolar llegó al 34,3% en promedio en el período 1990 -1999.

En ese marco nació y creció Tejiendo redes, que en 1998 había recibido el Premio Internacional NOMA de Alfabetización de Unesco. “Y Germán Rama no lo quería recibir”, asegura Briozzo, porque implicaba reconocer que en Uruguay “aún había un nivel de analfabetismo grande”.

\*\*\*

Soriano y Héctor Gutierrez Ruiz, junio de 2018. Mariana Rodríguez y su hija Jennifer están sentadas en la entrada de la sede El Abrojo y aguardan un encuentro que, saben, será emocionante.

Mariana, flaca y de hablar acelerado, es una de las madres que a fines de la década de 1990 formó parte de Tejiendo redes junto a sus hijos y siempre que puede cuenta que la experiencia la marcó para siempre.

Se abre la puerta y aparece Alejandra Pompozzi, una de las maestras que recorría las casas de Casavalle. Hay besos, abrazos apretados, sonrisas y unas cuantas cosas para hablar porque pasó mucho tiempo: ¡casi 20 años!.

—¡Vos estás igualita! —le dice Alejandra a Mariana.

—¿Sabés qué? Bailo candombe, ese es el secreto —dice ella y se ríe, pícara.

—Me tenés que enseñar.

—Bueno, ahora estoy buscando comparsa —responde Mariana.

En eso están cuando llega Patricia Montenegro, la otra maestra que inició Tejiendo redes, y el círculo se cierra. Pasan las cuatro a una sala de reuniones y, entre café, mate y algunos alfajorcitos, los cuentos y recuerdos empiezan a fluir en una

extensa charla donde queda claro que existe un cariño mutuo genuino, que el tiempo no ha logrado diluir.

Mariana abre una cuadernola con algunas fotos que ha guardado como un verdadero tesoro y va contando de qué se trata cada una.

Ella vivió casi 23 años en la calle Gustavo Volpe y la senda 31, en medio de Los Palomares. Tiene cinco hijos, de los cuales tres —Alberto, Giuliana y Jonathan— estaban en edad escolar cuando se gestó Tejiendo redes en la zona, y fueron alumnos de Patricia y Alejandra.

En aquel entonces su hija Jennifer, que ahora tiene 16 años y está embarazada, era una bebé. Mariana, su madre, estaba cerca de los 30 años.

“Para mí El Abrojo significó mucho porque estaba sola con los tres gurises, era madre y padre para ellos”, dice. Y luego cuenta que el padre “era muy agresivo y tomaba mucho”, y uno de sus hijos, Alberto, se atacaba seguido de asma y había que “salir rajando al hospital”, lo que terminaba de complicar el panorama.

Mariana dio con Tejiendo redes porque la maestra de apoyo de la escuela 37 de Cerrito de la Victoria, a donde iban sus hijos, conocía a Adriana Briozzo, y la contactó.

¿Cómo eran Los Palomares? “En esos años era un barrio, existía el código: los papás de los niños que ahora son bravos, hacían respetar a la gente del barrio”, responde ella.

Mariana ya no vive “en el Borro”: se mudó a Cadorna y dice que allí está mejor. Cuenta que ahora en Casavalle “ya no existe el código” y en eso influye que “hay niños que ya no tienen a sus padres porque los han matado por ajustes de cuentas o se han quitado la vida o lo que sea”. Dice que “las familias trabajadoras son víctimas” de unos pocos.

Las maestras la escuchan y después aseguran que en aquellos años, los primeros de sus carreras docentes, apren-

dieron mucho más de lo que enseñaron. Alejandra relata que nunca sintió miedo, sino todo lo contrario. Se sentía protegida y cuidada por todo el barrio, que le agradecía que ella estuviera allí dando una mano.

Todos los días estacionaba el auto en medio de Los Palomares y arrancaba las recorridas. Un día terminó más tarde de lo acostumbrado y, al salir, la empezó a seguir una camioneta blanca, que la fue apretando contra la vereda hasta que alguien sacó una ametralladora de una ventana y la obligó a parar.

Alejandra se pegó el susto de su vida, pero resulta que eran policías. “Bajaron cuatro o cinco milicos. Me revisaron todo el auto buscando droga, sacaron juegos, libros, pizarra”, dice y se ríe. Al final le creyeron y la retaron. “Pero maestra, ¿sabe usted dónde está metida?”, le dijo uno de ellos.

Aún hoy recuerda clarito lo que les respondió: “Acá vive mucha gente a la que le han faltado oportunidades y, cuando se les dan esas oportunidades, las aceptan. ¿Saben? La única vez que yo sentí miedo acá fue hoy con ustedes”.

Patricia cuenta que al principio no reconocían el ruido de los disparos y pensaban que “eran cuetes”. De hecho, cuando llegaban las balaceras, la misma gente les decía “maestra, métase por acá, métase por acá”.

\*\*\*

¿Cómo funcionaba la alfabetización en los hogares? Las maestras de la zona les derivaban los niños que venían de hogares que “no se vinculaba bien” con la escuela, y donde además los niños faltaban mucho o eran repetidores. Se buscaba que “recuperaran el deseo de aprender”.

Luego ellas iban a la casa y hacían un acuerdo con el padre, madre o hermana mayor. “Pero no era una clase parti-

cular, hacíamos esa distinción”, recuerda Patricia. Y el adulto debía estar en la casa en ese momento porque luego debía ayudar al niño.

Las visitas duraban una hora por semana durante 12 a 15 semanas. La metodología se llamaba “la curva del encuentro”: empezaba con un juego para crear un clima, luego se trabajaba en un proyecto puntual (como construir un juego de mesa, una huerta o un álbum familiar) y se terminaba con un cuento.

Todo transcurría dentro de las casas, ya sea en el piso, alrededor de la cama o afuera, si no había espacio en el interior. “Hacía mucho frío y a veces el poco espacio que había adentro era para guardar el caballo”, explica Alejandra. “Entonces creábamos el espacio afuera, aún en invierno. Juntábamos unas gomas y poníamos unas tablas”.

A veces, cuando leían un cuento afuera de la casa, se empezaban a arrimar todos los niños del barrio. “En un momento te veías leyendo el cuento entre las gomas, la basura, el caballo y todos los gurises escuchando en silencio sepulcral”, dice Alejandra. Esos momentos mágicos nunca los olvidarán.

Patricia agrega: “Era gente que tenía necesidades básicas insatisfechas, que a veces se repartía la comida que sacaban de la basura y nosotros le leíamos un cuento. Era muy surrealista”. A las maestras les costaba digerirlo, pero después lo naturalizaron: “Nosotras íbamos a eso”.

Alejandra repasa el caso de una mamá que era sordomuda y analfabeta y no tenían claro cómo sería la comunicación. “Pero nos entendimos y ella logró apoyar en los deberes a sus hijos”, admite, satisfecha. “Era todo muy gestual con la niña que nos habían derivado y sus hermanos”.

El programa de alfabetización en los hogares era solo uno de los tres pilares de Tejiendo redes. Luego estaba la coordinación con las maestras de escuelas y en tercer lugar la idea de nuclear a los adultos. Allí aparece en escena el grupo de

madres y padres Trapitos al sol, donde la idea era “aprender paseando”.

“Se estaba dando una situación de mucha tensión dentro del barrio, de correr para solucionar las necesidades inmediatas y de mucho estrés, porque todas vivían cosas fuertes. Y entonces aflojamos por el lado del paseo”, dice Patricia.

Al principio Trapitos se reunía en un salón en la escuela y luego consiguieron espacio en “la capillita” de la zona. Visitaron el Parque Lecoq, la colonia de vacaciones de Solís, las termas y varios museos, entre otros lugares. Incluso sirvió para “hacer una carta por las luces del barrio”, que presentaron ante la Intendencia de Montevideo.

\*\*\*

Claudia Mansilla, otra madre que participó de Tejiendo redes y de Trapitos al sol y que aún vive en Casavalle, destaca la importancia de aquellos paseos. Porque muchos de los vecinos casi no salían del barrio y algunos ni siquiera conocían la playa.

Ella vivía en Aparicio Saravia y Burgues junto a sus cuatro hijos: Alejandra, Romina, Yanina y Charles. Ni bien le mencionan El Abrojo, le vienen un montón de imágenes a la cabeza: el cuadro de fútbol El Principito, un vagón que se consiguió y que pusieron “en el medio de Casavalle” para realizar actividades, una ludoteca, una biblioteca para los niños, las ayudas para sacar la cédula y diferentes partidas. “Pero sobre todo nos incentivaban mucho para salir adelante, a ser mujeres luchadoras, a ayudar a nuestros hijos, a hablar bien con las maestras”, dice.

El día que llegó a su fin Tejiendo redes se generó un vacío para Claudia. “Se sintió horrible la ausencia, la verdad”, dice, como resignada.

En tres años, de 1999 a 2002, participaron 260 madres y/o adultos referentes y 783 niños de manera directa, con un estimado de 1.200 niños de forma indirecta.

Además, logró la promoción escolar el 83 % de los niños que participó del proyecto, siendo la mayoría de ellos repetidores o que no iban a la escuela al momento del inicio de la intervención.

A pesar de los resultados alentadores, el proyecto —que primero había sido apoyado por la Embajada Británica, luego por el Programa de Seguridad Ciudadana y al final por el Fondo de las Américas— cayó por falta de fondos. Pero no murió, porque en 2005 El Abrojo fue convocado por el Consejo de Educación Primaria para transferir la metodología a maestros de todos los departamentos: así nació el Programa de Maestros Comunitarios, que se desarrolló con éxito en todo el país, ya no solo en Casavalle.

Patricia y Alejandra fueron dos de las maestras de El Abrojo que recorrieron el país y dieron charlas en todos lados. El camino, la experiencia acumulada, había valido la pena.

“Fue preciosa la transmisión a las maestras del interior, acá en Montevideo costó un poquito más”, admite Alejandra. Patricia le da la razón y explica que en el interior “está más incorporado que el maestro va a la casa o conoce a las familias”, pero en la capital es algo que aún hoy sigue costando.

En esas charlas con las maestras de todo el país ellas estaban realmente convencidas de lo que contaban. “Es que el programa fue exitoso en Casavalle, ¡por algo Primaria lo adoptó!”, dice Patricia, con un entusiasmo que la desborda.

Mariana escucha en silencio lo que cuentan las maestras pero en un momento no se aguanta más y decide intervenir. “A mí me ayudó mucho con mis gurises, que no conocían el cariño”, cuenta y remata, emocionada: “Fue como un regalo del cielo”.

LE PASÉ POR ARRIBA A MI NIÑEZ

YAHIR LÓPEZ

Daniel Erosa



Yahir López llegó por segunda vez al cerro Arequita de Lavalleja con 22 años, conduciendo un auto recién comprado y acompañado por su novia. Era un domingo de mayo de 2018. El sol saliendo entre las moles de piedra de aquella ruta sinuosa, anunciaba el día con el que tanto había soñado. La primera vez que estuvo ahí fue en un campamento, siendo niño, y la pasó tan bien entre las misteriosas grutas pobladas de murciélagos y la belleza del paisaje serrano, que juró volver alguna vez por sus propios medios. Y lo logró. Como con casi todas las metas que se ha planteado desde que tiene uso de razón. Hijo de una familia compleja y pobre, curtió su infancia recorriendo la ciudad encima de los ómnibus, siendo el “débil de la manada”, vendiendo medias, chocolates o pastillas, batiendo récords en las maquinitas y yendo a la escuela cuando podía, sobre todo para llevar a sus hermanos.

Yahir era un pibe de la calle como tanto otros cuando Joselo y Diego se lo encontraron en un bus de la línea G que iba a La Paz. Sería 2004 o 2005. Iba repartiendo estampitas y pidiendo monedas. Los dos educadores del proyecto Casa Abierta que tiene El Abrojo en Paso Molino recorrían la zona, invitando a los niños en situación de vulnerabilidad a participar de algunas actividades educativas y recreativas.

Joselo recuerda que era chiquito, tranquilo y que no le gustaba meterse en problemas: “Parecía incluso más chico de lo que era, y a veces candidato para que lo agarraran de punto. Pero cuando lo fui conociendo descubrí que tenía una cabeza capaz de resolver cualquier situación mediante una conversación, tomando distancia y planteando las cosas en otro nivel, con mucha claridad y respeto”.

Se subía a los ómnibus temprano en la mañana y regresaba a su casa cerca de la medianoche. Después de aprender con amigos más grandes algunas nociones básicas de cómo moverse en el mundo de la venta ambulante, se manejaba solo en el negocio —y no sin tropiezos—, siempre salió adelante. Es que había algo en aquel niño menudito y frágil que no se veía a simple vista. Una fortaleza propia. Una convicción y una madurez, que lo hacían singular. Su jornada de trabajo era larga, pero en el medio iba a la escuela y paraba en el local de maquinitas que había en la esquina de las calles Agraciada y Zufriategui, donde también había un negocio mayorista de golosinas. Era la parada que tenían todos los gurises que andaban vendiendo en el transporte público.

“Yo tenía una situación complicada cuando conocí a la gente de El Abrojo en un ómnibus. Yo subía a vender. No recuerdo la edad, pero era chico. Me hablaron y me invitaron a una actividad que hacían en la plaza de las carretas y me entusiasmó. Fui. Había otros gurises, algunos jugaban al fútbol, hubo charlas que estaban buenas. Nos explicaron en qué consistía la actividad de Casa Abierta y me pareció un lugar lindo”, recuerda Yahir, que ya hace varios años tiene un trabajo estable y alquila su propio apartamento.

También recuerda que como no le gustaba estar mucho en su casa porque no soportaba las peleas de los adultos, se iba todo el tiempo que podía. “En ese momento, con ocho o nueve años, lo que había para mí era salir a vender en los ómnibus. Nadie me lo impedía. A mi madre no le gustaba, pero sólo a veces me tenía que escapar. Me resultaba divertido, me daba algo de plata, tenía mis cosas y podía ir a jugar a las maquinitas y al pool. De noche siempre volvía”.

\* \* \*

Cuando se vinculó a Casa Abierta, Yahir iba intermitentemente a una escuela del barrio Capurro y vivía con su madre, dos medios hermanos más chicos y el padrastro —a quien considera su padre—, en una casa cercana al arroyo Miguelete, enfrente de la fundición Inlasa. Si bien lleva su apellido, a su padre biológico lo conoció de grande y virtualmente, por chat.

Si bien la vivienda era igual a las demás del barrio, una construcción típica de los realojos conocidos como “40 semanas”, tenía la particularidad de estar literalmente cercada por carcasas de heladeras, televisores, lavarropas, todo tipo de electrodomésticos en desuso y piezas de automóviles. Un muro de objetos ruinosos que impedían el paso y obligaban a entrar saltando o de costado, relata Joselo. “El padre hacía feria y de toda esa chatarra sacaba piezas para vender. Pero también invadía los espacios interiores de la casa con sus bártulos. Por eso Yahir no quería estar en su casa. Y también porque hubo alguna situación de violencia”, dice.

Igual que con la escuela, con Casa Abierta Yahir también mantuvo una relación espasmódica. Por momentos iba a todas las actividades y se comprometía a pleno, pero de repente desaparecía como si se lo tragara la tierra. Joselo lo recuerda con cierta admiración porque a pesar de esas ausencias prolongadas, “tenía una enorme capacidad para rescatarse. Mirá que andaba sólo organizándose desde las ocho de la mañana hasta las 12 de la noche. Arrastrando un bolsón enorme de mercadería y sintiendo muy fuerte la responsabilidad por sus hermanos”.

La escuela, Casa Abierta y otras organizaciones sociales se confabularon para sostenerlo. Acordaron permitirles sus llegadas tarde y sus intermitencias. La escuela Capurro tuvo cintura. Los dejaba entrar varios días de la semana a las diez de la mañana. Llegaban fuera de hora porque a Yahir le costaba levantar a sus hermanos. Y él quería que fueran a la escuela

para progresar, como decía entonces. Si no iban todos, él tampoco iba. La maestra de Yahir lo entendía. A veces las de sus hermanos, no. Uno de ellos, el más chico, cuando no quería ir a clase se subía al techo de la casa y no se bajaba hasta que le aseguraban que no tendría que ir. Yahir era el que cargaba con esa responsabilidad.

En determinados momentos se veía a los padres juntos participando de actividades de Casa Abierta —donde también se integraron los hermanos chicos— y de la escuela. Pero también hubo otros de violencia, confusión y separación. En ese entonces Yahir habló con su padre de crianza y le planteó que por el bien de todos, tenían que volver a la normalidad, que tenían que desaparecer la violencia y las peleas. Se transformó, de alguna manera, en el adulto de la familia. Recuerda Joselo: “Cuando se separó la pareja, Yahir se quedaba a cuidar la casa y de sus hermanos. Decía que si se iban todos, les iban a ocupar la vivienda. El gurí pensaba en el problema familiar, pero también en los temas prácticos. Que sus hermanos fueran a la escuela, que no perdieran la casa, que sus padres no se trataran con violencia... Hacía todos los intentos para la reconciliación”. Pero no hubo caso. Al tiempo la madre dejó la casa y a dos de los tres niños con su ex pareja. Yahir se sintió abandonado. La madre era su última frontera. Y nunca más volvió.

\*\*\*

“Cuando vivíamos en Tres Ombúes a clase nos llevaba mamá. Yo iba a la escuela y mis hermanos al jardín. Después nos mudamos a Capurro y cuando el del medio pasó a primero, ahí los llevaba yo y mamá nos iba a buscar. Cuando entramos todos a la escuela, íbamos y volvíamos solos”, recuerda Yahir, que hoy tiene buena relación tanto con sus hermanos

como con su padre. “Mi madre vive en Paso de la Arena con una pareja que no es mi padre biológico ni el padre que me crió. Está bastante distanciada. Él sigue viviendo en Capurro con mis dos hermanos, y yo vivo en La Comercial. El del medio ha trabajado conmigo algunos meses, en época de zafra. Agarró experiencia. Estudia, pero quiere volver a trabajar. El chico no estudia, dejó el liceo, dice que lo va a retomar el próximo año. No tenemos una relación muy cercana, de vernos todos los días. A veces pasan semanas que no los veo. Pero estamos en contacto, nos hablamos. Si pasa algo yo estoy ahí y al revés igual. Hace un tiempo el chico tuvo un accidente de moto. Se lastimó un poco, nada grave. Ahí mi padre me llamó y yo fui enseguida. Mamá es la que está más alejada. Se fue con su pareja, los dejó a ellos con mi padrastro. De repente nos vemos en algún cumpleaños o me manda un mensaje. Pero estamos distanciados porque a mí no me parece buena la pareja que tiene. Tampoco me gustó que dejara a mis hermanos con mi padrastro para irse con este tipo. Pero tengo que respetarla porque es lo que eligió. A mi padre biológico no lo conocía, se fue cuando yo tenía tres meses. Ahora vive en Estados Unidos, hace poco lo contacté por Facebook... Lo buscamos con mamá, lo encontramos, hablé con él por videollamada, y se quedó con mi número. Nos mensajeamos una o dos veces y después nunca más me escribió. No pasó nada, no se preocupó para nada. Tuvimos una charla y se borró de nuevo. En su momento me hubiera gustado conocerlo. Pero al que considero mi padre es al hombre que estuvo siempre para todo conmigo y mis hermanos, aunque sus maneras no eran muy afectivas o al menos no como un hijo necesita. Por eso hay una parte emocional que nunca se completó en mí, ni creo que se vaya a completar. Conocer a distancia a mi padre biológico no me generó nada. No vi un arrepentimiento de su parte para que lo pudiera perdonar porque nunca estuvo. No

le interesó conocerme. Tiene el poder adquisitivo como para invitarme a ir si él no quiere volver. Y no lo hizo. Incluso le dije que me gustaría probar suerte en otro lado porque no encuentro un futuro bueno acá, que llevo su apellido y no tendría problemas con los papeles. Me pidió tiempo porque estaba con algunos problemas y desapareció del mapa otra vez. Eso hace unos dos años atrás. Ahora ya me parece innecesario andar detrás de una persona que nunca se preocupó por mí. Tampoco lo necesito, porque el padre de mis hermanos es mi padre también”.

A sus 22 años Yahir puede descifrar sus emociones con claridad e inventariar sus logros y sus carencias afectivas con toda madurez. Se siente orgulloso de que su vida siga avanzando por los caminos que eligió y del resultado de todas las decisiones que fue tomando desde muy chico. Porque aunque estuvo lejos de tener una niñez apacible, con todos los derechos garantizados, tiene la sensación de que siempre tuvo el timón en sus manos y día tras día fue escogiendo el rumbo por donde navegar.

\*\*\*

Volviendo a su niñez, Joselo destaca la lucidez y seriedad con que Yahir encaraba todo lo que hacía. De pedir monedas por las estampitas, pasó a ser un vendedor experto. “Se fue organizando y administrando la plata de tal manera que solo, sin el patrocinio de nadie, alcanzó a juntar un capital con el que pudo comprar un lote de medias. Las clasificó, armó las ofertas y se tuvo que inventar un discurso para decir en el ómnibus. Lo escribió en papel y lo ensayaba. Todo solito. Y era chico.”

Yahir cuenta sus primeras salidas como vendedor: “Emocionalmente en mi casa no estábamos bien. Teníamos muchos

problemas. Había discusiones entre mi padre y mi madre. Me ponía mal con eso y buscaba escaparme. Y ese escape apareció con el trabajo. Tenía un amigo que era unos cinco años más grande y me invitó a trabajar en la calle. Salí con él a vender en los ómnibus. Volvía a casa tarde, o si volvía después de la escuela, salía de nuevo. La mayoría del tiempo pasaba en la calle. Nunca viví, ni pasé por la situación de dormir en la calle, pero era un lugar donde pasaba muchas horas para no estar en casa”.

Al tiempo le fue gustando, hacía algo de dinero y se compraba las cosas que quería. Era una actividad entretenida que le permitía andar por ahí y pagarse la comida y las fichas para las maquinitas sin pedirles nada a los viejos.

Dice Yahir que al salir a la calle y empezar a trabajar de chico, “el cerebro entra a funcionar más rápido, algunas cosas se aceleran y otras las aprendés a los golpes. A veces me perdía, me tomaba un ómnibus que no conocía y terminaba perdido. Aprendí mucho, me ayudó a madurar. Andar en la calle te obliga a cuidarte y a pensar más en cada cosa. Todo el tiempo tenía que resolver qué hacer, qué me convenía vender, qué zona iba a recorrer mañana... Tenía la constancia de salir todos los días, trabajaba a conciencia. Obviamente como todo negocio te deja una parte de ganancia y tenés que reinvertir el resto. Gente más grande me enseñó cómo hacerlo. Yo separaba la ganancia del costo, era bueno con los números y si ganaba 40%, sabía que de cada 100 pesos, tenía que guardar 60 para reinvertir. Salía, trabajaba hasta tener una ganancia suficiente para almorzar y que me quedaran algunos pesos para los juegos. Cuando me gastaba esa plata, volvía a trabajar”.

Empezó con un poco de dinero que le prestó su amigo más grande que vendía chocolates —el Purri— y con sus consejos. Pero tampoco fue todo color de rosas. En la calle se domicilia la libertad, pero también el desamparo. Alejandro Flei-

tas era el dueño del local de maquinitas al que acudían Yahir y la mayoría de los gurises que por aquellos años vendían en los ómnibus o ejercían la mendicidad en el Paso Molino y sus alrededores. Era 2004 cuando lo conoció. Lo recuerda como “un botija muy tranquilo y retraído, menudito. Muy seguido estaba enfermo y los demás lo agarraban para la chacota: dos por tres lo decomisaban, le sacaban por la fuerza la mercadería que tenía y lo dejaban sin nada”. Por su tamaño y además porque no le gustaba meterse en problemas, Yahir no se defendía. Sólo trataba de evitar a los abusadores. Alejandro recuerda que “a veces lo veía medio triste y me acercaba a preguntarle qué le pasaba. Le habían robado la mercadería otra vez. La calle es difícil, entre los gurises hay de todo y en cuanto ven a alguno con cierta debilidad, se aprovechan de él. A veces yo lo ayudaba a rescatarse, le prestaba algo de plata para que repusiera la mercadería. Y él salía, daba dos o tres vueltas en los coches, vendiendo, y lo primero que hacía era venir a devolverme lo que le había prestado. Es un buen pibe, muy serio, trabajador y responsable. Yo lo protegía bastante, lo veía como a un hijo. Era un pibe muy bueno. A algunos gurises que yo conocía porque también paraban en el local, les decía que no lo jodieran. Ellos me decían que sí, pero lo esperaban en la otra esquina, para que yo no viera, y le sacaban las cosas igual”.

A los golpes aprendió a transitar por esas veredas hostiles donde rige la ley del más fuerte, a evitar peligros y a no dejarse llevar por mitos y prejuicios: “Creo que si bien las juntas te cambian un poco, no hay nada que te condicione del todo. No es que te juntás con gente mala, que todo lo que hace es malo, y eso se te pega. Tampoco es verdad que si te juntás con gente buena se te pega todo lo bueno. Yo me juntaba con todo tipo de gente. Podían fumar marihuana o tomar adelante mío y tranquilamente decía que no quería. Nunca hice nada que no

me gustara. Hasta el día de hoy no fumo ni tabaco, no tomo nada. Nunca toqué nada de eso y nunca me interesó. Me han convidado mil veces. Nunca nada. Entre lo bueno y lo malo, siempre hubo personas que me orientaron. Yo no quería estar en casa, pero sé que tanto mi padre como mi madre me daban un mensaje claro: que no agarrara nada ajeno, que no tomara, que no fumara. Me decían: ‘No hagas ni pruebas nada que no quieras, que no te obliguen a nada’”.

Joselo cuenta que Yahir era muy organizado y responsable: “Arrancó con las medias, después fueron chocolates y pastillas. Venía y te planteaba que se podía quedar a la actividad si le guardaban la mochila en la oficina. Estaba casi siempre llena de mercadería y ahí tenía la plata. A veces traía pastillas para regalarle al grupo. Le ofrecía a todos, pero todo muy medido, muy cuidadoso porque era lo que hacía para sobrevivir”. En Casa Abierta los niños participan 4 o 5 horas de las actividades. Están con la maestra, hacen talleres de cocina, sexualidad, expresión artística, entre otras cosas. Según el educador, “él pedía autorización para venir a una actividad de hora y media e irse porque tenía que seguir trabajando. Nosotros éramos flexibles porque lo que nos interesaba era que mantuviera el vínculo, que anduviera por acá todas las semanas”.

Además de los tropezones y los rescates, Yahir tiene recuerdos fuertes y lindos de su vínculo con Casa Abierta. Lo evoca como un tiempo que marcó su infancia de una manera especial. No sólo por las actividades que allí se hacían —“merendábamos, charlábamos, hacíamos juegos, íbamos a la Plaza 7, hacíamos natación y cada tanto salíamos de campamento”— sobre todo, dice, porque participar de aquella dinámica le ofrecía un escape doble: “Me desvinculaba un rato de la calle y también de mi familia y de los problemas. Estaba bueno. Para mí era más importante que estar vendiendo en los

ómnibus”. Y toda la vida prefería un campamento con Casa Abierta que ir a las maquinitas. Sentía que ahí aprendía cosas más valiosas que trepado a los buses. “La calle en determinado momento también se vuelve rutinaria. Te aburrís. Y Casa Abierta me permitía salir de eso y vincularme con otro tipo de gente. La calle es complicada, si bien no todo es malo, hay cosas que no están buenas. En El Abrojo me enseñaron gran parte de las cosas que me ayudaron a desempeñarme después en la vida. Cuando me vinculé con ellos, si bien estaba trabajando en la calle, no llevaban mucho tiempo en eso. Todavía era muy inexperto y estaba bastante solo en el mundo. Fue un gran apoyo frente a todo lo que estaba pasando. Nos juntábamos con otros gurises, compartíamos cosas... Aprendí a compartir entre gurises que no conocía. Me sentaba en un círculo de 15 personas a charlar. No nos conocíamos, pero eran un apoyo. Me gustaba estar con otros gurises porque con los de mi barrio no me relacionaba mucho. Yo salía de la escuela a laburar y de ahí a las maquinitas”.

Le gustaba jugar en todos los videojuegos que tenía Alejandro en su local. Pero había uno, que se llamaba Dance Revolution, en el que andaba muy bien. “Había otro de carreras de autos que se llamaba Rush que te marcaba el tiempo y los récords quedaban como autos fantasmas en la pista. Yo estaba primero en todas las pistas. En el verano la máquina se iba para Piriápolis y cuando volvía, otro competidor me había sacado de todos los primeros puestos. Era mejor que yo. Lo terminé conociendo. Competimos varias veces. Y llegamos a empatar. Nos dividíamos las pistas y los mejores tiempos”, relata con satisfacción. También dice que “era y soy muy bueno jugando al pool. Incluso no sé si no soy el mejor de Montevideo (risas). No quiero creer que soy el mejor, pero soy muy bueno... En El Abrojo se ve que trabajaron mucho mi autoestima”, dice entre carcajadas. Alejandro, que fue quien le enseñó a jugar

y según cuenta Yahir “era el único que me ganaba”, confirma sus habilidades: “Juega muy bien”.

Según cuenta Yahir, de todos los gurises que conoció en la calle en aquel tiempo, que estaban en una situación similar y tenían su misma edad, “soy el único que salió adelante. He visto a la mayoría y están todos mal, en hogares, metidos en las drogas y en el alcohol. Conocí gurises que agarraron la calle y en dos o tres años terminaron mal: envidados. Termina mal la gente. Eso es muy común. Incluso mi amigo —el que le enseñó el oficio de vendedor ambulante— tuvo un accidente jugando con un revólver. Se escapó un tiro y se murió. Era el único amigo que tenía en ese entonces hecho en la calle. Trabajamos juntos, conocíamos la familia del otro. Nos juntábamos para salir a trabajar.”

Yahir supo con el tiempo que en la calle las amistades suelen ser superficiales y poco estables. “Me relacionaba con todos, pero de lejos. Como era tan chiquito, me fui haciendo amigos de mi edad y otros más grandes que me advertían cosas y me daban elementos para poder elegir y hasta me decían cómo debería actuar en tal o cual situación. Si bien andaba solo, siempre había gente que me advertía. ‘Yahir en la calle pasa esto y aquello, cuidate de esto otro’.” ¿Y qué pasaba? “Por ejemplo estás en un grupo y aparece un cigarro de marihuana o una botella de alcohol... Yo miraba cómo actuaban los demás. Siempre alguno decía que no y yo le copiaba. Pensaba, si aquel dice no quiero, yo también puedo. Me invitaba y yo tranquilamente decía que no. Pero cuando se acercaba la situación, yo me apresuraba a pensar qué iba a decir y cómo iba a responder.”

Nunca salió a la calle pensando que esa iba a ser su vida para siempre. Tampoco quería hacerse muy amigo de nadie. Más bien valoraba el hecho de poder estar fuera de su casa, porque no soportaba las peleas, y “la aventura, el tener plata,

libertad, autonomía y que nadie te mande. La calle te hace crecer y te mete en un circuito. Me ha servido mucho y maduré muy rápido, pero si me preguntás ahora, yo hubiera preferido tener una vida más familiar que haber pasado por la calle. Al estar en la calle me faltó esa vida familiar. Dos por tres siento un vacío. Algo que me falta. Salir de la escuela, juntarme con amigos, estar con mi familia. Quemé etapas, le pasé por arriba a la niñez. Tuve una niñez un poco más jodida que la normal. Pero si tuve un pedacito de infancia, fue gracias a Casa Abierta. Siempre me ayudaron. Hasta no hace tanto, pude terminar la escuela por intermedio de ellos. El año pasado también me ayudaron a conseguir los papeles para poder hacer el ciclo básico del liceo, una modalidad que hacés tres años en uno. También le dieron un apoyo a mi familia para que mis hermanos y yo pudiéramos terminar la escuela. Siempre estaban. Era como una casa extra que teníamos. Calculo que de ahí viene el nombre”.

Aquel niño débil y desamparado a quien Alejandro dos por tres tenía que proteger, se transformó en un amigo. Dice Alejandro: “Conocí al abuelo antes de conocerlo a él. También es vendedor callejero, todavía vende garrapiñada. Es un luchador. Se revuelve en lo que puede. Son busca vida. Conocí a la madre, que dos por tres lo venía a buscar al local. Yahir trabajó conmigo un tiempo, cuando ya era mayor. Precisaba alguien que me ayudara y hablé con él porque sé la clase de persona que es. Tenía tres trabajos: en un carrito de hamburguesas, los sábados conmigo en un pub que había abierto pegado al local de maquinas y seguía vendiendo en el ómnibus. Siempre fue de ir para adelante, de forjarse un futuro. Y todo lo que se planteaba lo fue consiguiendo. Su primera meta era comprarse una motito. Empezó con un ciclomotor usado. Lo embromaron. Anduvo solo algunos días y se le rompió. Siguió trabajando hasta que se pudo comprar una moto cero kiló-

metro. Hace poquito se compró un coche. Es una persona excelente, luchadora, se fija metas y las va logrando. Ojalá siga teniendo suerte porque lo aprecio muchísimo. Para mí es una alegría, es un pibe que salió muy bien. No es común que de la calle salgan pibes así. Y sé que El Abrojo tiene su cuota en eso, porque él valora mucho todo lo que le dieron”.

Hoy Yahir se mira a sí mismo sin vanidad, pero con orgullo. Y marca como un hito un hecho que simboliza su historia de vida, esa suerte de promesa que se hizo al pie de Arequita: “Fuimos a Minas con Casa Abierta y nos quedamos un par de días. Cuando nos íbamos, como habíamos pasado lindísimo, les dije a todos que volvería... ”.



LA TRAPICISTA

FABIANA

Azul Cordo



Llegaron un sábado a golpearle la puerta. Bettina, María Elena, Ana Laura: trabajadoras de El Abrojo. Bettina Salas estaba con una panzota, tenía el pelo largo como ahora, sólo que en ese momento sería madre y ahora ya es abuela, como Fabiana,<sup>1</sup> a quien le tocó la puerta esa mañana.

Era 1999. Fabiana tenía 29 años y cuatro hijos de entre seis y 12 años. Vivían en Colón, un barrio montevideano al que habían sido trasladados desde el centro, luego de que asistentes sociales la vieran en la calle junto a su hermana, a los gurises de una y las gurisas de la otra, sosteniendo unos palos y empujando el nylon que era su techo para quitar el agua y arrojarla hacia la avenida Uruguay. Le dijeron que podían conseguir un terreno, pero ella quería vivir bajo un techo sólido, seguro, no construir. Tiempo después las trasladaron a unas viviendas en la zona de Conciliación, donde había otros desterrados de la Aduana y del centro.

En el nuevo barrio, por las nuevas calles, los hermanos andaban en la vuelta. Los más grandes a veces pedían dinero, buscaban comida: “estrategias de supervivencia”, según define el lenguaje técnico del trabajo social.

—Quizá soy muy teórica —se disculpa Bettina Salas por Whatsapp, mientras recuerda y define qué hacían los hijos de Fabiana por la calle. Salas coordinó el programa Repique de El Abrojo durante diez años en Colón.

## Era

Dura. Sola.

Cuenta que no los mandaba a pedir, mientras ceba un

---

1 Su apellido se omite para preservar su intimidad.

mate en la cocina de su casa en el centro, a metros del Palacio Peñarol, que queda cerca de todo, incluso de su trabajo en la Intendencia.

Mete la mano derecha entre el mantel de tela azul y la mesa, saca un cigarro. El primero de tres que encenderá durante nuestra charla de una hora.

—Tampoco es que estaban hasta tan tarde en la calle —dice Fabiana sobre sus hijos.

—Somos de Repique —dijeron.

—Salgan de acá. No quiero saber nada de ustedes —respondió. Pensaba que era otro grupo de asistentes sociales que venían a decirle qué tenía que hacer con su vida.

—La vinculación de Fabiana con el proyecto es ciertamente una de las más largas, por eso algunos la llaman a ella como una de las históricas de Repique y ella, a sí misma, se define como fundadora de la propuesta —dice Bettina, que insistió durante un año yendo a la casa de Fabiana hasta que logró ganarse su confianza, a fuerza de escucharla, sin prejuicios, intentando tomar decisiones y acciones concretas, de a poco, para disminuir tiempo de permanencia de los niños en la calle y aumentar el tiempo de permanencia en espacios que les correspondían por derecho: escuela, policlínica, recreación.

—Te comentaba lo difícil que fue generar una relación de confianza con Fabiana, por sus características...

—Les ponía tremenda cara de culo...

—...por su historia de vida, y porque de alguna manera nosotros íbamos desde ese lugar de “control” a “denunciarle la presencia de sus hijos en la calle” —reflexiona Bettina—. Era lógica su desconfianza y su rechazo. Desde un lugar de escucha y sin prejuicios logramos establecer la confianza necesaria para empezar a pensar acciones concretas junto con ella y, sumándole al trabajo socioeducativo, ayudas puramente asistenciales: tickets de alimentación, ayuda socio-económica

para mejorar el mobiliario en el hogar, etcétera.

El diagnóstico de pobreza y situaciones de fuerte exclusión social que padecían muchas familias, en especial lo más chicos, en Colón, había sido hecho en 1998 por El Abrojo, cuando pasaban por allí con el Bus que llevaba actividades lúdicas en espacios públicos. Desde el Programa Infancia de la Asociación Civil decidieron hacer una intervención territorial, en convenio con INAU, en 1999. Y ahí se fundó el proyecto Repique.

—Cuando comenzamos a trabajar en Colón, no teníamos un centro de referencia propio, nuestro laburo era en la calle, tomando la Plaza Vidiella como centro de encuentro con los gurises. Trabajábamos en la noche, desde el equipo contactábamos a esos gurises, generábamos un vínculo para aproximarnos, ver un poco cómo era la situación, preguntarles por qué estaban hasta tan tarde en la noche en la calle, y luego presentarnos ante sus familias, y poder pensar algunas acciones socioeducativas para disminuir esa estadía en calle —sigue Bettina—. Los niños vivían en un barrio que no les gustaba, sin acceso a servicios, ni redes como venían teniendo... Esa es una de las causales que detectamos por la cual los gurises recorrían esta zona comercial, como queriéndose salir de un lugar que no les era propio.

Haber logrado la confianza de Fabiana les abrió las puertas del barrio. Ella era una referente muy fuerte, sobre todo entre los más chicos. Les tenía mucho cariño. Muchos niños iban y se quedaban en su casa cuando estaban en momentos complicados con sus familias. Ella los invitaba a ser parte del proyecto, también a sus mamás.

Se comenzaron a implementar espacios de alfabetización y apoyo a las tareas escolares, en los hogares a cargo de una maestra y un educador referente, salidas, campamentos, encuentros de niños, niñas y adolescentes, derivaciones a clubes de Niños, a Centros juveniles, compartir talleres, meriendas, fútbol, teatro,

formar un grupo de madres para charlar sobre sus problemas.

Los recuerdos son hechos porque no hay fotografías. El registro es la palabra. Enunciados en los que se permite, por unos segundos, no sostener la mirada. Desvía sus ojos negros hacia la derecha, en un horizonte de memorias que van más allá de la heladera y el televisor que tiene enfrente, y proyecta el arbolito que decoraban todos cada diciembre, para las Fiestas, en la plaza de Colón. Los paseos a la playa, y luego pedir trabajo en la limpieza de esos balnearios para ella y sus hijos, al menos los meses de la temporada veraniega. La torta por los 10 años de Repique.

—Un día precioso pasamos.

Dice sin mirar. Baja el volumen de la tele.

2001-2002. La pasta. El fin de la inocencia. La cárcel.

El destino.

Su esfuerzo. Sus pedidos de ayuda. Sus denuncias. Su cansancio.

De a uno, sus hijos comenzarían a consumir pasta base, luego a delinquir, a degradarse, a perder.

—Y digo que capaz es el destino, capaz mis hijos fueron más frágiles, porque otros pasaron por situaciones así, vivieron en el mismo lugar, y no salieron chorros, vamos a decir así... Capaz se dieron cuenta o porque se fueron a tiempo del barrio.

Fabiana no solo iba a visitar a sus hijos la única vez por semana que se los dejaban ver en los centros Ser y Desafío de la Colonia Berro. También visitaba al Pollito, un nene que no tenía mamá ni papá, que vivía en su casa. Cuando vio al Chinito le dio mucha impresión: las torturas, el hambre, cómo los tenían ahí, dormían ahí, babeando. Llamó a Bettina y con su ayuda conoció los vericuetos del sistema judicial. Mantuvo reuniones en el Comité de los Derechos del Niño de Uruguay. Denunció. Tenía que tener cuidado con lo que decía en las visitas porque después eran sus hijos (propios y del corazón)

los que allí quedaban y recibían represalias. Pero no se iba a quedar callada.

—Gracias a Repique aprendí a ser mejor madre, a expresarme mejor. Capaz antes yo no les decía bien las cosas. También aprendí a decir que no. No es fácil ser madre. Claro, cuando tenés el primero, siendo chica, pensás que lo tenés y ya está, pero no.

Quiere enseñarle a Mía, su nieta, la luz de sus ojos, a que diga “no”. A que no tenga relaciones con el primero que le diga que lo haga para demostrarle su amor. Que si la quieren de verdad la van a esperar.

—En El Abrojo nunca me soltaron la mano. Siempre estuvieron ahí, incluso cuando (mis hijos) empezaron a caer de grandes.

El equipo de Repique también aprendió de ella:

—Fabiana nos enseñó, como grupo de profesionales en ese contexto tan complejo, a ir de a poco. Que las transformaciones no suceden de un momento para otro, a bajar nuestras ansiedades. Y también aprendimos junto a ella y a otras familias a no frustrarnos y a seguir peleándola, porque estábamos viviendo situaciones donde no había servicios adecuados para atenderlas —dice Salas—. Fabiana logró pensarse como mujer, como mamá en ese contexto. Poder cuidar de otra manera a sus grises... Ella en ningún momento los mandataba para que trajeran cosas para su supervivencia, pero sus hijos mayores sentían que era responsabilidad de ellos colaborar con la sobrevivencia diaria.

Es

El verdadero problema es la droga.

Si no se entrara droga a las cárceles, se terminan los líos adentro.

Perdió, fue privada de su libertad, dos veces. De la última

salió hace dos años, el tiempo que lleva trabajando para la Intendencia de Montevideo a través de un convenio que mantiene con la Dirección Nacional de Apoyo al Liberado (Dinali).

La última vez estuvo presa un año y tres meses. Las dos veces fue por microtráfico. En la última caída se prometió que no lo haría más porque no quería perderse nada. Le queda su madre y quiere estar a su lado hasta que muera. Su hermana murió el mismo día en que ella cayó presa. No se lo perdona.

—¿Sabés lo que es despedirte de tu hermana, verla muerta, solo diez minutos, engrilletada y rodeada de policías?

Ahí dijo: “Hasta acá”.

Y que los demás se arreglen.

—Yo siempre estuve en contra de la droga. Yo vendí droga porque no me quedaba otra. Tenía tres hijos presos a los que les tenía que llevar comida y ropa, y no me alcanzaba. Quería que estuvieran bien adentro. Y me dije: “Si ya la droga les arruinó la vida a mis hijos, los mataron, los mandaron en cana, ¿por qué no puedo hacer lo mismo con otros?”. Si no hubiera drogadictos, no hubiera droga. Ese era mi pensamiento. Con la droga se mueve mucha plata. Ahora aprendí que si ellos están presos no es mi culpa. No depende de mí. No me desespero como antes. Si no tengo para mandarles no les mando. Me costó mucho pensar eso, no sentir culpa.

Si tengo, tengo, si no tengo, no tengo. Si tengo que comer todos los días arroz, como todo los días arroz. Si tengo para comer milanesa, como milanesa, si hay para polenta, será polenta. Si solo tengo para tabaco, fumo tabaco. No me desespero.

La cocina está como en un escalón más abajo de la superficie del suelo. A nuestro lado pasan tres niños caminando por el pasillo, nietos que no son nietos. Que juegan en la vereda. Que saludan.

Afuera todavía hay sol. El de las cuatro de la tarde en

este invierno que se impone. Adentro no hay calefacción, sino sombras, techos altos y detalles: títeres antiguos que cuelgan de hilos casi invisibles. Marionetas que se apoyan contra los ladrillos grises, como los que se fabrican en el polo industrial del penal en Santiago Vázquez. Muñecos de ropa brillante, telas violetas y rojas, con expresiones pintadas.

Será

—¿*Qué te gusta hacer?*

—¿*Qué me hubiera gustado ser?*

—*Eso también podés contarme, pero te pregunté qué te gusta HA-CER.*

—*Qué me gusta... No sé. Me gusta ser abuela porque ahora puedo darle una enseñanza que no pude con mis hijos. Me hubiera gustado ser maestra jardinera, estudiar, ir a la Facultad y ser alguien... cosa que me quedó en el camino. Me hubiese gustado ser una trapecista de circo en verdad.*



1998 - 2007



EL BARRILETE Y EL VAGÓN  
FABIÁN PINTOS Y MATÍAS WALLACE

Leonel García



Los recuerdos apenas precisan un disparador. Fabián Pintos (45) y Matías Wallace (36) se vuelven a ver tras mucho tiempo, quizá tras verse sin mirarse por las calles de Casavalle, y todo lo compartido aflora. Ayuda, claro está, la presencia de Lorena Briozzo, esa socióloga que fue una de las impulsoras del proyecto Barrilete de El Abrojo, ese que proponía una idea revolucionaria para tratar con consumidores de drogas: la reducción de daños, el trabajar con ellos, el concientizar, el enseñar y aprender.

Todo era muy complicado en el convulsionado Uruguay de principios de este siglo, cuando la peor crisis económica se avecinaba, surgía la pasta base y nadie parecía poner demasiada atención a un barrio como Casavalle, considerado zona roja. Igual que ahora.

Fabián y Matías, más locuaz el primero, más emotivo el segundo, hablan de irse a comer una cazuela. Ambos están desocupados. El primero hoy revuelve depósitos de chatarra para parar la olla en su casa en Plácido Ellauri. El segundo, oficial soldador, no está teniendo suerte con la rutina del lunes de repartir currículums donde sea. Uno de ellos, no viene al caso cuál, se está haciendo la diaria como le permita la calle. Pero ahora están sonriendo con los recuerdos: está la canción “Consumo cuidado”, está “esa de Fito Páez” (“Cable a tierra”, la de “...si ya metiste demasiado en tu nariz...”), está ese camping en Rocha, donde ambos conocieron la costa oceánica ya de adultos, está la inédita experiencia de ir a la presentación de un libro, está ese abrir la cabeza, ese encontrar un espacio, esa forma de entender que había un mundo más allá después de bulevar Aparicio Saravia y San Martín.

Fabián llegó a El Abrojo recién operado de una hernia peritoneal. Por supuesto estaba fumado. El porro era su gran amigo —lo sigue siendo— 16 o 17 años atrás. Antes también había pasado por cocaína y pasta base. “Todo por curiosidad, siempre uso recreativo”. Lorena le invitó a acercarse al “vagón”, un vagón de tren en Burgues y Aparicio Saravia, al lado de la casa de Aída, toda una referente barrial, donde funcionaba el proyecto. Hacía poco que el ómnibus Leyland había quedado atrás. “Muchos se reían de mí porque tenía una faja puesta.”

De aquel tiempo, Fabián recuerda que había en el lugar una mesa de ping-pong. Era un llamador. “Si ponés algo en un barrio donde no hay nada, donde solo hay delincuencia y nadie se preocupa por lo que le pasa al vecino, ya generarás algo. Para empezar, generarás comunidad.” El otro llamador, sobre todo para los más chicos, era el café y los bizcochos. Pero también habían normas de convivencia: ahí no había drogas ni armas, había talleres y respeto, había diálogo. Fabián recuerda a Matías, a Nelson, a Nancy, a Hugo, a Rosquita y al Jona, uno que perdió la vida hace poco en una balacera. Ya entonces no eran raros esos episodios: “Más de una vez los de El Abrojo tuvieron que quedarse escondidos en el vagón por culpa de una balacera”.

Y estaban “los” de El Abrojo, la también socióloga Roxana Fernández, la médica toxicóloga Cecilia Dell’Acqua, Lorena...

“El vagón era un lugar de encuentro. Era un grupo de gente que consumía drogas que nos juntábamos y hablábamos de nuestros problemas. A mí me servía mucho... mi hija no se crió conmigo y para mí ese era un tema muy fuerte. Yo llegaba un momento en que no me aguantaba, me ponía a llorar. Me decían que me bajaba y que luego volviera”, dice Fabián, padre de una mujer hoy de 22 años que le ha dado dos nietos.

“Para mí, El Abrojo fue una experiencia bárbara. Algo que me hizo abrir la cabeza. Me quedan los vínculos, las amistades, las experiencias...” Fabián no precisa mucho estímulo para hablar; muy pronto se convierte en el centro de la reunión. “Yo nunca había ido, por ejemplo, a la presentación de un libro...” Eso fue en 2003, *Historias de picos* de Roberto Abadie, en el Hotel Sheraton de Punta Carretas, parte de cuyas ventas iría a las arcas de El Abrojo.

Era un libro sobre consumo de drogas intravenosas. Matías y Fabián nunca habían ido a un lugar tan distinto a Casavalle. Recuerdan haber compartido ascensor con el entonces embajador de Estados Unidos “y dos gorilas grandes así” que hacían de guardaespaldas. “Y sobre el final de la presentación, este tipo (señala a un risueño Matías) pide la palabra y dice: ‘Le queremos agradecer al autor, porque nos va a ayudar a nosotros, que somos de Los Palomares’. ¡Y todo el mundo quedó así! (hace el gesto de retraerse en la silla)”.

Fabián, que ríe, recuerda que lloraba. A Matías, que también ríe, directamente, se le humedecen los ojos con los recuerdos. Él se vinculó a El Abrojo cuando todavía estaba el Leyland, antes del vagón. Lo atrajo la mesa de ping-pong, la confianza que le generaban las personas y su propia problemática. “Tomaba hasta por los codos, nunca superé la muerte de mi vieja y me crié en la calle. A los ocho años ya estaba en la calle.” Su hijo —el único que tiene hasta ahora— estaba por venir en esa época, su pareja vivía con su madre y él estaba en situación de calle. Ha estado en la cárcel, también estuvo en un ala del Hospital Maciel que, en los años previos al Portal Amarillo, era poco menos que el único lugar público del país donde se atendían personas con problemas de consumo.

“No estaba dando estar todo el día drogado, se me venía el mundo encima”, recuerda Matías. “Y con esta gente me sirvió poder comunicarme, desahogarme, saber que llorar tam-

bién puede ser cosas de hombre. Todavía no estaba el núcleo bien formado, el grupo, pero ya había charlas individuales con psicólogos, sociólogos, médicos...”

A través de El Abrojo, Matías consiguió que en el Hospital Pereira Rossell le hicieran una ecografía a su pareja, cuando su hijo —no esperado y tampoco deseado— estaba por venir. Uno de los adultos responsables le había dado un consejo: “Escuchalo antes de tomar una decisión”. Le hizo caso y escuchó el recién formado corazón de un niño. Ni bien salieron, alguien se le acercó para ofrecerle Cytotec, una pastilla abortiva. Matías invitó a su mujer de ir a la rambla. “No te lo quites, por favor”, se animó a decirle. Nunca se arrepintió de esa decisión.

“Yo rompí la coraza. Sobre el consumo... seguí pero no como antes, ahora es por recreación. Antes era una cosa impulsiva... marihuana, cocaína y cuando estaba el boom, la pasta base, que se cocinaba con amoníaco o bicarbonato... El Abrojo me hizo descubrir que todos los problemas tienen solución. Que lo único que no tiene solución es la muerte...”

## Doble senda

La dinámica tenía dos caminos. Desde El Abrojo informaban, mostraban otra realidad, cuestionaban. Combinaban el trabajo en comunidad con el educativo. “Queramos generar un lugar, un punto de encuentro, un espacio terapéutico fuera de la clínica”, dice Lorena. Además, Mahoma iba a la montaña. Lorena es una de las pocas personas que ha traspasado el portón de la casa de Fabián, en Plácido Ellauri. Y así en otros lados. El trabajo con las drogas siempre era desde la perspectiva de la reducción de daños y eso no siempre era del todo entendido. En instituciones como los liceos de la zona no gustaba esa óptica y debieron retirarse.

“Nosotros queríamos generar el encuentro sin que ellos

lo vivieran como que alguien venía a decirles ‘no tenés que consumir’. Queríamos demostrarles que no veníamos a decir qué hacer sino a trabajar juntos”, agrega la socióloga.

“Yo creo que aprendimos la importancia del abrazo... que un abrazo valía más que mil palabras”, ejemplifica Fabián.

Pero el aprendizaje iba y venía. No solo porque el personal técnico era interpelado por frases del estilo “¿Vos cómo te pensás que serías si vivieras acá?”. También por los reclamos. El principal era trabajo.

“Era lo que siempre reclamamos. El trabajo te saca del barrio, te saca del ocio, que cuando te limitás a él es un círculo cerrado. Ocupas la cabeza en otra cosa”, dice Fabián, con lógica incuestionable. Así, a través de contactos, vínculos y convenios, Matías trabajó en alumbrado público, desguazó barcos, estuvo en la construcción; Fabián fue sereno en el estadio Arenas de Plata, luego lavó chapas en Ancap, donde llegó incluso a manejar una amoladora. Aprendieron que primero se llena la heladera y luego, si sobra algo, se compra algo para consumir.

Y lo otro fue el campamento.

Los programas de El Abrojo solían interactuar entre sí. La gente de Barrilete notó, con desazón, luego de esas experiencias, que ellos eran los únicos a los que no los llevaban de campamento. Y protestaron, no sin razón. Lorena admite la falta, pero la aprensión tenía fundamento: ¿cómo hacer con el tema del consumo? Imposible pensar en los participantes del “núcleo duro” del proyecto, entre 10 y 12, sin un porro al lado. La solución fue salomónica: que fumen... pero con sentido común, que el consumo no afecte la convivencia.

Para los participantes del grupo y para el equipo, esos tres días de verano entre Laguna Negra, Santa Teresa y Cabo Polonio, están entre los recuerdos más hermosos de sus vidas.

Tanto como ese “churro” de más fumado casi a escondidas — todo lo escondido que puede ser entre gente acostumbrada a percibir el olor a marihuana a un kilómetro—, ese asado, esas tres botellas de vino “prolijo” de tres cuartos con los que los responsables de El Abrojo quisieron aportar al momento, esas dos botellas de vino afrutillado más peleador con que Fabián los quiso retribuir, esa caminata de la ruta al Polonio, por las inmensas dunas y al rayo partido del sol, ese chapuzón glorioso al final de la travesía...

## Dolores

Ni la risa de Fabián ni la emoción de Matías ocultan cierta postura a la defensiva de ambos. Aflora fácil. En un encuentro internacional de organizaciones uruguayas, argentinas y brasileñas que trabajaban con una óptica parecida a El Abrojo, allá por 2003 y en el Edificio Libertad, Fabián se cruzó fuerte verbalmente con una mujer que los trató de “drogadictos enfermos”. “Yo en ese momento trabajaba 12 horas por día. Fue como si me metieran no el dedo, la mano entera en el traste. Le dije que lo único enfermo que había en casa era mi heladera, porque luego de fumarme un porro la asaltaba.” En realidad, le dijo un montón de cosas más.

La estigmatización es por hábitos y por geografía. “Hoy por hoy, si decís que sos de Casavalle, poco menos que sos parte de una narcobanda”, dice Matías, que vive en San Martín y Aparicio Saravia, pleno Los Palomares. “A mí me gusta trabajar. Y de las 540 casas que hay ahí, 536 son de gente trabajadora. Por dos o tres familias, o por 10 o 15 gurises, el barrio está estigmatizado.”

Matías está al tanto de las noticias: 540 son las casas detectadas en la Unidad Misiones —verdadero nombre de Los Palomares—, según el censo realizado este mismo año, para la demolición de viviendas irregulares y la llegada de los ser-

vicios estatales al lugar. “Tarde se dieron cuenta de que había que ajustar las clavijas ahí”, ironiza.

La experiencia de Barrilete tenía fecha de vencimiento. Desde el inicio, se supo que este proyecto, como todo proyecto, un día se iba a ir. Se iba a quedar el vagón como recuerdo. La comunidad tenía que decir cómo se adueñaba de él. Una vez terminó este programa de El Abrojo, la comunidad reaccionó destrozando al vagón. Darlo vuelta pese a su tonelaje para robarle las ruedas de hierro y el bronce de los frenos, prenderlo fuego...

“Eso fue feo”, dice Matías. “Esta gente apostó al barrio y resultó eso, imagínate nomás la fuerza que tiene la droga.” A él le quedó grabado un recuerdo de los buenos tiempos, esos que le abrieron un poco la cabeza y le hicieron ver algo de luz. “Un día trajeron pintura para el vagón. Yo no sabía mucho qué hacer, así que me subí al techo y pinté la bandera de Uruguay. Todo el techo. Y luego... ¿viste que en el piso de la Intendencia hay una foto enorme de Montevideo tomada desde el cielo (sic)? Bueno, yo fui a buscar a Burgues y Saravia. Y ahí estaba... la bandera que pinté yo.”



ACOMODAR EL CUERPO:  
MAÑANAS COMPLEJAS Y EL MIDES

GUSTAVO LEAL

Gabriel Sosa



Todo empezó en el 98, recuerda Gustavo Leal desde una sala de reuniones del Ministerio del Interior, donde trabaja desde el inicio de la administración Mujica. Ese año se cumplió la primera década de existencia de El Abrojo, y se sintió necesario organizar un “proceso de planificación estratégica” (así se lo llamó), la búsqueda de una definición más precisa de dónde estaba, qué era y qué pretendía la institución. “Ahí se definió el modelo de organización que nosotros queríamos, donde se planteó que El Abrojo era una organización grande y diversa, que era una organización que tenía como vocación la incidencia en el espacio público y en el debate político, que era una organización profesional y profesionalizada en su modelo de intervención, que tenía que tener una lógica de financiamiento que no generara dependencia de los organismos del Estado.”

Desde su fundación en 1988, El Abrojo había crecido tanto en tamaño institucional como en proyección y variedad de intereses. Los primeros militantes, los fundadores, ya casi estaban retirados en su totalidad, y nuevas personas se iban sumando a la organización, para enfrentar nuevos desafíos. “En el año 98, a los diez años, nosotros tuvimos un momento de explosión a partir del premio de alfabetización de la Unesco”, recuerda Leal.

A partir del reconocimiento (el Premio Noma de Alfabetización de la Unesco se entrega desde 1967, y en el 98 se le otorgó a El Abrojo por su programa “Alfabetización abierta en hogares con niños y madres en comunidades en situación de extrema pobreza”), y también de la posterior polémica con el Gobierno, se multiplicarían los programas y

convenios desde los cuales la organización pretendió incidir en la sociedad. Pero primero había que definir las líneas a seguir, y esa fue la tarea de 1998. “Decidimos que teníamos que incidir mucho más fuerte en el debate público y en el debate político. Con propuestas, con iniciativas, y constituirnos en un actor que pudiera tener voz en el debate público, un lugar. Entendíamos que habíamos ganado ya una cierta legitimidad, y entonces ahí se definió una línea de trabajo. Además habíamos logrado un equipo profesional que empezaba a ser visible, distinta gente en distintos lugares, en el tema drogas, política social, infancia, en el tema educación, en los tema laborales. A finales del año 99 cambió el gobierno, nosotros iniciamos toda una línea de incidencias en las políticas públicas, una en el área de drogas, fuerte, en el inicio del período de Jorge Batlle con todo el tema de reducción de riesgos y daños y tuvimos un aliado fuerte que era la Junta Nacional de Drogas (JND). Por lo tanto toda la iniciativa que íbamos llevando en los temas de reducción de riesgos y daños tuvo un eco muy fuerte ahí en la JND, de hecho incidimos muchísimo en ese diseño y en la línea que se empezó a esbozar, que no era la línea de la represión ni la prohibición. Nosotros éramos muy pragmáticos, donde podíamos incidir, incidíamos, y avanzamos en la línea de la no resistencia. Esa fue una consigna, seguir, avanzar y abrir brecha, y esta idea de El Abrojo incluso jugando con el nombre, de que éramos un cosa media molesta que se prendía a todo, y que íbamos incidiendo.”

Aunque Leal se refiere a este replanteamiento ideológico con la ligereza y la calma que se le dedican a las cosas resueltas largo tiempo atrás, el historiador y politólogo Gerardo Caetano en su texto “Algunas notas para orientar una historia de El Abrojo”, aclara: “Por cierto que no fue un pacto sencillo sino sumamente exigente. En aquellos momen-

tos, sobre varios de estos puntos costaba mucho alcanzar un acuerdo dentro de El Abrojo: había posiciones enfrentadas y de hecho hubo importantes compañeros de la institución que se retiraron. Las orientaciones acordadas implicaban definiciones fundamentales en relación a temas difíciles como el funcionamiento interno, las lógicas de financiamiento, las prioridades de acción, la interlocución y asociación con otros actores de la sociedad. Ese formato que algunos han llamado de “casa grande” o de “archipiélago” implicaba un modelo de gestión que aunaba una amplia libertad de inserción en los proyectos con una fuerte responsabilidad en relación a la disponibilidad de los recursos. A partir del rescate de una cierta “matriz artesanal” de funcionamiento y de conducción, se buscaba cimentar una lógica de funcionamiento ágil y horizontal, con un miedo inocultable a una deriva burocratizante”. A continuación, Caetano hace una enumeración no exhaustiva de los programas e intervenciones generadas desde El Abrojo y posteriores a esta nueva definición, como testimonio de su empuje y variedad.

A contrapelo de la prosperidad y vitalidad de El Abrojo, en el horizonte del país asomaban nubarrones temibles: “Ya en el arranque del gobierno de Jorge Batlle se visibiliza el inicio de la crisis fuerte, porque en el año 98 -99 empezó la recesión. Hubo una pequeña primavera con Batlle, en los primeros cinco meses, y después empezó la hecatombe. Y nosotros que teníamos una inserción social muy capilar, muy fuerte, en los barrios más populares, en los barrios más pobres, rápidamente nos empezamos a dar cuenta. Eso es un termómetro para nosotros, por nuestra modalidad y metodología de trabajo, trabajábamos en los barrios y en las casas de la gente, una metodología que viene de la educación popular y de Paulo Freire. Muchas instituciones lo que hacían eran ofrecer servicios instalados para que la gente fuera

hasta ellos, nosotros en muchas áreas rompimos ese modelo, en el área de drogas claramente, en el área de educación, con todos los temas de alfabetización, en el tema niños de calle. Entre los primeros programas en trabajar con con niños de la calle estuvo Remolino de El Abrojo, en Paso Molino. Ahí nos dimos cuenta, advertimos con mucha claridad que el fenómeno de crisis social estaba estallando, antes del 2002 lo estábamos hablando, era muy evidente que ese deterioro venía barranca abajo y que había un gran problema en la coordinación de los servicios estatales y los servicios públicos. Entonces empezamos con una reflexión interna”.

En el 2001 la crisis comenzó a hacerse inocultable, y El Abrojo decidió tomar medidas. Una de las cosas que a los responsables de la institución les pareció evidente desde el vamos fue lo absolutamente inadecuado de los servicios de asistencia social con que contaba el país. Ante la inminente llegada de una crisis que iba a golpear como nunca a los sectores más vulnerables, los mecanismos del Estado para auxiliar a esta población eran tristemente poco eficientes, y ni siquiera correctamente dirigidos. “En las políticas sociales, uno de los planteos claros que hay que hacer es el combate a la fragmentación de cómo se brindan los servicios. Hay que recordar que teníamos el Instituto Nacional de Alimentación (INDA), que estaba en el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) ¿Y por qué estaba en el MTSS? Porque los servicios sociales y las prestaciones sociales en el Uruguay fueron adscribiéndose a los sectores con capacidad de presión y corporativismo, el Estado fue brindando y abriendo servicios en base a la lógica corporativa. Las asignaciones familiares son un ejemplo clarísimo, nacen en el año 43 y se las dan a las personas que están formalizadas en el trabajo, a los que tienen hijos pero que aportan a la caja, y las asignaciones familiares fueron graduales en función de

las corporaciones que pudieron hacer presión. Pero empezamos a ver claramente que estos servicios se le daban a gente que no los estaba necesitando, y no había una prestación económica dirigida. Se discutió mucho con el gobierno que había que flexibilizar el tema de las asignaciones familiares, y en realidad la vez que se abrió la primera pieza de flexibilización fue en el gobierno de Jorge Batlle. Objetivamente, y fue (el ministro de Economía Alejandro) Atchugarry el que habilitó ese mecanismo, no recuerdo si fue antes de que estallara la crisis o enseguida posterior, pero hay una ley que lo habilita.”

Cuando finalmente la crisis económica (con sus correspondientes tragedias sociales) detonó en un país que en su mayor parte estaba indefenso e inadvertido, pareciera que El Abrojo se hubiera estado preparando para la contingencia. De nuevo Caetano: “Pero tal vez el mayor impacto de estos éxitos estuvo dado por un incremento notorio de la incidencia política de los emprendimientos de El Abrojo. Su rol como usina de ideas renovadoras para atender la emergencia social en ese tránsito entre la crisis del 2002 y el ascenso de la izquierda al gobierno nacional resulta paradigmático al respecto. Muchos de sus enfoques y propuestas fueron recogidos (con reconocimiento de ello o sin él) por los gobiernos a nivel nacional y departamental en las políticas públicas impulsadas frente a los desafíos de la emergencia social. En ese marco, el rol propiamente político de El Abrojo creció mucho en estos años. Un ejemplo máximo a este respecto lo dio el papel preponderante que le cupo a su programa ‘Mañanas Complejas’ en la creación del Ministerio de Desarrollo Social implementado por el gobierno frenteamplista al inicio mismo de su gestión en el 2005. La implementación en los años previos de la ‘Mesa de Diálogo’ sobre los ‘Mecanismos de Coordinación de las Políticas Sociales’, con participa-

ción de todos los partidos políticos, el PIT-CNT, ANONG, AUDEC y la UdelaR, con un rol especial de facilitación del Instituto de Ciencia Política de esta última, fue en verdad un ámbito decisivo para confirmar un cambio de institucionalidad que en lo previo no contaba con demasiados apoyos (ni siquiera dentro del FA) y que el tiempo demostró que era una buena solución. En un estudio particular sobre este tema, el politólogo Adolfo Garcé ha realizado un seguimiento pormenorizado de este proceso de creación del MIDES en el que destaca el rol jugado por El Abrojo. Entre los aciertos que Garcé resalta en su trabajo destacan el haber tomado ‘la crisis como oportunidad’, el haber priorizado la incidencia a nivel de los programas partidarios, el haber integrado en la acción ‘una representación de alto nivel político’, su ‘alianza con la Universidad’ y ‘la estrategia de maximizar el impacto público’”.

Mañanas Complejas, un ciclo de debates multisectorial, nació de ese sentimiento de El Abrojo pos 98, de que era imprescindible debatir públicamente las políticas sociales. En el 2002, con la crisis encima, cualquier cuestionamiento era válido, incluso preguntarse si Uruguay era viable como país. Para El Abrojo, la clave de esa viabilidad estaba en reformular la relación del Estado con los sectores más vulnerables de la población. Y se decidió incidir en ese cambio imprescindible, a la manera en que la organización había planteado su propio papel.

“Armamos un esquema, hicimos un acuerdo con una radio, con Jorge Traverso y Blanca Rodríguez, que estaban en Nuevo Tiempo”, recuerda Leal. “Dijimos, estos debates (Mañanas Complejas) tienen que ser públicos. Se hacían en la sede de las Naciones Unidas, y fue un ciclo de foros sobre políticas públicas, con un logo muy bonito que habíamos hecho y con una marca, un nombre, bastante llamativo. Dicen

que El Abrojo siempre se caracterizó por tener buenos nombres y buenos logos, y nos preocupábamos mucho, era algo buscado. Nosotros decíamos que el marketing en el caso de políticas públicas era importante. Y eso era sacrilegio, en esa época estaba la lógica del trabajo social, barba, termo, mate y morral, la lógica muy de izquierda voluntarista, era una lógica entre el trabajo católico del cual venimos muchos, yo por ejemplo, y las brigadas de trabajo solidario que iban a Nicaragua a cortar café, era una mezcla, y nosotros éramos un bicho raro que por ejemplo hacíamos acuerdos con empresas privadas, hicimos un acuerdo con Benetton, hicimos un acuerdo con Inca y con la Coca-Cola. Por eso para los foros planteamos hacer acuerdos, y buscamos un medio de comunicación de prestigio, en ese momento Traverso y Blanca Rodríguez eran las figuras de Canal 10. Hicimos un acuerdo con Naciones Unidas, e instalamos una primer reflexión sobre la segregación territorial en el Uruguay, es un tema que siempre nos preocupó, y otro tema era el de la población en el Uruguay, una reflexión sobre los problemas de la natalidad en Uruguay, la reproducción, dónde se reproducía el Uruguay. Otro tema más era el de los inempleables, es una categoría, la palabra inempleable viene de algunos autores franceses que planteaban ya en aquel momento que el modelo de desarrollo generaba una lógica en la que había sectores que básicamente eran inempleables, y que había que tener políticas dirigidas hacia eso y no pensar que vos los podías incorporar en el mercado. Decir esto hoy, puede resultar fácil, pero te estoy hablando del 2001, donde también con la izquierda política teníamos una relación discolora, porque nosotros no éramos gente digamos orgánica, partidaria, y en las políticas sociales se vio con una evidencia enorme ese choque de trenes que hubo ahí. Entonces preparamos este ciclo de conferencias.”

Para estas rondas de debates, se decidió armar una estructura de “tres patas”. Por un lado los partidos políticos (Frente Amplio, Blanco, Colorado y Nuevo Espacio). Por otro, representantes de la sociedad civil: el Pit-Cnt, la Iglesia Católica y ANONG (Asociación Nacional de Organizaciones No Gubernamentales Orientadas al Desarrollo, grupo que integra El Abrojo). Y la “tercera pata” fue la Universidad de la República (UdelaR), que también se eligió como sede de los debates por su carga simbólica.

Curiosamente, recuerda Leal, en ese momento lo más complejo de negociar fue la participación del Frente Amplio, a pesar de que la necesidad de un debate sobre estos mismos temas sociales ya estaba planteado por el Centro de Estudios Estratégicos 1815, del propio Liber Seregni.

Por fin, luego de interminables y desgastantes negociaciones, que Leal recuerda con una mezcla de orgullo y desesperación, se logró juntar a todos los interlocutores en una mesa, y comenzar a debatir. La idea era conseguir un consenso negociado, una rara forma de acuerdo final que incluyera tanto los puntos en común como los disensos, siempre y cuando estuvieran justificados. “Esa discusión que hoy parece pava, fue muy relevante” explica Leal, “porque al introducir el tema de los disensos era una dimensión de la discusión mucho más profunda que nosotros estábamos planteando a las partes, si vos te bajas del acuerdo tenés que fundamentar por qué, y no era una lógica de negociación normal como cuando negociabas en el gremio estudiantil, o como negociaban los trabajadores con un patrón, diciendo bueno estoy de acuerdo sí o no, firmo o no firmo, ahí se manejan desde las posiciones. En esta lógica que planteábamos se trabajaba desde los intereses, pidiendo que se expliciten los intereses”.

A medida que se desarrollaba el proceso de intercambio de Mañanas Complejas, quedaba clara una dicotomía

esencial respecto a la manera en que debía organizarse la aplicación de políticas sociales amplias y agresivas. Una posibilidad era crear una suerte de “organismo puente”, una estructura improvisada que dependiera de Presidencia y tuviera una visión panorámica de muchas oficinas, entes y ministerios ya existentes, y la potestad de coordinar servicios específicos de cada uno de ellos. Este modelo era el preferido por los representantes del Frente Amplio, y de hecho se ha aplicado varias veces durante los gobiernos del partido. “Son programas que frente a una institucionalidad estatal totalmente fragmentada, se arman colgados de Presidencia, y que de alguna manera hacen el *bypass*. No contribuyen con institucionalidad, pero son muy eficaces para brindar servicios”, lo define Leal.

La solución preferida por la representación de El Abrojo era diametralmente opuesta: la creación de un instituto específico, incluso de nivel ministerial, con dedicación exclusiva a temas sociales. Con ese modelo, según Leal, “se construye estado y se construye capacidad estatal y burocracia estatal permanente”, lo que explica en gran parte tanto el apoyo como la oposición a la idea. Por un lado, volver el control y el trabajo sobre la problemática social parte constitutiva del Estado, por otro volverlo un tema burocrático. Para El Abrojo, los beneficios de la primera consecuencia superaban por mucho los riesgos de la segunda.

“En Mañanas Complejas lo que hicimos (El Abrojo) fue correr el eje de la discusión, no sobre la situación social del Uruguay en ese momento, porque ahí estaban los que decían que se había ido todo a la mierda y los que decían que se estaba saliendo, y nunca se iban a poner de acuerdo, era algo que no tenía sentido tratar de conciliar. El eje que propusimos fue la discusión sobre los mecanismos de coordinación de las políticas sociales, y ahí fue que por primera vez se

planteó con mucha fuerza la necesidad de crear algo como lo que luego fue el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Y no lo decimos nosotros, lo dice gente de la UdelaR, como Caetano o Adolfo Garcé, dicen que este proceso de discusión que armamos introdujo la idea en la agenda con mucha fuerza y con mucha transparencia. Incluso aunque en ese momento los representantes del Frente Amplio, que eran Christian Mirza y Leonor Soria, se afiliaban con mucha fuerza a la línea opuesta, que era la considerada en general por el Frente Amplio incluso en la campaña anterior a la elección de Tabaré Vázquez, cuando el Plan de Emergencia era el “buque insignia” de la propuesta de Vázquez. Finalmente se logró un documento, y lo que es más importante, se logró un documento de acuerdos y disensos.”

Hasta los meses posteriores a su elección, y anteriores a su toma de mando, se daba por supuesto que el “buque insignia” de Vázquez se iba a implementar como un “programa puente”, dependiente de una fortalecida Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP) o incluso de una nueva repartición especial creada para la oportunidad. Y sorpresivamente, en febrero de 2005 Vázquez anuncia que se va a crear un nuevo ministerio para aplicar el Plan de Emergencia, entre otras funciones. Tanto Christian Mirza como Leonor Soria ocuparon posteriormente cargos directivos en el MIDES.

“No sabemos por qué caminos fue que la idea llegó al escritorio de Vázquez”, confiesa Leal. “Pero ahí está. No podemos decir que es una acción directa de El Abrojo, ni siquiera una consecuencia de nuestras políticas, porque ni yo ni nadie de la organización hablamos jamás con Vázquez ni con ninguno de sus asesores directos. Realmente no sabemos cómo la idea le llegó, y por qué concretamente decidió adoptarla, pero ahí está. Con sinceridad lo digo, porque no sé

cómo fue el momento en que se decidió políticamente eso, lo que sé es que la dirección del FA estaba totalmente en contra. Y que luego se creó el MIDES.”



BAILAR SIN DESCARRILAR

HUGO PELALLO

Anabella Aparicio



Su amor por la noche y el *breakdance* lo obligó a empezar a trabajar. A él no le gustaba estudiar, pero no tenía opción. Su padre le dijo que tenía que entrar al liceo o ingresar al mundo laboral.

Cuando él y sus amigos se enteraron que había “un lugar en el que les pagaban por aprender”, no lo dudó. Eran cuatro o seis horas, ganaba plata para ayudar en su casa y para salir a bailar de jueves a sábado, a disfrutar del apogeo de la música electrónica. Y no tenía que pensar a quién pedirle plata. Porque los préstamos, luego deben saldarse.

Hoy Hugo Pelallo tiene 36 años y sigue saliendo a bailar, pero con menos frecuencia. Sentado en un banco como los del liceo, con la mesa bajo el brazo derecho, recuerda esas épocas con un poco de nostalgia. Más que nada cuando llega al local de El Abrojo, ubicado en Capurro, donde una manada de niños atraviesa corriendo entre gritos, de un lado al otro, rumbo a los salones. Él los ve y sonrío, porque fue uno de ellos hace 11 años. Llegó sin saber qué hacer y hoy vuelve a reparar el local siendo un padre de familia y obrero de la construcción con 15 años de experiencia.

Hugo nació y pasó su vida en el barrio La Teja. Tiene seis hermanos de “una familia muy unida”. Es hijo de un pescador, feriante, mecánico, o lo que necesitara ser su padre para llevar “una moneda para la olla”; y de una ama de casa y limpiadora. “A mi padre le decimos MacGyver, porque él siempre tenía de todo y le buscaba la vuelta a las cosas. Hasta arreglaba televisores, tenía la casa llena de los aparatos viejos”, comenta sonriendo. Y cuenta que ese “espíritu luchador” de sus padres fue algo clave para él en la adolescencia.

Cuando era chico, recuerda que esperaba que su papá y su hermano volvieran de pescar y trajeran la bolsa llena con lo recaudado en el día. Él no podía acompañarlos porque era muy pequeño. Pero entrado en la adolescencia, tuvo sus primeras experiencias laborales los domingos en la feria en La Teja. “Me acuerdo siempre del frío que hacía, era tremendo.” Su padre conseguía repuestos en los remates y luego iba a venderlos allí.

“A las seis de la mañana ya estábamos levantados, aprontábamos el mate y con el carro armado arrancábamos para la feria caminando, porque si no llegábamos temprano, perdíamos el lugar”, recuerda.

Su hermano siguió con la feria y la pesca artesanal, a eso se dedica hasta hoy. Pero él encontró su vocación en la construcción, y la halló por casualidad.

“Terminé la escuela y no quería estudiar, no me gustaba. Iba al liceo a hacer puerta con mis amigos nomás. Hice algunos cursos de electricidad pero tampoco me llamaba la atención y me quedé ahí. Después me enteré que en el Centro Juvenil estaba el programa Girasoles. Yo no sabía agarrar ni una pala, me daban una cuchara y yo sabía que era para comer nomás. Quería trabajar porque mi padre ya me había dicho tenía que agarrar para algún lado. Vimos esto con los gurises de la calle y nos pareció bueno.”

Hugo conoció El Abrojo a fines de 1998, porque le dijeron que había varios cursos, entre ellos el de *breakdance*. Maravillado por la música de Jazzy Mel que bailaba su hermano en su casa cuando era niño chico, había empezado a conocer más del género rap y quería aprender a bailar. Mientras iba a las clases de baile, se enteró del programa Girasoles, y se abrió una oportunidad inesperada para él.

“Nunca pensé que me fueran a llamar, porque era nuevo en el lugar y me faltaban unos meses para cumplir 18”,

recuerda. Ya con su permiso de menor pronto para trabajar, empezó su primera experiencia laboral formal. Recuerda una anécdota, que en su primer semana de trabajo la ansiedad le ganaba y querían hacer el trabajo rápido. “Cuando nos ve el funcionario de la Intendencia nos dice ‘No, no, vayan despacio que tenemos hasta las 12’”, comenta entre risas.

Por su desempeño y su interés, es que poco después fue seleccionado junto a otro compañero para participar del Proyecto Cazabasurales, también un plan sociolaboral para jóvenes. Allí se les enseñaba a restaurar zonas donde antes había acumulación de residuos. También tenían cursos técnicos sobre construcción y jardinería.

En estos procesos aprendió el arte de la albañilería. Allí encontró su profesión. “Hoy me dedico a la construcción y a la pintura porque me gustó, se me hizo fácil, y no te voy a mentir... me gusta la plata también”, dice, y sonríe.

Guillermo Elizalde fue el tallerista que más lo marcó, y que le enseñó a poner dedicación a lo que hoy es su sustento. “Gracias a El Abrojo empecé, y terminé de hacer el oficio con él. Fue la persona que me dio un impulso para salir adelante. Siempre nos decía ‘gurises, la mano en el bolsillo no. La postura también hay que cuidar’, esos consejos para que cuando fuéramos a pedir trabajo no dijeran que nunca habíamos hecho nada. Nosotros no teníamos ni idea, nos poníamos las manos en el bolsillo porque teníamos frío o porque sí. Y así fuimos aprendiendo esas cosas.” También aprendió a cumplir un horario, cumplir todos los días y ser responsable en su tarea. Palabras que se leen fácilmente, pero difíciles de poner en práctica.

Guillermo también lo recuerda. “¡El Huguito!”, exclama y sonríe. “Lo aprecio pila y le tengo un gran cariño. Se caracteriza por ser muy curioso y perseverante. Siempre preguntaba todo. Creo que él se dio cuenta que ésa era la salida.

Y es uno de los pocos que siguió dedicándose a la construcción como profesional."

Hugo destaca que además, había educadores que le hacían un seguimiento, los alentaban a estudiar y a seguir adelante, lo que para él fue de mucha ayuda en su adolescencia. "Porque viste que a veces, hay gurises que se descarrilan. Uno a veces mira la fácil, porque decís ¿para qué voy a laburar 8 horas si voy, robo y ta?"

"Sin darse cuenta era como un líder nato en el grupo. Y siempre era el que organizaba todo lo que fuera comida o diversión. El asado de los viernes era como su meta", agrega Guillermo.

Luego de terminar los programas, siguió trabajando de forma particular con Guillermo y eso le permitió pasar de ser peón a oficial finalista, una de las categorías más altas en el rubro, lo que le permite tener un mejor salario. Se ganó el cariño de muchos educadores y funcionarios de El Abrojo, y eso le abrió puertas en muchos lugares para llegar a trabajar de forma independiente.

"Vivía bailando *hip hop* de madrugada", recuerda Guillermo, "pero a pesar de eso nunca llegó tarde al trabajo". Y arrancaban muy temprano, a veces antes que saliera el sol.

\*\*\*

Su trabajo también le dio compañeros de baile, sus amigos de andanzas. Hace más de 15 años que Hugo está "en la movida", siempre se dedicó a hacer "piruetas en el suelo", y asegura que es conocido en el ambiente. Por eso no sólo concursó en varias competencias, sino que también fue convocado como jurado en otras. Era el hobby que ocupaba sus horas después de la construcción. Y así pasaba sus días, obviamente, sin dejar de salir a bailar.

Su contacto con la calle y con la noche le enseñó muchas cosas. Si bien asegura que siempre estuvo cerca de esa delgada línea entre el bien y el mal, probó marihuana pero no le llamó mucho la atención, y hasta hoy solo consume alcohol cuando sale o en su casa. Y vuelve a mencionar que su familia siempre estaba, lo que marcó mucho su camino.

En 2014 se alejó por un tiempo de su tan amado hobby ante la llegada de un nuevo desafío: ser padre. Llegó Amy y sumó otro amor a su vida, esto también lo incentivó a seguir trabajando. Junto a quien hace 10 años es su mujer, lograron comprar un terreno en su Teja natal y de a poco ir usando sus conocimientos de construcción para hacer su propia casa. Ya hace ocho años que vive en ella y agradece que fruto de ese esfuerzo no tiene que pagar alquiler. Principalmente lo recuerda a fin de mes. Según él, administrar la plata para sobrevivir cada mes ha sido una de las cosas más difíciles que le ha tocado encarar, ya que en su rubro muchas veces el trabajo escasea y tiene que aplicar lo que hacía su padre, “buscarle la vuelta para que no falte para la olla”. Pero con su cabeza pensando en nunca bajar los brazos, así logró salir adelante.

\*\*\*

La historia de Hugo quizás es diferente a las demás, porque es una persona que no tiene problemas de consumo de sustancias, no cometió delitos, y tampoco vivió estas situaciones en su familia. Pero su desafío fue siempre convivir con estas realidades, no “descarrilarse”, y sobrevivir a ellas, incluso intentando ayudar a personas cercanas.

“Yo vivo hace diez años en la parte de adelante de un asentamiento y tengo que caminar como ocho cuadras para tomar el ómnibus, cruzar la ruta, y tengo una nena, el plan sería a futuro juntar unos pesos y poder mudarnos. Todos los

barrios tienen sus problemas, el barrio es bastante prolijo, nunca me pasó nada pero es una pasada de pastosos”, comenta en referencia a consumidores de pasta base que transitan por la zona camino a las bocas de venta de droga.

“Andan gurises en moto robando y pasan por abajo del puente, dos por tres vez que la policía los anda correteando. Entonces ves que no es un buen lugar para criar a una familia.”

A pesar de ser joven, siente el cambio generacional y ve la diferencia entre lo que fue su adolescencia y los adolescentes de hoy. Incluso relata con pena la situación en la que están personas de su edad, que optaron por otro camino.

“Por la maldita pasta base, los gurises se pierden. El sobrino de un vecino que andaba con nosotros de arriba para abajo cuando éramos más chicos, se metió hace como diez años en la droga. Yo tengo un amigo que logró salir (de la adicción) y hoy está en Remar creo que hasta es pastor. Le conseguí el contacto a este muchacho. Fue, estuvo un tiempo y se escapó, volvió a caer. Entonces, vos les hablás y no entienden”, lamenta.

“También tengo un sobrino de 22 años que está preso hace dos años. Hablé con él cuando era adolescente, lo llevaba a bailar conmigo porque le gustaba el *breakdance*, pero bueno, buscan la fácil”, agrega, con gestos de resignación.

Hoy, con el claro objetivo de darle el mejor futuro a su hija, su “princesa”, Hugo sigue buscando oportunidades de trabajo y de mejorar su calidad de vida. Y recordando siempre lo importante que es “ser un luchador”, como le inculcaron sus padres y sus educadores.

ABRASANDO Y ABRAZANDO

CARLOS DEL HORNO Y FRANCISCO RUSSO

Leonel García



El frío parece más frío en la mañana de la Punta Brava. Carlos del Horno entra con su jogging, su barba perita, sus 27 años y sus sueños auestas al restaurante La Estacada, junto al faro de Punta Carretas. “Es mi segunda casa”, dice. Lo es desde abril de 2016. En un par de horas entrará en calor al fuego de la parrilla de la que es responsable. Él, quien hace tres años tenía conocimientos culinarios que iban de menguados a inexistentes. Él, que no sabía qué hacer con su vida. Y realmente necesitaba saberlo.

“Estoy en el horno” dijo, jugando con su apellido, cuando fue seleccionado para realizar los cursos de capacitación en gastronomía en el Centro de Desarrollo Económico Local (Cedel) del Parque Rivera, que llevan adelante docentes de El Abrojo. “No sé qué hacer”, afirmó en aquel 2015. Su padre le había dicho, allá en el hogar familiar de las cooperativas de ayuda mutua de Malvín Norte, que tenía que ir pensando, justamente, en labrarse un futuro. Y a eso apuntó.

Carlos acepta mate, sentado en una de las mesas rústicas y vacías. En la radio suena “Zafar” de La Vela Puerca.

\*\*\*

Francisco Russo tiene 70 años. Desde 1980, poco después de volver al país desde Canadá, se dedica al rubro gastronómico; en pequeñas cantinas entonces, en un restaurante de carta internacional hoy. En el medio, tuvo a su cargo el gerenciamiento de los paradores de playas Pocitos, Buceo, Malvín, Punta Gorda y Carrasco. También supo estar al frente del parador Torres García. Y hace 20 años, a través de dos respon-

sables de El Abrojo, José Querejeta y Carlos Pereira, comenzó su vinculación con la ONG.

La vinculación incluyó una fórmula de ganar-ganar. El Abrojo tenía a jóvenes que precisaban una oportunidad laboral y Russo necesitaba mano de obra, joven y con ganas de aprender, con mucho espacio disponible para absorber conocimiento, sin las mañas de alguien con más edad y experiencia. Al principio, él mismo se encargaba de la capacitación. Confiaba en una de las estrategias de enseñanza más viejas de todas: la ley de los ojos.

“Yo precisaba gente que hiciera todas las tareas, desde barrer a cocinar. Claro, si usted no sabe barrer no puede mandar a barrer. Usted debe saber y debe enseñar. Y si le enseña, el joven va a aprender y luego podrá enseñar. Lo mismo pasa con la cocina. Y si uno quiere aprender, va a ‘robar’ el oficio. Si tiene ganas, claro...”

La otra táctica es el respeto, subraya. Él nunca tutea a los jóvenes que van a trabajar con él, así sean de la edad de sus nietas.

De todas formas, ahora ya están viniendo capacitados. Sandra Ojeda, coordinadora del área de formación del programa laboral de El Abrojo, indica que en estos 20 años aproximadamente mil jóvenes, de entre 16 y 29 años, se han formado en gastronomía. Unos 400 han logrado una inserción laboral por un período mayor a cuatro meses. Uno de ellos, holgadamente, es Carlos.

Generalmente, estos jóvenes no están vinculados a centros educativos formales. Y si lo están, se encuentran a un paso de desertar. Muchos de ellos no tienen una vocación definida. La gran mayoría tiene una necesidad imperiosa de un ingreso. Así era Carlos.

\*\*\*

Carlos del Horno hizo dos años de mecánica en la UTU. Tiene el Ciclo Básico terminado. Tiene dos hermanas. Su madre, limpiadora en una cadena de comida rápida, se transformó en el sostén del hogar cuando el padre, pizzero, sufrió un grave accidente en su bicicleta que lo dejó en coma primero y jubilado por incapacidad después. Carlos tenía 12 años.

“Nunca faltó comida en casa, pero esos fueron momentos complicados. Mis padres siempre fueron trabajadores...”

Carlos trabajó durante dos años y medio en una imprenta por calle Alejandro Gallinal hasta que lo despidieron. Tenía 22 años y un seguro que se agotaba. Vio en el informativo la propuesta de cursos gastronómicos de El Abrojo en Cedel y se interesó. Su padre le dio un impulso más y se tiró al agua.

“La cocina siempre me llamó la atención. Pero pensé que era más tranquila. Y resultó ser otra cosa, más palo”, se ríe.

Le gusta el palo, reconoce. El trabajo duro. Pero de eso se da cuenta recién hoy.

Mientras Carlos hacía los seis meses de capacitación en Cedel, comenzó a hacer sus primeras armas en un “bolichito chiquito” en avenida Bolivia casi la Rambla, en Carrasco. Un compañero lo recomendó. No estaba en caja; era informal, precario. Al poco tiempo, El Abrojo le consiguió lugar en la cadena de restaurantes donde se hacían las prácticas de cocina. Gustó y quedó. Además, estaba en regla. Pero pronto se sintió incómodo, no le gusta el ambiente. “Ni con los encargados, ni con los compañeros.” Llegó el peor momento para alguien que aún no tiene la vocación fija: ir por la plata, porque no quedaba otra.

“Yo fui a El Abrojo y les pregunté si no me podían conseguir otra cosa. Y surgió esto, La Estacada. Se dio esta posibilidad y fue todo lo contrario, no hubo ningún tipo de problemas, nunca.” Empezó en la cocina como ayudante, haciendo postres y ensaladas. Luego pasó a los fritadores y la plancha. De ahí a la pasta casera. Y de ahí...

“Ya estaba como cocinero cuando me dijeron de encargarme de la parrilla. Al principio dudé, lo que yo había estudiado era cocina. Pero a mí el fuego siempre me gustó, ¡con mis amigos el que hacía el asado siempre era yo!”

Hace tres años no sabía nada de cocina. Hoy es uno de los encargados de la parrilla de La Estacada. Decir esto es decir que un domingo podrá asar 40 kilos de asado, 15 de pulpón, cinco o seis de pollo, de 40 a 50 chorizos y de 20 a 30 morcillas. “Hay momentos en los que decís por qué no me metí en otra cosa (se ríe)... pero me gusta cuando hay mucho trabajo. Ahí ves si estás capacitado. A mí me gusta el palo. A todos los que estamos en la cocina nos gusta el palo. Debe ser algo masoquista”, larga la carcajada.

Cuando la parrillada permite un respiro, Carlos pide permiso para meter mano en la cocina. Le gusta aprender.

\*\*\*

Hace unos doce años, Francisco Russo fue a dar una charla sobre el mundo de los restaurantes invitado por sus amigos de El Abrojo. Fue justamente en el Cedel, en el Parque Rivera. Si los jóvenes van ahí, piensa, es porque tienen ganas de que algo pase en sus vidas. Había treinta chicos rodeándolo, pero enfrascados en sus teléfonos celulares. Al país habían llegado los primeros móviles con conexión a Internet; los aparatos ya no servían solo para llamar y mensajear. Estaban en la de ellos, imposible que lo escucharan. Y decidió actuar, apelando a su propio celular.

“Me paro, agarro el celular y digo: ‘Señores, este aparatito que es tan necesario no me va a dejar atenderlos a ustedes. Si no se enojan lo voy a apagar’. Los muchachos enseguida entendieron e hicieron lo mismo. Es cuestión de tener llegada con ellos.”

Para Russo, esto es un ejemplo de, justamente, predicar con el ejemplo. Y así ha tenido éxito en esta cooperación.

¿Qué hace que uno de los chicos que participa del programa laboral salga adelante? No hay certezas. Vienen de contextos vulnerables pero quieren recibir capacitación. Esa es una buena señal. Pero no es suficiente por sí solo.

“Hace falta interés por trabajar pero también por conocer cosas nuevas. Es un proceso muy personal”, dice Sandra Ojeda. Eso lo tienen que traer a los cursos o lo tienen que descubrir. “Estos son jóvenes iguales a otros, solo que no han tenido las mismas oportunidades. O no las han sabido aprovechar.”

Ojeda subraya que para esta iniciativa tenga éxito también hacen falta empresas y empresarios que estén dispuestos a aprovechar la potencialidad de estos jóvenes. Russo es uno. No recuerda cuántos chicos de El Abrojo han trabajado con él. Algunos de ellos han formado familia en sus locales, otros han seguido haciendo carrera en otros restaurantes de Montevideo. Las experiencias, indica, siempre han sido positivas. Nunca una desubicación: “Si usted trabaja con respeto, exige respeto y recibe respeto”, insiste.

Pero él mismo se encarga de aclarar: lo suyo no es filantropía, no les está dando un subsidio, les está dando una oportunidad laboral, pagarles por su trabajo.

“Busco buena presencia. Que sepan hablar. Veo qué características tiene. Un tipo que no pueda leer bien no será mozo pero sí pueden estar en la cocina, lavar pisos, fregar platos. Desde el mismo momento que vienen les doy la ayuda necesaria para pulirse, si hace falta les doy buenos modales. Yo lo que hago es darles una chance para que despeguen.”

Francisco Russo nació en 1947 a una cuadra del Mercado Modelo. De muy niño iba ahí a buscar verdura. “No la compraba, me daban los descartes.” En su casa había siete

hermanos, dos varones y cinco mujeres, y había que parar la olla. Había también que cocinar para nueve. “No faltó comida, pero tampoco faltó trabajo.” Tenía nueve años y salía a la calle a vender pescado “a vintén”. Si no era pescado, era verdura. “Capaz que me puedo ver en estos gurises...”

\*\*\*

Carlos ya está vestido de parrillero. Esto es, una remera de manga corta, gorro con el logo del restaurante y delantal. Todo negro, como un arquero de los de antes. Así vestido se le notan los tatuajes. Tiene un templo japonés en el antebrazo izquierda. “Si no hay amor que no haya nada”, tiene escrito en el pecho. Pertenece a una canción de Carlos Solari, el Indio.

Carlos está saliendo con una chica. Es todo lo que permite acercarse a su vida sentimental.

Si alguien quiere jugar a ganador con él, le puede pedir una picanha jugosa. El secreto de la parrilla, dice, es tener buena brasa. Y todo lo que pueda debe estar ya preparado. Marcado. No le gusta la falta de previsión. Es rápido: un lechón le queda pronto, a lo sumo, en seis horas y media.

—Carlos, ¿qué significó *El Abrojo* para vos?

—Marcó un antes y un después, de verdad. Conocí gente increíble... Cuando yo tenía algún problema, hablé con mis compañeros, con los docentes y siempre estuvieron para apoyarme. Realmente me ayudaron. También me dieron un año gratis de salud bucal, el carné de salud, cursos de manipulación, un uniforme de trabajo, pautas de conducta...

Se lo nota feliz. Cerca suyo, también trabajando en La Estacada pero de moza, está Camila Mayo, de 21 años, procedente de Colón, preparando jugo de naranja en la barra. Ella también hizo el curso en El Abrojo.

Carlos, que ya no se ve en el horno, dice que a los jó-

venes desnorteados no les queda otra que pelearla. Si uno la rema, asegura, forzosamente tarde o temprano tiene que salir adelante. “Es cuestión de voluntad, trabajo y constancia.” Por suerte, tuvo quien lo ayudara.

—*¿Y qué futuro te imaginás?*

—Me veo emprendiendo algo. Yo acá estoy bien, pero más allá de eso, no me quiero conformar. Las personas no se tienen que poner un techo, me parece a mí.



TODO SER HUMANO NECESITA  
SENTIRSE QUERIDO

KEVIN RIVERO

Emilio Martínez Muracciole



Se les hacía tarde, demasiado tarde en la noche ya, cuando desde las esquinas empezaban a aparecer las voces de sus madres llamándolos de uno en uno, nombre por nombre, para volver a casa, comer y acostarse. Al otro día había escuela, así que ya era suficiente juego y calle por hoy. Kevin, de 30 años, lo recuerda con demasiada claridad. “Éramos once o doce gurises. Todos iban volviendo a sus casas y yo no tenía a dónde ir. Ahí era cuando arrancaba para el centro o para algún otro lugar a buscar una plaza o lo que sea para ir a dormir. Tenía diez años.”

La infraestructura urbana de los barrios periféricos, o más bien la falta de ella, es así: la intemperie es más intemperie y hay que salir a buscar la que proteja mejor. “Había lugares en los que me podía refugiarme más: monumentos, garajes y hasta un contador de la luz. Acá en el barrio no había de eso.” Además pesaba la vergüenza, más allá de que entre los siete y los doce años el vivir y dormir en la calle fue lo corriente para él. “No está bueno que en el barrio te vean los vecinos durmiendo en una canaleta”, apunta, casi como si hiciera falta aclararlo. A veces, sólo a veces, encontraba una mejor opción, como cuando en la casa de su vecina Amalia decidieron que ya era demasiado tarde para seguir jugando al Family, así que, otra vez, cada cual para su casa. “Tuve que irme. Cuando voy saliendo me doy cuenta de que la cucha del perro estaba buena. Era de material y además era grande.” Lo va recordando y no puede evitar, aun en la tristeza de lo que relata, un esbozo de sonrisa. “Agarré una piedra y se la tiré a Rey, el perro; lo eché de su propia cucha, y ahí dormí. Al otro día me levanté y fui a la escuela.” Ese recuerdo viene de antes: “tenía ocho años; estaba en tercero”, contó.

Kevin Rivero vive en su barrio, Casavalle, con la familia que formó hace poco más de un lustro. Con tres niños en la casa prioriza “las cosas fundamentales”, como “mirarles el cuaderno, hacer los deberes con ellos, que noten que son importantes, que sepan que los quieren. Uno no lo tuvo y sabe lo importante que es. Para eso no necesitás plata”.

Entre los siete y los doce, cuando vivió en la calle, Kevin tuvo una casa donde dormir y vivir, pero sentía que había razones de peso para no estar allí. Escapaba de diferentes tipos de violencia, del desinterés y de más violencia, la que llegó a dejar a su hermana, apenas una niña, en un CTI. En los hechos terminaba volviendo, pero repetía la historia al poco tiempo. “Puede sonar raro, pero a veces hasta le agradezco a mi padre ser como era”, dice, convencido de que en ocasiones la peor de las desprotecciones no necesariamente está en la calle. Cuando nació, en 1987, su padre estaba preso por homicidio. Incluso su madre lo había conocido estando ya en un centro de reclusión, cuando acompañó a una amiga a la cárcel a visitar a su marido. “Yo, de bebé, conocí Punta de Rieles, Miguelete, el Comcar, el Penal (de Libertad); conocí todos los módulos. Tengo fotos de bebé en las que estoy arriba de una mesa de visitas en la cárcel. Conocí por dentro las celdas. Yo vi eso, que no estaba nada bueno, y supe que no lo quería. Incluso cuando mi padre salía en (libertad) transitoria tampoco estaba bueno. Me acuerdo clarísimo que tenía 12 años e iba al liceo 36, y mi padre un día me llevó en bicicleta de casa hasta el liceo. Era una bici montaña; yo iba sentado en el cuadro. En el trayecto él me iba contando ‘a esa carnicería que está ahí yo la robé’, ‘en aquel supermercado rapiñé’, ‘acá en la seccional 12<sup>a</sup> me tuvieron varias veces’. No me decía que qué quería ser yo cuando fuera grande, ni me recomendaba estudiar para tener un mejor trabajo; nada de eso.”

\*\*\*

Kevin admite que es común que le señalen que siempre está sonriendo; parece un rasgo entre facial e identitario. Lo conserva incluso cuando aborda escenas visceralmente amargas, en las que, en realidad, amargura es apenas un eufemismo. Cuenta su historia con detalles apoyado en un léxico con el que no se le hace difícil ser preciso en cada una de las escenas, ni desnudar la carga emotiva del caso a caso. Se trancó un poco, sí, cuando quiso empezar a explicar el peso de El Abrojo en su vida. Estiró una “Y...”, buscó con los ojos que le bajaran las palabras desde el techo y descomprimió algo con un “¡Puf!”.

Se vinculó como jugando, colándose a las actividades lúdicas que El Abrojo realizaba en su barrio los fines de semana. “Había una acá en Las Cabañas, que en realidad era para gurises más grandes, tipo de 14 o 15 años. Conocí El Abrojo no sólo por el barrio, sino también por la calle. Había un ómnibus (se refiere al Proyecto Bus Itinerante) que siempre iba a la explanada 21, en Pocitos, y ahí se hacían actividades. Me acuerdo de educadores como el Cabeza o el Muñeco. Con ellos íbamos en el ómnibus, y en el ómnibus mismo nos daban de comer, nos ofrecían un lugar, hacíamos juegos, nos enseñaban a caminar en zancos y todas esas cosas. Era todo para niños que estaban en situación de calle. Sabía que en mi barrio había otro grupo que hacía actividades en Las Cabañas, y además mis hermanas terminaron la escuela gracias a El Abrojo. Me acerqué porque estaba bueno. Había pila de gurises. Había algo ahí, así que ‘vamos a ver qué es’; fui de curioso, a jugar.” Y, claro, no fue una actividad. Se volvió un proceso, que duró no sólo su tiempo en la calle. De hecho fue su puerta de salida de la intemperie. Y más aún, porque cuando narra y describe, los aspectos que más destaca están asociados fundamentalmente a lo afectivo. “No sé cómo explicar el peso de El Abrojo, de la ayuda que tuve; no hablo de que me

dieran dinero por mes o ropa, sino de un apoyo psicológico muy importante que quizás cuando uno es niño no se da cuenta del peso que tiene. Y además todo lo que tiene que ver con el afecto. Ahora pienso y no sé dónde estaría ahora. Hubiese estado bueno tener todo ese apoyo y ese afecto por parte de mis padres, así sea en estupideces; pero no.”

“El Abrojo siempre estuvo. Ahí te daban un abrazo o te hacían reír; eran las cosas que no tenía en casa, y estaba muy bueno. Era gente buena, y en ese momento para mí ser bueno era que no robara ni pegara ni se abusara. Y era muy difícil creer que había gente buena. Uno no pensaba que existía gente buena, sino que eran todos ventajeros, que no hacían nada si no es a cambio de algo. Y en El Abrojo sí me daban todo eso gratis. Vino y se instaló en un barrio donde nadie creía en nadie. Los demás gurises me decían ‘no’, como que no tenía una buena intención. Viviendo en la calle vos siempre desconfías; hasta cuando te llama una persona desde un edificio para darte un bol de comida. Estás todo el tiempo a la defensiva, en alerta; tenés miedo de todo: de la policía, de los dueños de los lugares en los que andás. Era inevitable pensar que todos los que estaban trabajando eran todos malos; estaban todos en contra de uno porque no te dejaban en paz, no te dejaban tranquilo. Era como que todos estaban mal, y no, no es así. El que estaba mal a veces era uno, pero es muy difícil verlo así cuando sos un niño y estás en la calle. Y (en ese contexto) no era fácil discernir, distinguir a un grupo de personas que no eran malas”. “Te ayudaban sin pedir nada a cambio. Te daban su tiempo. Creo que lo hacían más que nada porque eran buenas personas; más que nada por eso.”

En su descripción, una oración es recurrente: “se preocupaban por mí”. “Siempre estuvo presente El Abrojo, y la Obra Ecuménica; con ellos siempre tuve un espacio.”

A menudo se interroga qué habría pasado si las decisio-

nes de aquel entonces hubieran sido otras. “Me lo planteo todo el tiempo. Hubiese sido todo diferente”, sobre todo en la adolescencia. “Creo que con no volver a mi casa me fue bien, porque con todos los gurises que yo me juntaba, gurises que volvían con sus padres, en la mayoría de los casos están presos o muertos.” Kevin los recuerda en las mejores escenas. Pero las más crudas también brotan, inevitables: “De repente éramos siete u ocho gurises en una esquina, alrededor de un árbol, y casi todos le estaban dando al cemento. A uno lo perseguía el dinosaurio Rex; otro veía a Dibú y alucinaba con eso. Yo, que vivía en la calle, nunca agarraba nada de eso. Y sin embargo ellos sí volvían a sus casas y estaban con su padres”. Está convencido de que su suerte sería la misma de ellos de no haberse conectado con El Abrojo. “Incluso podría estar preso sin haber hecho nada, porque si te juntás con algunos gurises que, como se dice, ‘tienen corriente’, a vos también te llevan. Sos pobre y no tenés para un abogado. Te van a llevar y vas a ser parecido al de una filmación de una rapiña y no tenés para decir dónde estuviste porque no trabajás y no tenés recibo de sueldo. Estás todo el día vagando en la calle y terminás preso.”

\*\*\*

Tiene clara la cifra: 88. Esa fue la cantidad de entradas a comisarías siendo menor de edad. “Todas por vagancia. De mayor no tengo antecedentes. La policía me veía en la calle y me llevaba. Si estaba abriendo las puertas de los taxis en la entrada a un baile, eran las tres o cuatro de la mañana y la policía me llevaba.” Eso implicaba, una vez tras otra, retornar a su casa. La historia se repetía hasta el hartazgo.

El enunciado “entre los siete y doce años vivió en la calle” encierra bastante más de lo imaginable; está repleto de situaciones, pero también de etapas. “Yo estaba continuamente

en la calle, y no un día o unas horas, sino que me quedaba en la calle hasta tres o cuatro meses seguidos. Tenía nueve o diez años de edad. Pero empecé a crecer, y en ese tiempo la inseguridad iba en aumento. Crecía, y ya no daba lástima. Tenía que sobrevivir mendigando, vendiendo estampitas en los ómnibus, pidiendo dinero afuera de los supermercados, cuidando autos en el Disco de Agraciada y Asencio, y entonces cuando empecé a crecer ya no estaba para estar en la calle. Empezaba a andar mal porque la gente te mira diferente, las mujeres agarran fuerte la cartera y ya nadie baja la ventanilla del auto. Yo ya no era un niño; ya no me veían como una persona que no representaba un riesgo. Ahí fue que hablé con El Abrojo. No quería estar en mi casa, pero tampoco quería ir a un lugar en el que hubiera menores infractores. Nunca estuve en la Berro pero sabía lo que pasaba por lo que me decían los demás gurises que se fugaban. Sabiendo eso, mejor me quedo en la calle.”

“En la calle conocí gurises de todos los barrios: de Cerro Norte, de Casabó. Estábamos en la misma, en la calle, pidiendo monedas. Teníamos historias muy parecidas, queriendo escapar del hogar. Uno piensa que nadie se preocupaba, y mucho menos ocuparse. No existía ni el MIDES ni estaban todos los planes que están ahora. No había muchos lugares donde recurrir. Entrar a un refugio era muy difícil.”

A través de El Abrojo llegó al proyecto social Capitanes de la Arena —del Centro de Investigación y Promoción Franciscano y Ecológico, CIPFE—, que fue su hogar hasta la mayoría de edad. “Allí estuve de los 14 a los 18. Siempre mantuve contacto con mi familia, visitando a mis hermanas. A la casa de mi madre no quería ir; mi padre era muy violento. El único escape que conseguí para irme y no pasarla tan mal fue internarme.”

El proceso, en la calle y ya fuera de ella, fue largo y ha-macado. Se aferró a algunas certezas, como la de seguir estu-

diando. “Eso es importante. Siempre fui a la escuela”, recuerda. Le gustaba, se comprometía con ella, y de hecho llegaba al punto de colaborar con la Comisión de Fomento, aportando varias de las monedas que el día anterior había conseguido en la calle. Aprovechaba la escuela lo más que podía; allí mismo hacía los deberes, y allí también, en la escuela N°320 del barrio Borro, quedaban sus cosas hasta el otro día. Llegar mal dormido era lo cotidiano: “A veces la maestra Mónica me hacía una cama con mochilas para que yo pudiera dormir en el recreo. Unos minutos antes de terminar en el recreo iba y me despertaba”. Esos gestos los encontraba en la escuela y fuera de ella; incluso lejos, por ejemplo en el Bar Ibérico de la calle Agraciada. “Si a Eduardo, el cajero del bar, yo le llevaba el carnet de la escuela y las cosas iban bien, me dejaba andar todo el tiempo ahí. Me daba un capuchino, una medialuna, me dejaba estar un rato en un lugar más calentito. No me podía quedar a dormir porque al dueño no le gustaba, pero estaba todo bien porque no me corría ni llamaba a la policía, y eso para mí ya era ser un amigo.”

Munido de su capacidad, su resiliencia y una infinidad de factores externos, como por ejemplo aquellos gestos, llegó a ser abanderado. Pero para la foto, asegura, prefería ser escolta: “Como no tenía champions me ponía atrás, porque en la foto quedaba mal”.

\* \* \*

Kevin, de nuevo en su barrio, habla del lugar, de las complejidades que se sortean las argumentaciones de la vía rápida. Resulta complejo para él, que respira allí y que explica todo sin dificultad alguna. Cuenta, por ejemplo, que los tips que los padres transmiten a sus hijos como aspectos básicos de seguridad, pueden no ser los de otros barrios: “De repente en otros

lados a los hijos les enseñan que hay que esperar la luz verde del semáforo para cruzar. Acá no tenemos semáforos. Enseñamos sí que si escucha un disparo hay que reaccionar rápido, meterse en casa, no salir a chusmear por ningún motivo”. O las complejidades de los abusos de poder naturalizados: “Acá hay mucho movimiento durante todo el día. Dos por tres hay un allanamiento y te invaden. Si no estás haciendo nada malo no tienen por qué entrar, romperte las cosas de tu casa y tirarte todo al piso porque es la policía”.

Y después, o siempre, la tele. “No estoy de acuerdo con lo que hacen algunos programas que son, en teoría, programas de actualidad. No tienen tiempo para investigar qué fue lo que pasó, cómo fue realmente. Si ayer hubo un operativo en un barrio no pueden salir a hablar ellos en la tele y asumir todo como que es todo real si no fueron nunca al barrio. No investigan ni verifican. Van allí, a los paneles, los mismos de siempre. Y todo eso, claro, vende.” Ya le dijo un comisario, cuando era bastante más joven, que tenía que mudarse para que no le pasaran algunas cosas como ser llevado a la seccional cuando estaban buscando a otra persona. Y se lo sugirieron hace pocos años cuando casi pierde una pierna por llevarle gasoil a un amigo al que se le había quedado la camioneta ya bastante entrada la noche. Salió en la moto, rápido, con el gasoil en la mochila. Desde un patrullero lo vieron pasar por San Martín, y alcanzó con eso, con que “un masculino” fuera velozmente en moto, cargando una mochila, para salir a perseguirlo y toparlo desde atrás sin mediar voz de alto.

El impacto de la superficialidad de un abordaje periodístico que atrae espectadores condenando a otras personas es un asunto que Kevin viene masticando y cavilando desde hace unas dos décadas. Su mejor botón es una experiencia concreta, sufrida en carne propia. De todas las que narra, es la única que consigue desdibujar la que hasta el momento parecía una

imperecedera sonrisa. “Uno trata de superarlo, pero olvidar no lo puede olvidar”, dice. Tenía once años, estaba en sexto de escuela. En resumidas cuentas, el incendio intencional de un auto abandonado se llevó la vida de dos pares, dos niños que eran sus amigos y con los que, en ese auto, solía dormir. Por el solo hecho de estar ahí se convirtió en sospechoso. Su cara apareció en los informativos entrando al juzgado. Lo mostraron y hablaron de él una y otra vez, hasta que finalmente fue ubicado el culpable del siniestro. Él, de todos modos, siguió cargando con la condena en la escuela, en el barrio, en los ómnibus, y también en la casa. “Y ahí estuvo El Abrojo, yendo al juzgado, dándome apoyo psicológico. Me ayudó mucho.

No me molestó tanto el estar en la comisaría, porque en definitiva yo estaba acostumbrado a todo lo que me pasaba en la comisaría. Me molestó sí todo lo que hizo la prensa. Fue una tortura psicológica mortal. Eso fue a los 11 años, y hasta los 17 estuve en manos de psicólogos. Yo tenía una relación con esos gurises. Eran mis amigos, comíamos juntos, jugábamos siempre en la plaza Suárez y teníamos historias muy parecidas; éramos todos iguales. Estábamos en la misma y de golpe no estaban más. En un mismo golpe me quedé sin mis amigos, y me culparon.”

\*\*\*

Hoy Kevin tiene 30 años, repasa, piensa y comparte. Hoy tiene dos trabajos: uno de guardia de seguridad y otro reparando celulares. Antes se dedicaba también a la informática, la que le gusta desde la infancia, cuando la palabra ceibal sólo tenía connotaciones botánicas. Siendo niño, a través de El Abrojo accedió a un curso en Bios. Todavía iba a la escuela. “Era imposible para mí acceder a una computadora. En la prueba inicial me acuerdo que me saqué diez sobre diez, y era

la primera vez que tocaba una computadora. Era una tontera, pero me valió el acceso a una computadora con Windows XP.”

También repasa su vida de niño cantor de la Dirección Nacional de Loterías y Quinielas, o como colaborador en el Jardín Botánico primero y en el Parque Lecoq después, ámbitos todos en los que fue conociendo mucha gente que le permitió ampliar su red. “Desde los quince años aportó a la Caja. Todo eso fue gracias a Capitanes de la Arena. Siempre seguí estudiando y además quería trabajar. Nunca digo que hice todo sólo. Siempre precisé y voy a seguir precisando. Tuve mucha ayuda, aunque no la que precisaba, la de mi familia.”

Y otra vez, como si hiciera falta decir, dice: “Todo ser humano necesita sentirse querido, y reconocimiento”.

JUGAR REJUVENECE

ADRIANA ÁLVEZ

Azul Cordo



No cumple con el estereotipo de animadora: no agita las manos, solo hace algunos círculos con su mano derecha sobre el mantel de cuero mientras habla suave y recuerda. No se viste con ropa colorida, ni con parches de lunares: viste un azul oscuro y dos perlas adornan sus lóbulos. El pelo suelto, algo enrulado, apenas largo hasta los hombros. Adriana Álvez planifica los talleres, qué estrategias, qué materiales, qué dinámicas, pero no le gusta estar arriba del escenario y arengar a las masas. Adriana Álvez planifica cambios rotundos en su vida y los logra.

Una década atrás se animó a cambiar la boutique por el curso de recreación. Tenía 46 años y cuatro hijos: el primero parido cuando ella era apenas mayor de edad; el último contaba 4 años.

Antes, aún siendo una madre muy joven, a cargo de tanto y de tantos, con estudios interrumpidos entre cuidados y mudanzas, del Cerro a Shangrilá y luego al centro montevideano, se propuso seguir estudiando y, de a poco, a solas, autodidacta, en trasnoches y ratos libres, fue aprobando exámenes para recibirse como psicóloga social en 2002. Pero sentía que le faltaban herramientas para abordar “la grupalidad”, el encuentro con los otros, y en 2008 encontró el curso taller de Formación en Recreación del programa La Jarana de El Abrojo:

—Apenas comencé el curso sentí que me reencontraba con lo aprendido en Psicología Social, pero desde otro lugar y aquello de que el aprendizaje pasa por el cuerpo se hizo más evidente. Ese espacio lúdico marcó un antes y un después en mi vida profesional. Lo competente y humano de los encargados del curso llenaron mis expectativas, principalmente Ernesto Izquierdo, el ‘Kabeza’, un genio, que tiene incorporada

la recreación, no la tiene que pensar, por eso creo tiene tanta llegada con el otro —recuerda Adriana.

Terminado el curso de Animación y Recreación “descubrí un mundo laboral completamente diferente. Desde ese entonces, mi relación con el trabajo social es permanente”. Formarse en La Jarana “reorientó la vida laboral y personal de Adriana. Su pasaje por El Abrojo la redefinió personal y laboralmente”, dice Izquierdo.

Ernesto define a La Jarana como una "propuesta de intercambio, de ida y vuelta". Si bien los juegos son, a esta altura, una "certeza metodológica" para este educador integral, con tecnicatura en Handball y en Gestión Cultural, las decisiones sobre qué dinámica o juego hacer se realizan a partir del objetivo: "No vas a usar fútbol para integrar a personas en un grupo, porque el fútbol es competencia", ejemplifica.

"El juego permite acercarte de otra manera a las personas. Lo lúdico, lo recreativo no dejan de ser técnicas para trabajar en grupo", sigue el Kabeza, aunque todavía son vistas por mucha gente como "algo distinto" al momento de abordar un grupo, de pensar en trabajar en equipo. Y, paradójicamente, a veces genera más resistencias en grupos de profesionales formados en "lo social" que en las poblaciones vulnerables, jóvenes, mujeres, personas con discapacidad, u otras grupalidades abordadas por técnicas recreativas. Así lo percibe Adriana, que ahora trabaja en la División de Cooperativas Sociales y Procesos Asociativos del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES).

Ella llegó a trabajar en el edificio de 18 de Julio y Barrios Amorín, tras varios años de animarse a hacer lo que nunca había hecho, como pasar veranos haciendo recreación en un camping...

—Antes de eso nunca había dormido en una carpa o en una grada en un campamento.

...participando de programas del Instituto de la Juventud

(INJU) y en Turismo Social del Programa de Uruguay Trabaja. Luego se vinculó al Programa Socio Laboral de El Abrojo trabajando en varios proyectos, como cuando coordinó las cuadrillas de jóvenes en el programa Caza Basurales que, a lo largo de la cuenca del Arroyo Carrasco, animaban el barrio con megáfonos, pancartas, pelotas, cuerdas y otros juegos, mientras otra cuadrilla se encargaba de la gestión ambiental y de la limpieza en el lugar...

—Mostrábamos que estábamos ahí, con juegos y cantos. Hoy una de esas chiquilinas estudia comedia musical y otro se dedica al periodismo.

...animar el encuentro Arte y Juventud, trabajar con mujeres en el Barrio Otoñal, en Pro Joven y por último Cooperativas Sociales en el convenio El Abrojo-MIDES.

—Tengo flexibilidad de meterme en todos lados.

...acompañar a emprendedoras en programas de capacitación de Inefop destinados a mujeres con alguna vulnerabilidad psico-social o socio-económica...

—Cuando planifico debo pensar qué dinámicas hacer y para qué se hizo este grupo.

\*\*\*

La Jarana es un programa multidisciplinario (integrado por sociólogos, comunicadores, educadores sociales, psicólogos) vinculado a los juegos, al tiempo libre, a la recreación cultural. Es un área fundante de El Abrojo, allá por 1988, dice Ernesto Izquierdo, quien coordina este espacio de trabajo que se conformó como un programa institucional en 1998.

En ese momento era prácticamente la única opción formativa en recreación y animación sociocultural. Hoy tiene dos áreas de trabajo, la primera es el Programa de Formación,

Capacitación y Especialización en Recreación Animación Sociocultural y Promoción Juvenil —con el curso taller de formación en recreación y con líneas de investigación intergeneracional en pequeñas localidades del país—; la segunda área tiene múltiples proyectos de Intervención Socioculturales a través del uso creativo del tiempo libre y la recreación en marcha.

Cuando tomó ese curso de formación, Adriana compartió el espacio con compañeros y compañeras que, en su mayoría, eran más jóvenes que ella. Pero entre tanto agite se olvidaba de su edad.

—Con 47 o 48 años me encontré nuevamente con el juego —dice y recrea escenas de aquellos primeras prácticas en las que, junto a su grupo, iban corriendo atrás de una pelota en pleno 18 de Julio—. Al principio iba con prejuicio sobre esto de moverse en el espacio, bailar, tocarse con el compañero. Luego entendí que no todas las dinámicas son así y también que correr o tirarse el piso o dejarme caer para que otro me agarre en el aire tenían un por qué. Eso era lo que estaba buscando.

La recreación crea lazos invisibles que están siempre.

\* \* \*

Un trocito de tela para soñar, eso también es jugar.

—¿Qué podemos hacer con esta tela? —preguntó Adriana en el encuentro con aquellas mujeres de Pando que iban a emprender un negocio textil, con quienes se parecía tanto en la búsqueda de avanzar hacia la independencia creativa y la autonomía económica.

No se usan las mismas técnicas de recreación para todos los grupos, eso hay que entender, aunque pasen todos por una misma instancia como la presentación de cada participante.

Hay que adaptar las técnicas al grupo, según sus géneros, sus edades y los objetivos por los cuales han coincidido en ese tiempo y espacio.

Por eso, para estas mujeres reunidas por el espíritu de armar un emprendimiento textil, Adriana pensó en un trozo de tela. Colocó el retazo en el centro de la ronda y propuso hacerle preguntas, pensar desde ahí qué hacer con él y unir esas ideas a través de otros retazos. En cada encuentro que mantuvieron durante casi un año, se unieron, se cosieron, se pegaron, trocitos con ideas, sentimientos, mensajes. En los diez primeros minutos de cada clase, los bordaban. A fin de año, al cerrar el proceso de trabajo, tenían una pancarta de *patchwork* que sintetizaba lo vivido. Un sueño cosido a puntadas.

—No quiero dejar de contar que he trabajado para Inefop en esos módulos de capacitación para mujeres emprendedoras, porque allí la preparación de cada taller se llena de magia y la imaginación es el motor —dice con la mirada iluminada. Con sus manos dibuja el cuadrado de tela. No le pregunto cómo era, me la imagino rosada y a cuadritos. —Ha sido en esta tarea donde más he aplicado todo lo aprendido en La Jarana. La libertad de trabajar con diferentes técnicas hace que se dispare una energía creativa que solo se detiene cuando se termina el contrato de trabajo.

Ante ellas, estas emprendedoras, Adriana dice que les transmite muchas cosas de su vida:

—Me pongo como ejemplo de alguien que pudo salir de una situación compleja. Se puede porque lo viví.

El método que parece haber construido es el de descubrirse como mujer, compartir su proceso de superación personal, hacerles saber que dudó, que tuvo miedo de cambiar, pero que se animó. Que se divorció. Que probó de estar de nuevo acompañada y que ahora se sabe sola, y disfruta.

—Al estar sola te conocés, te valorás. Normalmente se

piensa que después de tantos años no vas a poder cambiar. Hay que sumar experiencias para ver las cosas de manera diferente y animarse. Yo venía de años de probarme a ver si podía.

Y pudo.

\*\*\*

En su caso sería temerario afirmar “en casa de herrero, cuchillo de palo” o “en casa de animadora, aburrimento asegurado” porque ella dice que dentro de su casa es muy graciosa y se pasa haciendo chistes a sus hijos. También dice que habla mucho cuando está mano a mano con otro, pero que en grupo es muy tímida, y que, en la cooperativa de viviendas que integra, apenas se anima a intervenir. Ella, que capacita a cooperativistas en gestión, trabajo de equipo, en la que cooperativa que integra ejercita su capacidad de escucha y hasta ahí llega, trabajando su ego, porque debe registrar que no está en ese espacio capacitando a nadie sino siendo parte del proceso de construcción cooperativista.

—En lo que sí me veo más segura y me identifico es con las dinámicas que tienen que ver con producir algo para determinado fin, sea con papel, tela, pinturas o cualquier otro elemento y que involucre a varios participantes —como armar barquitos de papel que luego se transformen en camisetas con mensajes emotivos que se cuelgan en una cuerda para simbolizar que cada uno se pone la camiseta de la empresa o cooperativa social que está creando junto a otros—. El trabajo en equipo es difícil de lograr, pero es donde encuentro siempre un desafío y la Psicología Social y la recreación se amalgaman para lograr buenos resultados, se conjugan en el llamado Proceso Creador.

Su juego favorito son las canciones de repetición, aunque no es muy buena en eso porque se olvida de las letras. Si las

usa es cuando ya conoce un poco al grupo y pueden reírse sin burla. Hay una canción que utiliza cuando “hay que despedirse”, cerrar los meses de trabajo en equipo: la canción de la goma, que borra a su paso lo que ya pasó.

—Creo que el juego es habilitante, permite descubrir habilidades que las personas creemos no tener, permite encontrarse desde un lugar de igualdad: todos en algún momento de la vida hemos jugado y es una forma de comunicación, en algunos casos, no verbal, universal. Para los adultos, ese encuentro cuesta un poco más porque está presente la vergüenza, la creencia de que solo juegan los niños, pero cuando se te pone enfrente alguien que te hace jugar sin que te des cuenta es mágico, se genera una energía que contagia y el juego se vuelve natural. El juego genera nuevas estrategias de socialización fundamentales para un envejecimiento digno y feliz, trae disfrute, alegría, te puedo asegurar que rejuvenece.

Mira por el ventanal hacia la esquina de enfrente y luego hacia arriba, donde está su oficina, allí debe volver. Advierte que memorizar esta década la ha movilizad. Afirmar que los cambios que hizo son porque se los ha propuesto, y que la vida te sigue sorprendiendo. Con paso apurado abre la puerta de vidrio, mira hacia atrás por encima del hombro y se despide:

—Cada día te pasan cosas mejores.



DESDE EL FONDO

NATALIA BONANATA

Horacio Varoli



—Pregúntale a Kevin si cuando se cagó no le hice comer la mierda con la cuchara —le dijo su hermana con tono desafiante, sin remordimientos.

Natalia quedó en absoluto silencio, muda. No pudo contestarle nada. Sintió un nudo apretado en la garganta y se largó a llorar. “No supe qué decirle”. Su propia hermana había castigado a su hijo mayor por hacerse caca encima; el niño no podía soportar la angustia de no estar con su madre, consumidora de pasta base.

Su situación había tocado fondo, definitivamente. “No podía creerlo.” La confesión de su hermana, la imagen que recreaba en su mente de su hijo con las heces en la boca, le confirmaron que ni siquiera su familia le garantizaba contención ante su descontrol. “No podía permitir que por un poco de droga mis hijos sufrieran.”

Al mismo tiempo, el riesgo de perderlos crecía. Decidió internarse.

\*\*\*

Natalia cuenta ese episodio con la misma bronca y con llanto, como aquel día. Hasta repite los mismos silencios de aquella vez; es una mujer de pocas palabras que no abunda en adjetivos.

Se sienta en una mesa redonda en la cocina de Repique, un proyecto educativo situado en el barrio Colón, al que llegó por recomendación de un asistente social para que sus hijos no estén tanto tiempo en la calle, y ella intente reencausar su vida.

En Repique, a Natalia la señalan como un ejemplo de supe-

ración. En ese lugar ella es la mejor versión de sí misma. Dos veces por semana acompaña a cuatro de sus seis hijos a los talleres de gimnasia y de cocina después de la escuela. Son cinco varones y una niña. Kevin, el mayor, ahora tiene 11 años. Él y otros tres viven con ella; otro vive con su madre; y el más chico de todos fue dado en adopción. “Nació con problemas por causa de la droga”, dice. Es que Natalia consumió pasta base estando embarazada, como si no tuviera a nadie en su vientre. “Un problemita por la sustancia”, aclara, pero no sabe qué es lo que tiene.

Los hijos de Natalia tienen el mismo padre, Manuel. Él es el gran amor de su vida, pero también el hombre que le mostró la puerta de entrada al infierno de la pasta base. Ese viaje que dura unos segundos, pero que genera una severa adicción.

Conoció a Manuel en la cárcel, en los horarios de visita. Era apenas una “gurisa”, de menos de 20 años, que acompañaba a su hermana a ver a su cuñado, preso por hurto. Era el lugar menos propicio para enamorarse. Sin embargo, hubo algo en Manuel que captó la atención de Natalia. No sabe qué fue, pero tampoco se esfuerza por explicarlo. Simplemente sucedió. Natalia arriesga que pudo ser la forma de vestir de Manuel, o su forma de andar. O su forma de ser.

Natalia lo esperó. Cuando él salió de la cárcel, empezaron a verse fuera de esa escenografía gris y asfixiante de las rejas y los guardias. Se veían en la calle. Natalia cuenta que se cruzaban cuando ella hacía tareas de barrido programadas por el MIDES. Se pusieron de novios. “Él me gustó.”

Con Manuel conoció en profundidad un submundo marginal que sabía que existía, pero en el que nunca había estado. Conoció las drogas, las bocas de venta, los robos, la explotación sexual... la violencia. “Él no es malo, es bueno. El único problema que él tiene es que es débil para la droga”, lo justifica.

Éste fue el primer volantazo en la vida de Natalia.

Para que Manuel no volviera a caer preso, Natalia deci-

dió trabajar en la calle. Prostituirse. “Capaz que yo salí a la calle por el amor que le tenía a él.” Era una forma de conseguir dinero rápido para bancar el vicio. Subsistir y comprar pasta base, y de paso cuidarle el pellejo a su pareja. “Puede ser que me arrepienta, pero fui yo la que decidió salir a la calle. No me lo pidió él.”

Manuel tampoco la frenó. Ni siquiera cuando ella estuvo embarazada.

Natalia esperaba los clientes en las esquinas de la calle Carlos A. López, en Colón. En más de una ocasión la pasó mal. Una vez mantuvo relaciones con un hombre que, al terminar, le exigió que le devuelva el dinero.

—Cómo te voy a dar la plata si tuvimos relaciones —le explicó como si fuera necesario.

“No se la quise dar. El tipo me ahorcaba y no me dejaba respirar. Yo estaba embarazada. No sé de dónde saqué fuerzas... Pero pude zafar y me fui corriendo.”

En ese tiempo en el que se prostituía, vivió otro episodio traumático. No tiene claros los detalles. Solo sabe que la encontraron en una zanja, tapada con hojas y con los pantalones bajos hasta las rodillas. No pudo ni puede precisar qué pasó para llegar a eso. “Yo fui a la casa de un muchacho, a hacer una limpieza”, cuenta. “Él no estaba, pero había una mujer y le pedí si podía darme un poquito de agua. Me dio una botella con jugo, y yo me lo fui tomando por el camino. Se ve que algo tenía el jugo...” Al menos eso supone ella. Es lo último que se acuerda antes de su imagen en la zanja. Una vecina del barrio la encontró. Llamaron a su hermana y la derivaron al hospital Saint Bois. “Sinceramente no me puedo acordar lo que pasó.”

“La calle está brava. Me han pegado, me han hecho muchas cosas.”

\* \* \*

Natalia empezó a drogarse por pura curiosidad, como hacen los adolescentes pero con drogas más blandas. Quería saber qué era eso a lo que Manuel le dedicaba tanto tiempo, qué era lo que generaba. Otra vez tomó la iniciativa. “Yo le pedí para probar porque quería saber”, asume. “Por curiosa nomás... Cometí el error de pedir.”

Tenía unos “veintipocos” años. Cargó con su adicción durante casi una década. Unos diez años en los que alternó la droga con los embarazos. “Tenía al bebé, al nene chiquito, cuando empecé a drogarme por primera vez; y de ahí no paré”. En otros dos embarazos también se drogó. “Estaba embarazada y consumiendo”, admite.

Natalia y Manuel vivieron un año en Buenos Aires. Se radicaron en Trenque Lauquen, al noroeste de la provincia, a unos 500 kilómetros de La Plata. En ese lugar, Manuel tenía un hermano. A ese sitio habían llegado para escaparle al submundo montevideano. Cuando Natalia decidió armar el bolso y acompañarlo, hacía tres meses que estaba embarazada por primera vez. Manuel consiguió trabajo rápido, primero en una panadería, y después su hermano lo llevó a trabajar con él a una pollería. Kevin nació en Argentina. El problema fue que Manuel “no aguantó más las ganas de drogarse”, y un buen día resolvieron pegar la vuelta. Dejaron una casa amueblada en aquel lugar. Cuando llegaron a Montevideo se tomaron un taxi a Colón. Natalia fue directo a la casa de su madre, con Kevin que tenía apenas tres meses; Manuel se fue directo a la boca de droga.

Este regreso fue el detonante para Natalia. “Al poco tiempo empecé a drogarme yo.”

“La pasta base está en la cabeza de uno”, dice. “Son unos segundos”, cuenta sobre el efecto. “Gastás dinerales, platales, al pedo. Gasté mucha plata en droga.” Natalia y Manuel sobrevivieron juntos por años. Manuel vendió repasadores, hizo changas. Natalia dice que es bueno para la carpintería, y que

es capaz de arreglar “cualquier cosa”. “El problema es que no usa la cabeza, la usa para la droga.” Mientras tanto, Natalia pedía puerta a puerta. Dice que consiguió de todo: desde unos pocos pesos, hasta electrodomésticos. Volvieron a armarse su casa en Montevideo. Pero la pasta base siempre estaba a la vuelta de la esquina. Natalia asegura que nunca le faltó nada a sus hijos por culpa de la droga. Aseguraba una parte del dinero para ellos, y otra para el consumo.

Pero Natalia se fue consumiendo. A oídos de su madre llegaban cuentos de algunas vecinas sobre Natalia y la droga. “Era puro ojo y pelo”, dice, de lo delgada que estaba por comer poco y fumar mucho. Su hermana le decía que debía internarse, y los asistentes sociales que se cruzaron en su camino le advertían que podía perder la tenencia de sus hijos.

Ese fue el segundo volantazo. “Yo estaba muy metida y no quería nada, hasta que me llegó una citación, un cedulón, y me interné.”

\*\*\*

Natalia se internó en Remar. La primera vez estuvo casi un año en una sede en Paysandú. Después se internó dos veces más. A esa altura ya tenía dos hijos y estaba embarazada del tercero. “Con ese embarazo fumé hasta los tres meses.” En ese tiempo sus dos hijos mayores vivían en la casa de su hermana, y no la pasaban bien. Según ella, sus sobrinos los “judeaban”, y su hermana también; no podía soportar que el mayor se hiciera caca encima.

Natalia decidió poner un punto y aparte. La última vez que se internó, a los tres días se internó Manuel. Cuando ella salió, lo encaró para cerrar la puerta que él le había abierto a la droga. “Él no quiso dejar de consumir; entonces, él va por su camino, y yo voy por el mío.”

Regresó a la casa de su hermana para retomar la vida con sus hijos. No sabe si ellos entienden lo que ella pasó, pero sí sabe que lo percibían. Asegura que nunca se drogó delante de ellos. “Antes los mirabas y estaban tristes; ahora no.” Natalia dice que hace dos años que no consume pasta base. “Antes no le daba importancia a eso. Estaba colgada, sólo quería fumar.”

Se mudó a una casa que se logra con subsidio de alquiler del Mvotma mientras espera su grupo en el Plan Juntos. Hace tareas de limpieza en domicilios particulares y se anotó en el programa de barrido de Uruguay Trabaja. En su casa no falta nada, salvo un calefón. Mientras tanto calienta agua en un tarro de pintura, que usa para bañarse. Tiene una rutina. En el proyecto Repique encontró apoyo. Natalia dice que no tiene amigas, sí algunas vecinas, y la familia que eligió es la del proyecto. “Son los que me escuchan y me dan consejos.”

Manuel la visita de tanto en tanto. A los niños les lleva regalos. Varias veces ha intentado dejar las drogas, y ha pasado hasta dos semanas sin consumir, pero recae. Natalia tiene una buena relación con él, a pesar de que ya no están juntos.

Kevin, el mayor de todos sus hijos, quiere ser cocinero. A Lautaro, el que le sigue, le encanta el fútbol. Es zurdo, y le pide que lo anote en un equipo. En las próximas vacaciones quiere llevarlos a todos al Parque Rodó, a comer una pizza y a tomar un helado. “Sé que cometí errores, si no dejaba de drogarme, mis hijos iban a hacer lo mismo que estaba haciendo yo. No quería eso para ellos. No sería bueno ver a tu hijo drogándose contigo.”

EMBARRARSE LOS PIES A CIELO ABIERTO

PROYECTO REMOLINO

Anabella Aparicio



Segura de lo que hacía, Paula agarró la mochila, puso los cuadernos, lápices de colores, la pelota; y arrancó a caminar rumbo al Paso Molino. La esperaban tres compañeros en el viaducto, para empezar la recorrida. Así empezó parte de la travesía que hoy tiene 30 años.

Era 1991, El Abrojo cumplía sus tres jóvenes años, y en aquel entonces era bastante usual ver a niños en situación de calle en zonas comerciales, trabajando como cuidacoches, vendiendo o haciendo otras tareas. Paula Baleato, hoy coordinadora del Programa Infancia de la organización, integraba ese grupo de jóvenes que consideraron que la mejor forma de ayudar a esos pequeños a mejorar su calidad de vida, era acercándose a sus realidades.

Así fue que lograron que los mismos niños los llevaran a sus hogares. El camino los llevó al cantegril ubicado entre las calles Uruguayana y Zufriategui, y al conventillo instalado en la ex fábrica Martínez Reina. Allí habitaban decenas de realidades diferentes que le dieron cara a parte del núcleo duro de la pobreza montevideana.

A éste trabajo se le denominó Proyecto Remolino, fundador de la denominada “pedagogía a cielo abierto”. Esta metodología que nació del ensayo y error, hoy es guía no solo de trabajos que realiza El Abrojo, sino también de políticas sociales implementadas por el gobierno.

“Fue el primer proyecto con financiamiento de la cooperación internacional, vino desde Suiza, de la organización Tierra de Hombres. Al principio éramos cuatro educadores que íbamos al Viaducto y a la casa de los niños. A partir de ahí nosotros fuimos desarrollando distintas estrategias de tra-

bajo que consistían en salir a la calle para ir al encuentro de los chiquilines y hacer actividades recreativas y educativas a nivel comunitario. Se hacían en el mismo cantegril o espacios comunes”, recuerda Baleato.

La idea de ésta metodología es abordar las problemáticas sociales de los niños, sus familias y su entorno desde una visión integral y no sobre una problemática o edad específica. Por eso, también se apostó al trabajo intergeneracional, evitando la separación de la atención por grupos etáreos y apostando a la integración en las actividades recreativas y educativas.

Así fue que nacieron los campeonatos de volley en el Martínez Reina, se construyó un rancho con los vecinos para que los niños no perdieran sus horas de apoyo escolar los días de lluvia, y siempre se encontraba un espacio para tener horas de juegos, algo que hasta entonces, para los niños del cantegril era algo desconocido.

Este grupo de voluntarios se proponía colaborar con la mejora de la calidad de vida de los niños y sus familias. El objetivo era generar otras oportunidades para la gente y brindar otro tipo de vivencias entre adultos y niños.

“Esta primera etapa del proyecto, la experimental, la vemos así años después porque no fue algo que digamos: ‘vamos a hacer el paso uno, el dos y el tres’. Fuimos, nos presentamos a la comunidad, investigamos la zona y tejimos alianzas, pero fue naciendo del trabajo diario”, agrega Baleato.

Por eso es que tampoco hubo un debate sobre por qué empezar por Paso Molino y no otra zona. Luego de iniciado el trabajo, se pudo detectar que era un barrio integrado y con tradición obrera por las fábricas que allí se habían instalado décadas atrás, que convivía con el barrio residencial del Prado y alojaba bolsones de pobreza.

En aquel entonces, no se conocía la figura de “Educador Social” tal como se lo conoce hoy, que integra varias discipli-

nas: psicología, docencia y asistencia social; por lo tanto la llegada de estos jóvenes al cantegril llamaba la atención de los vecinos.

“Trabajamos en el equipo inicial; el ‘Pichu’, Inés Sanz y Gabriel ‘El Pato’ Rossi que en ese momento no estaba recibido de psiquiatra. Pero su participación era re valorada por la gente porque tener un médico prácticamente a domicilio, para ellos era impensado. Como ejemplo, había muchos niños con sífilis y ‘El Pato’ les daba las inyecciones adentro del rancho o en una casa. Algo que para quienes vivían allí era totalmente atípico que un médico entrara a su casa, por esa distancia social que había”, recuerda Baleato.

“Se fue haciendo al andar, y la sorpresa de lo que se generaba en ese encuentro”, acota Adriana Briozzo, integrante del programa.

En aquel entonces tampoco se conocía el significado de “tender redes” entre organizaciones sociales y estatales o comerciales. Pero eso nació de forma natural “a partir de el contacto con la gente y el desarrollo territorial desde la experiencia”, agrega Mónica Zefferino, integrante del Programa Infancia.

Así como los vecinos se sorprendían con la llegada de los educadores, ellos también muchas veces eran sorprendidos por los niños. “Cuando estábamos preparando el proyecto para conseguir financiamiento, hacíamos recorridas nocturnas para ver cuántos niños veíamos. Con ‘El Pato’ íbamos caminando, vimos a un niño chiquito y con distancia empezamos a seguirlo para que no nos viera. Seguimos de atrás por zufriategui y llegamos a las vías, estaba todo oscuro, no se veía nada. Dobló a la izquierda y a la mitad de las vías se da vuelta y de noche nos dice: ‘¿ustedes me están siguiendo?’. Nosotros nos quedamos duros! Era ‘El Mudo’, que después fue un personaje a quien vimos crecer, integraba la familia que vivía en

la habitación 29 de Martínez Reina, él nos llevó hasta ahí y conocimos a la familia”, recuerda entre risas Baleato.

\*\*\*

En 1994 hay un quiebre y un nuevo comienzo. La Intendencia de Montevideo resuelve cerrar Martínez Reina y trasladar a sus habitantes para la zona de Casavalle. Mientras que el cantegril de Uruguayana también se cierra y unas 12 familias son trasladadas a una cooperativa de viviendas, mientras que otro tanto van a otro complejo en el barrio Nuevo París. De esta forma es que el Proyecto Remolino se reproduce y de allí nacen tres nuevos planes de trabajo independientes: Cachavache, que acompaña a las familias que fueron trasladadas al barrio Casavalle; Casa Abierta, un inmueble ubicado en Paso Molino que permite a los educadores seguir trabajando en el territorio inicial; y se comenzó a trabajar en un ómnibus itinerante. “Empezaba a cambiar la fisonomía urbana porque aparecían los *shopping* y cambiaba el flujo de dinero en la ciudad, por lo que los niños cambiaban el deambular por la ciudad. Esto nos permitió identificar las zonas y más adelante, ver donde era necesario instalarnos”, agrega Baleato.

También llegó la oportunidad de trabajar en un proyecto que permitiera una primer experiencia pre laboral de jóvenes. Los “Papurros” del barrio Capurro, fueron quienes iniciaron este modelo de inclusión que buscaba generar oportunidades en el mundo del trabajo y de ésta forma, se incluye la veta socio laboral a los proyectos de El Abrojo.

A través de un convenio con el centro comunal, los adolescentes trabajaron en el arreglo de plazas y espacios verdes de la zona. De esta forma aprendían el oficio de la jardinería y la albañilería.

Por otra parte, el programa Cachavache cerró cuando se

terminó el financiamiento internacional pero dió nacimiento a lo que hoy se conoce como Maestros comunitarios. De esta forma, ese trabajo en territorio iba generando su expansión traducida en diferentes planes de trabajo de ayuda comunitaria.

\*\*\*

“¿Cómo habría sido si yo hubiera nacido acá (en el cantegril), si yo viviera en éste lugar?”, eso es pensar la igualdad en términos humanos, uno de los pilares de la pedagogía “a medio abierto”. Esta metodología tiene tres puntos que la guían: ser aprendiz a través del intercambio de conocimientos con el otro, la negociación sociocultural y la necesidad de establecer alianzas en vez de ser un solucionador de problemas.

“Era también un tema vivencial, compartir los olores, las aguas servidas, ir a conversar, aguantar las moscas, el olor de la comida, eso a vos te sitúa de otra manera, empatizás de otra manera y te permite entablar una relación que era asimétrica en esto de los orígenes sociales. Cosas que cuando uno lo ve de cerca te ves distinto pero más igual”, explica Baleato.

Esta forma de acercarse a los niños y sus realidades, permitió a los educadores un nivel de confianza y cercanía tal que “ibas a los velorios, cumpleaños de 15, a la casa cuando uno estaba enfermo, eso nos permitía empatizar con el otro. Estaba claro que no íbamos a ser amigos, pero si estábamos para acompañarlos y teníamos la confianza para sugerirles y proponerles por ejemplo, si la hija de una de ellas había dejado la escuela, ver cómo podíamos hacer para que retomara sus estudios”, cuenta Briozzo.

“Pensaban que éramos de la iglesia, nos preguntaban si veníamos de ahí”, agrega sonriendo. Ya que en la década del 90’, eran ellos los únicos que hacían este tipo de tarea.

\*\*\*

Hoy son casi 80 personas las que trabajan en el Programa Infancia de El Abrojo. Y como todo crecimiento, tiene sus pro y sus contra.

La efectividad de estas metodologías de trabajo permitieron que pasaran a formar parte de las políticas públicas. Esto permitió que más personas puedan acceder a ellas. Aunque se las encerró en estructuras que a veces no se adaptan a la realidad cambiante de la sociedad moderna.

“Aún hay una segmentación para acceder a ciertos servicios públicos y hay planes que están pensados para el otro y no para mí, rompiendo con lo que mencionamos de la ‘igualdad en términos humanos’”, expresa Baleato.

Ejemplo de esto es que alguno de los talleres y proyectos de trabajo que integraban al niño, adolescente y adulto del cantegril, no se pudo seguir porque al institucionalizarse, la atención se dividió por edades. Por lo tanto además de este aspecto, otra de las contras que tiene la institucionalización es “que impide la innovación, hay una falta de autonomía de las organizaciones a la hora de ejecutar y al profesionalizarse la tarea, está el desafío de pelear contra la deshumanización del trabajo”, explica Baleato.

Hoy la pelea de El Abrojo, ante los cambios tecnológicos y de la sociedad que hacen modificar aquel modelo empleado hace 30 años, es transmitir la matriz de la organización a las nuevas generaciones, conservando el espíritu militante y vocacional que lo guió en sus comienzos. Algo que a veces se ve amenazado por los nuevos modelos de relacionamiento y de trabajo que traen los cambios sociales en todos los sectores de la sociedad, y el voluntariado no escapa a esto.

\*\*\*

¿De qué sirvió todo esto?, esa es una pregunta que más de una vez se hicieron las tres educadoras. A veces la realidad desalentó un poco, porque no pudieron evitar que alguno de los niños que vieron crecer hoy esté en el Comcar. O una de las jóvenes haya sido madre soltera a los 14 años. Pero al ver más en detalle las historias de éstas personas, se dan cuenta que en realidad sí dejaron una huella en sus vidas.

“Vemos que hay un cambio en la comunicación. Un nivel de logro en los hijos de aquellos niños que hoy tienen 20 o 30 años y hoy son padres. Vemos que sus hijos hoy están terminando el liceo o la escuela por ejemplo”, expresa Briozzo. “Esas cosas ahora se ven reflejadas en la expectativa que tienen con sus hijos para su futuro y cómo se relacionan con ellos. Por lo tanto, capaz que no pudimos generar un cambio en ellos, porque también faltó la intervención de otra cantidad de políticas sociales, pero por lo menos vemos el efecto en las siguientes generaciones”, agrega Baleato.

Y así como ven éste cambio en las relaciones familiares de estos adultos, reciben mensajes de otros que conservan buenos recuerdos, que les permitieron tener vivencias de niños que sin la aparición de los educadores, quizás nunca habrían tenido. Eso es una marca en la vida de cualquier adulto.

“Ser tratados como personas, eso fue lo que pudimos darles por lo menos un rato”, comenta Zefferino. Por eso el desafío hoy es seguir dejando huella, sin olvidar el verdadero significado del término “cercanía”: colocarse en situación de paridad y tener la disposición personal de intercambiar conocimientos con el otro.



LA GUARDIANA DE LOS CUENTOS

VERÓNICA BALTA

Mariangel Solomita



—Vos a mí me vas a ver.

Verónica Balta se describe así: un metro ochenta de altura, la piel negra, bien gorda. Repite: un metro ochenta de altura. En la Cuenca de Casavalle, un grupo de barrios que se definen por la precariedad, Verónica está convencida de que su tamaño, esa abundancia, es una forma de sobresalir.

Las llaves del candado le cuelgan del cuello. El candado es la única protección de su hogar, aunque para colocarlo haya tenido que agujerear una de las paredes y por ese hueco entre una ráfaga de frío constante que impacta, directamente, sobre la nuca de quien se siente en uno de los tres asientos que hay entre la cocina, el baño y una habitación sin puerta, separada por una cortina; todo en un único ambiente, en el que vivió primero con su marido y sus dos hijos, luego con él y una nieta, y ahora sola.

La soledad, este espacio por primera vez privado, no es una noticia que la haga feliz. Junto a las llaves del candado cuelgan una estampita plastificada de San Expedito, un alicate y otras llaves que Verónica no sabe qué abren: este era el llavero de su esposo fallecido hace un mes y medio tras ocho años de enfermedades distintas, pero muerto finalmente por un cáncer que “lo tomó todo”; una causa perdida incluso para el santo que tiene la extravagante fama de vencerlas. De su presencia queda un tanque de oxígeno largo y flacoy ese manojito de metal que le tironea el pescuezo, como si no quisiera soltarlo.

—Tenías que tenerlo atado a la cama porque él siempre se quería ir del hospital —cuenta abarcándolo todo con su vozarrón, disimulando con su histrionismolos ojos vidriosos.

Más que por la altura Verónica se distingue por hablar

como si protagonizara una comedia, con un tono alto, gracioso, acelerando las palabras para darles un sentido cómico.

Pero no es esto lo que importa. Me habían dicho que aquí había una biblioteca, la primera del barrio Nuevo Ellauri, uno de los tentáculos de esta zona marginada. No la veo.

—Yo tuve una sí, pero hace 15 años me la prendieron fuego. Andaban robando, yo estaba en un cumpleaños a pocas cuadras, me avisaron y cuando llegué ya no tenía nada. Me quedé con lo puesto.

Verónica dice fuego como quien dice humedad, caño roto, cualquier problema grave pero circunstancial que puede pasarle a una vivienda. “Se ve que tocó cable y prendió”, supone. La respuesta está a la vista: sobre el lavaplatos de la cocina atraviesa un enjambre de cables anudados que recorren la casa. En Nuevo Ellauri todos “están colgados de la luz”. Evitan pagar por electricidad bajo el riesgo de perderlo todo, realmente todo, en cinco minutos.

Así se extinguieron más de 100 historias de amor, aventuras, metafísica, investigaciones policiales y textos de estudio que de vez en cuando algún estudiante le pedía para copiar. Habían sido ofrendas de un grupo de vecinos que suelen tener las manos vacías. Como sabían de su gusto por la lectura, cada vez que se encontraban un libro en un contenedor se fijaban si tenían todas las páginas y si era así, se lo llevaban. Maltrechos, ella los devoraba. Una tarde el marido apareció con un pote de pegamento y juntos repararon portadas, lomos y contratapas: los resucitaron.

De a poco, Verónica armó en un rincón de su casa una biblioteca pública.

La inmensa mayoría de los vecinos que la visitaban devolvían los libros prestados.

Entre ellos, las obras más populares eran las de Paulo Coelho.

La lectura, perderse entre personajes y cuentos, es un placer heredado. Verónica se acostumbró a leer desde que era una niña. Su padre había acumulado libros en la pieza que ocupaba junta a ella y su madre en una pensión. Los fines de semana iban a la feria en busca de otros nuevos. Sus primeros recuerdos son de haber leído *Heidi*, *Los tres mosqueteros*, *Las mil y una noches*, *Mujercitas* y *Hombrecitos*. Estas dos últimas historias las detestó por su dramatismo.

—Para drama ya tengo la vida.

Sin embargo, ahora que tiene todo el tiempo para ella, Verónica retomó la lectura de *Hamlet* que, ¿no es uno de los mayores dramas escritos?

—Triste es *Romeo y Julieta*: una se duerme, el otro se mata, ¡haber tenido celular! Yo sé que Hamlet muere, pero quiero saber cómo es que se muere el hombre este —retruca.

El libro de William Shakespeare se lo vendieron por \$ 10. Lo sacaron de un basurero, cuenta esta guardiana de historias que se niegan a desaparecer.

—La gente tira muchísimos libros, no tienen idea de lo que hacen.

—¿Te gustaría tener otra biblioteca?

—Me encantaría, pero no sé si trabajaría para el barrio otra vez. Este ya no es un lugar alegre.

\*\*\*

En 1947, en Paso Molino, abrió sus puertas José Martínez Reina S.A., una fábrica textil popular por sus frazadas marca La Aurora, que llegó a emplear a 522 obreros y fue una de las hijas prósperas de una Montevideo industrial. Pocas décadas después, endeudada, cerró. La construcción que abarca una manzana quedó abandonada. Apenas llegó la democracia, el gobierno de Julio María Sanguinetti acondicionó este gal-

pón para recibir a 110 familias del Barrio Sur que ocupaban pensiones abandonadas en peligro de derrumbe.

Iba a ser, les dijo, una estadía transitoria: no más de tres meses. Habría un servicio de portería y limpiadores. Luego, les prometió, les daría una casa propia en un lugar poco habitado pero con potencial, cerca del barrio Casavalle.

Verónica y su marido fueron elegidos para ir a Martínez Reina porque ella estaba a punto de parir a su primera hija. Tenía 21 años. La niña nació cuatro días después de que se habían instalado en la habitación de un piso alto. Pero ese trimestre se convirtió en una década de espera y tras el portero se marcharon los limpiadores. Pronto la antigua fábrica se convirtió en un monstruo de mil cabezas que para algunos era “una cueva de ladrones” e incluso algún diario informó: “un nido de sífilis”.

—Querían hacer un régimen tipo pensión, pero todos estaban acostumbrados a mandar en su casa, a entrar y salir a cualquier hora y a lo último nos dejaron ahí.

Verónica dice que allí sí se vivía en armonía. Había una policlínica, una escuela, un comedor público y estaban rodeados de comercios de todo tipo: carnicería, panadería, supermercado, farmacia, tiendas de ropa. Estaban cerca de la playa.

Del cuello, junto al llavero, le cuelga un sobre de tela rosada, dentro está su celular y en el celular almacena fotos de aquella época: los años felices que algunos viejos vecinos archivaron en un grupo de Facebook que se llama “Viejo y querido Martínez Reina”.

—Era como una favela tranqui, sin muertos, no teníamos esos problemas. Yo no tenía que andar poniendo un candado. No había robos, no había violaciones, no existía esto de que te despertás y te mataron al vecino.

Eso ya pasó.

La segunda vida de Verónica empieza un 28 de diciembre de 1994, cuando se mudó a la casa que por estos días cierra

con candado y no deja sola por miedo a que le roben lo poco, poquísimos, que tiene. Llegó en un camión, con sus dos niños y un montón de muebles, y se enfrentó a un grupo de vecinos que la recibieron con una piedra en cada mano. El gobierno ahora desalojaba Martínez Reina y los reubicaba en viviendas de uno y dos ambientes.

Aunque eran cuatro, a los Balta les tocó la de uno. Los muebles no cabían y se resignaron a abandonarlos en la vereda de una calle que todavía figura en los mapas como si fuera un baldío.

—La primera noche la pasé llorando. Cuando llegó mi marido nos dimos cuenta de que nos habían mandado al lejano oeste. Estaba todo desierto. No había nada. No teníamos dónde comprar comida para darles a los niños la cena.

Desde ese momento, las anécdotas de Verónica se organizan en cantidades de cuadras dentro de un parámetro mínimo para el tamaño del país, pero que es toda la perspectiva que imagina. Cuánto había que caminar para llegar a la carnicería, a la escuela, para comprar un par de championes. Salir de la Cuenca de Casavalle no es una opción cuando el presupuesto no alcanza para los boletos y las distancias se miden en piernas y las piernas en cansancio y el cansancio en tiempo perdido para trabajar. Eso era lo que más les molestaba, más que los insultos de los nuevos vecinos gritándoles “putas” y “malandros”.

—Llegó marzo y fuimos hasta la escuela que habían construido para recibirnos. Estaba la directora, la secretaria y la limpiadora: los maestros iban a llegar en agosto recién. Las otras mujeres se pusieron agresivas y decían que había que romper todo. Yo me acerqué a la secretaria y le pregunté si no había otro lugar donde poder mandarlos. Al día siguiente, mientras las otras madres iban a putear yo me fui a la otra escuela e inscribí a mis hijos.

—¿Terminaron los estudios?

—No. La nena se empezó a escapar y me apareció embarazada a los 14. El varón tampoco terminó. A mí este barrio me arruinó a los hijos.

\*\*\*

Un año después de que las familias fueron trasladadas desde la fábrica hasta la zona de las calles Teniente Rinaldi y San Martín, El Abrojo ideó un proyecto —Cachavache— para acompañarlos en el nuevo barrio y ayudarlos a arraigarse culturalmente. Primero buscaron referentes e inmediatamente, por su sentido del humor, identificaron a Verónica. Fue una de las que abrió las puertas de esta comunidad y además se convirtió en un enlace. Aprovechando su gusto por la lectura, uno de los proyectos que surgieron fue impulsar la creación de la biblioteca en su casa.

\*\*\*

Como paquetes, de una vivienda a otra, de un barrio a otro barrio, fueron adaptándose. Y todo el universo es lo que se alcanza a ver desde el punto más alto de la manzana. Verónica no podía elegir dónde vivir pero sí cómo hacerlo y tenía una certeza: ella quería ser una madre responsable. Por eso dice que no entiende cómo los más jóvenes tienen hijos y los dejan abandonados, “tirados como animales”.

Culpa a las drogas.

—Yo vi el inicio de la pasta base. El porro es la puerta. Te dicen “ya no pega” y van para la merca. Se quedan sin plata y bajan a la pasta base. Lo veo todos los días. Veo a las madres corriendo a los hijos y a los hijos corriendo a los nietos.

Verónica sabe porque lo vivió. Pasó años cuidando que

cada vez que su hija pisaba la casa no le robara. Pasó años levantándola de algún descampado, mugrienta, inconsciente. Finalmente, una de las varias rapiñas que cometió la llevó a la cárcel con una condena de 12 años. Ahí terminó el liceo y dejó las drogas. Su madre dice que gracias a la ayuda de algunos espíritus umbandistas le redujeron la pena a la mitad. También fueron los santos morenos los que la reconciliaron con su hijo, que tiene un “alto antecedente” que esta madre no podía perdonar.

—Les pasa a todas las familias, ¿o no? Aunque te dueña tenés que dejarlos tocar fondo. Ahora, yo no entiendo por qué si me vieron siempre trabajando, si yo nunca robé, cómo es que lo hicieron. No entiendo a la droga. No concibo que me digan que es una enfermedad. He tenido que avisarles a madres que sus hijos se suicidaron porque se deprimen al no consumir.

Reconciliarse con los hijos.

Conseguir un trabajo.

Salud para el marido.

Comida en la olla.

Todo eso le cumplió la religión, “pero que te pegue un espíritu demora años”, explica. El tema es así: “Vos nacés con un espíritu pero tenés que estar preparado para recibirlo. Yo ayudaba a limpiar y a cocinar en el templo pero no estuve preparada para recibirlos porque requiere responsabilidad y yo tenía que criar a mis hijos, y requiere plata, que yo no tenía”.

Verónica tiene 54 años y no cobra ninguna pensión. El Ministerio de Desarrollo Social le carga \$ 992 cada mes en una tarjeta que es su único ingreso fijo. Algunas veces vende ropa usada y con eso subsiste, además la ayudan los hijos con lo que pueden, por eso el umbandismo es un lujo que nunca se ha podido dar por completo.

Para empezar, los “bichos que se sacrifican son caros”. Y

además, cada espíritu pide una bebida distinta. San Jorge quiere cerveza o caña, La Virgen María agua con miel o fanta, “de repente acepta jugolín”. A Verónica se le acercó el espíritu de un indio: le pidió licuado de frutas. Y se le acercó una diablita, pero la visita fue corta: no quiso beber.

—¿Y es a los espíritus que le pediste favores?

—No precisa, tengo una amiga que habla con ellos porque nació con los espíritus. Yo tomo mate con ella y ella me ayuda.

Durante tres meses las imágenes de estos santos deben estar ocultas por el período de duelo. Para distraerse, Verónica viaja hasta Los Palomares, donde vive su hija, y se queda dos, tres días con ella y sus nietos. Mira películas de terror. Mira ópera subtitulada. Piensa en cómo sería poder ir a ver *Hamlet* al teatro o al ballet, pero no se queda, una vez, hace años, fue al teatro Solís y siempre cuenta esa experiencia.

—El barrio está horrible pero no me quiero ir. Por lo menos acá conozco a la gente. En el Centro, en las pensiones que son el lugar más tranquilo, están robando. En los hoteles roban. Caminas por 18 de Julio y te arrastran. Ni hablemos de la Aduana, que por más que haya cámaras te agarran. En el campo están matando a los viejos. Están todos los barrios iguales. Ya no queda un lugar en el mundo que esté tranquilo, ¿o sí?

Los placeres de Verónica son inmóviles, acotados a un espacio que conoce y asume como el único posible, pero al mismo tiempo sospecha que hay más, que puede ser que no lo esté viendo todo, que lejos de la misma calle donde le indicaron que debía vivir 24 años atrás, lejos de sus vecinos muriendo y del escenario de las peores estadísticas del país, hay más. Por eso insiste en leer la historia de un príncipe que quiere vengar la muerte de su padre en Dinamarca, aunque le rechinen los dramas porque su vida, de cuentos tristes, está completa.

EMERGENCIAS Y REDUCCIONES  
POLÍTICAS DE DROGAS Y LA INCIDENCIA DE  
EL ABROJO

JULIO CALZADA

Federico Castillo



Eran fines de los años ochenta. Uruguay salía de la dictadura y de a poco, como podía, empezaba a quitarse de encima las manchas de una época oscura. Persistía algo de paranoia y miedo en las calles que estaban alimentadas por prácticas policiales que todavía se mantenían a plena luz democrática. Seguían siendo comunes las detenciones por averiguaciones. Las razzias en las esquinas, en las plazas, en la vía pública, ahí donde estuvieran parando grupos de jóvenes sin más que hacer que matar el tiempo. Las maniobras de la Policía eran muchas veces violentas, avasallantes. Y las cosas se podían complicar todavía más si se encontraba alcohol y drogas en la redada. Este fue el fenómeno que prendió las sirenas de una organización civil que recién estaba dando sus primeros pasos, allá por 1989. Hacía ese escenario fue donde El Abrojo dirigió algunas de sus acciones iniciales.

Julio Calzada, uno de los fundadores de la organización, estaba en la coordinación y se encargaba de un programa de derechos civiles. Fue uno de los que advirtió que había un problema de abuso de la autoridad que debía ser encarado. “La juventud se juntaba en las esquinas y se los llevaban presos. Y si tenían drogas podían pasarla mal. Seis meses de base por pasar un porro. Porque si alguien lo señalaba como el que le dio, se le imputaba suministro”. Con un abordaje que se ancló primero en los derechos humanos, la idea original fue trabajar en la defensa de los jóvenes que quedaban detenidos e incommunicados por pasar sus ratos de ocio consumiendo en la vía pública. Pero metidos en esta tarea se fueron encontrando con un escenario bastante más complejo y poco explorado. “Vimos que había un consumo de drogas que era complicado.” El

trabajo de campo de El Abrojo expuso de forma descarnada la realidad del consumo problemático de drogas. Calzada lo recuerda. “En aquella época era muy común consumir bolas con vino: psicofármacos mezclados con alcohol, que producía estados alterados de conciencia. También había mucho escabio, que era alcohol blanco mezclado con azúcar y Jugolín. Esto generaba situaciones dramáticas.”

Había más. El pegamento que se aspiraba desde una bolsa; la inhalación de nafta, que podía tener consecuencias trágicas. Casi 30 años después, Calzada tiene bien grabado uno de esos episodios que tienen la potencia suficiente para hacer un clic en la cabeza. En la Facultad de Humanidades, en el barrio de la Aduana, murió un muchacho que inhalaba y se alumbraba con una vela. “Se prendió fuego la cara, todo el cuerpo.”

Fue entonces que a partir del trabajo sobre los derechos de las personas y sus libertades, en El Abrojo fueron viendo con más claridad que había temas de salud vinculados a un uso problemático de drogas —un término que en esa época ni existía, no había una conceptualización académica del problema, apunta Calzada— que requerían su propio abordaje. “Casi sin darnos cuenta empezamos a trabajar más en los temas de drogas que en los derechos civiles. En estos usos problemáticos. Había poca gente que trabajaba el tema, alguna de Foro Juvenil, o Rafael Bayce en Facultad de Ciencias Sociales.”

Calzada asume que El Abrojo siempre tuvo una “vocación de incidir en las políticas públicas”, que sus intervenciones eran ejecutadas desde un perfil “más político que técnico”. Por eso le pareció natural que se desarrollara esta forma de “hacer política desde lo social y no desde lo partidario” para hincarle el diente a una situación complicada en torno a las drogas.

## Otro encare

Los primeros pasos fueron de exploradores. Había casi todo por hacer. Durante la década del 90 la postura que primó desde el Estado en el abordaje a las drogas fue la del prohibicionismo. Y las otras organizaciones sociales que trabajaban el tema lo hacían desde una perspectiva clínica o terapéutica que buscaba únicamente el tratamiento de los adictos. No se hablaba de reducción de daños. No existía el concepto. El Abrojo lideró esta idea con el asesoramiento y cooperación de organizaciones holandesas y suizas en los primeros años y de países como Alemania y España después. “No nos interesaba la atención, como otras organizaciones que trabajaban el tema de las drogas. Partíamos de la base de que no cuestionábamos el uso de drogas, era una acción autónoma de las personas y no las convertía a todas en dependientes”, señala Calzada.

Quizás los enfoques podrían luego converger, pero sin dudas iban por carriles distintos. En la segunda mitad de los 90 el trabajo de El Abrojo empezaría a incidir lentamente en las políticas públicas. Las puertas que se abrieron fueron las de la Intendencia y la Junta Departamental de Montevideo. Calzada identifica a Margarita Percovich, Bertha Sanseverino, integrantes de la Comisión de Derechos Humanos y Políticas Sociales, como piezas claves de ese proceso. También menciona a Miguel Fernández Galeano, entonces director general de Salud de la comuna capitalina, como otro actor fundamental. Hicieron seminarios y políticas en conjunto. “Facilitaron mucho que se pudiera abordar un tema que no se abordaba. La Junta Nacional de Drogas, en Presidencia, tenía una mirada totalmente prohibicionista.” Por esos años, mediados de los 90, el gobierno tenía un discurso de “guerra” a las drogas. “En el sentido más visceral”, apunta Calzada. Es en ese momento en el que a través de la Universidad Católica, que tenía un acuerdo con la alemana Universidad de Münster, comienza

a permear esa mirada que no sabían cómo nombrarla. “Fue la primera vez que se habló de reducción de daños”, subraya Calzada y destaca el trabajo del sociólogo Agustín Lapetina, otro de los coordinadores de El Abrojo, que ofició como un buen interprete de las políticas que venían de Alemania. “Aprendimos mucho. Los alemanes trabajaban las cuestiones de los menores infractores, de la delincuencia, pero colateralmente se ocupaban de temas de reducción de daño.”

Con ese aprendizaje y con la experiencia que se iba acumulando, estaba todo listo ya para lanzar un programa emblemático de la institución: Alter-Acciones. Calzada lo cuenta con entusiasmo. “Ahí se marcó un perfil político. No solo se hablaba de alternativas sino de proponer políticas y prácticas que alteraran la realidad. La idea no era interpretar el fenómeno, también tener una acción.” Se empezaba a construir la del consumo cuidado. Se abordaba a los usuarios a sus familias, a la comunidad con una estrategia que no estigmatizaba y que no planteaba soluciones a corto plazo.

### Antes y después

El salto de El Abrojo a la cancha grande y a una incidencia más fuerte y decisiva en las políticas gubernamentales se dio cuando Jorge Batlle asumió la presidencia de la República, en el año 2000. Más allá de Batlle, con una impronta que confrontó desde el vamos el discurso prohibicionista imperante, ahí surge una figura clave, fundamental, que fue la del secretario de Presidencia, Leonardo Costa, un joven abogado con ideas liberales que también fue designado por Batlle como presidente de la Junta Nacional de Drogas. “Fue el primero que abrió la cancha. Es un liberal y tenía una visión del tema que se oponía a la visión que tenía (el expresidente Julio María Sanguinetti. Empezamos a trabajar con él de una manera muy abierta”, recuerda Calzada.

Las piezas se fueron encastrando. Para Calzada fue “un antes y un después” en las políticas públicas de drogas y en la incidencia de la sociedad civil. Leonardo Costa, protagonista de este proceso, coincide. Afirma que hubo una “apertura” de parte de la Junta de Drogas y el gobierno a “nuevas perspectivas, mas liberales, sobre el manejo de la temática de las drogas, su tratamiento, y especialmente en encare a usuarios con usos habituales o problemático”. Según Costa había una “realidad” que se “imponía” y era “la necesidad de políticas de reducción de daños para usuarios de drogas”. Costa valora la participación de El Abrojo. “Encontramos a un socio natural en ese enfoque para modificar el paradigma del tratamiento político de las drogas en Uruguay.”

No había plata —eran años de crisis económica— pero sobraba entusiasmo y ganas de hacer, dice Calzada. “Hicimos un montón de cosas, seminarios, talleres, recorrimos el país. Si conseguías traer programas del exterior, podías hacer cosas usando la herramienta del Estado.” Se desarrollaron varias actividades en Primaria y Secundaria. Había un buen vínculo con el Consejo Directivo Central (Codicen) de la enseñanza pública y se pudo hablar del tema a los niños y adolescentes. Costa recuerda el peso de El Abrojo en todas estas actividades.

“El vínculo fue constante y El Abrojo, junto con otras ONG, lideraron ese cambio en el discurso y en el paradigma. Con el equipo de El Abrojo se hicieron los primeros documentos sobre reducción de daños y las primeras experiencias en campo.”

Se montaron “carpas de achique” —donde se intervenía directamente con usuarios de drogas— en eventos multitudinarios como la Fiesta de la X. Y también se logró instalar un lugar fijo para tratar la reducción de daños en el corazón del barrio Casavalle, ahí mismo, en uno de los lugares históricamente más complicados en este asunto. Calzada lo recuerda

como un hecho en que se fueron articulando acertadamente distintos organismos: hubo dinero que llegó a través de una cooperación suiza, AFE donó el vagón que funcionaría como lugar para la atención, el Ejército se encargó de restaurarlo y ponerlo en condiciones, Ancap apoyó con la logística para el traslado.

“Fue una experiencia muy valiosa de trabajar con usuarios de drogas en la zona más conflictiva del país. Eso lo hicimos porque teníamos esta articulación con el Estado”. Hubo psiquiatras, psicólogos, asistentes sociales. Un trabajo comunitario que fue más allá del abordaje clásico contra las drogas.

### **El camino hacia lo legal**

Todos esta sinergia entre la sociedad civil y el Estado se mantuvo y se profundizó con llegada de la izquierda al poder. En el 2005 el presidente Tabaré Vázquez designó al frente de la Junta de Drogas a Milton Romani, que venía de trabajar con temas relacionados a los derechos humanos y tenía puntos en contacto con el encare original de El Abrojo. Para Calzada se empezaba a cerrar un círculo. “Milton le puso el énfasis en derechos humanos y salud, que rompía definitivamente con el paradigma de la prohibición.”

Luego Romani convocó a Calzada para trabajar en un programa de usuarios de drogas en cárceles, lo que significó al adiós a El Abrojo pero avanzar un casillero en ese recorrido que lo llevó desde la sociedad civil al gobierno con el abordaje a las drogas como norte. A poco de asumir José Mujica la presidencia de la República, en 2010, Romani dio un paso al costado y recomendó a Calzada como su sucesor. Mujica, el hombre a cargo de un gobierno que quedará en la historia por legalizar la marihuana, aceptó la recomendación de Romani. A Calzada se le iluminan los ojos. “Me tocó estar en el momento justo en el lugar preciso”, dice sobre el camino que

tuvo que liderar desde el gobierno hacia la legalización del cannabis. “Había un acumulado importante de toda la sociedad civil, de los movimientos cannábicos, que venían desde los años 80, de las fumaras públicas en el Molino de Pérez”, resalta. Y todo el combo, esa cultura cannábica que se fue generando a lo largo del tiempo, más el trabajo de reducción de daños —una de las premisas de la legalización además del combate al narcotráfico— desembocó en una ley de de la regulación de la marihuana y sus derivados que tuvo el impacto mundial de las normas pioneras.

Desde el otro lado del mostrador, Calzada, al igual que otros exintegrantes de El Abrojo como Lapetina que está en el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES) y Gabriel Rossi que ocupa un cargo en la Administración de Servicios de Salud del Estado (ASSE), destaca el “importante papel” de la organización en el diseño de políticas sociales. “Lo importante es que las políticas públicas no son patrimonio exclusivo del ámbito partidario ni del ámbito del Estado. Es una construcción social que hay que hacerlas en un diálogo fluido”, resume Calzada. Leonardo Costa también mira por el espejo retrovisor y concluye: “El Abrojo fue parte de esa modificación en las políticas de drogas que puso a Uruguay en un cambio de modelo en el abordaje. Su experiencia, su conocimiento, y especialmente el compromiso de sus integrantes, posibilitaron el cambio”.



CUANDO HAY HAMBRE...  
EL ABROJO Y LAS LÁMINAS

PEPE QUEREJETA Y ELISA BANDEIRA

Leonardo Haberkorn



A Vanessa Soria le preocupa Griezmann. Mientras camina por las calles del barrio Las Láminas, en Bella Unión, va pensando en su estatura, en su peso, en lo que comerá a la hora de la cena.

También piensa en la madre de Griezmann, una muchacha joven, de físico menudo, pero carácter fuerte. Le preocupa que ella se haya peleado con el médico. Que eso perjudique a Griezmann.

Vanessa se detiene en una casa muy pobre. Le avisa a una joven que tiene hora con el doctor en Montevideo, que ella le consiguió los pasajes, que si va a ir sola o con su madre. La joven la mira con desconcierto. No entiende mucho lo que se le dice. Vanessa no pierde la calma y le pide que llame a su madre.

Unos instantes después la madre sale y también otros de sus hijos. Todos rodean a Vanessa. Ella les explica todo otra vez. La madre sí entiende. Vanessa les pregunta si quieren regresar a Bella Unión apenas terminada la consulta con el médico o si prefieren quedase unas horas más.

“Volvemos enseguida. Allá no conocemos a nadie”, responde la madre.

Vanessa les recuerda la fecha de la consulta, les repite las instrucciones para hacerse con el pasaje, y la hora de retorno. Ahora sí. Vanessa enfila hacia la casa de Griezmann.

\*\*\*

Las Láminas está saliendo de Bella Unión por la ruta 3 hacia el norte, rumbo al río Cuareim y la frontera con Brasil.

Creció sumando ranchos construidos con las láminas de madera que descartan los aserraderos, chapas y cartón, viviendas precarias para trabajadores rurales zafrales, desempleados, gente olvidada en el rincón más lejano de la ciudad más lejana de la capital.

Hoy Las Láminas está cambiada: desde hace ya unos años los ranchos fueron reemplazados por casitas de material pintadas de colores, con saneamiento incluido. En medio de ellos, destaca una coqueta construcción de ladrillo: la policlínica.

Raquel Suárez es una de las enfermeras que trabaja allí. Todos la conocen y ella los conoce a todos. Los atiende desde hace 18 años.

Nada le fue fácil. En 1996 se fue a Montevideo para estudiar enfermería. Al principio trabajó como empleada doméstica con cama. Luego, para poder avanzar en los estudios, comenzó a emplearse con retiro, o en tareas de limpieza. Ya siendo auxiliar de enfermería se mudó a Salto, donde terminó la carrera. Regresó a Bella Unión y se instaló en un borde de Las Láminas.

Cuando la crisis se ensañó con Uruguay a partir de 2002 y en los años siguientes, allí el golpe fue duro. Muchos no tenían lo que comer. La desnutrición hacía estragos, sobre todo en los niños. Por supuesto, no había ninguna policlínica.

“En esa época, tenía un sobrino que estaba con bajo peso”, recuerda Raquel. “Entonces conseguimos que lo viera la doctora Elena Curbelo. Él se recuperó y ella nos comentó que quería trabajar acá porque veía los problemas que había. Mi madre la ofreció que atendiera en su casa, que queda en el barrio de enfrente. ¡Le ofreció la casa y también su hija!”

Desde entonces, Raquel trabajó junto con la doctora Curbelo, como su asistente.

“Atendíamos en el comedor de la casa de mi madre.

Después veníamos acá, a Las Láminas, y atendíamos en un ranchito en el que entraba el viento por todos lados. Era un problema desnudar a los gurises para controlarlos con el frío que entraba”.

\*\*\*

A comienzos de 2004 hubo un cruce de declaraciones entre el senador Jorge Larrañaga y el entonces ministro de Salud Pública, Conrado Bonilla.

Bonilla sostenía que la crisis económica no se había visto reflejada en una suba de la mortalidad infantil. Larrañaga decía que eso no era cierto, que había habido un aumento importante y que en Artigas los índices eran dramáticos.

Como tantas veces en Uruguay, uno decía una cosa y otro la contraria. Las declaraciones contrapuestas se multiplicaban en la prensa. ¿Quién tenía razón? Vaya uno a saber. Es una tara que nos persigue hasta hoy: no podemos ponernos de acuerdo ni siquiera en los hechos.

En aquel momento, yo era editor del suplemento *Qué Pasa* del diario *El País*. Dirigía una redacción muy pequeña, pero aguerrida y orgullosa de lo que hacía. Le pedí a uno de los periodistas, Joel Rosenberg, que averiguara quién tenía razón: Larrañaga o Bonilla. Dos cosas opuestas no podían ser verdad al mismo tiempo.

Rosenberg era el periodista ideal para esa nota: muy riguroso y obsesivo con los datos, y con una gran sensibilidad social al mismo tiempo.

Al cabo de unos días, trajo la respuesta: como decía Larrañaga, la mortalidad infantil había aumentado y mucho. También era verdad lo denunciado sobre Artigas, aunque se había quedado corto: había niños que morían de hambre siendo piel y huesos, igual que en las fotos de las hambrunas de

África. El lugar más afectado era un barrio llamado Las Láminas, en Bella Unión.

*El País* aceptó enviar a Rosenberg y el fotógrafo Nicolás Scafiezzo hacia el extremo norte, donde se quedaron unos días. El diario afrontó esos gastos. La nota publicada en mayo de 2004 tuvo un impacto demoledor.

Contaba, por ejemplo, la historia de Talía Soledad Souza, que había fallecido a los seis meses de edad. Vivía junto a su familia en un galpón abandonado de AFE. Su madre hervía zapallo para sus hijos más grandes y a Talía le daba el agua de zapallo. No comía otra cosa.

Contaba también la historia de los cinco hijos de Zully Farías, que habían estado tres días sin comer nada, sólo tomando agua. Una de las niñas, Silvia, que tenía 12 años, se había desmayado de hambre en la calle y la policía la había encontrada tirada.

La crónica presentaba Las Láminas a un Uruguay que lo desconocía: un barrio de ranchos sin agua potable ni electricidad, superpoblados, con pozos negros desbordados, calles de barro donde se mezclaban la basura y las aguas cloacales, niños sin zapatos, con hambre y con parásitos intestinales, "unos gusanos de casi 15 centímetros", que a veces los eliminaban por la materia fecal y otras emergían por la boca o la nariz.

\*\*\*

Se puede decir que el cambio comenzó de la mano del choripán.

En aquel momento, El Abrojo —buscando impulsar más programas al mismo tiempo— había creado la fundación Puente al Sur, de la cual también participaban la Universidad de la Paz, de las Naciones Unidas, y el Instituto de Estudios

Legales y Sociales del Uruguay (Ielsur).

“El Abrojo era el ideólogo y el motor”, recuerda Pepe Querejeta, su impulsor. “Nuestra idea era la de ser un puente con los uruguayos que se iban y querían colaborar con Uruguay. Nosotros vinculábamos a uruguayos o a organizaciones de uruguayos en el exterior con proyectos sociales acá”.

Luego que el artículo de prensa mostrara la situación de Las Láminas, muchos quisieron colaborar.

Puente al Sur había comenzado a trabajar en Bella Unión y había tantas cosas para hacer. En Las Piedras, el barrio vecino a Las Láminas, al otro lado de la ruta 3, había un centro CAIF que alimentaba a muchos niños de la zona. Su alma mater, Wanderley Pradela, había detectado que, con la crisis, las verduras y frutas que antes le llegaban ya no lo hacían. Por eso, había comenzado a cultivar su propia huerta a pesar de no tener un pozo adecuado para el riego.

Querejeta recuerda a Pradela —hoy fallecido— siempre con un teléfono inalámbrico en su mano, muy activo, permanentemente buscando recursos para el barrio y su centro CAIF. De él, y un plan de cultivos domiciliarios que había impulsado una ONG local, tomaron la idea de multiplicar las huertas en Las Láminas, para paliar la falta de comida.

Los uruguayos radicados en la localidad catalana de Castelldefels habían manifestado su deseo de ayudar. “Ellos tienen un día, una fecha al año, en que todas las colectividades exponen su gastronomía en un parque. Los uruguayos siempre hacen choripanes. Ese año vendieron mil euros de choripanes. Nos mandaron ese dinero y con eso largamos el proyecto de las huertas.”

Al mismo tiempo, se contactó a un grupo de uruguayos en Suiza que enviaron el dinero necesario para dotar de un pozo de riego a la huerta de Pradela.

Se llegaron a hacer 52 huertas, aprovechando también

14.829 dólares que donó la embajada de Francia. Hubo que traer muchos camiones de tierra, porque el suelo de Las Láminas, con el basalto casi a ras de la superficie, también es pobre.

Se montaron programas de educación nutricional, coordinados por Elisa Bandeira. Se hicieron manuales y libros con recetas simples, baratas y nutritivas, porque en algunas familias, la miseria prolongada, habían hecho perder esos conocimientos y habilidades.

Desde el uso de las herramientas agrícolas al valor de los alimentos, todo tuvo que ser enseñado. “La horticultura es una tradición, no te lo dan en ninguna escuela ni facultad, y cuando un eslabón se corta, se terminó”, dice Julio Tarino, un docente y activista social de Bella Unión, que se sumó al proyecto. “Se puede vivir bien de la producción familiar, pero se había olvidado.”

\*\*\*

Vanessa Soria, la que se preocupa por Griezmann, es la compañera de trabajo de Raquel Suárez en la policlínica de Las Láminas.

—¿Está la mamá de Griezmann? —pregunta en una casa en el extremo del barrio.

La mamá de Griezmann se presenta, mientras su hijo, un niño de dos años llamado así en honor al crack francés, juega con otros pequeños.

Vanessa le pregunta a la joven mamá por qué decidió no llevar más al niño a la policlínica.

Ella responde que el médico le faltó el respeto al decirle que Griezmann está desnutrido y que, en ese estado, podría incluso morir en cualquier momento.

“¡Él come todos los días!”, protesta la madre y le dice a Vanessa que hará que otro pediatra controle al niño, en el

hospital del centro de Bella Unión.

Hay más de dos kilómetros de distancia entre Las Láminas y el hospital.

Vanessa le dice que está bien, que lo importante es que Griezmann siga viendo a un médico, que no deje de controlarlo. Le dice que, aunque no recurra a la policlínica, ella la seguirá visitando y recordándole las citas con el nuevo doctor.

La mamá de Griezmann está de acuerdo.

\*\*\*

En aquellos días de 2004, junto con las huertas y los planes nutricionales, en Puente al Sur surgió la idea de hacer una policlínica en Las Láminas.

“La doctora Curbelo y Raquel Suárez atendían en el living de la casa de Raquel. Nosotros hicimos un plano de una policlínica muy precaria, y empezamos a juntar dinero para hacerla. Terminamos presentando el proyecto al Fons Catalá de Cooperació, el fondo de colaboración catalán. Fuimos a Barcelona, tuvimos una reunión con el director de sanidad de Cataluña, y con 25.860 dólares que nos dio el fondo hicimos la policlínica”, recuerda Querejeta.

Se dice fácil pero no lo fue. El terreno donde estaba asentado todo el barrio, incluyendo el predio donde se iba a instalar la policlínica, era de la Fuerza Aérea. Hubo que realizar gestiones para que fuera donado. “Aceptar la instalación de una policlínica era darle carácter permanente al barrio”, recuerda Bandeira. El predio de la proyectada policlínica tenía también sus ranchos instalados y sus “propietarios” exigían que se les pagara. Y hubo que hacerlo.

Se consiguió que arquitectos trabajaran en forma voluntaria, pero también se involucró a los habitantes del barrio en la obra, para que la sintieran como propia.

“Ellos traían arena del río, pero algunos cobraban más metros de lo que realmente sacaban”, recuerda Tarino.

Lo mismo había pasado con la tierra que se había comprado para las huertas. Elisa Bandeira revive su enojo de entonces ante tales situaciones.

Se trabajó y también se habló mucho. “Les explicábamos —dice Tarino— lo ventajoso que iba a ser tener que tener al médico allí y no tener que venir caminando hasta el centro, con niños chicos, bebés enfermos, hasta el hospital.”

Los implementos médicos hubo que conseguirlos uno a uno. La balanza de bebé se compró con restos del dinero donado por la embajada de Francia. El sillón de dentista para el consultorio odontológico fue donado por una integrante de la familia Silva y Rosas, lo que le dio a todo el proceso una coronación simbólica muy potente.

“En la historia tupamara, los ‘peludos’, los trabajadores de la caña de azúcar, pedían la expropiación de la estancia de los Silva y Rosas”, dice Querejeta. “Esa donación fue algo muy bueno, porque la construcción del Uruguay tiene que ser entre todos. ¡No puede ser de otra manera!”

Dos días antes de la inauguración, con un equipo de la televisión montevideana instalado en Bella Unión para filmar el acontecimiento, la policlínica fue robada.

“Pusieron un carro con caballos en el fondo y arrancaron la reja”, recuerda Raquel Suárez.

De todos modos, contra viento y marea, la policlínica fue inaugurada. Las jóvenes madres que hoy aguardan su turno en la cómoda sala de espera no tienen idea lo que costó aquello.

Después todo el barrio cambió. Los ranchos se hicieron casas y llegó el saneamiento.

\*\*\*

En todo el proceso de Puente al Sur fue muy relevante la ayuda de Jorge Drexler. Querejeta recuerda que un día llegó a El Abrojo, se presentó y dijo que quería dar una mano.

“Se involucró de lleno. Armó la cortina musical para la web, participó en el diseño de la web, participó en el nombre. Durante los dos años que trabajamos, en todos sus recitales hablaba de nuestra página web y las visitas se disparaban.”

Hubo otros colaboradores importantes. Un empresario uruguayo radicado en Maimi, Marcelo Castro, comenzó aportando giros de 20 dólares hechos a través de una tarjeta de crédito, y terminó enviando un contenedor entero de ayuda que se donó al hospital Maciel. Fue nombrado cónsul de Puente al Sur en Miami.

\*\*\*

Raquel Suárez y Vanessa Soria están felices y orgullosas de su trabajo en la policlínica, a pesar de que nada sigue siendo fácil allí.

Cada tanto, la policlínica es objeto de robos y actos de vandalismo, en general atribuidos a adictos a la pasta base desesperados por conseguir algo que vender.

Las consultas odontológicas están suspendidas porque el sillón de dentista se rompió y aun no fue reparado.

Ya no hay ranchos en Las Láminas, pero enfrente, al borde de la ruta 3, pegado al barrio Las Piedras ha surgido un nuevo asentamiento, tan precario, tan pobre y tan triste como un día fue Las Láminas. Un largo cinturón de miseria que hoy golpea.

No es el único signo de pobreza visible en Bella Unión. Un centenar de personas llega todos los días para comer gratis en un comedor municipal.

Los niños con bajo peso no han desaparecido, a pesar del apoyo de muchos planes sociales.

Una explicación es que las niñas desnutridas de la crisis hoy son madres y pagan el costo de aquella infancia traumática. “Les cuesta buscar una salida a muchas cosas”, dice Raquel Suárez.

Otra razón para la persistencia de la desnutrición es la falta de hábitos alimenticios sanos. Se trabaja mucho en eso en la policlínica. Se organizan charlas y en las paredes hay carteleras con consejos alimenticios y recetas accesibles y nutritivas.

“Antes faltaba dinero y trabajo. Hoy si faltan, al menos la gente tiene una tarjeta social en la cual respaldarse. Pero todavía falta más educación”, dice Suárez.

En la policlínica funciona un consultorio de riesgo nutricional, donde se evalúan la talla y el peso de los niños.

Vanessa Soria hace el trabajo de campo: visita las casas, ve a las madres, ve si están cumpliendo con las indicaciones del médico, si los niños están yendo al CAIF. Por eso visitó a la madre de Griezmann y a tantas y tantas otras.

“Hay de todo, como en todos lados. Hay gente que es responsable, otros no. Hay niños desnutridos. No es porque les falte comida, sino porque no tienen hábitos. La mayoría no desayuna. Se levantan y van a la escuela, porque no tienen hábito de desayunar. Hay madres que en vez de comprar fideos, compran galletitas. Que en vez de hacer un guiso compran pan y fiambre. El otro día nos encontramos con una vecina en la panadería y llevaba cinco paquetes de un kilo, en vez de uno de cinco kilos, que sale más barato. En esas cosas trabajamos mucho.”

\* \* \*

Antes de irme de Bella Unión voy una vez más a la policlínica.

Leo con detenimiento las carteleras. Están los títulos y las fotos de aquella edición de *Qué Pasa* y no puedo evitar emocionarme. Hay también una breve historia de la policlínica, que destaca los tres años en que funcionó en el hogar de la familia Suárez y el generoso aporte de “compañeros uruguayos residentes en España” que permitió construir el edificio propio.

Luego voy a la casa de la madre de Griezmann. Se llama Lorena González, tiene 24 años. También es madre de dos niñas. Su marido tiene 25 y corta caña. A él se le ocurrió llamar al niño como el futbolista francés.

Le pregunto a Lorena por qué se enojó tanto con el médico. “¡Me faltó el respeto!”, dice. “¡Mi hijo no está desnutrido!”

Lorena afirma que de ahora en más caminará hasta el centro de Bella Unión para controlar a su hijo. Le digo que es lejos. Me dice que no importa, no descuidará al niño pero no volverá con el médico de la policlínica.

Me invita a pasar a su casa. Es mediodía y está hirviendo agua para cocinar. El ambiente es muy pequeño, pero prolijo, limpio y ordenado. Lorena se dirige hacia la heladera y la abre para que yo vea. Hay muchas frutas y verduras y bolsas de carne congelada.

Me quedo pensando en este pequeño Griezmann cien por ciento uruguayo, con su vida suspendida en medio de esa polémica entre su madre y su médico.

Me preocupo hasta que me invade una certeza: pase lo que pase la enfermera Vanessa Soria, u otra auxiliar de la policlínica, estará allí para recordarle a Lorena las fechas, los exámenes, los controles.

Es una suerte que otros niños como Griezmann no tuvieron antes.



2008 - 2018



EL F5 DIDÁCTICO

HUGO MINETTI

Emilio Martinez Muracciole



Al principio era una computadora. A Hugo Minetti le faltaba todavía más de un año para recibirse de profesor de comunicación visual, pero las circunstancias ya lo llevaban a tener que pararse del lado del docente. Fue en 2007, en Paysandú, su ciudad. “Se me ocurrió que a algunas de esas clases de práctica las podía dar con la computadora. Por un lado me atraía y por otro veía que había cosas que me resultaban más fáciles de explicar a través de lo visual que parándome delante de la clase. En aquel momento llamaba la atención.” Contado por Hugo, parece un recuerdo añejo, quizás porque el tiempo que transcurrió desde entonces vino bastante cargado de experiencias atadas a la utilización de las tecnologías de la información y comunicación (TIC) en su rol docente. De todos modos —dice— siempre lo ha hecho planteándose y replanteándose hasta dónde ir. A esa carga, a ese bagaje —al que intenta bajar el perfil argumentando que así como él hay muchos otros docentes transitando por esos mismos caminos, aunque tal vez menos visiblemente— no sólo lo componen su rutina docente y el aporte pedagógico de herramientas que la mayoría de sus alumnos utilizan desde que tienen uso de razón, sino también proyectos que germinaron en el aula y derivaron en libros, exposiciones e incluso en un exitoso experimento tal vez sin precedentes en Uruguay. Ese bagaje está cargado fundamentalmente de experiencias colectivas de aprendizaje alimentadas en gran medida por el compromiso de alumnos que dejaron en ellas horas y más horas; muchas veces las de sus sagrados fines de semana.

## Hacerlo

Desde 1994 Hugo Minetti es maestro técnico de elec-

trónica, egresado del Instituto Normal de Enseñanza Técnica. Trabajando primero en una empresa privada de telecomunicaciones, en su rutina se le hizo frecuente, fundamentalmente con el personal técnico a cargo, ejercitar algo que hoy sostiene casi a modo de precepto: “no alcanza siempre con decir ‘hay que hacer tal cosa’. También es necesario mostrar cómo se hace”.

Estudió el profesorado de Comunicación visual del IPA en régimen semilibre dos años y luego cambió a la modalidad semipresencial cuando esta fue incorporada en el Instituto de Formación Docente de Paysandú.

En el tiempo al que se remonta aquel recuerdo en apariencia añejo, cuando él era todavía un estudiante de profesorado, Hugo fue convocado incluso para ir a la Cátedra Alicia Goyena a exponer “en una jornada sobre ejemplo de clases para estudiantes. Estamos hablando de que en aquel momento era con Corel y Paint, para trabajar línea y contorno, y cómo al eliminar los contornos lograbas tal o cual figura. Me acuerdo de que di varias (de esas charlas). Medio como que de arranque venía convencido de que rendía más así”.

Y rindió. Así se lo fueron haciendo saber con el transcurso de los años sus propios alumnos de secundaria, UTU y formación docente.

Se recibió en 2009. Hoy, a los 47 años, es docente en los liceos N°1 y N°7, en el Instituto de Formación Docente (IFD), en el colegio Rosario y en el Instituto Técnico Superior (ITS) de UTU en Paysandú.

En todos esos ámbitos ha desarrollado experiencias que tienen a las TICs como muletas, o más bien como zancos. Pero por sobre todo las tiene incorporadas al trabajo diario, como herramienta. Y en esas aguas, lejos de dedicarse a flotar, trabaja ahora en mejorar su nado, en ajustar las brazadas; se empaqueta de marcos teóricos que le permiten bucear profundamente,

y no sólo en lo que puede llegar a hacer a futuro sino también bucear en lo que ya ha hecho. Corrige así algunos nados y reafirma otros. Lo hace a través de un curso de Red Didáctica, una experiencia que surgió a partir de una invitación de El Abrojo a otras instituciones para instalar un sistema de formación de docentes de futuros docentes en la utilización didáctica de las TICs.

La red nació en el marco de la preocupación por integrar las nuevas tecnologías al ámbito educativo, atendiendo las dificultades e incluso resistencias que todavía existen en la formación docente. Red Didáctica cuenta con la figura de un dinamizador de práctica que opera como mediador entre el proceso de formación y la práctica en el aula, trabajando sobre el círculo ‘docente-futuro docente-estudiante’.

El año pasado Hugo había comenzado a hacer en Buenos Aires, a través de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), un curso sobre imagen digital que por diferentes razones no pudo continuar. Explica que, impresionado por el nivel de aquellas clases, al enterarse de la oportunidad que les ofrecía Red Didáctica a los profesores de formación docente —y que a ella estaba vinculada Flacso, según enfatizó— no dudó en presentarse. “Era una oportunidad que no se podía dejar pasar. Y me encantó. A partir de esto me he encontrado con mucha cosa que hacía inconscientemente, y empiezo a darme cuenta de cómo eran en realidad. Me ha abierto los ojos a un montón de aspectos, aunque en algunos de ellos tal vez ya venía con el proceso hecho a raíz de la experiencia. (...) Con el tiempo me fui dando cuenta de que cuando venía una nueva herramienta, por ejemplo una impresora 3D, yo quería poner a todos (los alumnos) a trabajar en la impresora, pero de una clase de veinte quedaban enganchados muy pocos. Después noté que, por ejemplo en UTU, donde hay un perfil más técnico y más inclinado a lo tecnológico porque lo que

hacen tiene relación con eso, la impresora calzaba justito”. “(El curso) me ha ayudado por ejemplo en aquello de pensar en la herramienta no por la herramienta misma sino cuando ella sea necesaria. Es que uno mismo ha caído en eso de decir ‘tengo algo novedoso y lo traigo para enseñar’. En realidad el tema es qué enseño, es decir si el contenido que estoy dando necesita de la herramienta. No se la puede poner por delante del contenido”. “En el caso puntual de la impresora 3D, tal vez esta no se adecuó muy bien en el liceo, aunque sí podía haber algunos chiquilines con un perfil más técnico y a ellos les gustaba la idea de seguir avanzando en eso, y fui brindando la posibilidad de avanzar”, lo que implicaba trabajar en propuestas que crecieron fundamentalmente fuera del horario de clase. “Así nacen los proyectos. Uno propone en la clase, le da la posibilidad a todos, pero sabe que algunas cosas no se van a poder hacer con treinta alumnos”. Enfatiza que más allá de identificar quiénes pueden tener interés en poder desarrollar eso, lo fundamental es “darle siempre la oportunidad a todos. Depende de ir conociendo los intereses y ver quiénes tienen ganas de desarrollar eso”.

“En una oportunidad conseguí la impresora 3D, 12 ceibalitas, hice unas demostraciones y les propuse hacer algo, pero a la hora ya muchos estaban preguntando cuándo iban a agarrar de nuevo la hoja para dibujar y hacer actividades plásticas”. “Uno debe brindar las oportunidades, las experiencias reales, el oficio, la técnica, y que cada uno le saque su provecho”. “No se puede hacer imponiendo”, señala.

La experiencia de Red DidáTICa “me ha brindado una cantidad de herramientas nuevas para trabajar, como por ejemplo herramientas online”, cuenta Hugo. Destaca la figura de los dinamizadores en el proceso de aprendizaje. “Hay que ver cómo te corrigen, las devoluciones que te hacen. Voy viendo las devoluciones y diciendo ‘caramba, cómo me abren

los ojos por lo mal que estaba haciendo tal o cual cosa'. La plataforma es buena. El nivel del equipo es muy bueno, y te está realizando un continuo seguimiento. Los dinamizadores te van asesorando sobre el trabajo que estás haciendo en el curso. Y ahí me dicen 'Mirá Hugo que acá te conviene ir más por este lado que por ese otro. En el proyecto vas bien, pero capaz que tendrías que agregarle tal cosa', y todo así. Y son infalibles, porque te dicen 'tenés estos dos problemas', y vos los corregís, lo mandás y confirmás que los problemas que tenías eran exactamente los que te habían dicho". "Esto me ha abierto mucho la cabeza en la parte teórica, me ha agregado muchas cosas, como por ejemplo la narrativa visual, una narrativa trasmedia que para lo visual me vino muy bien y ya me dejó encendido para hacer algunas cosas; ya me hizo pensar en proyectos".

### **El trayecto**

Hugo señala que algunos de los proyectos que desarrolló con los alumnos alcanzaron cierta notoriedad, aunque no haya sido el objetivo. "Al de la impresora 3D lo arrancamos con Ceibal. Fue en 2013. Ganamos la impresora y formamos un club de ideas, innovación y desarrollo en el Instituto Tecnológico Superior de Paysandú", al que se empezaron a sumar desde diferentes lados. "Empecé a llevar a los gurises del liceo, que iban a imprimir allí". "Se fue formando una suerte de club con el que nos juntábamos unas horas en la tarde, imprimíamos, trabajábamos sobre diseños, luego se daban cursos en los liceos. Eso llevó a que Ceibal nos empezara a llevar a las jornadas de tecnología que había a fin de año. También a la Expoaprende y otras instancias". Con la impresora 3D sus alumnos de Electrónica de UTU desarrollaron instancias junto a sus pares de la rama agraria, como por ejemplo el diseño de un pulsor de ordeño, mientras que alumnos de 4º año del liceo

7 diseñaron y fabricaron células didácticas para alumnos con discapacidad visual que cursan carreras de Salud en la UdelaR. Esas son algunas de las experiencias con la impresora, explicó.

El proyecto de fotografías artísticas en 3D arrancó en el liceo, enfocándose inicialmente en la dimensión patrimonial del Monumento a perpetuidad de la capital sanducera. “Es un proyecto que fue creciendo solo”, explica. Allí trabajó junto a su colega Martha Abraham. Fueron ganadores de un fondo concursable del MEC, y obtuvieron además el apoyo del Ministerio de Turismo. Luego el foco fue el Parque Achugarry, en Maldonado. El proceso de ambas experiencias llevó a la edición de dos libros (con sus respectivos lentes, además de contar los pasos del proceso para lograr imágenes 3D) y una veintena de exposiciones por diferentes puntos del país, e incluso en suelo argentino.

Santiago González, que actualmente cursa 6° de Derecho, fue uno de los alumnos de Comunicación visual que integró el equipo del proyecto. Subraya que el proceso de aprendizaje no se limitó a cómo hacer para obtener las dos tomas intrínsecas a la obtención de una imagen 3D —lo que a él le despertó “un gusto que no tenía en la fotografía como arte”—, ni al proceso digital posterior. “Fotografiando el monumento también aprendimos mucho sobre la historia de Paysandú, sobre la defensa, Leandro Gómez, las primeras familias y también sobre la cultura uruguaya de esa época. Y el hecho de saber, por ejemplo, que al mármol lo traían de Carrara, te llevaba a pensar por ende en los transportes en aquel tiempo, en cómo se cubrían las distancias”, comentó. El proyecto de fotografía 3D implicó, “a través del arte, de la fotografía y del dibujo, aprender y tener un contacto con la historia y la cultura de Paysandú”, añadió Santiago.

Al igual que sus compañeros de generación, Santiago recibió su primera ceibalita cuando tenía ocho años. Por ende

pensar sobre la utilización didáctica de la TICs no es algo que le resulte necesariamente una novedad. “Venimos acostumbrados a interactuar con programas para aprender”. Cree que la trascendencia de estas depende del docente. “La tecnología bien usada potencia lo útil que puede llegar a ser, así como potencia lo atractivo. Es diferente tener una maestra hablando enfrente todo el horario, sin una imagen, a tener la posibilidad de mirar también un video y usar un programa que tengas que toquetear a ver qué vas a hacer. Creo que el tema de toquetear, errar, experimentar y todo eso es lo que te deja el aprendizaje”. De todos modos “los programas, por muy buenos que sean, que se utilicen bien o mal depende siempre del profesor”.

Hernán Vargas es otro de los exalumnos de Hugo, pero en este caso lo fue de Electrónica en el laboratorio taller de 3er año de Profesorado de Física, y en el Espacio proyecto interdisciplinario de 4º año. “En el caso del Taller de laboratorio de 3º, en el que teníamos que hacer circuitos electrónicos y placas y todo eso, utilizábamos simuladores que nos ayudaba a entender no sólo cómo hacerlas sino también cómo funcionaban. El simulador nos mostraba en cierta forma el producto final, el cómo iba a quedar la placa terminada, y nos permitía a nosotros entender cómo iba a funcionar y en todo caso corregir alguna cosa que fuera necesario corregir.”

Cree que “el uso de la tecnología motiva mucho al estudiante. Lo vi como alumno y ahora, que estoy del otro lado, lo reafirmo. No es lo mismo dibujar un circuito eléctrico con diagramas en el pizarrón que enseñarlos con el simulador o con algún video o algo. Los gurises se estimulan más, lo entienden mejor y más cuando son clases temáticas dentro de la física, porque todo lo que tiene que ver con electricidad y magnetismo muchas veces es un poco abstracto para los estudiantes. No estoy hablando de usar sólo la tecnología y de dejar de lado el recurso principal de cualquier aula que es el

pizarrón, pero tampoco abusar de éste. Y hay que variar siempre. Si sólo se llevan simuladores también se aburren. Hay que tratar de estimularlos y de engancharlos de una forma u otra”. Santiago González coincide con que la herramienta digital no debe ser insustituible. “Cuando a un docente no le funciona el cañón proyector, debería tener un plan B. Y también un plan C.”

En cuarto año de profesorado a Hernán Vargas le tocó ser parte del grupo que selló una experiencia que Hugo había iniciado con los alumnos del año anterior, logrando el que muy posiblemente sea el primer registro holográfico gestado y materializado en Uruguay. Hologramas caseros para los cuales si bien fue necesario importar algún instrumento puntual, se lograron fundamentalmente en base a investigación, prueba y, sobre todo, ingenio para obtener resultados que en teoría sólo se obtienen con un mobiliario inaccesible. Salir de la planta urbana, hacer pruebas sobre colchones y teniendo también a gomas de automóviles como elementos disuasores de las vibraciones más imperceptibles, fueron algunas de las diapositivas que les dejó el proceso.

Había propuesto el holograma a sus alumnos de tercero en 2015, y fueron ellos los que dijeron de proponerlo para el Espacio proyecto interdisciplinario de cuarto. “El hecho de que los alumnos te digan ‘vamos a hacerlo’, ‘vamos a estudiarlo juntos’, para mí es una satisfacción. Yo no sabía nada de holografía. Lo único que tenía era una idea de cómo se hacía.” No necesariamente se trataba de hacerlo, sino más bien buscar hacerlo. “Lo más lindo es que iba a buscarlo con ellos”, comentó. En 2016 los alumnos no quisieron quedarse únicamente con la monografía, que era lo que se les exigía. El aprendizaje por la investigación, la experimentación y el ingenio aplicado fueron la recompensa del camino, pero no pudieron, por muy poco, lograr el holograma. De todos mo-

dos sentaron las bases para que sí pudieran conseguirlo, en su propia experiencia, los alumnos de cuarto año en 2017, entre los que se encontraba Hernán. “Sobre hombros de gigantes”, les escribió, vía Whatsapp y entre jajás, uno de los estudiantes del año anterior.

“Cuando sacamos el holograma, hicimos el proceso, lo secamos y empezamos a mirar y efectivamente lo vimos, yo quedé erizado. Hasta el día de hoy pienso en ese momento y me emociono”, cuenta Hugo. En el camino, que había iniciado hacía bastante más de un año cuando propuso el tema en el aula, fueron necesarias la autogestión y la coordinación de recursos públicos y privados, algo a lo que también había tenido que apelar en los otros proyectos. Incluso aprovechó a encastrar el trabajo de uno en el otro, como por ejemplo cuando tanto para el holograma como para la fotografía 3D respectivos los equipos tuvieron que diseñar y construir objetos que necesitaban para el proceso de obtención de las imágenes que buscaban.

En los hechos, además, cada uno de los proyectos se convirtió en un trabajo multidisciplinal, requiriendo del apoyo de los profesores de Química para lograr los reveladores; los de Biología para entender por qué se ve tridimensionalmente; y de Física para saber sobre óptica, sobre cómo funciona un láser.



SIETE VIDAS EN LA MONTAÑA RUSA

ANDREA

Leonardo Haberkorn



Andrea<sup>1</sup> fue Cenicienta. También fue esclava, fugitiva, pobre, empresaria narco, rica, insomne y presidiaria. Hubo épocas en que ganaba una fortuna cada día y otras en las que no tenía nada. Ha conocido el amor y también le clavaron una tijera en la espalda.

Su infancia tuvo dos mitades: una feliz pese a todo y otra peor que triste. Todo ha sido así en sus 30 años de vida, una montaña rusa de emociones.

Su madre era meretriz, que es la palabra que Andrea elige para definir su oficio. Vivían en una pensión. De noche, ella se quedaba sola. Cuando su madre se iba a trabajar una temporada a Italia junto con su padrastro, a ella la dejaban en casa de unos familiares en Malvín. Nunca conoció a su verdadero padre.

Fue la etapa feliz de su infancia. “De mi madre recuerdo cuando salíamos a caminar a la feria, cuando íbamos a pasear a balnearios como Solymar o a El Pinar. Fue poco, pero tengo lindos recuerdos”, cuenta Andrea en la esquina de Carreras Nacionales y General Flores, a una cuadra de la escuela pública donde acaba de dejar a sus hijas.

Pero esos días felices terminaron cuando su madre falleció de cáncer. Andrea tenía solo 10 años.

La niña quedó a cargo de su padrastro, que pronto se la dejó a su madre y se olvidó de ella.

El padrastro de Andrea murió hace años, pero la madre de él —aquella mujer a la que la niña fue entregada— todavía vive y hace lo mismo que hacía entonces: ser dueña de una pensión en la Ciudad Vieja. Se llama Rita.

---

1 Su nombre y el de sus familiares fueron cambiados para preservar su identidad.

“Hasta los 15 años me crié con ella en esa pensión”, recuerda Andrea.

Fue la etapa triste de su infancia. Su padrastro pronto desapareció del mapa y la señora Rita tomó a Andrea como Cenicienta: le daba cama y comida a cambio de trabajar todo el día: barrer, limpiar cualquiera de las 18 habitaciones que quedara libre, baldear el pasillo, pintar las paredes, hacer tareas de albañilería, lo tenía que hacer todo.

“Era como una esclava. Todo lo que puede hacer un obrero lo hacía yo, con 11 o 12 años. Así tenía que ganarme el plato de comida.”

Tenía 12 años cuando su padrastro la llevó a trabajar a un hotel en la esquina de Colón y 25 de Mayo. Allí hacía de recepcionista y limpiadora. Pero una vez un borracho entró y rompió todos los vidrios y su padrastro decidió regresarla otra vez a la pensión de su madre. Andrea volvió a ser Cenicienta.

Odiaba aquella vida.

“Me iba a las ocho de la mañana para la escuela y volvía a la una de la tarde. Y desde esa hora en adelante, todo el resto del día lo pasaba recibiendo órdenes y haciendo lo que se necesitara: pintar, revocar...”

Andrea cruza sus manos tatuadas mientras habla. Tiene 17 tatuajes. Algunos hechos para tapar otros que le dejaron de gustar y uno para ocultar unos cortes que se hizo en la cárcel. Sobre un labio se tatuó tres pequeños puntos, como lunares, para disimular una cicatriz. Es de estatura media tirando a alta, menuda pero no frágil, cara redonda, mejillas altas, nariz pequeña y algo achatada, los ojos levemente achinados. Lleva el pelo lacio y negro peinado con cerquillo. Habla de la madre de su padrastro, la mujer que la esclavizaba.

“Ella no me quería. Siempre me decía: ‘El plato de comida te lo tenés que ganar’. Y la manera de ganármelo era cumpliendo sus órdenes”.

En aquellos años, en aquella pensión, escuchando los mandatos sin fin de la señora Rita, desarrolló una aversión explosiva a recibir órdenes.

Rita sigue allí. Es bajita, de pelo blanco, podría pasar por una buena abuelita, pero el nerviosismo la delata cuando le pregunto por Andrea.

“Ella me traicionó. Yo le di todo”, dice al comienzo. Pero luego se le escapa: “Ella no era como mis hijos, yo la hacía trabajar”.

A los 15 años Andrea solo pensaba en escaparse. A los 16 conoció a Milton, se enamoró y le avisó a la señora Rita que se iba. Y se fue. La dueña de la pensión la fue a buscar con la policía.

“Fuimos a la Seccional Primera. Yo expliqué que no podía seguir viviendo como una esclava. Además ella no era nada mío: no era mi tutora, no tenía ningún papel, no había nada que justificara que era mi responsable. Entonces quedé por esa. Yo nunca más me molesté en saber de ella, y ella nunca más se preocupó por mí.”

Rita me dice que hace años que no tiene noticias de Andrea, que fue una desagradecida. Cuando comienzo a preguntar qué tareas hacía la niña en la pensión, un hijo cincuentón que acaba de llegar de Italia me dice que me vaya.

Andrea y Milton comenzaron a convivir. No fue fácil. Acostumbrada a trabajar de sol a sol, Andrea le imprimía a las cosas un vértigo que iba contra el carácter calmo de su novio. “Era muy bravo estar con ella. Estaba todo el día en movimiento. Pero nos fuimos adaptando”, cuenta él. “Era muy compañera y pasara lo que pasara, ella siempre estaba.”

Andrea tenía 18 años cuando tuvo a Deborah, la primera hija de la pareja, que hoy tiene 12. Eran padres jóvenes y primerizos. En los primeros días Milton le ponía de modo obsesivo un espejito debajo de la nariz a la niña a cada rato, para

asegurarse de que respiraba bien. Hoy tienen cuatro hijos y se ríen de aquellas primeras horas de felicidad y nervios.

Era el año 2006 y la vida no era fácil. A Milton lo habían despedido de la empresa donde trabajaba en medio de una reducción de personal. Andrea cuidaba a la bebé y tampoco tenía empleo. Vivían en un conventillo en la Ciudad Vieja, cerca del puerto. Allí habitaban muchas familias y también había dos bocas de pasta base. Milton consiguió trabajo como security en un boliche, pero al tiempo también quedó sin ese empleo. Todo se complicó. Habían tenido otra hija, Tatiana, que hoy tiene 9 años. No tenían ingresos. Buscaban trabajo, pero no conseguían. Vivían de vender sus pocas pertenencias.

“Yo salía a caminar y le ofrecía a los taxistas un pantalón, una campera...”, recuerda Milton. “Pasábamos necesidades, andábamos con lo justo. El plato de comida, la leche y los pañales para las niñas siempre los teníamos. Pero las veíamos comer y nos preguntábamos si al día siguiente tendríamos qué darles.”

Cada día era una batalla por sobrevivir. Milton empezó a vender películas pirateadas, con una mesita y dos caballetes que instalaba en la vereda.

Cuando llegó la tercera niña, Pamela, que hoy tiene siete años, Andrea dijo basta. Basta de penar por un plato de fideos, basta de comprar los pañales de a uno, basta de tener la heladera vacía y ni un peso partido al medio.

Llevaba años viendo la cantidad de dinero que entraba cada día en las bocas del conventillo.

Milton le dijo que no, que eso no estaba bien y que terminarían presos. Pero cuando Andrea se determina, es difícil frenarla. “Fue un impulso, no lo pensé”, dice hoy, sentada en su casa del barrio Casavalle, un parrillero al que con trabajo y esfuerzo le han ido agregando habitaciones, a pocas cuerdas de los lugares que todos los días salen en la crónica roja. Entonces siguiendo aquel arrebato de Andrea, vendieron todo lo

que tenían, incluyendo los caballetes, la mesita y las películas. Con eso compraron las primeras lágrimas de pasta base.

### Noches de insomnio

La vida de Andrea y Milton dio un giro de 180 grados. La clientela se la hicieron fácil, hablando directamente con “los latas”, sacándole compradores a otras bocas, ofreciendo cantidad y calidad, aunque sin rebajar el precio. Al principio Andrea se lo planteó como un recurso provisorio para salir de apuros. “Es por un tiempo”. “Es solo hasta que levante”, se decía a sí misma y le decía a Milton. Pero todo creció muy rápido y se le fue de las manos.

“Cuando me quise acordar ya vendía una cantidad importante, cuatro o cinco pilas por noche. Cada pila tiene diez gramos de pasta base.”

Cada noche Andrea hacía 20.000 pesos, más de lo que Milton podía sacar en un todo un mes trabajando, si es que conseguía empleo. ¡Cada noche! ¡20.000 pesos 365 veces al año!

La montaña rusa que ha sido la vida de Andrea pegó en este tramo una acelerada vertiginosa.

“Al principio fue una gran solución, porque ya no tuvimos que preocuparnos de si al otro día tendríamos comida”, recuerda Milton. “Pero empezamos a tener otras preocupaciones peores.”

Milton nunca dejó de decirle a Andrea que aquello no iba a terminar bien. Pero el dinero que entraba cada noche, y el recuerdo tan cercano de la miseria, siempre inclinaban la discusión para el lado de ella.

“Me envié mucho”, relata Andrea. “No con la droga, que nunca me dio tentación, ni la consumí. Me envié con la plata. Quería siempre más.”

Se habían mudado a la Aguada. Como no podían deposi-

tar el dinero que ganaban en un banco, lo escondían en la propia casa, en un escondrijo disimulado debajo de unas baldosas. Tenían mucho miedo a que los robaran. De que les coparan la boca. De los narcos de la Ciudad Vieja a los que les habían quitado la clientela. De la policía también, aunque menos.

Andrea, que en materia de estudios solo terminó la escuela, creció en el negocio y llegó a tener tres personas que vendían droga para ella. Eso era lo bueno. Lo malo era el miedo, un pavor tan grande que no los dejaba dormir de noche. “Teníamos muchos enemigos”, recuerda Andrea. “Habíamos avanzado muy rápido y teníamos mucha gente en contra por haberles sacado clientes. No podíamos descuidarnos ni un minuto. Es gente a la que no le interesa si tenés a tu hijo al lado o estás solo.”

Milton sentía que sus malos presentimientos se estaban haciendo realidad. “Pasábamos constantemente a la expectativa de todo, no confiábamos en nadie... no me gustaba.” Además, Andrea cada día se tornaba más ambiciosa y avara. El dinero se había transformado en una obsesión alimentada por las privaciones de tantos años.

“Tenía que tener más y más plata, siempre quería más”, recuerda ella. “Hoy me doy cuenta de que la gastaba en porquerías. Mis hijas tenían dos pares de champions nuevos, sin uso, y yo ya les compraba otro. Y tenían que ser Nike o Nike. La ropa siempre de marca. Los juguetes más caros. Me pedían y yo compraba.”

Gastaban mucho y también podían ahorrar. Llevaban cinco años vendiendo droga y empezaron a pensar en cumplir el sueño inalcanzable de comprarse su propia casa.

“Compramos y dejamos”, decía Milton, que nunca había dejado de insistir en salirse de aquel camino.

Al fin, entregaron una seña de 180.000 pesos por una vivienda en La Teja. Más o menos cuando nació Brian, el cuarto

hijo de la pareja y el primer varón, Andrea firmó un compromiso de compra-venta. El saldo se debía pagar a lo largo de un año en 12 cuotas de 14.000 pesos. Andrea iba a un Abitab y giraba ese dinero cada mes. Pero llegó a pagar solo dos cuotas. Porque, justo en esos días de 2013, patearon la puerta, la policía irrumpió a los gritos, dieron vuelta todo y los llevaron detenidos.

La bajada más dura de la montaña rusa.

### **Ilusión recuperada**

El allanamiento fue terrible y se grabó para siempre en la memoria de la pareja y de Deborah, la mayor de las niñas, con capacidad para entender lo que había ocurrido.

Tener “empleados” había sido la perdición de Andrea: uno de ellos había caído y lo había contado todo.

Los dos estuvieron un par de días detenidos, también una prima de Milton que era una de las personas que vendía para Andrea.

Milton quedó libre, pero ella fue procesada y enviada a la cárcel. Al principio no se dio mucha cuenta de lo que estaba ocurriendo. Creyó que todo pasaría pronto, que en poco tiempo sería libre otra vez.

Pero le dieron más de dos años. Nunca antes había estado separada de sus hijos. El golpe fue mucho más duro que lo que había podido imaginar.

Luego de una semana dejaron que Brian, que era un bebé, estuviera con ella en la cárcel. Milton, además de sus tres hijas, debió asumir el cuidado de dos hijos de su prima, que también fue encarcelada. Quedó solo, sin trabajo y con cinco niños a su cargo.

La casa señada, la perdieron. El dinero de la seña, también. Los sueños se derrumbaron. La pareja fue puesta a prueba: cada uno vivió su propia odisea.

Andrea cayó en un pozo. Sentía rabia y mucho resentimiento. La cárcel, donde todo son órdenes, le traía a la memoria los tiempos oscuros de Cenicienta. No aceptaba ordenes de las policías ni de otras presas. Cualquier cosa que le dijera una guardia le servía para mandarla a la puta que la parió. Vivía sancionada. Después de pelear con otra presa y de lesionar a una policía, la trasladaron a la cárcel de Maldonado. Allí se hizo cortes en un brazo. En una pelea, otra presa le clavó una tijera en la espalda.

“Yo estaba enojada, siempre, siempre, durante mucho tiempo. Estaba enojada con la vida, conmigo, con todo el mundo. Más de un año estuve así, siempre a la defensiva. Cualquier cosita que me dijeran a mí o a mi hijo, ya saltaba. Estaba muy sacada y pasaba sancionada. Me las agarraba con las policías, las insultaba todo el tiempo. Venían a las siete de la mañana a hacer el conteo y me golpeaban apenas la puerta y yo ya andaba a las puteadas. Me peleaba a las piñas con otras presas. Me llegaron a decir que una pelea más y me sacaban a Brian.”

Milton, mientras tanto, estaba a cargo de cinco niños y sin trabajo. “Tuve que empezar de cero. Se me acumulaban las cuentas de la luz y el agua. Por suerte conseguí otra vez trabajo en un boliche y mi madre me ayudó a cuidar a las nenas. Y ahí empezamos a salir.”

A veces tenía plata para ayudar a Andrea y llevarle un paquete a la cárcel, pero no siempre, porque con tantos niños tenía muchos gastos. Pero lo más duro era que las niñas le reclamaban ver a su madre, y él también quería ver a Brian, pero Andrea muchas veces estaba sancionada sin vistas. Y otras veces no estaba de humor y no aceptaba recibirlos. Discutían mucho por teléfono: Milton le decía que las nenas querían verla y ella les respondía que no, que no fueran.

“Hubo una época en que era muy difícil hablar con ella”,

recuerda Milton. “Yo trataba de entenderla, pensaba que si para mí las cosas eran difíciles, mucho más lo eran para ella. Pero era muy difícil explicarles a mis hijas que no iban a tener la visita con la madre. Entonces, a mi manera, yo también me enojaba un poco.”

Al principio, las visitas de la gente de El Abrojo en la cárcel la irritaban a Andrea casi tanto como las policías: “Pasaban por mi pieza y golpeaban; vamos Andrea al taller, y yo los sacaba chatos. Que no voy nada, que déjenme en paz sola, que no molesto nadie acá.”

A veces iba a algunas actividades pero se quedaba callada, como si en verdad no estuviera allí.

Jesús Cantera, de El Abrojo, la recuerda con la mirada baja y perdida, callada, reticente a participar de cualquier forma. Si se la presionaba para que dijera algo, se levantaba y se iba sin dar explicaciones.

El clic, que al principio fue pequeño, lo hizo con un programa destinado a darle una merienda rica y saludable a todos los niños que vivían en la cárcel junto a sus madres. Brian ya tenía tres años y hacer algo por él, le dio la motivación suficiente para romper la coraza de rabia que la estaba anulando.

“Me sumé al proyecto. Nos enseñaron cómo hacer una entrevista para pedir meriendas para los niños. Me sirvió para abrirme. En el grupo había presas con las que no me llevaba, pero como era algo que hacíamos para los niños, en esos momentos el enojo como que se me iba.”

La montaña rusa dio un nuevo giro: Andrea volvió a pensar en el futuro, recobró la ilusión, dejó de pelear con todo el mundo y se casó con Milton en la cárcel vestida de blanco.

## Regreso

Recuperó la libertad en 2016.

Le pregunté si la cárcel sirve para algo y su primera respuesta fue un categórico “No”.

Después pensó unos segundos y agregó: “A mí me sirvió como experiencia, porque hoy no volvería a hacer lo que hice antes, para no tener que volver ahí”.

Y no es que no lo haya pensado. La alegría de la libertad, del reencuentro, de estar con sus hijas fue grande, pero las dificultades con las que se topó al salir de prisión fueron enormes.

Su relación con sus dos hijas mayores no era sencilla. El allanamiento. Los años de traumática separación. Las visitas negadas. El tiempo perdido. La relación no era igual que antes y Andrea sufría.

Y el dinero. Otra vez. La miseria mordiéndoles los talones.

“La plata no nos daba para nada, como antes. Teníamos seis niños, porque nuestras dos sobrinas seguían con nosotros. Yo buscaba trabajo, pero en todos lados me pedían el carnet de buena conducta y, como sale que estuve presa, nadie me llamaba. Todas las puertas se me cerraban.”

Un mes, dos meses, tres, cuatro. Un rechazo detrás de otro. En la desesperación, más de una vez le dijo a Milton que podían volver a vender pasta base. Esta vez su esposo se mantuvo firme: no, nunca más. Ni siquiera aceptó reclamar el dinero entregado por la casa que al final no pudieron comprar. “Era plata mal ganada, preferí darla por perdida.”

En enero de 2017, después de casi cinco meses de búsqueda, Andrea consiguió empleo en una empresa de limpieza. Ganaba unos 15.000 pesos por mes. Menos de lo que antes sacaba en una noche.

Pero ahí hizo otro clic: no todo tiene que ser Nike en la vida. Su sueldo más el de Milton daban para mantener el hogar funcionando. Sin que sobre nada, pero también sin miedo, sin angustia y sin insomnio. Y con un extra que hasta ese momento no había conocido: el orgullo de trabajar, de hacer

lo correcto, de batallar cada día contra todo por sacar a sus hijos adelante.

Entraba a trabajar a las seis de la mañana, así que salía de su casa a las cuatro y media de la madrugada. Un sacrificio que mantiene hasta hoy.

“La verdad es que me rompo toda, todos los días. Pero duermo tranquila, sé que no van a venir a buscarme, que no me van a patear la puerta otra vez. Deborah no se olvida más de la noche del allanamiento. Y fui yo la que le marqué eso para toda la vida.”

—¿No te lo perdonás?

—No sé. Es difícil.

Andrea ya no trabaja en una empresa de limpieza sino cuidando a una persona enferma de cáncer. Le gusta más. Se siente útil. Tuvo que decir que no tenía antecedentes penales para poder conseguir ese empleo. También empezó un curso de peluquería.

“Me da orgullo trabajar, claro que sí. Me siento un ejemplo. Porque muchas salen de la cárcel y vuelven a la misma. A veces porque ya no saben hacer otra cosa que delinquir. Yo no. Yo salí, me puse las pilas, salí a buscar laburo y conseguí. Duermo tranquila, mis hijos no andan con ropa ni con championes de marca, pero siempre andan prolijos.”

Son niños educados que saludan a la visita y juegan en silencio para no molestar mientras su madre es entrevistada. Deborah, la mayor, se acerca a la mesa donde los adultos conversan. En una niña tímida de sonrisa grande. Dice que su madre es buena, pero de carácter explosivo. “Histérica”, la corrige Andrea y todos se matan de risa.

Milton agrega que el carácter de su esposa está muy cambiado y para bien. “Ella salió de la cárcel mucho mejor, más luchadora, comprendió muchas cosas que antes no entendía, que la plata fácil da muchos dolores de cabeza. Hoy se levanta

todos los días de madrugada, pero sabe que siempre va a estar con sus hijos.”

Andrea asiente. “Antes pasaba alguien y me pechaba en la calle y yo ya estaba a las puteadas. Hoy me pechan y no pasa nada. Era una polvorita, sentía que cualquier cosa que me decía una persona era porque quería mandarme, y yo tenía que hacer saber que a mí no me iban a mandar o a pisotear más.”

Era el estigma de la época de Cenicienta, de esclava en la Ciudad Vieja.

Le cuento que estuve en la pensión, que vi a la señora Rita, que mi visita a aquella anciana en ese albergue oscuro y frío me dejó una mala sensación. La maldad helaba el ambiente.

Andrea asiente. Me lo había advertido.

Le pregunto cómo se imagina dentro de diez años.

“Que mis hijos sigan los estudios y que nunca más nos quedamos sin trabajo. Que las cosas sigan así y podamos seguir progresando para darle el mejor futuro de nuestros hijos, que hoy es lo único que me preocupa.”

Salgo a la calle y pienso que ojalá tengan mucha suerte.

VOZ DE TIERRA ADENTRO

Voz y Vos

Emilio Martinez Muracciole



Después de la información hubo espacio para la mirada crítica. Era nomás repasar algunos abordajes periodísticos recientes y un murmullo ganaba la sala, y a veces incluso la inundaba un silencio estupefacto. Periodistas de todo el país analizaban, munidos de otros lentes, cómo habían tratado algunos medios de comunicación determinados hechos que involucraban a niños, niñas o adolescentes. Periodistas que en la mayoría de los casos empezaban a mirar desde otra perspectiva, la de los derechos, y aquello que hasta ahora les sonaba tan corriente aunque no fueran sus formas, les empezaba a resultar estremecedor e inadmisibles. “Era brutal”, dice Giovanna Farías Dos Santos, periodista tacuareboense que participó de uno de los cursos nacionales “Periodismo, niñez, adolescencia y género”, organizados por la agencia Voz y Vos. “Fue un bombardeo de información. Y lo importante es que a partir de eso vas viendo también qué cosas hizo mal uno mismo y cómo puede cambiarlas. Te repensás todo el tiempo. A mí me cambió mucho la visión de cómo trabajar cuando hay niños presentes en la información, sea cuando se trata de un hecho policial que expone al niño, que ya de por sí puede ser víctima del caso, o cuando vas a una escuela o a cualquier otro centro educativo y hay que ver por ejemplo si ellos quieren salir. Me ha pasado de ir a escuelas y encontrarme con madres y padres, o incluso maestros y maestras, que quieren que el niño hable, que salga en cámaras, y tal vez el niño no quiera. Incluso que cuando se habla con ellos hay que intentar que se familiaricen con las herramientas de trabajo, como el micrófono y la cámara, que los puedan tocar antes; cosas que en apariencia son pequeñas pero que en realidad no dejan de ser importantes”,

comentó Giovanna, para quien aquel curso, realizado hace ya más de un lustro, representó un punto de inflexión en cuanto a cómo encarar su tarea. No duda en afirmar que “más que valió la pena” hacer periódicamente, durante cuatro meses, los casi 400 kilómetros que separan Tacuarembó ciudad de la capital del país; 400 que en el ida y vuelta son 800.

Algo similar le pasó a Carlos Maggi, un duraznense por adopción para el cual el hacer foco en la infancia y sus derechos lo hizo merecedor, en 1998, de una mención en un concurso periodístico organizado por Unicef. “Siempre mantuve la inquietud por tratar la temática de la infancia, de los derechos”, dice Maggi, que entre 1996 y 1998 condujo “Desafío”, un programa que se emitía en CX26 y en el cual las organizaciones no gubernamentales que trabajan en la infancia fueron continuamente consultadas. Fue así que conoció de cerca el trabajo de El Abrojo, explicó. “Con el ciclo del programa me fui involucrando más en el tema de la infancia”. En ese marco no resultó difícil alimentar su preocupación al notar que “cuando los medios masivos hablan de infancia es cuando se da una situación de abuso, o cuando hay un motín en un hogar de internos. Nunca se abordan las actividades positivas. Además de hablar de los adolescentes siempre como ‘menores’. Eso me llevó a fijarme más, con una mayor sensibilidad en la temática, y me ha ocasionado además cierta molestia sobre cómo se suele tratar desde los medios masivos”. Al llegar a Durazno advirtió que el escenario, con sus particularidades locales, no era muy diferente.

En ese marco, cuando le llegó la invitación para participar del curso, no lo pensó dos veces.

Tanto Carlos como Giovanna coincidieron en creer que, a los efectos de enriquecer el tratamiento periodístico de estos temas en sus comunidades, podían hacer algo todavía mejor que haber pasado por aquel curso: lograr que los colegas de

sus respectivos departamentos también pudieran hacerlo. Hacia esas tierras fue, pues, el equipo de Voz y Vos, y hacia esas tierras viajó el curso.

### Tantos interiores

Aunque la dicotomía planteada como Montevideo-interior suele representar dos mitades de un país —y se acerca en cuanto a cantidad de habitantes—, en los hechos el área unidimensionalizada como “interior” significa el 99,2% del territorio nacional. Son muchos lugares a la vez, muchos interiores, cada uno con sus correspondientes procesos históricos y culturales, los que en ocasiones quedan por fuera de lo que se concibe como “nacional” o “uruguayo”. El carnaval de un departamento del norte del país, por ejemplo, suele ser excluido de la imagen que surge al hablar de carnaval uruguayo, pero también lo es.

En cada uno de esos muchos interiores hay sistemas de medios propios, en ocasiones con semejanzas entre ellos, pero tan singulares como trascendentes en sus respectivos territorios; incluso cuando son invisibles fuera de estos. Son, también, medios uruguayos. Entre las características que parece compartir la mayoría de estos sistemas, una es la de la formación promedio de quienes cumplen tareas periodísticas, y otra es la del escaso interés de muchos de estos trabajadores por participar en instancias que apunten a mejorar la calidad de sus contenidos, especialmente en cuanto a lo que estos generan.

Carlos explica que en las pequeñas comunidades el trabajo en medios se relaciona a veces más al modelo de negocio que a las intenciones del contenido. “Es complejo. Hay que partir por la base de la formación. La mayoría de las veces en las ciudades del interior del país la posibilidad de tener un espacio en una radio está directamente ligada a las posibilida-

des de conseguir una esponsorización. Generalmente se hace incluso una diferenciación entre periodistas y comunicadores. Muchos no están acostumbrados a las instancias de formación. Incluso ocurre que en algunos casos hasta hay un temor de participar de algo que deje en evidencia que ‘no tengo la mínima formación’, y también está la postura de ‘la sé todas’ y ‘no necesito que venga a nadie a explicar nada’”. Y eso repercute en los contenidos de manera implacable, añade.

“Es como que no hay una gran búsqueda en mejorar la calidad de los abordajes”, apunta Giovanna Farías, explicando que cuando existen posibilidades concretas de participar de cursos y talleres “es frecuente que, para no asistir, se argumente la falta de tiempo”. De todos modos, indica, el del tiempo no deja de ser un factor trascendente. En el caso de quien va a la capital del país a participar de un curso, su ausencia en su ciudad significará que los medios para los que trabaja (es que el multiempleo es casi la norma) pierda por esas horas un alto porcentaje de sus recursos humanos, pues, salvo excepciones, en el interior lo frecuente es que los medios tengan pocos trabajadores, y que estos asuman incluso varias tareas simultáneas. No es extraño que quien esté entrevistando sea al mismo tiempo camarógrafo, o que quien cubra las conferencias para una radio sea el mismo que redactará y presentará las noticias al aire.

“En Tacuarembó no es sencillo acceder a instancias de formación. La FIC está en Montevideo, así como la carrera de Comunicación de UTU también está en Montevideo. Pesan mucho la distancia y los recursos”, señaló. En ese contexto, y dada su sensibilidad por los temas de infancia, adolescencia y género, que no dudó en inscribirse en el curso cuando se enteró de la propuesta a través de un referente de INAU. “Y más que valió la pena”, insiste.

Destaca además “el intercambio con otros colegas de

diferentes partes del país. Fue muy enriquecedor. Compartimos diferentes vivencias en determinados temas y cómo los había intentado abordar cada uno. Eso estuvo muy bueno”. “En general eran muy similares las formas que teníamos para tratarlos, y muy similar además la situación en cada lugar en cuanto a quiénes se preocupaban y quiénes no en un buen tratamiento de la información. Y también el tema de las capacitaciones. El panorama era bastante similar en todos los departamentos.” En tal sentido, entiende que “sería oportuna una política pública más fuerte para facilitar la formación de los comunicadores, y también una política institucional de los propios medios”.

### **Intrínseco**

Más allá de los efectos del curso en la tarea diaria de estos periodistas, hubo sismos en Carlos y Giovanna como personas. En el caso de Carlos, sin dejar de estar relacionado al trabajo periodístico, le pasó en visitas que ha hecho a Haití y a la República Democrática del Congo, donde hay desplegadas tropas del Ejército Nacional cumpliendo con misiones de paz de la ONU. Si bien, como el resto de los periodistas visitantes, abordó las complejidades políticas y la dimensión bélica de los diferentes conflictos, se encontró enfocado con mayor énfasis en cómo sufrían los niños ese escenario: las dificultades para acceder a la educación, la alimentación, y el reclutamiento forzado a alguna milicia.

En el caso de Giovanna, le aportó herramientas para su vida en familia. “Es que termina siendo no sólo para los abordajes periodísticos. Es como que ayuda a replantearse el trato con un hijo, el pensar en sus propios derechos. En mi caso, me ayudó muchísimo a compartir cosas con mi hijo, a acercarle herramientas que él va a poder utilizar.”

## La experiencia local

“Cuando terminó el curso —cuenta Carlos Maggi— yo me dije ‘no me puedo quedar yo solo con el material, con el conocimiento’, así que le planteé a la gente de Voz y Vos la posibilidad de traerlo. En seguida hubo disposición, y el curso se trajo. Es que si bien Uruguay es un país geográficamente chico, para muchos no es posible ir periódicamente a Montevideo.” Señala que tal vez la respuesta no haya sido la deseada en cuanto a la cantidad de periodistas y comunicadores que asistieron, pero, conocido el escenario, tampoco llamó la atención. De todos modos, “la invitación se amplió a miembros de la policía comunitaria, a gente de INAU y otros actores involucrados”. Hubo resultados para enmarcar. “Fue tan buena la repercusión, que los entre los comunicadores que participaron y los que no participaron se logró una iniciativa de firma de declaración de que todos aquellos que trabajan en medios de Durazno se comprometían a difundir temáticas de la infancia respetando los derechos de los niños y adolescentes”, explica Carlos. Fue el primero de esas características firmado en Uruguay, añadió. “En el proceso del curso, a cada docente que llegaba a Durazno se le hacían entrevista. Entonces aquellos comunicadores que no participaron de la instancia, de todos modos sabían de qué se trataba. Cuando surgió la iniciativa de firmar ese compromiso, se los invitó a firmar y todos accedieron, tal vez sensibilizados por esa misma difusión. Claro que aunque se haya firmado el compromiso, todavía hay abordajes enfocados en ‘los menores’, así, y siempre en el vínculo de los adolescentes con el delito.”

Y como del curso participaron referentes de instituciones que trabajan en temas de infancia, sirvió también para tender puentes. Carlos enfatizó que se consiguió romper una barrera existente ante algunas autoridades, las cuales, tal vez por temor a cómo sería utilizada la información, muchas veces ter-

minaban siendo reticentes a dar notas. “El hecho de compartir el curso abrió una puerta, lo que redundó también en ese sentido en la mejora de la calidad de los abordajes”, señaló.

En Tacuarembó el curso fue impulsado a través del Círculo de Periodistas. “Fue muy productivo”, destaca Giovanna, señalando que la mayoría de los asistentes provenían de la salud y la educación. “Quienes vinieron por los medios de comunicación hicieron una muy buena evaluación”, añadió, aunque aclarando que no se pudo escapar del problema de la resistencia de muchos comunicadores a participar de instancias de formación.

De todos modos, sostiene, los cambios en las formas de abordar son, aunque paulatinos, muy notorios. A veces, claro está, se cuela algún informe en el que se sugiere que un femicida mató porque amaba a la víctima. Pero son cada vez menos frecuentes, apunta.

De aquel curso, insiste, quedó mucho, y más que quedó, queda. “Fue el disparador. Después queda una necesidad de seguir actualizándose, de repasar de vez en cuando los materiales. Aquello fue el disparador, y de ahí en más estás todo el tiempo pensando en cómo hacerlo lo mejor posible.”



SEÑORA PRESIDENTA

ÁNGELA BENAVIDES

Angelina de los Santos



A Ángela la siguen. Esa mañana somos cuatro las que cruzamos las calles céntricas de adoquines desparejos y es ella la que va a la vanguardia; su ritmo ávido por lo campechano hace que la pereza rochense le sea ajena en este otoño. Ella camina, sube y baja veredas haciendo desaparecer el agua olvidada debajo de baldosas flojas, las casas bajas de colores fríos que cuadra tras cuadra se suceden idénticas. Acá no hay Plaza ni Banco ni Iglesia que sobresalga ante su paso. Ángela Benavídez es un torbellino que engulle y avanza saludando a las doñas que toman mate, a los dones que pasan con la chismosa en el manubrio de la bicicleta, y que sin dejar de andar, mira hacia abajo y atruena: “¡Ándate pa' las casas, Gaishe!”, y su perro se va. Ella no se detiene, se planta al borde del cordón, y observa. Gira 180 grados y embiste al taxi que se acerca de frente obligándolo a detenerse. “Al Abasto”, ordena, y partimos.

Mientras atravesamos la ciudad de los tres semáforos que se apagan después de las diez, Ángela me advierte que ella y los suyos hablan “un idioma” que es probable que no entienda, le indica al conductor que “no, por acá no” y la expresión devoradora de sus grandes ojos negros hacen que comprenda tanto o más que al escucharla; su voz gruesa y mullida se funde en una carcajada de cuerpo entero cuando comenta “sí sí, esta figura que yo tengo no es de andar en taxi, yo ando en bicicleta”. Sin saberlo, me da una clara idea de cómo son sus cosas.

“Yo soy más tímida al largarme, cuando tengo que largarme y hablar frente a una cámara o alguien”, me aclara Ángela, “ahí entra la desconfianza, mirá si algo sale mal, si

me tranco, de que tenga algo que hable mal de mí. Demás el resto... yo voy de frente”.

A esa altura el asfalto quedó lejos. Laura Veiga, su compañera de trabajo y de trayecto, anuncia que estamos cerca de arribar. Después de casi cinco kilómetros de calles de tierra, eucaliptos, pozos y caballos, llegamos al ex Abasto Municipal rochense, donde desde hace dos años ellas y diez más clasifican residuos de cartón, nailon, plásticos, latas y vidrio que recogen de la ciudad y los balnearios La Paloma, Costa Azul, La Pedrera y algunas veces de Castillos. Reciclan unas diez toneladas al mes. Los 12 trabajan acompañados por técnicos de El Abrojo que, entre otras cosas, les han enseñado a organizarse para que puedan sostener el trabajo colectivo sin su ayuda.

El Abasto es un gran cubo despintado que está en un predio cercado, aunque puede ingresar quien quiera. El edificio tiene las aberturas que tienen los frigoríficos de carne, y entra todo lo que tiene que entrar y más: bolsones, camiones, vendavales y Ángela de lunes a viernes de 8.00 a 16.00. Ahí funciona la Cooperativa de Clasificadores de Rocha y ella, la señora presidenta, nos ofrece un tour.

Sus manos anchas y pequeñas, tuestas, señalan la balanza donde pesan el material que ingresa, alambres con los que atan los fardos, la enfardadora que tanto trabajo le da; bolsones con residuos no orgánicos para separar, bolsones ya clasificados, fardos con el quilaje escrito con marcadores de mucho uso, el enchufe para cargar el celular y, más allá, al final, la piccita donde calientan el agua para el café. En el piso hay papeles, cartoneros, plásticos y basura: cáscaras de mandarina, yerba, envases de Colet. Por todos lados hay ruido a metales que se golpean contra otros metales, frío y viento, pero Ángela y Laura no reparan en nada de todo eso.

“Ya estamos re acostumbrados” explica la presidenta. “Cuando empieza la clasificación empiezas a sacarte el cam-

perón por un lado, y si trajiste una remera la tiras para el otro lado, y ahí cuando quisiste acordar ya andas como en verano, muerta de calor.”

Lo cierto es que antes siempre fue peor. Ángela, Laura y varios otros juntaban los pesos doblando el lomo bajo el cielo abierto. Entre ellos está Orfilio Benavídez, su padre, y sus hermanos José Ignacio y Jesús, todos clasificadores. No es “moco de pavo” trabajar a la intemperie levantando plástico y cartón de entre la basura en el vertedero municipal, ni pedir puerta a puerta ni andar en carro cinchado por caballo. En ese entonces reciclaban el material en un galpón que años atrás había conseguido Rita Arévalo, “Tita”, la mujer que enseñó a Ángela y su familia a “separar las botellas verdes de las transparentes y todas esas cosas”. Vendían semana a semana, no tenían beneficios de la seguridad social porque no aportaban, no tenían horarios ni uniforme, pero salían a trajinar todos los días, tronara, lloviera o hubiera ciento un grados de desdicha.

\*\*\*

Ángela nació hace 44 años en Paso de los Toros, Tacuarembó, en el abrazo “bien pobre” de un padre y una madre que le dieron seis hermanos y pocas oportunidades de elegir. Creció intercalando las idas a la escuela con la venta de ataditos de leña y “todas esas cosas” que ella sabe que hay que hacer para sobrevivir, y que cuenta así:

“Con miles de dificultades terminé [sexto]. Después seguí trabajando y limpiando casas y todas esas cosas y no daba el tiempo para estudiar más porque después mi mamá se enfermó y falleció y yo tuve que hacerme cargo de mis hermanos chicos, por eso tuve que seguir trabajando. Antes de los 15 vendía leña e iba a ayudar a papá al monte con mis hermanas, y después de los 15 salí a trabajar, como te digo, para ayudar a

mi familia. Mi familia era muy pobre, mi padre no tenía trabajo y trabajaba en el monte, cortando leña, y nosotros éramos siete hermanos y teníamos que salir adelante. Yo cumplí los 15 y empecé a trabajar cuidando niños y limpiando casas y todas esas cosas, y después conseguí trabajar en una carnicería y ayudaba a mi familia, a mi madre a mantener a mis hermanos chicos, que eran chiquitos, y después se murió y quedé yo”.

En 2001 quiso “probar suerte” en Rocha, donde estaba su hermana, y emprendió viaje con tres hijos chicos bajo el brazo y ningún pan. Dice que necesitaba abrirse un “camino”. Aterrizó en el barrio Hipódromo, a pasos del galpón que regenteaba Rita, en una casa maltrecha y cerca del arroyo que bordea la ciudad. Cuando llovía mucho siempre había problema: crecía, se desbordaba, y dos por tres Ángela se encontraba con los pies en el agua. Consiguió un laburito en un almacén, otro en “una casa de familia cuidando a una señora de edad”, y otro más en una casa limpiando. Entre chapoteo y changa marchó la cosa por un tiempo; se dio el “lujo de estudiar karate, taekwondo” para sacarse “un poco la tristeza que traía” de su pueblo. Así se hizo “un poco más fuerte y todas esas cosas”.

Un día Tita se le apareció en la casa pidiéndole ayuda porque tenía mucho material para clasificar, y ella, para arriar unos pesos más a la olla, no lo dudó.

“Hice así por un tiempo, después como yo trabajaba limpiando casas y todas esas cosas, era a veces nomás que yo trabajaba ahí. Después de ahí sí, se vino papá para Rocha, para mi casa, y a papá sí lo tomó la Tita para que juntara con mi hermano José Ignacio material en el vertedero. Contrataron a mi padre y a mi hermano primero que a mí. Después sí empecé a trabajar fijo, porque yo trabajaba para otro lado, limpiando casas y todas esas cosas” me dice.

Fue a fines de 2009 que empezó a recolectar y clasificar todos los días con el grupo de Tita; así hasta 2012, cuando

ingresaron al Programa Uruguay Clasifica (PUC) del Ministerio de Desarrollo Social, en el marco del Plan de Gestión de Envases de la Intendencia de Rocha, que es regulado por la Dirección Nacional de Medio Ambiente y que financia principalmente la Cámara de Industrias del Uruguay. En territorio el PUC es coordinado por organizaciones sociales que se encargan de trabajar con las personas que sacan materiales reciclables de la basura; desde 2014 es la tarea que El Abrojo hace en Rocha.

Aunque aún salían en carro a levantar los materiales para clasificar, el cambio fue significativo: formalización del trabajo en el galpón, sueldo, acompañamiento de técnicos y el augurio de buenas nuevas, que igualmente demorarían en acontecer; primero siempre estuvo la adversidad.

En abril de 2016 no había menguado la furia de la lluvia cuando el agua empezó a descender, obstinada, desde el arroyo hacia las casas y el galpón. Bajó más rápido que otras veces y destrozó todo lo que encontró, sacó a pasear fardos, plásticos y echó a perder el cartón. Cayó agua como nunca antes en los últimos 50 años.

“Entraron como 200 metros pa’ dentro de agua” recuerda Ángela. “Los fardos andaban por el arroyo. Nos costó mucho recuperarnos de eso.”

“Perdimos material empila” acota Laura.

“Las botellas se fueron, se las llevó la creciente, algunos fardos se fueron con la creciente porque eran muy grandes. Cuando bajó el arroyo andábamos en un camión de la Intendencia y los compañeros por dentro del monte buscando los fardos que se podían volver a armar. Después de eso nos trajeron para acá al Abasto, estuvimos creo que tres meses o cuatro sin trabajo, cobrando el sueldo pero sin trabajar, veníamos a limpiar, veníamos un grupo de mañana y otro de tarde para ir limpiando y acondicionándolo para volver a trabajar.

Se demoró en arrancar a trabajar bien, no había baños, por ejemplo.”

Los técnicos aprovecharon el cambio para sacar los carros; saben que es un trabajo duro que lleva mucho tiempo y cansa más.

“Estaban todo el día en la calle para venir todos los carros juntos con la mitad del material que levanta el camión en una hora”, cuenta uno de ellos, Jorge Berriel, coordinador operativo del Plan de Gestión de Envases, mientras intercala sorbos de café con mate en un bar del centro de la ciudad horas después del tour de Ángela. “Seis personas en la calle, después no había quién hiciera las cosas adentro... Además que terminas muerto de cansado y es un trabajo bien pesado, cuando llegamos a El Abasto empezamos a tener otro problema, porque antes ellos salían en el carro y hacían cuatro cuadras y arrancaban a trabajar, pero allá teníamos que venir cinco o seis kilómetros para empezar a levantar. Entonces se sacaron los carros, la Cámara [de Industrias] puso un camión, la Intendencia [de Rocha] chofer y combustible.”

Ángela y Laura dicen que dejar de pedir puerta a puerta y andar en camión les cambió la vida: “ni te cuento cuánto, no me da el tiempo”, dice una y repite la otra.

\*\*\*

Dentro de El Abasto Ángela me indica que mire la cartelera de comunicación de espuma plast y una hoja A4 con los teléfonos de los técnicos que hay que llamar en caso de accidentes: está el de Jorge Berriel (capataz), y los de Matías Medeiros (coordinador) y Marcelo Boronat (educador), ambos de El Abrojo. Más allá está el escritorio que armaron y la cuadernola donde anotan muchas cosas y donde ponen tics en los nombres de quienes usan el uniforme y cruces en los que

no. De los 12 que integran la lista, la gran mayoría son los que empezaron changando en el galpón con Tita y casi todos tienen un tic.

A pesar de conocerse y trabajar juntos desde hace años, el trabajo colectivo empezó a “realmente cambiar” cuando ingresó Matías, en 2017.

“A veces digo ‘este viene a rompernos los cocos, y a traer estas estupideces y nosotros tenemos que comernos estas cosas’, pero para Matías por un lado están las jodas, y por otro lado está la responsabilidad, él sí o sí hace cumplir las cosas — explica la presidenta—. Por ejemplo, a mí me enseñó que lleve el control de qué compañero viene y qué compañero falta, porque un día uno llamó a las nueve de la mañana para decir ‘yo no voy’, y Matías me dijo: ‘Ángela, esas no son horas de avisar que no viene, tiene que mandar antes de las ocho que es cuando empieza [el horario laboral], porque si no es falta sin aviso, porque no podés avisar después de que pasó el horario de trabajo’. Entonces ahí aprendí: las cosas como son.”

“Así como la ves...” dice Laura sentada en un banquito en la cocina de El Abasto, “ella es...”. Pero Ángela no la deja terminar.

“Yo te digo esto, por un lado yo jodo todito el tiempo. Ahora, a la hora de hablar en serio, es en serio la cosa, y a la hora de hablar con el compañero que está ladeando cuando los otros estamos tirando pa’ otro lado, yo lo llamo a solas y ahí le aplico la masita. Yo le explico qué está haciendo, qué no, qué no se puede. ¿Por qué no está cinchando con el otro compañero? A ver: yo soy de las personas que si hay un obstáculo y quiero avanzar pero ese obstáculo está ahí y se puede correr... yo simplemente voy, yo abro caminos.”

“Mírala” pide Laura mientras se echa hacia atrás, y al fin dice lo que iba a decir, “¡Ella es Ángela Benavídez, la presidenta! Pa’ que tú entiendas: nosotros le tenemos que tener

respeto a los técnicos ¡pero los técnicos le tienen respeto a ella!”

La primera vez que la eligieron fue en octubre de 2017, cuando con la ayuda de El Abrojo, el grupo de clasificadores empezó a practicar para funcionar como cooperativa. Los técnicos querían que se organizaran para que el proyecto no cayera cuando se retiraran las instituciones que desde hace años acompañan su proceso de formalización laboral. Desde agosto de 2018 la Cooperativa de Clasificadores de Rocha funciona como tal; Ángela continúa al frente del grupo, volvió a ser elegida como presidenta por sus compañeros en diciembre de 2017 y en mayo de 2018. El Abrojo se retiró a fines de julio de 2018, ahora cuentan con el apoyo del Instituto Nacional del Cooperativismo.

Ángela y Laura hablan por el grupo cuando dicen que no quieren que Matías ni El Abrojo se vayan, porque reconocen que lo que han “ganado en compañerismo” también es gracias a su trabajo.

“Todas esas cosas pasaron después de El Abrojo, compartimos más, por ejemplo las decisiones que se toman”, asegura la presidenta.

Por ahí me contaron que otra cosa que cambió mucho fuiste tú. Antes no hablabas, le digo. Me dijeron que eras tímida, que no te gustaba hablar frente al grupo ni gente que no conocías, pero sin embargo te eligieron tres veces presidenta, y se supone que las presidentas tienen que hablar...

“Sí, de primero yo hablaba con todos los compañeros, les daba alguna idea, comentábamos algo en grupo o así pero entre nosotros, en nuestro idioma, pero me costaba mucho hablar, sobre todo cuando estaban los muchachos que venían de Montevideo, me daba vergüenza. En esa parte yo era muy tímida, así fui venciendo, digamos, los miedos y empecé a agarrar confianza y los compañeros me empezaron a dar pa’

delante. Siempre me apoyaron. Siempre. Es un grupo que nos apoyamos mucho, ahí decidieron que yo fuera la presidenta para que los represente y bueno... Los compañeros confían mucho en mí y yo trato de hacer muy bien mi trabajo y lo que no sé pregunto, voy venciendo los miedos porque sé que si uno no sabe algo, si no pregunta no va a saber.”



LA BARRA DE MIRTA  
COOPERATIVA DE TRABAJO EL VENCEDOR

Anabella Aparicio



Los refuerzos de pan con salame reposaban bajo el sol, apoyados sobre las bolsas negras de basura que se colocaron para evitar que el gélido frío de la mañana se sintiera en los bancos de material. En la Ruta 1, a la altura de los Accesos, corre un viento frío que llega desde la bahía montevideana. Por eso el desayuno se baja con un mate calentito y se produce una mezcla entre la niebla, el humo del cigarro y el del agua hirviendo que se entevera con la yerba.

Ese es el rato que tienen a media mañana las mujeres de la Cooperativa de Trabajo El Vencedor, (Cotraven), para descansar, reponerse y seguir trabajando. Sus tareas consisten en el mantenimiento de las áreas verdes que bordean los accesos a Montevideo.

El proyecto nació hace 11 años. Mirta García reunió a mujeres que tenían cosas en común: necesitaban darle de comer a sus hijos y estaban dispuestas a trabajar sin importar el esfuerzo. La meta era salir adelante.

Se conocieron en el comedor del Club El Vencedor, en el barrio La Teja, y por eso el nombre de la cooperativa. Empezaron unas 20 personas. Hoy son ocho mujeres y un hombre, quienes siguen creyendo en el proyecto, su mayoría jefas de hogar. Son empresarias, sus propias patronas y por eso apuestan fuerte a lo que hacen.

Mientras sacaban los guantes de jardinero y calentaban sus manos con el mate, Adriana Piñeyro recuerda que sus primeros días de trabajo fueron “en el cantero central cortando el pasto con tijeras”. Cotraven provee el servicio de mantenimiento al Ministerio de Transporte y Obras Públicas (MTO), luego de ganar una licitación. Al principio se utilizó este me-

canismo porque el organismo estatal quería probar modelos extranjeros.

“Nos arrodillábamos y le dábamos, porque había momentos que ya no sabíamos cómo sentarnos. La gente paraba y te preguntaba si estabas pagando una pena de cárcel. Pero nosotros a pesar de todo seguíamos porque fue una iniciativa para que tuviéramos trabajo. Yo estaba chocha”, agrega Alicia, jefa de hogar con siete hijos a cargo y que a pesar de su fibromialgia y sus problemas de columna, a diario sale a la ruta.

“Nosotros lo defendíamos a muerte porque veníamos de una situación de no tener trabajo, con niños. Si tú te proyectás y ves que tu situación no era buena, vas igual a juntar lo que sea. El tema era que la gente, a simple vista, si ves mujeres cortando pasto con tijera, no lo veía bien. Yo estaba embarazada incluso, y seguía”, agrega Alicia.

Esto incluso, llevó a que vecinos mandaran fotos a un medio de comunicación, denunciando que hacían trabajo esclavo. Las asociaciones eran porque usan uniformes naranjas y chalecos reflectivos, aunque tienen impreso el logo del MTOP. Esto se vio en televisión abierta. A ellas no les importó. Les explicaron a los vecinos de qué se trataba el proyecto.

“A pesar de que el trabajo es duro por estar afuera, yo por lo menos rescato que estoy en la naturaleza y al aire libre. Para mí en este momento encerrarme en una oficina o una fábrica sería terrible”, agrega Estela Villar.

A los pocos meses dejaron las tijeras y lograron comprar máquinas con el dinero que ganaron trabajando. Así comenzaron a usar bordeadoras y cortadoras de pasto. El oficio lo aprendieron a ensayo y error, fueron viendo cuál era el mejor mecanismo hasta que dieron con el acertado.

Pero también quedaba aprender el mundo del cooperativismo. Para eso hicieron un curso en el MIDES, pero algunas cosas también, las aprendieron a los golpes.

“Fue un parto”, recuerda Alicia Larrosa. “Nueve meses de golpear puertas. En los ministerios, DGI, BPS. Todo con mil sacrificios, y no se sabía si este proyecto iba a llegar a concretarse. Había días que no teníamos ni para los boletos para ir al centro a hacer los trámites o para ir a capacitarnos y había que hacer colectas. Quedaron las que más o menos tenían una lucha constante para formar la cooperativa, con un fin común que era buscar trabajo y proyectar hacia el futuro. Ahora después de todo esto no nos vamos a separar, ¡olvídate!”, resalta.

En aquel entonces, no solo ellas entraban a un mundo nuevo en el que debían hacerse cargo de temas administrativos y tomar la responsabilidad de llevar adelante una cooperativa. Sino que en las oficinas públicas “no sabían lo que eran. Tenías alguna ayuda del Ministerio de Desarrollo Social pero después tenías que desenvolverte, fue bravísimo hacer los papeleos”, agrega Alicia, una de las que estuvo en los inicios del grupo.

\*\*\*

Estela Villar tiene 51 años. Ella llegó a la cooperativa un mes después que empezó a funcionar y desarrolló allí una nueva faceta: su gusto por el trabajo administrativo.

Empezó a trabajar como empleada, le dieron como tarea encargarse de las finanzas y el papeleo. Poco después pasó a ser socia.

“Yo destaco la confianza que hay en el grupo, porque apenas entré me dieron una gran responsabilidad. Yo aprendí muchísimo y es una linda experiencia. Por suerte también me crucé con mucha gente buena que me explicó en organismos públicos por ejemplo, cómo tenía que hacer formularios o trámites”, comenta Estela.

Tiempo después, cuando ya estaba “ducha” en estas ta-

reas, formalizó sus conocimientos con un curso de Administración que hizo en El Abrojo, y admite que le gusta trabajar en esta área.

Estela tiene un hijo, y como todas resaltan, para ella la cooperativa fue un refugio en los momentos más difíciles de su vida. “Yo pasé por un momento feo porque quedé viuda, y gracias a la cooperativa salí adelante. Volví a trabajar al cuarto día porque sabía que iba a ser lo mejor, me iba a despejar. Tenía que seguir por mis hijos y tuve el apoyo de mis compañeras. Si no hubiera vuelto a la ruta, hubiese estado peor”, comenta.

Igual entre risas, Estela cuenta que en su casa “odian a la cooperativa” porque en una época, se “llevaba mucho el trabajo a casa. Apenas llegaba, me sentaba a tomar un mate y empezaba a sonar el teléfono”. Una de las cosas que marcan todas de ser cooperativista, es que el trabajo no termina cuando termina el horario laboral y eso las obliga muchas veces a seguir en contacto todo el día, resolviendo temas administrativos o de logística. “Pero bueno, yo siempre lo defendí porque es mi trabajo”, indica Estela. Ésto también les enseñó a manejar las situaciones de manera diferente, y hoy se permiten más tiempo libre.

\* \* \*

El nombre de Mirta asoma de a ratos en cada charla, ninguna quiere dejar de mencionarla y evidencia el legado que esa mujer dejó, así como la influencia que tuvo sobre ellas. “Fue a golpear la puerta de casa, porque sabía que yo no iba a abandonar”, en esa frase coinciden todas cuando se les pregunta cómo llegaron a formar parte de este proyecto.

Mirta fue una de las que inició las tareas en el comedor del Club El Vencedor y recorría siempre el barrio con activida-

des para ayudar a la gente de la zona. Falleció unos años, poco después de que Cotraven empezara a funcionar. “Por suerte llegó a ver cumplido su sueño”, cuenta Alicia emocionada, y un pequeño silencio deja correr el viento entre la ronda de mate.

“Mirta me conocía desde que nació. Yo hacía limpiezas y estaba con mi nena sola, estaba bastante mal. Gracias a ella salí adelante. A mí me hizo bárbaro la cooperativa en lo personal y en lo económico”, cuenta Sandra Moreira.

Algo similar le pasó a Mirta Echeveste, quien al separarse quedó sola con su hijo de diez meses y aceptó sumarse a la cooperativa cuando tenía un año de funcionamiento. “Es otra cosa ésto, el hecho de tener algo fijo, no como me pasaba con las limpiezas, que tenías trabajo cuando te llamaban y si no, quedabas colgada sin nada”, comenta.

Hombre de pocas palabras y rodeado de mujeres. Ese es Michael Corbo, que llegó de la misma forma al grupo y si bien es tímido en público, sus compañeras aseguran que “les come la oreja” hablando toda la mañana. A pesar de los prejuicios, le costó pero se adaptó bien al grupo. “Es un muchacho especial y se le abrieron las puertas porque la idea también era integrar a más personas”, comentan sus compañeras.

\* \* \*

Esther Barrios es la más veterana del grupo. Encargada de cebar mate, entre uno y otro cuenta su historia. A pesar de sus 56 años y de pelear con los dolores que le causa la fibromialgia contra la que lucha hace tiempo, dice con una sonrisa que no la van a “jubilar y liberarse tan fácilmente” de ella. La realidad, es que sus compañeras se preocupan por su salud y por eso quieren que deje de trabajar para disfrutar del tiempo en su casa, según comentan.

En 2008 la hija de Esther fue diagnosticada con leucemia. La cooperativa fue un refugio y un incentivo para enfrentar esa situación y conservar un espacio para ella. “Yo quise renunciar porque me iba a dedicar a mi hija y no me dejaron. Tuve un apoyo incondicional de ellas para todo”, comenta.

Todas coinciden en lo que dice Estela, la confianza, el diálogo y el compañerismo fueron la clave para mantener unido al grupo 11 años.

“Cada una tiene sus problemas, hemos pasado por diferentes cosas, pero con el diferente modo de pensar y ver las cosas como tenemos, nos hemos ido adaptando a cada una entre la joda y las malas. En las buenas cuando tenemos que salir a festejar estamos todas también. Y ese creo que es el aguante que tenemos entre todas”, agrega.

A ésto, Sandra agrega: “a veces venís re bajón, llegás y no hablas nada pasa el rato y te están preguntando qué te pasa. No te dejan así nomás”.

\*\*\*

El trabajo en grupo y el manejo de un emprendimiento tiene sus complejidades. Por eso quienes trabajan con cooperativas ven a este grupo como una referencia por su forma de organizarse laboralmente.

“La organización interna y la unidad de esta cooperativa es impresionante. La subjetividad dentro de los grupos sociales siempre está hackeada, es difícil mantener los vínculos. Pero acá siempre cumplen y están a la orden. Es increíble cómo se manejan”, comenta Fabián Vilas, uno de los referentes de El Abrojo, que trabajó con ellas en el proceso de formación de Cotraven. Él también aparece entre las personas mencionadas por las cooperativistas, consideran que él “siempre tuvo en cuenta a Cotraven” al momento de dar oportunidades laborales.

Entre las cosas que destaca Fabián, por ejemplo, se encuentran la organización y administración que lleva la cooperativa. Estos aspectos son los que les permite a sus integrantes estar al día con sus obligaciones, tanto internas como externas.

La unidad de este grupo llega al punto de que cuando se van de licencia, se extrañan. “A veces te pasa, si, que sentís la falta de las charlas y las bromas”, comenta Adriana que es interrumpida por Alicia: “estás mintiendo de acá a Pando”, le dice y se ríen.

\*\*\*

Con los años ya se volvieron conocidas en el barrio. Al punto que pasan camiones y les tocan bocina. Los vecinos los asisten con agua fría o caliente, e incluso llegaron a ofrecerles el baño si era necesario.

“Una vez el MTOP nos quería cambiar de lugar y los vecinos juntaron firmas, sin que nosotras nos enteráramos. No querían que nos sacaran de acá porque como nos veían todos los días, ya nos conocían. Aparte las empresas privadas pasaban y no hacían como nosotros que barremos, juntamos la basura y dejamos las bolsas con todo en los contenedores”, recuerda Esther.

\*\*\*

“Acá ves de todo”, responden al unísono mientras Alicia recuerda uno de los accidentes más impactantes que vieron. Una mujer mutilada por un camión, a pocos metros de donde estaban trabajando. “Acá han andado a los tiros incluso”, acota Esther. “Y es bravo, después de eso no podés seguir”, agrega Analía. A pesar de ésto, resaltan que nunca fueron víctimas de robo en la calle mientras trabajaban.

El trabajo a la intemperie es difícil y “los años se hacen sentir”, comentan todas. Por eso ahora el objetivo de la Cooperativa es aprender otras tareas como tisanería, dar el lugar que hoy ocupan a otras personas, y seguir ellas por otro rumbo.

Su cabeza está enfocada en “ir a más”, dice Analía. Y si no es la tisanería buscarán otro rubro. También por primera vez, su historia se hizo conocida en el exterior y entre la ronda de mates, Alicia comunicó al grupo que el Ministerio de Trabajo de Paraguay las convocó a contar su experiencia en dicho país. Un orgullo para ellas, y así los desafíos se siguen sumando.

635 KILÓMETROS DE ILUSIONES  
Y LÁGRIMAS

NANCY DUARTE Y STEFANY DÍAZ

Leonardo Haberkorn



Madre e hija lloran al contar su historia, cada una en un extremo del país: una en Montevideo, la otra en Bella Unión. Hay 635 kilómetros entre ellas, la mayor distancia que separa a cualquier otra ciudad uruguaya de Montevideo, un mar de kilómetros que se ha tragado miles de sueños.

Nancy Duarte, la madre, y Stefany Díaz, la hija, recuerdan por separado un día tres años atrás, cuando recorrieron esa distancia juntas.

El viaje es largo, larguísimo, casi ocho horas y media a bordo de un ómnibus nocturno de El Norteño. Stefany desborda de ansiedad. Le cuesta dormirse mientras el ómnibus atraviesa el país. Viene con su madre para inscribirse en la facultad y comenzar a cumplir el sueño que la acompaña desde siempre: ser médica.

También Nancy, su madre, está ansiosa. También ella está cumpliendo su sueño: uno de sus hijos va a inscribirse en la Universidad. “Yo siempre quise que ellos estudien, yo no pude...”, dice hoy cuando recuerda aquel día y se seca las lágrimas con el dorso de una mano.

Las dos tienen una angustia adicional: Montevideo. Enorme, inhóspita, desconocida. Stefany solo estuvo una vez antes, fugazmente, prácticamente no conoce nada. Nancy, su madre, solo vino de niña, hace más de cuarenta años. Para ella también es como la primera vez.

La misión es llegar antes de las 11 de la mañana a la Facultad de Medicina para que Stefany pueda terminar su proceso de inscripción. Se han asegurado una ayuda: una amiga de una tía las esperará en la terminal y las acompañará hasta la facultad. Cuando bajan del ómnibus en Tres Cruces se sientan

a esperar la llegada de esa persona. Cientos de personas pasan a su lado, sin prestarles atención. El reloj avanza. La persona no llega. Son las 7, las 8, las 9. Sus teléfonos no suenan ni reciben ningún mensaje. Ya son casi las 10 y la mujer no ha venido ni dado señales de vida. Entonces se deciden: vamos solas.

Preguntan, toman un ómnibus, llegan a la facultad. Stefany se inscribe. El sueño multiplicado por dos. Lo tan añorado hecho realidad. Pero el destino puede pegar muchos giros entre el extremo norte y el extremo sur. Faltan más travesías de 635 kilómetros. Más giros bruscos del destino. Más lágrimas.

\*\*\*

Nancy nació en Salto hace 45 años. Nunca conoció a su padre. Su madre era una adolescente que, luego de tenerla, dejó la ciudad y se radicó en Bella Unión. A Nancy la crió su abuela. A los 12 años ya tuvo que empezar a trabajar. “Era pobre”, resume.

Le hubiera gustado tener una profesión o un oficio, ir a más, pero la vida no se le presentó de esa manera. “Mi sueño siempre fue que mis hijos tengan todo lo que yo no pude.” Se emociona. Se seca las lágrimas.

Tenía 16 años cuando viajó a Bella Unión porque una de sus hermanas, que sí vivía con su madre, festejaba su cumpleaños de 15.

Llegó con la idea de participar en la fiesta y regresar a Salto, pero se fue quedando. Se ennovió con un muchacho que conoció en Bella Unión, quedó embarazada, se juntaron, tuvieron una hija que hoy tiene 28 años. Luego llegaron cuatro niños más. Nancy nunca más dejó Bella Unión. Ya lleva 29 años desde que llegó para la fiesta de su hermana.

En los primeros años en el extremo norte, no le faltó

trabajo. Primero atendió un carrito de comidas al paso. Después estuvo mucho tiempo laborando en las chacras de frutilla. Luego trabajó tres o cuatro años en el hotel Oriente. Pero allí se acabó la buena suerte. “Al hotel lo vendieron y a mí me mandaron al seguro de paro. Y ya no conseguí más trabajo, porque estaba complicada la cosa.”

Con el sueldo de su compañero, conductor de un camión de la Intendencia de Artigas, se fueron manteniendo, primero viviendo en una casita detrás de la casa de su suegra, luego en una pequeña vivienda de solo dos habitaciones en el barrio Sur, una de las muchas vecindades pobres de la ciudad más lejana de la capital del país.

\*\*\*

Stefany tiene 21 años, es morocha, alta, las cejas grandes y una timidez que no disimula. Desde que recuerda, siempre quiso ser médica. Lo decía en la casita del barrio Sur donde creció, en el liceo, se lo decía a su amiga Alexandra cuando soñaban juntas con dejar Bella Unión y emprender el camino al lejano sur para poder estudiar y progresar en la vida.

“En Bella Unión no hay nada: un liceo, una UTU y nada más”, explica Alexandra que hoy vive en Montevideo donde estudia enfermería.

Alexandra la recuerda a Stefany en los tiempos de Bella Unión: decidida, determinada. A veces hablaban de que no sería fácil para sus familias darles el apoyo económico necesario para una carrera, pero Stefany respondía que ella igual se recibiría de doctora. Quería ser dermatóloga.

Poco antes del momento en que Stefany debía venir a radicarse en Montevideo para comenzar las clases en la facultad, sus padres se separaron. Fue un golpe muy duro en lo afectivo, pero también en lo económico. “Se hizo evidente

que no iba a ser fácil que la pudieran ayudar en Montevideo”, recuerda Alexandra. “Yo le decía que quizás podía empezar haciendo una carrera más corta que Medicina, algo más fácil que le permitiera conseguir un empleo más rápido, como enfermería por ejemplo. Pero ella me decía que no, solo quería ser médica.”

La separación redobló la necesidad de Nancy de conseguir un empleo. Se anotó en el Centro Público de Empleo de Artigas, y fue convocada para la selección de un puesto de trabajo en la Plaza de Deportes de Bella Unión, en el marco de un programa socio-laboral de El Abrojo en convenio con la Secretaría de Deportes y el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Hubo un sorteo de contratos de trabajo para 2015, pero no tuvo suerte.

\*\*\*

Stefany llegó a Montevideo en marzo de 2015 con una beca del Fondo de Solidaridad. Le daban 6.000 pesos por mes, que se le iban en pagar la mensualidad en una residencia estudiantil. No le sobraba casi nada.

Con mucho esfuerzo, sus padres —separados— le enviaban comida y algo de ayuda económica, cuando podían.

Stefany almorzaba en el comedor estudiantil y cenaba con las viandas que llegaban desde el norte. Casi no salía. Montevideo no le gustaba nada, por excesiva en todo sentido para su gusto: demasiada gente, demasiados autos, demasiado ruido. La obligación de tomar un ómnibus para ir a todos lados.

Además, buscaba trabajo y no conseguía: “envié mi currículum a todos lados. A todas las papelerías del centro, a un carrito de comida rápida, a una zapatería... También mandé por internet a farmacias y otros comercios. Nadie me llamó nunca”.

En Bella Unión, mientras tanto y con la ilusión de volver

a trabajar, Nancy hacía planes para volver a Salto después de tantos años. Una hermana suya podía conseguirle un puesto en la zafra de arándanos. “Ella ya había hecho antes esa zafra y podía conseguirme un lugar. Porque acá en Bella Unión no hay nada. En decir, no hay nada en ningún lado, pero en Salto por lo menos había alguna posibilidad.”

En eso estaba cuando la volvieron a llamar del Centro Público de Empleo para ser parte del proceso de selección del Proyecto Plazas de El Abrojo para el 2016, y esta vez quedó seleccionada: había conseguido empleo en la plaza de Deportes de Bella Unión, una manzana en el centro de la ciudad donde hay canchas de fútbol y basquetbol, juegos infantiles y un lujo para una ciudad tan sufrida: una piscina cerrada.

“Gracias a Dios entré a trabajar en la plaza de deportes. Atendía en la piscina y trabajaba en su mantenimiento, limpiábamos y barríamos la plaza, las oficinas, los baños. Trabajábamos de lunes a jueves y los viernes íbamos a Salto donde nos daban clases, cursos para aprender a usar productos de limpieza, y también teníamos charlas con psicólogos.”

\*\*\*

En Montevideo, la Facultad de Medicina fascinó a Stefany y su vocación de ser médica se vio confirmada, aunque con una variante: “Llegué convencida de que quería ser dermatóloga, pero cuando tuve clases de anatomía, y empezamos a trabajar con los cadáveres, ahí me decidí por medicina forense. Me encantaba. Vi que era lo mío”.

—*No se parece a la dermatología.*

—*¡No se parece nada!*

—*¿Y qué es lo lindo de trabajar con cadáveres?*

—La anatomía. La tranquilidad. Estar ahí, a solas, con el cuerpo humano.

Stefany renovó la beca del Fondo de Solidaridad en 2016, pero no pudo hacerlo en 2017, por no lograr cumplir con el requisito de salvar al menos la mitad de las materias rendidas.

“Tenía algunos exámenes y no aprobé. Si das tres, tenés que aprobar dos para mantener la beca. Y no me fue bien. No es que no estudiara. Es que mis padres se habían divorciado... y yo no estaba bien.” La voz se le quiebra y los ojos se le llenan de lágrimas. El divorcio de sus padres todavía le duele.

Perder la beca era perder todo. Llevaba dos años completos buscando trabajo y no había conseguido nunca que la llamaran para ninguno. Sus padres podían ayudar, pero no solventar todos sus gastos.

Con un dolor de muerte en el alma, Stefany hizo los 635 kilómetros al norte, esas ocho horas y media de ómnibus, esta vez no con ansiedad sino con las ilusiones destrozadas.

\*\*\*

Los meses siguientes en Bella Unión fueron duros. Stefany creía que su sueño de ser médica ya no sería nunca más. Su madre le decía que no perdiera las esperanzas, que encontrarían el modo de que volviera a Montevideo a seguir su carrera. Pero Stefany no tenía consuelo.

Un día, su padre le trajo una gran noticia: le había conseguido un trabajo y un hogar en la capital. Tenía que acompañar a una señora mayor que vivía sola. Conversar, ver juntas la televisión, pasear con ella. A cambio viviría en su hogar.

Stefany recorrió los 635 kilómetros, esta vez hacia el sur, de nuevo con aquella ansiedad, llena de ilusiones, soñando con el momento en que volvería a entrar en el edificio de la Facultad de Medicina.

“Vine a Montevideo a conocer a la señora y nos caímos muy bien. En junio de 2017 me mudé con ella”, recuerda.

Pero las cosas no sucedieron tal como todos esperaban. La convivencia no resultó. Stefany había perdido un semestre entero en la carrera y estudiaba con la dedicación redoblada de quien quiere recuperar el tiempo perdido. Dedicaba a ello muchas horas.

“Mi hija vive para el estudio y la carrera es difícil...la señora necesitaba alguien que le hiciera compañía, pero de tarde Stefany estudiaba y no estaba para salir, pasear, conversar...”, explica Nancy.

Stefany, por su parte, encontraba a su hospedante un poco distante, fría, cerrada. La química no funcionaba demasiado bien.

Un día, porque no había clases, Stefany le anunció a la mujer que iría a pasar unos días a Bella Unión. La señora fue tajante: yo quiero que estés acá todas las noches, así que no vuelvas.

Para Stefany fue casi morir. Lloró a mares frente a la mujer; lloró al despedirse; lloró al contarle a sus amigas y sus padres, y llora ahora cuando lo cuenta.

“Pensaba que ya se me había terminado todo. Me resigné.” Stefany se seca las lágrimas.

Sus amigas la ayudaron a empacar su ropa y sus libros. El viaje en El Norteño, esas interminables ocho horas y media fueron las peores de todas: ahora sí estaba convencida de que había perdido su última oportunidad. Nunca sería médica.

“Subí al ómnibus con la sensación de que no volvía nunca más. Iba pensando en que iba a tener que buscar un trabajo en Bella Unión y quedarme ahí para el resto de mi vida”, recuerda.

Nancy sufrió mucho viendo a su hija esos días en Bella Unión: encerrada en su dormitorio, sin salir, leyendo solo sus libros de medicina, hora tras hora, día tras día. Se esforzaba, pero no encontraba la manera de levantarle el ánimo.

Stefany no puede recordar nada que haya hecho en ese período en su ciudad natal, salvo un chequeo médico.

Bettina Salas, de El Abrojo, recuerda el día que Nancy le contó que Stefany estaba de regreso en Bella Unión y había dejado de estudiar: “Me lo comentó sin ningún tono de queja o reclamo, bien al estilo de ‘cero demanda’ que tiene la gente del norte del país”.

Salas averiguó en el Fondo de Solidaridad si no había habido un error con Stefany, si la beca no se podía renovar, pero no hubo caso: la decisión había sido dura, pero ajustada a los reglamentos.

Pero un día Salas supo de un puesto de trabajo disponible en la pista de Atletismo —un contrato por un año— en el mismo convenio con la Secretaría de Deporte por el cual Nancy había conseguido un puesto en la plaza de deportes de Bella Unión. De inmediato pensó en Stefany.

“Mamá me contó que la había llamado alguien de El Abrojo que para julio podía tener una entrevista con ellos, para trabajar en la pista de atletismo. Me contaron cómo era el trabajo. Yo estaba encantada, muy contenta. ¡Claro que acepté!”

Stefany hizo los 635 kilómetros al sur llena de ilusiones, una vez más. Se instaló en otra residencia estudiantil. Comenzó a trabajar en el gimnasio de la pista de atletismo, controlando al entrada y salida de los deportistas y el uso correcto de los materiales de entrenamiento. Por primera vez cobró su propio sueldo. Con el primer salario cobrado pagó un mes de alquiler, compró boletos de ómnibus y libros de medicina. Volvió a la facultad. Salvó las materias que rindió en el segundo semestre de 2017. Estaba casi feliz.

La felicidad no era completa porque el contrato en la pista era por año y finalizaba el 30 de julio de 2018. La búsqueda de un empleo fijo que le permitiera terminar la carrera le seguía siendo esquiva. Disfrutaba de haber vuelto a clase, pero temía tener que volver a empacar la ropa y los libros para partir otra vez al extremo norte.

Un día, el coordinador de la pista de atletismo la llamó y le hizo una pregunta: ¿Qué vas hacer cuando se termine tu contrato?

Stefany llora al revivir el momento. Y lloró a mares cuando el coordinador le dijo que trabajaba muy bien, que quería que siguiera en la pista, no ya por convenio con El Abrojo sino como una de las empleadas fijas de la Confederación Uruguaya de Atletismo.

“No me lo esperaba, para nada”, recuerda. “Me puse a llorar, mucho. Lloré mucho, mucho.”

Hoy Stefany vive en un apartamento que alquila cerca de la terminal de Tres Cruces con dos amigas. Una de ellas es Alexandra, la amiga de la infancia con la que hacían planes para un día estudiar en Montevideo.

Le pregunto a Alexandra si Stefany siempre llora tanto.

“No, nunca. Nunca la había visto llorar”, responde. “Pero la entiendo. ¡Le han pasado tantas cosas tan fuertes!”



EL CAMINO Y LA RECOMPENSA

ANA MARÍA DE LOS SANTOS

Emilio Martínez Muracciole



En poco más de una década, dice Ana María de los Santos, en su vida cambiaron muchas cosas. Sobre todo, según se desprende después de repasar su trayecto por diferentes programas que apuntan a las mejoras de las competencias básicas y laborales, cambiaron las expectativas y las oportunidades. Asegura que diez años atrás no se imaginaba que fuera posible tener un trabajo como el que hoy tiene, en Carmelo, su ciudad, con las responsabilidades que conlleva y con el compromiso que requiere. Las razones para no imaginárselo por aquel entonces eran varias. De arranque, explica, porque no tenía primaria completa. “Prácticamente no fui a la escuela. Hice sólo primero y segundo. Tercero no lo alcancé a hacer porque mis padres se habían separado y fue todo un tema. A los 9 años yo acompañaba a una señora y no podía ir a la escuela”, cuenta Ana María, sentada en uno de los sillones del living de la casa que levantó mano a mano junto a Nelson, su marido, en los ratos que les quedaban libres cuando ambos trabajaban en un tambo. Entre ordeñe y ordeñe se escapaban hasta Carmelo a levantar paredes. Lo más que podían, día a día, hasta que el sol se les iba por el horizonte. “La íbamos haciendo de a poquito, en la medida que fuimos agarrando peso por peso. Además de trabajar en el tambo, teníamos algunos animales ahí. Trabajábamos un poco y otro poco veníamos a hacer la casa”. Eran jornadas que arrancaban por la madrugada. Una vez terminado el primer ordeñe y las tareas inmediatas, a las ocho volvían a Carmelo para avanzar en la obra. El mediodía los encontraba otra vez en el tambo para el segundo ordeñe. Y de tarde la misma historia: una canchada de material para avanzar hilera por hilera, hasta que los paraba la noche.

Cuando se mudaron, recuerda, la casa todavía no estaba terminada. En ella criaron a sus cinco hijos.

Desde aquella niñez de escuela interrumpida pasó ya medio siglo. Después vino otra vida. Tenía dieciséis años cuando se encontró con la maternidad. Desde ese entonces su vida laboral remunerada ha sido fundamentalmente la de tareas domésticas en domicilios particulares, aunque —subraya— nunca le escapó a nada. Oportunidad que se le presentaba, la aprovechaba —enfatisa—. Hoy, tantos años después, por su trabajo pasa nada menos que la alimentación de los niños de la escuela 138 de Carmelo, siguiendo al pie de la letra lo indicado por la nutricionista de Primaria. “Uno puede tener miedo al comienzo, porque yo siempre cociné para mi casa pero no fui cocinera. Pero después de empezar a hacerlo ya es otra cosa”, narra, y explica que lo que puede encerrarse en ‘cocinar’ incluye no sólo la acción que describe el verbo, sino también el dejar registrado cada paso que se cumple y planificar qué se va a comer durante la próxima semana. Y además, en su rol, en su trabajo, Ana María representa a un colectivo: la cooperativa social Cosdeacar, la cual cuenta con el acompañamiento técnico de El Abrojo. Desde que ingresó a la cooperativa, el 7 de agosto de 2016, ha estado trabajando en escuelas. La primera fue la N°52, que está a veinte kilómetros de su casa. Los hizo en moto, ida y vuelta día tras día. Luego pasó a la N°5, a realizar tareas de auxiliar y de cocina, y posteriormente a la escuela rural N°88. Ahora está en la N°138, en Carmelo.

Su presente, explica, tiene mucho que ver con un proceso que viene protagonizando desde hace más de diez años. Comenzó cuando se inscribió para las tareas de Trabajo por Uruguay, un programa enmarcado en el Plan de Asistencia Nacional a la Emergencia Social (PANES) del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Salió sorteada dentro del primer

grupo de participantes, coordinado por El Abrojo. “Fui una de las primeras en entrar. Había un grupo para el hospital y otro para la escuela”, recuerda, y detalla una por una las tareas que hizo junto a sus compañeros en cada una de las escuelas en las que fueron desembarcando. Pintar paredones, pasarle antióxido a cerchas, reacondicionar salones, arreglar bancos, etcétera. Se acuerda qué hizo en cada lugar pese a que pasó una década, así como se le refresca el desafío en el que se convertía para quien, por ejemplo, más allá de haber compartido buena parte de su vida con alguien que trabajaba como pintor, como es el caso de Nelson, no necesariamente tenía que saber cómo se preparaba una pintura. Pero eran más que tareas, añade. “Allí no sólo trabajábamos. También teníamos talleres y charlas. Venían abogados y nos hablaban sobre derecho laboral, también talleres sobre violencia doméstica y muchas cosas más. Los abogados nos decían cómo nos teníamos que desenvolver en el trabajo, qué nos correspondía y todo eso, y después otros venían y hablaban sobre la violencia de una manera en la que yo nunca había sentido hablar en realidad, porque uno sabe sí de las peleas y eso, pero no se da cuenta de que existen distintas formas (de violencia). Uno empieza a ver todo desde otro lugar”, comenta acerca de su paso por un programa que, efectivamente, tenía entre sus metas el que los participantes se sintieran reconocidos como sujetos de derechos, así como conseguir avances en ciudadanía, en la capacidad de identificar como problemas que tal vez pueden haber naturalizado; que mejorara en acceso a servicios de salud, que confiaran más en ellos mismos, que mejoren su capacidad de socialización, y ante todo que mejore su autoestima, y para ello los factores de peso son incontables: la salud bucal, por ejemplo.

Fue por entonces que tuvo la oportunidad de terminar primaria. “Y no la desaproveché”, remarca. “Íbamos a la es-

cuela 11, de noche. Era algo que me había quedado pendiente”, explicando que no es que ya no se planteara la posibilidad de alguna vez terminarla, “sólo que no se había presentado la oportunidad. Siempre he sido de querer más, de querer progresar, pero no había tenido la oportunidad. La aproveché. Creo que no me perdí de ninguna oportunidad que se me haya presentado, en todo”. Y fue sacrificado. En el día se sumaban las tareas diarias del programa, las de su hogar, las de un trabajo particular y después, en la noche, tenía que ir a clase. Fue un mojón más que importante en este trayecto, que años más tarde la llevó a anotarse para participar del programa Carreteras Solidarias (MIDES-MTOP). Fue tiempo de levantar residuos de la vera de las rutas, cortar el césped y desmalezar en algunos lugares donde las señales de tránsito quedaban escondidas detrás de enormes chilcas y arbustos. Y una vez por semana, además, talleres con una docente. Fue seguir avanzando, enfatiza. Y en ese crecimiento destaca también al intercambio con sus compañeros, tanto durante los talleres de los programas de empleo promovido como en su experiencia laboral en la construcción, cuando trabajó en las obras del tendido subterráneo de la fibra óptica. Allí se encontró, en más de una oportunidad, participando de asambleas. “Ahí cada uno va diciendo sus ideas, lo que piensa. De eso también aprendí mucho”, comenta, y sostiene que recorrer todo ese trayecto la fue dotando de herramientas para enfrentar diferentes circunstancias; entre ellas los conflictos, algo inevitable en grupos humanos numerosos.

Hoy, en Cosdeacar, también hay instancias que van más allá de la tarea en la rutina. El equipo técnico lleva adelante instancias de capacitación y asistencia técnica enmarcadas en la ley de cooperativas sociales, desde cooperativismo a administración y gestión, así como a aspectos relacionados a la orgánica institucional de la cooperativa, según explica la licen-

ciada Johana Geymonat, asistente técnico social que integra el equipo de El Abrojo en el departamento de Colonia. Remarcó la importancia del papel que cumplen los talleres para enriquecer a los socios tanto en derechos, deberes, como en lo que atañe a gestión de la cooperativa en lo social y económico.

El programa de cooperativas sociales prevé que un equipo técnico cumpla con un seguimiento de las cooperativas, que en este caso rubrican acuerdos de tareas con organismos estatales. Cosdeacar brinda servicios a ASSE y Primaria. El equipo técnico está constantemente en contacto con los miembros de la cooperativa, ya que su presencia es necesaria en las circunstancias más diversas. Entre sus diferentes miembros, el equipo de El Abrojo está integrado, por ejemplo, por un abogado, y éste es necesario cuando los socios de la cooperativa deben tomar decisiones sobre las cuales surgen dudas o directamente puede haber un desconocimiento normativo. Geymonat enfatiza que es un servicio que se le brinda gratuitamente a través de partidas estatales por ser una cooperativa social, razón por la cual también se le exime de muchos impuestos. Por eso “es importante que la cooperativa siempre piense cómo puede servirle a la sociedad, cómo puede devolverle algo”.

“El trabajo del equipo necesita de cercanía con las personas, de estar en contacto. Es un trabajo bien de campo. Es fundamental también para brindar contención al grupo” ante problemas que se puedan presentar, ya sean externos como internos. De hecho Cosdeacar ha tenido que atravesar sus propias tormentas, pasando meses complejos, pero en definitiva —afirma Geymonat— el enfrentar conflictos y otras dificultades ha derivado en un fortalecimiento de la cooperativa como tal. Los conflictos, explica, implican estar en una continua intervención, coordinada tanto con el MIDES como con la institución a la que la cooperativa brinda servicios.

En ese contexto, Geymonat resaltó la importancia de

que un miembro de una cooperativa social tenga un recorrido como el de Ana María. “Da otras herramientas para interiorizarse y conocer más sobre la operativa del dispositivo”. Trayectos así, enfatizó, aseguran un proceso; que no sea sólo el querer cobrar un sueldo por un trabajo y desentenderse de cualquier otro plano. Una cooperativa tiene una vida orgánica, temas a tratar, decisiones que tomar y compromisos que asumir. El caso puntual de Ana María, explicó, “es una persona que se involucra, participa y siempre está atenta y receptiva a aprender. Siempre está interesada”.

EL ESPÍRITU DE LOS ABROJOS JÓVENES

KAPAKUALA UNGA

Daniel Erosa



Ya ninguno de los integrantes del grupo recuerda en qué idioma es que Kapakuala unga significa “los abrojos jóvenes”. Quizás ni siquiera exista tal idioma, lo que sí es seguro que existe es este núcleo de jóvenes de diversos barrios de Montevideo que en 2017 se anotaron en un curso de capacitación en el Centro Cívico de Tres Ombúes, y que aún late en proyectos comunes, en historias compartidas y en un vínculo fortalecido por la confianza y el respeto hacia el otro. Todos coinciden en que Kapakuala más que un nombre, es una forma de ser: “La actitud Kapakuala es pensar positivo. No hay excusas para rendirse. El reto se tiene que cumplir”, resume Camila, una de las participantes más tenaces y convencidas de la fuerza del equipo, en una mañana fría de junio, cuando junto a Fiorrella, Yoselén, Shakira y Ezequiel, jugaron el juego de hacer memoria.

Pero empecemos por el principio. La idea era buena, entre El Abrojo e Inefop armaron un curso de recreación y promoción cultural para ofrecerles una oportunidad de reinserción a gurises caídos del mapa educativo. Fueron liceo por liceo de una zona amplia del oeste capitalino a promocionar esta posibilidad de capacitación. Era un espacio de formación gratuito, había un fondo para pagar boletos y algo para alimentación. Comenzaron a funcionar con 20 participantes y algunos meses después, 17 obtuvieron el diploma.

La sede del taller se fijó en el Centro Cívico de Tres Ombúes, en un edificio amplio —donde funcionan distintas dependencias estatales y municipales— rodeado por una enorme plaza con juegos infantiles, varios ombúes, dos canchas públicas polifuncionales, una de césped sintético y una de hormi-

gón. Pero no todos los integrantes del curso eran locatarios. Es más, la idea era mezclar gurises de distintos barrios, que estudiaran o no estudiando. Por eso vinieron de Maracaná, Nuevo Amanecer, Santa Catalina, Casabó, Paso de la Arena, Prado, Cerrito de la Victoria, La Teja, Nuevo París, entre otros.

Si bien tuvieron de inmediato la acogida del Centro Cívico, que les dio un local donde funcionar, la relación con el barrio, entre prejuicios y desconfianza, comenzó siendo tensa. El grupo de foráneos tenía a su favor que la plaza era un territorio liberado de conflictos. Un lugar muy respetado para la convivencia barrial. Pero el telón de fondo, además de la geografía típica de la pobreza, estaba salpicado por redes de narcos, violencia intrafamiliar, amenazas de muerte, noticias de sicariato, policías corruptos y varios programas sociales en crisis. De hecho los tres participantes que tuvieron que abandonar el curso fue debido a hechos vinculados con estos temas.

Pero esa problemática no se traspasó al grupo de inmediato. Todos sabían de un entorno complejo. Pero durante el curso no supieron mucho detalle, porque además de peligrosas, eran situaciones bastante confidenciales. Los chiquilines se enteraron después de la gravedad de la situación.

Más allá de esos episodios puntuales y muy complejos, el ensamble entre el barrio y esos jóvenes visitantes que traían mucha energía sin estrenar y algo de inocencia, se fue logrando poco a poco. Algunos se despertaban a la realidad de que a un compañero de grupo le doliera la cabeza porque tenía hambre.

Dice Camila que “algunos teníamos prejuicios, pero en este barrio encontramos gente como nosotros. No es que te ibas al Centro. No teníamos que cambiar la forma de hablar ni actuar o fingir en las apariencias. Era venir a un lugar donde aunque fueras de otro barrio, te sentías en tu zona. Estába-

mos cómodos. Y el barrio también se acostumbró a nosotros. Que fuera zona roja no nos preocupaba porque casi todos veníamos de zonas parecidas. Al principio los gurises que venían a la plaza se metían mucho con las participantes del curso. Nosotros hacíamos muralla, como diciendo no las miren porque son nuestras. Eso nos impactó pero no nos hizo retroceder. También al principio el resto de la gente nos miraba con recelo, pero después nos fueron conociendo y aceptando. Se dieron cuenta de que la idea no era venir a conquistar un territorio, sino a aportar y a aprender”.

Para Ezequiel, que los talleristas los protegieran y los mantuvieran lo más aislados posible de las distintas situaciones complicadas que se estaban dando en el barrio, fue fundamental para que el curso no se disolviera. “Nos enteramos después de que terminó. Anduvieron a los tiros en la plaza, a una compañera el novio la amenazó de muerte, a otro lo quisieron matar y se tuvo que mudar. Otro compañero estaba metido en otros mambos... Nos enteramos cuando ya estábamos bastante consolidados y Dani nos contó algo. Por suerte se pudo resolver de forma excelente y nos hicieron sentir re contenidos. Se dieron cosas muy jodidas y otras no tan jodidas, pero complicadas para nosotros que éramos chicos”, explica.

Por ejemplo: uno de los participantes del grupo empezó el curso como Lucía y lo terminó siendo Diego; hizo una transformación de género durante los talleres y en el proceso el grupo fue su sostén. También lo fue en casos donde algún compañero vivió situaciones de violencia doméstica muy extrema. O con otro chico que venía de un ambiente de narcos al que ayudaron entre todos a encarar, hasta que empezó a trabajar y volvió a estudiar. Con 13 años había estado en la puerta de entrada del Inisa por andar con un arma intentando matar a otro. Lo habían expulsado una decena de veces de

distintos centros educativos de la zona. Ahora está trabajando de vez en cuando como animador. Va a tener un hijo y está queriendo volver a estudiar.

“Después de los primeros encuentros nos empezamos a sentir más cómodos y se empezó a fortalecer el colectivo”, recuerda Ezequiel que vive en el Cerrito de la Victoria y supo del curso cuando lo promocionaron en el liceo de su novia. “Nos decíamos siempre las cosas en la cara. El grupo humano se fortaleció con esa frontalidad. La guía que nos daba tanto Daniel como Soledad y los talleristas, nos permitió plantarnos bien y saber qué queríamos hacer. Con el tema del acoso a las gurisas, tuvimos varias discusiones fuertes. Porque algunas chiquilinas que participaban del taller y eran del barrio, sostenían que por ser mujeres no tenían más remedio que soportar el acoso. Decían que eso era lo normal. Tuvimos varios desencuentros por el tema.”

Para Camila, “los problemas no eran con el barrio, eran problemas de la vida de estos chicos que se tuvieron que ir. Más que complicarnos, nos abrieron la cabeza. Veníamos todos con la cabeza muy nuevita. Nos faltaba ver más realidades que la nuestra. Ver que era a nuestros compañeros a quiénes les sucedían esas cosas, nos abrió la cabeza. Nos impactó, sí, porque no pudimos hacer nada y nos dio impotencia. Pero eran problemas donde no teníamos formas de intervenir”.

Fiorella no desconoce las situaciones difíciles pero su resumen se queda con lo positivo: “A este barrio le dieron mucho color. Yo me siento re bien acá. El cierre del curso lo hicimos con una actividad en la plaza a la que vino mucha gente de todas las edades y estuvo de más”.

Además del taller de animación o recreación que daba Pablo Gómez, el curso incluía un taller de alfabetización digital a cargo de Antonela Sastre y uno de orientación socio educativa que impartía Magdalena Llambí. Daniel Pena era

el referente educativo y Soledad Recoba la coordinadora del equipo.

Recuerda Camila que a veces concurrir al curso “era como venir al psicólogo, porque hablábamos de cómo nos sentíamos, contábamos nuestros problemas, nos dieron un taller de sexualidad. Nos dieron herramientas para expresarnos en distintos contextos. Éramos 20 y había personalidades diferentes. Muchos eran tímidos, otros súper extrovertidos. Aprendimos a regularnos entre nosotros. Eso fue importante para que luego siguiéramos juntos. Venían muchos gurises que no estudiaban ni trabajaban. Se acercaron porque era gratuito y te pagaban los boletos. Era venir a poner tu energía en algo que te iba a dar herramientas y formación. Hacías algo que estaba bueno y sin pagar. Varios vinimos por hacer alguna actividad extra, otros porque estaban probando qué les gustaba hacer. Yo quería mejorar mi relación con los niños. No les tenía paciencia. Ahora me encantan”.

A Fiorella le avisaron del curso en el liceo. Vive cerca del Paso de la Arena. Le dijo a su madre que le interesaba. Vinieron juntas a ver el lugar y se anotó. Fiorella dice que en ese tiempo también adquirió el espíritu Kapakuala: “Siempre tenemos un plan B, o nos lo ingeniamos. Si vamos a hacer una actividad y algo cambia y la impide, inventamos otra. Aprendimos que con una pelota se pueda hacer mucho más que jugar al fútbol. El curso estuvo muy bueno, pero lo que más me motivó fue el apoyo que nos daban los adultos referentes. Te escuchaban, te ayudaban a pensar, te sugerían cosas. Y se interesaban de igual modo por todos los que veníamos. Me parece que Kapakuala se formó y sigue aún hoy, en parte, gracias a la confianza que ellos nos dieron. Nos dieron herramientas y confianza para que después, sin la ayuda de nadie, sin orientación específica y sin presupuesto, pudiéramos seguir haciendo cosas”.

Pero antes de adquirir esa confianza que menciona Fiore-

lla, hubo un período de adaptación y luego de fortalecimiento. Algunas actividades propiciaban entrar en zonas de conflicto: se trabajaba el tema de la discriminación por opción sexual, por ser pobre o por pertenecer a tal o cual barrio. Muchas veces se caldeaba el ambiente. Recuerda Ezequiel que se dieron “cosas muy fuertes”, que por momentos se quebró el grupo, y que gracias a la discusión frontal todos crecieron. Había una dinámica de taller que era simple, pero contundente: se hacía una pregunta y se formaban dos grupos, los que estaban por la positiva o por la negativa y cada cual argumentaba su posición. Ezequiel fue uno de los que hizo preguntas incómodas. “Pregunté: ¿te da asco cuando ves a una pareja gay dándose un beso? A mí me daba. Y sabía que había compañeras que estaban haciendo un proceso de género o que eran homosexuales. Sabía que se iba a picar la discusión. Fue casi una provocación para ver hasta dónde nos íbamos a aguantar. A la mayoría le daba asco y a una de las compañeras que es gay, le re dolió y se fue muy triste ese día. Nos dimos cuenta de que había cosas para revisar, porque así no funcionaba el grupo.”

A veces las diferencias se planteaban muy crudas o radicales. Por ejemplo con la música. A muchos les gustaba la plena y otros no la podían soportar. Al principio se enojaban. Pero luego tuvieron que aprender a tolerar y respetar a cada compañero por lo que era y no por la música de su preferencia. “Teníamos que aprender a aceptarnos. Con lo que nos gustaba y con lo que no. Así fuimos puliendo. El grupo tenía mucho para dar, había buena madera”, recuerda Ezequiel.

En ese proceso, dice, tuvieron que aprender a jugar con todas las cartas sobre la mesa. Sin filtro. “Tuvimos que abrir la cabeza y aprender a ponernos del lado del otro, en la piel del otro, aunque no estuviéramos de acuerdo. Estábamos en Tres Ombúes, pero había gente que venía de El Prado y no entendía bien. Algunos estábamos cerrados, pero tuvimos que

poner los pies sobre la tierra y comprender realidades muy saladas, de gente que no podía ir a estudiar, de niños que no tenían con qué jugar o que valoraban más tener un teléfono en la mano que compartir un juego con otros niños. Ya nadie de nosotros dijo ‘No estudia porque no quiere’. Aprendimos que no estudia porque convive con situaciones que no se lo permiten, pero además porque no lo considera algo importante, porque nadie se lo enseñó. Esa tarea de eliminación de prejuicios nos costó mucho. Al principio lo que no era igual, nos rechinaba. A mí me pasó y tuve que aflojar porque me di cuenta de que con esa forma de pensar no avanzaba. El grupo creció por esos lados y logramos hacer una amistad más allá de ser compañeros de curso. Hubo momentos en que sólo queríamos competir y luego nos dimos cuenta de que precisábamos de todos para crecer.”

Luego de limar asperezas y generar confianza entre todos sin que importaran tanto las diferencias, el grupo creció como tal y le dio tiempo a cada uno para crecer a su aire. Cada uno a sus tiempos, sin apurar a nadie.

“Al principio todos teníamos una vergüenza horrible”, dice Fiorella. “Después nos fuimos soltando y nos complementamos mucho. Todos somos de lugares diferentes y nadie se conocía con nadie. Y hubo gente que hizo procesos re salados, que se soltó en el grupo y nos dejaba de cara. Nos dieron el impulso y cuando entre todos vimos que cada uno podía soltarse y había red, fue como re importante para mostrarnos auténticos.”

Shakira al igual que Yoselén son locatarias, oriundas de Tres Ombúes. Estuvieron en el curso desde el comienzo y hoy pertenecen al núcleo duro de Kapakuala. Ambas coinciden en la importancia que tuvieron los referentes adultos a la hora de enseñar sin acartonamientos y de ayudarlos a crecer sin dejar de jugar. Yoselén cuenta una anécdota que lo ejemplifica:

“Hicimos recorridas por varias facultades. Habíamos muchos interesados en ver opciones universitarias. Un día fuimos a la de Medicina, a la de Química, a la de Derecho, a la de Psicología, a la de Ciencias Sociales. Todo en un día. Después nos llevaron a comer pizza. Entre facultad y facultad jugamos al ring raje por 18. El que más agitaba era Dani. Estábamos atrasados y cansados. Para apurarnos y obligarnos a correr, Dani tocaba timbre y salíamos todos corriendo. Dani era el gurú de Kapakuala, siempre estaba y aún está. Nos apoyamos mucho en él. Hacía hasta de psicólogo”. Pero todos los “profes” son recordados con cariño. Yoselén los repasa uno a uno medio en broma, medio en serio: “Antonela, la profe de informática siempre estaba buena onda, proponía tareas y nosotros le hacíamos caras, decíamos que estábamos aburridas, que nos diera recreo y ella nunca se enojó. Pablo era nuestro profe de recreación, siempre hacía trampa en los juegos. Es copado pero tramposo. Con Magui hablábamos de sexualidad, de género, de drogas, de alcoholismo. Sole era la que pagaba, cuando llegaba ella era la hora de los autógrafos... Era Mamá Noel. La señora presupuesto (risas). Siempre estuvo en todo también”.

Después que terminó el curso, una parte del grupo siguió juntándose a charlar, a jugar, a tomar mate y a desarrollar actividades sociales usando al juego como instrumento. Para Camila “es muy importante el clima que generamos entre nosotros. Somos muy distintos todos, pero nos sentimos parte. Este es nuestro lugar. Si está lloviendo, hace frío o lo que sea, siempre podemos venir. Tenemos salones, espacios más abiertos, el baño, una cocina, los juegos de afuera, la cancha, un montón de recursos. Después nos fueron saliendo cosas. Acá mismo en el Centro Cívico nos plantean hacer actividades, nos llegan propuestas para trabajar en una jornada en escuelas o en clubes de niños”.

Además de confianza y crecimiento, el curso le dio al

grupo alternativas a nivel laboral. Cuenta Ezequiel: “En este momento estoy concursando por un laburo como recreador en la intendencia de Canelones. Y estamos, junto a Fiorella y mi novia, armando una cooperativa de trabajo para dedicarnos a la animación de fiestas y eventos que se llama Pavana Recreación. Gracias al acompañamiento que nos hizo Dani y Sole, a los elementos que nos dio Pablo en el taller, a lo que aprendimos con Anto y con Magui, logramos dar un pasito. A pesar de ser tan pibitos nos animamos porque ellos nos dieron mucha seguridad, promovieron la autogestión, nos dieron herramientas para que nos buscáramos la vida. Pero a la vez hacen un seguimiento y una contención que te hace sentir muy fundamentado. En el plano laboral por ejemplo, nos enseñaron que teníamos derechos, que había cosas para exigir, además de cumplir. Y que teníamos que tener cintura. Yo laburé en recreación antes y viví situaciones que seguro las hubiera podido pilotear mejor ahora. Aprendimos técnica y fundamentos. Somos seres integrales, no podemos crecer de un lado y del otro quedar bajitos”.

Daniel y Soledad coinciden en que la permanencia de Kapakuala fue un efecto emergente que no estaba planificado. “Terminado el curso —dice Daniel— quedó un grupo motor que siguió haciendo cosas en el barrio, moviéndose por sí mismos, obteniendo respeto y aceptación en las distintas instituciones sociales. Empezaron a tener autonomía, preparaban las reuniones, definían lo que querían hacer, intentaron hacer un campamento. Fracasaron, juntaron mal la plata, vendieron alfajores al precio de costo y no ganaron nada. Aprendieron a los ponchazos. Pero aprendieron”.

También se derribaron prejuicios y les cambió la imagen del barrio. Ahora los invitan como a un grupo de recreadores. Algunos han hecho pasantías en otros proyectos que gestiona El Abrojo. El MIDES a través de Socat los convocó para ha-

cer talleres en las escuelas de la zona y trabajar el tema de la plombemia. “Es re interesante el proceso de autonomía que alcanzaron. Tiene una pata comunitaria, con una cabeza más pedagógica y política, es una salida laboral, fue un espacio de referencia y tienen un vínculo afectivo muy potente. Se juntan, salen. Sucedió algo que trascendió el curso”, dice Soledad.

Camila tiene la certeza de que Kapakuala va a seguir: “No va a morir porque somos un lindo grupo de personas. Ahora estamos casi todos con parciales y muy cortos de tiempo. Pero si pinta nos vemos y siempre que alguno precisa algo estamos ahí, cuidándonos los unos a los otros. Nos conocemos y nos aceptamos, con nuestras felicidades o nuestros enojos. Ni somos sólo amigos ni sólo compañeros de curso, somos Kapakuala. Para entenderlo hay que vivirlo, es como una identidad. Crecimos, pero también tuvimos la oportunidad de ser otra vez niños porque vivíamos jugando”.

YO QUERÍA VER EL MUNDO  
OMOSHALEWA AREWA, “SHALLY”

Laura Gandolfo



Ella casi siempre sonríe, con mirada al mismo tiempo tierna y chispeante. “Es muy larga mi historia”, reconoce. Esta mujer, de 47 años pero que por su expresión y gestualidad puede pasar por alguien 20 años menor, delgada, de maneras suaves y espíritu vivaz, decidió vivir en Uruguay junto a su hijo Elías, de cinco años. Se llama Omoshalewa Arewa, pero todos le dicen de manera más corta y sencilla: Shally. Vive en el barrio La Teja junto a Elías, que asiste a la escuela de tiempo completo Joaquín Suárez. Shally nació bien lejos, en Nigeria y llegó a Uruguay por primera vez en enero de 2010.

Actualmente trabaja como auxiliar de servicio en El Abrojo, donde se encarga de la limpieza del local central y del edificio de Casa Abierta (en Vicente Basagoity 3922), uno de los centros de niños y niñas de la organización.

Shally llegó a El Abrojo a través de alguien que conoca la institución: la partera que atend  el nacimiento de su hijo. Arrib  a América del Sur movida por la necesidad de huir de la violencia y las desigualdades en su país. Primero vino a Uruguay, donde conoció al que será el padre de Elías, otro nigeriano que había llegado al país como poliz n en un barco. Se conocieron una tarde en la Plaza Independencia, donde Shally asegura que siempre, al anochecer, se encuentran los pocos nigerianos de Montevideo. Por un tiempo ambos se radicaron en Brasil, y al fin volvió a Uruguay definitivamente, donde qued  embarazada y nació Elías (nombre completo: Elijah Madabuchi Arewa Onugha). Shally se separó del padre en medio de una situación complicada, pero aunque este se raedic  en Alemania hace un tiempo, siguen hablando para mantener el vínculo con el hijo en común.

Sin muchas opciones de trabajo, con dificultades para comunicarse y sufriendo violencia doméstica, comienza a trabajar en El Abrojo. Vivió en pensiones y en refugios del MIDES para mujeres con hijos, pero hoy Shally logró alquilar su propio hogar.

“Vivía cerca de Casa Abierta”, recuerda Paula Baleato en El Abrojo, una de las personas que más frecuentemente tiene trato con Shally, “y llega buscando apoyo como vecina de la zona, apoyo para la inserción del hijo, que era muy chiquito, y ella quería que fuera a un centro CAIF. Después se le da apoyo por una situación de violencia que estaba viviendo. Deja a su pareja, y pasa a vivir con Elías en un refugio del MIDES para mujeres con hijos, víctimas de violencia doméstica. Ahí vive ocho meses, o un poco más, y después pasa a otro dispositivo del MIDES, para mujeres que pueden recomponerse, buscar trabajo... Participó en el programa Barrido Otoñal, que es un convenio nuestro con la Intendencia de Montevideo, para mujeres que hacen una pasantía laboral. Y de ahí se genera una oportunidad para trabajar acá, en la limpieza del local central”.

Quienes la conocen de cerca saben que Shally es una mujer muy fuerte, que supo atravesar momentos muy difíciles en su vida y se animó a venir a vivir a un país muy lejano y distinto, cultural y socialmente. Es aventurera, emprendedora, directa, muy alegre y agradecida. Se transformó en un personaje en El Abrojo, donde todo el mundo la quiere y conoce. Hay algo notoriamente no uruguayo en su gestualidad, en su tono y en su manera de tratar a los demás.

Shally habla en un español limitado, compensado por su gran simpatía y ganas de comunicarse. “Me llamaron, yo les dije que no tenía trabajo y que tenía interés en trabajar. De hecho, cuando ellas me llamaron, yo estaba buscando trabajo. Desde el 2015 hasta ahora he estado con ellos.”

Antes de eso, había participado durante siete meses en la iniciativa de barrido de calles de la ONG antes de que le ofrecieran su actual puesto estable, y cuando se charla con ella, enseguida se nota su gratitud para con las personas que la han ayudado en este largo camino para conseguir su estabilidad.

La relación de Shally y El Abrojo se hizo más profunda cuando se planteó que ya no quería vivir en el hogar de acogida. Cuenta Paula Baleato: “Ella se quería ir, estaba mal en ese hogar del MIDES, que lo gestiona una cooperativa de trabajo. Y viendo alternativas, me entero de un subsidio que da el Ministerio de Vivienda para mujeres víctimas de violencia doméstica, en el cuál ellos (el Ministerio) te alquila una casa por dos años. Pero la entrada, la presentación para acceder a ese subsidio la tenía que hacer el equipo técnico del MIDES y de la cooperativa del refugio donde ella vivía. Ellos la tenían que derivar. Y ahí se dan unas semanas de encontronazos entre el equipo nuestro y el de la cooperativa. Ellos no la querían apoyar, planteaban que no la veían en condiciones de hacerse cargo sola de su hijo. ¡A una mujer que se atravesó el mundo! ¡Qué entendés por hacerse cargo!”

Las gestiones de El Abrojo terminaron fructificando, y Shally pudo acceder a su vivienda, una casita confortable en Pueblo Victoria (La Teja). “De casualidad es vecina mía”, cuenta sonriendo Paula Baleato, “vive a cinco cuadras de mi casa”.

\* \* \*

Cuando Shally se fue de su país, según cuenta, fue porque le gusta viajar. “El primer lugar donde fui fue Egipto, del año 2007 al 2010. Luego me vine a Uruguay, después a Brasil y finalmente a Uruguay otra vez. En mi país estaba bien, yo trabajaba en la Secretaría, en un lugar que es como la Intendencia de acá. Estaba bien, contenta, pero cansada y querien-

do ver el mundo, conocer otros países y su gente. No soy una persona a la que le guste quedarse en un lugar solo.” Ahora reconoce que en Uruguay se está bien porque hay paz. “Es lo más importante del mundo, porque no todos los países tienen paz. En mi país hay paz pero a veces hay problemas con los terroristas y con los políticos... como en todo el mundo. Pero más allá de eso, todo bien.”

En Nigeria dejó cuatro hermanas y un hermano, que son graduados universitarios. Una de sus hermanas estudió Historia y Relaciones Internacionales. Su padre se jubiló como policía secreto y actualmente vende materiales para la construcción. Su madre también trabajó en limpieza, en ese organismo similar a la Intendencia de Uruguay, pero con los años se enfermó y no pudo seguir haciéndolo.

Durante su complejo recorrido vital, Shally se ha sostenido en gran parte gracias a la fe en Dios, como practicante pentecostal que es. Después de 11 años de haberse ido de su país, expresa con mucha firmeza que no volvería a Nigeria: “Todavía no”, asegura. Contenta, cuenta que en Uruguay tiene “una hermosa familia”. “Son todos como mi familia, en El Abrojo. Son muy adorables, muy amigables: quieren saber cómo estoy, me dicen que si tengo problemas les avise a ellos, que me van a ayudar. Son muy buenos. Me mandaron a estudiar un curso de español para que yo aprenda más el idioma.”

De Uruguay lo que más le gusta es que las personas son “amorosas” y, asegura, siempre le dicen: “Shally, ¿todo bien, precisas algo?”. “Claro que hay gente mala, como en todo el mundo, es así. En la calle también son buenos, yo nunca tuve problemas con la gente aquí: son muy inclusivos. Me decían que cómo me había venido a vivir acá, un lugar en el que no hay plata, con muchos pobres. Pero yo acá tengo comida y eso no es un problema para mí.” Y repite: “El uruguayo no tiene problemas, porque Uruguay es muy rico al tener paz, que es lo

más importante del mundo. Eso es lo que muchos países del mundo siguen buscando hasta ahora”.

Shally opina que en Uruguay “no hay mucha plata”. “Pero se puede vivir confortablemente, en buena convivencia, trabajando y contando con el otro. Para mí eso es más importante. La plata no puede comprar eso. Acá se puede vivir bien: trabajando se puede juntar plata para comer, para hacer cosas, para pagar el alquiler y el agua. Eso en muchos países no lo tienen.”

Esta estabilidad es lo que quiere darle su hijo también. Como nació en Uruguay, Elías tiene un buen manejo del idioma. “Él a veces me dice ‘mamá: así no’ y me corrige cómo hablo. Me dice ‘Repetí conmigo...’. ¡Es insolente! (se ríe): ‘Mamá, cuántas veces te lo voy a decir’. Tiene paciencia para avisarme siempre cuando hablo mal, y corregirme. Me dice que hable y me dice ‘Ta mamá, así está bien’.”

A Shally le gusta la comida uruguaya pero reconoce que lo que extraña de su país es la pesca, porque acá es “muy caro” comer pescado. “El pescado es muy importante para todos, pues le da vitaminas al cuerpo y es mucho mejor que la carne y que el pollo. Cuando el padre de Elías vivía en Montevideo y trabajaba en Fripur, cada semana teníamos pescado y comíamos diferente. Pero en mi país es muy barato. Además se puede pescar mucho para comer. Acá no. No sé por qué es así. Ahora todo está caro: el alquiler, la comida, el boleto... No es fácil para la gente.”

La afecta mucho ver personas viviendo en la calle, madres con niños. “Por suerte ahora hay ayudas: antes la gente moría cuando el clima cambiaba como ahora, y se ponía frío. Para mí no está bien que la gente viva en la calle. Por eso está tan bien el trabajo del MIDES, que ayuda.”

\* \* \*

La relación de Shally con Uruguay comenzó cuando vivió tres años en El Cairo, la capital de Egipto, trabajando como niñera, cuidando personas mayores, personas enfermas y haciendo limpiezas de casas. “Si había una persona muy muy enferma, me llamaban y yo podía ir a ayudar. Egipto me parecía muy bien, como acá, pero es musulmán, entonces yo no me podía quedar allá por mucho tiempo, por problemas políticos como en todo el mundo, y porque tienen terroristas, como en mi país.”

Fue en Egipto que Shally conoció a una uruguaya que le habló sobre este país ubicado al sur. “Y yo le dije ‘Nunca escuché hablar de ese lugar... Uru... ¿qué?! Me dijo ‘Sí, es un país chiquito, con poquita gente’. Le pregunté dónde era eso, y me dijo en Latinoamérica, me explicó que los latinos hablan español y me dio mucha curiosidad. Ella se fue y yo me quedé con su número de celular para contactarla pero después perdí el celular.”

Y un buen día Shally tomó un avión, y llegó a Montevideo. Y aquí sigue, por ahora.

Cuando habla, en sus palabras hay aceptación de lo que la vida le ha puesto delante, así como entrega y confianza en lo que va sucediendo día a día. A pesar de lo agitada y complicada que fue su vida, en su discurso no hay quejas ni remordimientos, ni arrepentimiento por haberse ido de Nigeria y dejado atrás los afectos. Incluso cuando habla de su familia de origen, que no ve hace 11 años (aunque hablan seguido vía Skype), lo hace de una manera tranquila, y comenta que sí, que le gustaría mucho que pudieran venir y conocer a su hijo.

Y charlar un rato, como solían hacer antes.

RISAS DE INFANCIA  
LOS NIÑOS DE EL ABROJO

Leonel García



Hay camperas, buzos y bufandas. Y hay túnicas debajo de esas camperas, buzos y bufandas. Hay colores y hay risas. Hay cinco niños y niñas riendo. Es viernes en la sede de Repique, uno de los programas de El Abrojo dedicados a trabajar con niños y adolescentes, detrás del centro de Colón, su zona de influencia. Hace frío afuera y mucho calor adentro. Hay un abundante desayuno: cocoa, bizcochos y esas masas que antes se llamaban magdalenas y hoy son *muffins*. Hay risas, hay motivos para reír: son niños.

*¿Dónde vivís tú?*

VICTORIA: ¡De la puerta para adentro!

Más risas. Si sos niño y te sentís bien y estás con otros niños que también se sienten bien es imposible no reír. Y hablar a la vez.

Está Mahia Romero y su madurez, mucho más grande que sus 11 años. Está la risa incontenible de Victoria Martínez y la seria picardía de Ángel Siveira. Estos dos últimos, ambos de doce años, viven en Conciliación y son, junto a Mahia, que es de Lezica, vecinos y participantes de Repique. También son los anfitriones de Chiara Ferreira y Ryan Maciel, los dos de once años, los dos de Las Piedras, los dos participantes de Trampolines, otro programa de El Abrojo pensado para los niños pero que trabaja en Las Piedras, unos diez kilómetros al norte, cuando Garzón se transforma en César Mayo Gutiérrez.

Y es difícil poner orden en el alegre caos de cinco niños hablando a la vez.

*¿Desde cuándo estás en Repique?*

MAHIA: Desde los nueve años.

¿Y cómo llegaste?

MAHIA: Mi madre me llevó a una fiesta en el castillo de Lezica y vio a María Eugenia (Raffo, educadora social). Ella sabía que existía Repique porque yo tengo amigas que ya venían.

¿Y tú? ¿Cómo viniste?

ÁNGEL: Caminando.

Risas y más risas.

*Pero te trajeron, te fueron a buscar...*

ÁNGEL: Me citaron a mi casa y mi madre fue y me anotó.

¿Y qué es lo que más te gusta hacer acá?

ÁNGEL: Aprender.

¿Aprender qué cosa?

ÁNGEL: A compartir, a jugar...

¿Sentís que has aprendido algo?

ÁNGEL: Sí, te enseñan a hacer algo que nunca hiciste.

¿Por ejemplo?

ÁNGEL: A hacer los deberes.

MAHIA: ¡No te enseñan, te ayudan!

Toda interrupción da para la risa y el mini-debate. Ángel está en quinto de escuela. Los “trampolineros”, Ryan y Chiara, en tercero y quinto respectivamente, bajo capas y capas de ropa, incluyendo la túnica, hay unas remeras con el logo del proyecto, producto del taller de serigrafía. Las muestran con orgullo. Victoria, por su lado, que está en sexto, dice que entró a Repique hace ya seis años luego de una “larga historia”, un tanto confusa de entender, que incluyó un perro, su madre, el llanto de ambas por la pérdida del can, y el ingreso de la niña al grupo cuando todavía funcionaba en la Plaza Vidiella de Colón, al otro lado de Garzón y de la vía férrea. Esa plaza tiene su que ver con el proyecto.

¿Y qué es lo que te gusta hacer acá?

VICTORIA: ¿Cómo es que se llama eso que hacemos?

MAHIA y ÁNGEL: Taller audiovisual (risas, se ve que a

Victoria le gusta demasiado esa actividad).

VICTORIA: Luego hacemos Igualdad y Género y también gimnasia en la plaza 9.

*¿Y qué hacen en audiovisual?*

VICTORIA: El otro día hicimos *Stop motion*.

*¿Y eso?*

MAHIA (interrumpe): Con imágenes y dibujos hacemos como una película, que los objetos se muevan (abre desmesuradamente los ojos). Dentro de poco vamos a hacer una película y vamos a actuar, ¡eso dijeron!

*Victoria, ¿cuál es tu día favorito?*

VICTORIA: El martes.

*¿Qué pasa el martes?*

VICTORIA: Veo a Mahia.

Todos ríen burlonamente, menos Victoria y Mahia, que se ruborizan. Las dos son grandes amigas. Y no hace falta ser cientista social para darse cuenta que Mahia, que cursa sexto de escuela, tiene un gran predicamento sobre el resto.

*¿Qué hizo en voz, en qué te ayudó, venir a Repique?*

VICTORIA: Antes que yo viniera acá... yo discriminaba a todo el mundo, decía cosas feas (risas). Ahora no, entiendo que hay que ayudar a los que lo necesitan. Así como Mahia me ayuda a mí.

Si los de Trampolines tenían alguna timidez al llegar, por ser los visitantes, esta se disipó enseguida. Ryan enseguida hace migas con Ángel. Resulta que es colega: anduvo por Las Piedras haciendo de reportero para el noticiero “Tramponoticias” en el tema más importante para sus pagos: la Batalla de Las Piedras. Chiara se encarga de lo que va a buscar siempre: diversión.

*¿Cómo terminaste en Trampolines?*

CHIARA: Mis hermanos iban y a mí me gustó.

*¿Qué hacés ahí?*

CHIARA: ¡Me divierto!

Otra carcajada general. Nerviosa y espontánea. Más allá del trasfondo pedagógico, ¿qué puede ser sino? ¿Hay alguna forma mejor de aprender de la vida, la sexualidad, la ciudad, los derechos y el respeto? ¿No es esa la definición más pura de ser niños?

*¿Y a qué le llamás diversión?*

CHIARA: no sé... plástica, cocina, música, “Circulando”...

*¿Y eso qué es?*

CHIARA: Hacer actividades ahí afuera.

RYAN: Por las calles de la ciudad.

*¿De Las Piedras?*

RYAN: ¡Sí! (ojos grandes y vivaces, expresión incrédula; la ideal para una pregunta tonta)

*¿Y desde hace cuánto estás ahí?*

CHIARA: Desde hace seis años.

*¿Y vos, cómo llegaste ahí?*

RYAN: No me acuerdo...

*¿Y qué te gusta hacer ahí?*

RYAN: Actividades, como los talleres de música, de cocina y de plástica...

*¿Y qué cocinás?*

RYAN: ¡Comida!

De nuevo, la hilaridad se impone. La risa contagia y no solo a los niños. Cada carcajada es un baño de migas sobre la mesa el desayuno. Mahia, anfitriona y experiente, toma la palabra.

*¿Y qué van a hacer luego?*

MAHIA: Muchas actividades, talleres, gimnasia... y algunas veces nos vamos de campamento con todos los proyectos. Eso se llama “Girando”.

RYAN: No sé si este año se hace.

VICTORIA: ¡Se hace sí!

ÁNGEL: Mirá que se hace

Les interesa mucho ese tema.

*¿Y adónde han ido?*

MAHIA: El año pasado fuimos a San José y Río Negro.

CHIARA: Otro grupo se fue al (Cabo) Polonio.

VICTORIA: Y otros a (el campamento) Cristo Rey.

MAHIA: Ese fue el grupo de la mañana.

*¿Y de las actividades, cuál te gusta?*

MAHIA: El año pasado hicimos cocina. Este año Igualdad y Género. Y luego gimnasia en la plaza 9.

*Cocina y gimnasia me lo puedo imaginar, ¿pero qué aprendés en Igualdad y Género?*

MAHIA: Aprendimos a... a...

VICTORIA: A no discriminar al otro por ser afrodescendiente.

Inconscientemente o no, los ojos apuntan a Ángel, que es afrodescendiente. Él está como ajeno.

MAHIA: No discriminar por la raza, por la ropa que viste, por cómo es, ¡porque todos somos diferentes!

*Y estas cosas que vos aprendés acá, ¿las desparramás por ahí? ¿Por tu casa o la escuela?*

MAHIA: Sí, a mi madre le parece bien que yo venga acá porque yo cambié mucho... y tá.

*¿Qué cambiaste?*

MAHIA: La conducta.

*¿Qué? ¿Eras medio brava?*

MAHIA: Sigo siendo brava pero menos que antes.

Entra la fotografía al “comedor”. La cámara que portan es la más grande que han visto nunca. Se les cuenta que les van a tomar una foto. “¿Una selfie?”, pregunta Ryan. Los otros cuatro no le perdonan la gaffe y se ríen hasta quedar sin aire.

Una última ronda antes de la foto, en un patio que será muy lindo pero nunca tan lindo como un cuarto con calor, comida y cariño.

*¿Han pensado qué les gustaría hacer cuando sean grandes?*

VICTORIA: *Stop motion* (risas generales)... no sé.  
CHIARA: ¡*Stop motion!* (más risas) No, maestro...  
ÁNGEL: Trabajar en la construcción.  
CHIARA: ¡En la constru!  
MAHIA: Yo quiero ser psicóloga.  
Casi que se palpa la admiración del resto.  
VICTORIA: ¡No, pará! ¡Yo quiero ser forense!  
MAHIA: ¡Ay, qué asco!  
¿Y usted, joven? ¿Tan callado? ¿Qué quiere hacer?  
RYAN: *Stop motion*... estar vivo.  
Todos se ríen ante esa frase.

\*\*\*

Repique atiende a 50 niños y adolescentes de la zona de Colón y alrededores. La población infantil de Trampolines es de unos 55 chicos. La contraparte económica es del Instituto del Niño y el Adolescente de Uruguay (INAU), aunque no todos los que asisten estén ahí institucionalizados.

En estos programas cuyos enfoques mezclan lo socioeducativo como lo recreativo, así como en otros proyectos como Casa Abierta del Paso Molino, la población a atender es la misma: niños provenientes de entornos vulnerables, muchos de los cuales tienen los lazos familiares y sociales seriamente lesionados. Hay historias de violencia interfamiliar, deserción escolar y trabajo infantil. También hay historia de discriminación entre ellos, como si ellos mismos aceptaran el estigma que buena parte de la sociedad proyecta hacia los niños pobres. Hay poca proyección a futuro, sueños topeados, algo tan doloroso como no soñar.

“Lo que queremos es ‘destopearles’ el soñar”, cuenta María Eugenia Raffo, educadora social de Repique. La experiencia socioeducativa que proponen encierra el anhelo de darles felicidad y disfrute. Muchos de esos chicos, montevi-

deanos todos, tuvieron la oportunidad de conocer la playa, algo a lo que no habían podido acceder antes.

La ya mencionada Plaza de Deportes 9 es la que utilizan para hacer gimnasia. Alguna vez, sus responsables le dijeron que “sería bueno” que este programa utilizara su propio hogar para hacer la actividad física. María Eugenia se negó: si los niños hacen todo en el propio local nunca podrán apropiarse de la ciudad, de la que tienen tanto derecho a disfrutar como todos. Similar concepto está detrás de “Circulando”, una de las propuestas de Trampolines por las calles de Las Piedras.

Que puedan tener en la vida las mismas oportunidades que el resto es un sueño de máxima; el de mínima, que vayan, participen, disfruten y sean ellos mismos aunque sea por un rato.

“Queremos provocar la inquietud de querer aprender más. Y queremos que vivan tiempos de infancia”, dice por su lado Martín Brun, psicólogo social de Trampolines. Justamente, eso es algo que a muchos de sus niños les falta, obligados por la pobreza y la falta de contención a crecer mucho más rápido que lo que deberían. Y para eso recurren a talleres tan diversos como kapoeira, expresión plástica y análisis de canciones archiconocidas como “Espacito” o “La bicicleta”.

Para Martín, y María Eugenia asiente, trabajar con los niños es un constante aprendizaje que va en dos sentidos. “Enseñaje”, como expresa un término de la psicología social. “Queremos dejar el recuerdo de que hay distintas formas de estar acompañado, demostrar que hay otras formas de vincularse, que hay lugares distintos, que todos somos diferentes y todos tenemos algo que aportar.”

Y si bien hay una mayor sensibilidad social, aún falta camino, subraya María Eugenia. “Seguimos no teniendo todos las mismas posibilidades.”

\*\*\*

La última ronda, luego de las fotos y antes de las actividades, incluye también a los docentes.

*Si este fuera el último año en Trampolines, ¿qué se llevarían?*

RYAN: El estar con los compañeros.

CHIARA: Para mí, lo mismo; los compañeros.

*¿Y por acá? ¿La gente de Repique? ¿Qué se llevan antes de irse?*

MAHIA: Yo me llevo mucho aprendizaje que me va a servir para toda la vida. Hay cosas que me han enseñado acá que no aprendí ni en la escuela ni en casa. Siempre aprendemos algo nuevo. Eso y el amor de mis compañeros que están conmigo.

VICTORIA: ¡Me llevo las puertas por delante (carcajadas)! No... el aprendizaje y el compañerismo.

ÁNGEL: Me llevo esta mochila, ¡los libros, las tazas, las cocas, la pasta frola, todo!

Luego de las carcajadas de todos, se pone súbitamente serio.

ÁNGEL: Me llevaría los recuerdos...

LA VIDA ES PARECIDA A ANDAR EN BICICLETA

CARLOS RIVERO

Daniel Erosa



Cuando el barón alemán Karl Drais, padre de la bicicleta, presentó su “máquina andante” en 1817, nadie podía imaginar que aquel rudimentario artefacto de dos ruedas, podría llegar a ser tan importante, dos siglos después, para unos cuantos adolescentes de Canelones. Jóvenes que no inventaron la bicicleta, pero que gracias a ella viajaron y disfrutaron de lugares que no conocían, aprendieron a pensar y a trabajar en equipo, incorporaron conocimientos mecánicos y normas de seguridad. Chiquilines que pedaleando adquirieron nociones sobre alimentación, hidratación, cuidado personal y disciplina deportiva, que trepando repechos supieron del esfuerzo personal y de la solidaridad, de plantearse metas y de no abandonar hasta alcanzarlas.

Para ser justos, no lo podían imaginar en los tiempos del barón porque ni siquiera lo pudieron sospechar en 2013 los propios inventores del Taller de bicicleta. No sabían entonces el potencial educativo que tenía la innovadora propuesta que estaban echando a rodar.

Fernando Ferreira, ideólogo y coordinador de este taller que funciona hace casi cuatro años en el Centro Juvenil Mandalavos de Las Piedras, gestionado por El Abrojo en convenio con INAU y la Comuna Canaria, confiesa que sus expectativas eran mucho más reducidas que lo que luego se vio en la ruta. Aquel primer envión, que consistía en armar con los chiquilines un taller para arreglar bicicletas y prestárselas, terminó siendo una potente herramienta educativa basada en el trabajo en equipo, la práctica deportiva y la educación vial.

Fernando recuerda cuando el proyecto todavía andaba con rueditas: “Desde que se nos ocurrió la idea, en diciembre

de 2013, hasta que se concretó, pasó casi un año. Había que conseguir la persona adecuada y los materiales. Daniel Moreira, un amigo, me contactó con Carlos Rivero, que había sido ciclista profesional y que tenía un taller mecánico de bicicletas. Empezamos las conversaciones, a él le gustó y largamos. En diciembre de 2014, cuando llegamos al Centro Juvenil con un camión lleno de fierros viejos, los gurises nos miraban sin entender qué era aquella montaña de chatarra. Recién en enero de 2015 empezamos a armar bicis”.

El primer aprendizaje sucedió cuando todos pusieron manos a la obra y se abocaron a la tarea de resucitar aquel montón de esqueletos ferrugientos. Porque a medida que lo iban logrando, se sintieron parte de una alquimia que transformó aquella carga de basura en máquinas útiles y disfrutables. Ese verano armaron 20 “chivas” e inauguraron la temporada de bicicleteadas.

Al principio la idea era arreglar las bicis para prestárselas a los gurises; que se las llevaran a la casa tenía el doble objetivo de establecer un vínculo con la familia y trabajar la responsabilidad. Pero empezaron a no devolver las bicicletas y cambiaron el rumbo. “Dejamos de prestar y empezamos a favorecer otras cosas. Pasamos del bien individual, al bien común. Ahora las 20 bicis están siempre a disposición, son de todos”, explica Fernando.

Cuenta también que en la primera salida a la calle fueron todos disfrazados, así nomás, sin mucha preparación previa. Dieron una vuelta por Las Piedras y “fue sensacional lo que se generó en el grupo. Esas salidas te dan una energía, una vivencia muy fuerte. Vimos eso y empezamos a profundizar en lo que era necesario para poder andar en las calles. Ver cuáles eran las más aptas o seguras. Fue impresionante el crecimiento del grupo, en organización, en planificación. Nos asesorarnos con Unasev para conocer y aprender las reglamentaciones de

tránsito y las normas de seguridad”.

Con el tema de la seguridad, recuerda, tuvieron que ponerse firmes porque “a la mayoría de los adolescentes que van al taller les cuesta mucho aceptar las reglamentaciones”. Lo que más les gusta es no usar casco, andar en una rueda, subir y bajar veredas. Hubo que enseñar normas pero también explicar “que las normas no son sólo límites, sino plataformas que te permiten vivir otras cosas. Hoy nadie se cuestiona ponerse casco y chaleco para salir a andar. Pero llevó mucho tiempo de machaque. Había gurises que cuando pasaban por el centro de Las piedras se sacaban el casco porque les daba vergüenza cumplir la ley. Para evitar ser el gil. Pero al poco tiempo vieron que siendo ‘giles’ salieron de recorrida por el país, hicieron deporte, conocieron lugares, mejoraron hábitos. Se genera un choque cultural interesante”, analiza Fernando.

Y otro tema fue el baño. Ahora, una de las coordinaciones que hay que hacer antes de cada salida es conseguir un vestuario donde ir a bañarse. Y es parte obligatoria de la recorrida. Esa integración de vestuario, aunque fue trabajosa, venció miedos y vergüenzas, y además creó hábitos de higiene luego de practicar el deporte. Sobre todo al principio había gurises reacios, otros que nunca habían estado en un vestuario o que no sabían regular el agua caliente y la fría. Muchos no tenían calefón en la casa.

Durante 2015 participaron del taller más de 30 adolescentes y realizaron una decena de salidas recorriendo más de 200 kilómetros por carreteras y caminos de Las Piedras, Parque Lecoq, Progreso, Sauce, Piriápolis, Maldonado y Punta del Este. En octubre de 2016 salieron en una travesía por el litoral hasta Paysandú. Partieron desde la ciudad de Las Piedras y recorrieron las localidades de Canelones, San José de Mayo, Mercedes y Las Cañas. Llegaron a Guichón en Paysandú donde los recibió una delegación de una veintena de ci-

clistas. Culminaron el viaje en las piscinas al aire libre de las termas de Almirón.

En las recorridas largas se hacen tramos de 30 o 35 kilómetros diarios a pedal y el resto en ómnibus. Se han quedado en campamentos, batallones o en clubes privados que les prestan las instalaciones. También algunas intendencias departamentales los han apoyado. Es un proyecto que abre puertas porque la gente lo valora y lo ve con buenos ojos. Y para los chiquilines, según dice Fernando, “ver lugares hermosos gracias a tu esfuerzo y al del colectivo, te presenta otra dimensión de las cosas. Es muy motivador y emocionante. En el repecho somos todos iguales y hay que pedalear. Nadie te lleva, tenés que pedalear vos. Y cuando llegás, es mucho más gratificante”.

Pero antes de viajar hay mucho por hacer. Todos saben que el taller no empieza o termina cuando se suben o se bajan de la bici. Hay que pensar en varias dimensiones, planificar y separar tareas. Con el asesoramiento constante de Carlos, los propios chiquilines se transforman en mecánicos y ensambladores de las bicicletas que van a utilizar. Mientras, aprenden a usar herramientas, armar un freno, centrar una llanta, reparar una pinchadura, lubricar una transmisión, cambiar pedales. “Vos ves las bicis y son cero pinta, porque nunca nos da tiempo para la decoración o la pintura. Hacemos una bici casera, sin cosmética, pero tienen un gustito especial: fueron hechas por ellos mismos. Y gracias a ellas el proyecto y todos hemos crecido muchísimo”, remarca Fernando.

Hoy en día el Taller de bicicletas tiene varios objetivos claros: fomentar el trabajo grupal, impartir conocimientos de mecánica y educación vial, hacer deporte, trabajar en nociones de higiene, cuidado personal y alimentación. “Llevamos dietistas a hablar con los gurises, van profesores de deporte a explicar cuestiones referidas a los músculos y al estiramiento.

Todo eso se fue acoplando a la idea, porque no lo habíamos pensado así. Por eso nos parece que es una idea que tiene mucha riqueza y potencial. Es una fuente, un manantial que está alimentando la vida del centro juvenil”, explica este coordinador.

Y aunque no es el objetivo del proyecto formar ciclistas para competir, a través del taller se ponen en juego algunos elementos tangentes con la disciplina deportiva. Los participantes se trazan metas que implican entrenamiento y superación constante, respeto por las reglas y responsabilidad.

Carlos Rivero sí supo competir: en ciclismo, en básquetbol, en fútbol. De hecho llegó a Montevideo desde Paysandú a probarse en Rampla Juniors y se quedó. Pero también sabe de mecánica ya que desde hace años trabaja en su propio taller. Por eso y porque demuestra un gran amor a la bicicleta y se lo transmite a los gurises, es la pieza clave del proyecto junto a Fernando, Laura Aguiar y Pablo Flores. “Es como un ejemplo que los gurises tienen ahí a mano: vino de Guichón proveniente de una familia súper humilde y salió adelante gracias a la bici. Es una demostración de que es posible”, dice Fernando.

A este ciclista sanducero le gustó la idea del taller porque puede infundir en los chiquilines las ganas de andar en bicicleta y de hacer deporte. Cuando llega, un rato antes de comenzar la bicicleteada de julio de 2018, un día soleado pero muy ventoso, todos lo saludan y se transforma de inmediato en el más solicitado. Comienzan a preparar las bicicletas. Carlos repasa con preguntas ayudamemoria temas clave de seguridad y señalización. Remarca la importancia de usar el casco. Se habla de alimentación, de descanso, de la energía necesaria para el esfuerzo físico que van a hacer. Se repasa la lista de repuestos y herramientas necesarios para salir a la ruta. Recuerdan entre todos que no se puede llevar el celular o los audífonos puestos. Los chiquilines repiten lecciones aprendidas.

Dice Carlos: “A mí siempre me inculcaron la actividad deportiva. Soy la tercera generación sobre la bicicleta. Mi viejo siempre tuvo taller de bici en Paysandú. Después nos vinimos a Montevideo y seguimos con el taller. Pero este proyecto me está dejando unas enseñanzas para la vida que nunca me imaginé. Tengo 45 y desde que empecé en Mandala hace cuatro, estoy aprendiendo todos los días. He aprendido mucho sobre organización, sobre andar en grupo, cómo planificar las salidas, del compañerismo que se respira. Y sobre todo por la apuesta a los chiquilines, y por poder enseñarles que por más dificultades que se tengan siempre se puede. El deporte y sobre todo la bicicleta te enseña a superarte. La vida es parecida a andar en bicicleta, dependemos de nuestro esfuerzo, siempre tenemos repechos, vientos de frente, de costado, se te cae la moral. Lo bueno de esta experiencia es que entre todos nos damos aliento”.

Si bien sabe el rol central que desempeña, Carlos se considera “uno más” y tiene según dicen en el equipo, mucha empatía y una paciencia infinita con los adolescentes. No le gusta ir al choque, pero es claro y preciso. Está en todos los detalles, es el que le da seguridad al grupo cuando salen y su palabra es muy respetada. “Cuando los gurises ven que vos hacés las cosas con esa entrega que muestra Carlos, te dan naturalmente la autoridad”, explica Fernando. Y es desde ese lugar que a este deportista devenido en “profe” le gusta trabajar “sobre el relacionamiento. Se ha ido perdiendo el saludo, el abrazo, el buen día, el gracias. Yo lo propongo. Empezamos con la mecánica, pero después vimos que a través de la bicicleta había chances de llegar a muchas enseñanzas: con los preparativos, el conocer lugares nuevos, la charla, los vínculos internos del grupo y con el resto de la ciudad. La actividad no se reduce a salir a andar. Lo más importante es trabajar la responsabilidad desde el armado de la mochila, lo que hacemos en la calle

y cómo nos cuidamos, hasta cómo dejamos la bicicletas para la próxima salida. Tratamos de no motivar la competencia, sabiendo que lo importante, lo más rico es esta forma recreativa y solidaria que nos permite plantearnos desafíos. Acá no hay contrarios”.

Ahora que ya hay cierta experiencia acumulada, y en concordancia con lo que dice Carlos, Fernando se permite asegurar que el taller es un multiplicador de aprendizajes. “La bici plantea una forma particular de conocer la ciudad, de pensar, de mirar. Es un ejercicio de atención permanente. Trabajamos con gurises con problemas de atención, de concentración, inquietos. Y en la calle estás trabajando todo el tiempo la atención: a la señalización, a mi compañero que va adelante, al peatón, al ómnibus, al camión que se larga sin mirar, a mi bicicleta, a mi cuerpo. Cada bicicleteada es rica en todo eso, en lo grupal, en el cuidado, en la atención, en pensar en grupo. No estamos muy acostumbrados a pensar en grupo. No es fácil. Pero trabajar el pensamiento y el cuidado grupal es un beneficio que les va servir toda la vida para cualquier cosa que hagan. Andar en bici así no sólo trabaja los músculos y le hace bien a los pulmones”.

Planificar, ejecutar y evaluar. Esa es la metodología. Se reúnen lunes y viernes. Trabajan en las bicicletas o en la confección de un manual para el ciclista que están desarrollando, se imparten charlas, se hacen juegos que involucran las reglas de tránsito o ven películas referidas a la bicicleta. En el taller previo a salir a la calle, se habla de lo que pasó la salida anterior, se evalúan las cosas que estuvieron bien y las que no, se discute cómo mejorar, se intercambian pareceres.

Todos saben que el Taller de bicicleta es muy grupal, que no pueden hacer lo que quieren en cualquier momento. Que hay una forma de andar y de comunicarse y que siempre hay importantes riesgos implícitos. “Ahí hay otro nivel de apren-

dizaje —dice Fernando— El riesgo y el disfrute van juntos, lo que hace necesario incorporar el concepto de responsabilidad. Los gurises asumen que la diversión es descontrol o falta de límites, y estas salidas permiten experimentar el disfrute de la mano de la responsabilidad y el cuidado. Se puede disfrutar siendo cuidadoso, responsable, teniendo en cuenta al otro.”

El Taller de bicicletas mueve la mitad del proyecto del Centro Juvenil y le aporta mucha energía. Cada salida genera una movida de preparación: planificación, puesta a punto de las bicicletas, elaboración de la comida y coordinación de los apoyos. Se siente una efervescencia especial. Y cada vez que salen a la calle, sea para un viaje corto o largo, se pone en juego un sentido de pertenencia muy fuerte en el grupo. “Es muy vivencial, muy integrador. Conviven gurises que casi no saben leer o que están terminando una escuela especial, con gurises que están al final del bachillerato. Los une un vehículo, una herramienta, el vínculo no depende tanto del desarrollo cognitivo ni de la carga cultural que traigan. El deporte es muy integrador. Confluyen y pueden convivir gurises de realidades muy distintas. Algunos tienen problemas de aprendizaje, pero para poner un parche, regular un freno, cambiar una rueda, no tienen drama, incluso son muy buenos. Se nivelan mucho todos”, asegura el coordinador.

\*\*\*

Es sábado 21 de julio. Dos de la tarde. Ayer hubo taller y hoy bicicleteada. Laura, educadora del proyecto, es la primera en llegar... en bicicleta. Algunos gurises esperan en la puerta, otros todavía están almorzando en el comedor. Vienen de Las Piedras, barrio Obelisco, La Paz, Campistegui, Villa Juanita, Cofrisa, El Dorado, 18 de mayo, Villa Foresti... “Hay gurises que vienen de Inau —de hogares de amparo, de familia ami-

ga—, de Aldeas Infantiles y hay gurises que vienen de hogares con familias muy presentes y motivadoras. Hay de todo. Pero hay pila que vienen de barrios muy vulnerados”, cuenta Laura mientras consigue una bufanda para un ciclista que no trajo, ayuda a otra participante a sujetarse el pelo, coordina con dos gurises para que vayan a buscar a otro más chico a la parada y atiende a una madre por teléfono. Dice que hace tiempo que no es necesario salir a buscar gurises para el taller, porque “se promociona solo por el boca a boca de los propios chiquilines. El comedor municipal que funciona en el centro juvenil es un punto clave también porque vienen gurises de todos lados. Pero los que más vienen son hermanos, primos, sobrinos de los que ya están participando”.

Al poco rato llega Fernando y Carlos, también en bicicleta y enseguida el auto con el cual Pablo, otro educador, y Yenifer, una ex tallerista que ahora viene a ayudar, le darán apoyo logístico a la caravana. Unos revisan las bicicletas, les ponen luces de señalización, otros llenan caramañolas y algunos se encargan de la fruta. Se explica bien cuál va a ser el recorrido, indicando en qué momento habrá viento a favor y cuándo en contra y se hace un chequeo general. Todos juntos, ya con casco y chalecos puestos, sentados bajo una pérgola de madera que hay en el fondo del local, cumplen con el rito final. Uno lee el manual del ciclista que están armando y los demás responden a coro:

—¿Bicicletas en buen estado?

—Ya está —responden todos.

—¿Todos tienen casco?

—Síííí.

Y así con los chalecos, el agua, la ropa cómoda, los repuestos, las herramientas, el botiquín, la comida, la toalla y los elementos para bañarse.

—¿Alguno no almorzó?

Dos levantan la mano y se les proporcionan galletas de avena y bananas. Luego tendrán fruta y ticholos en el viaje y al regreso quienes quieran podrán merendar.

Antes del salir todos hacen estiramiento. Se nota el entusiasmo y un clima muy distendido. “Acá a veces estamos a las risas, pero en la calle exigimos mucha concentración. No podemos ir cantando, tenemos que estar atentos. Siempre hay riesgo, no es un juego. Eso es lo que les transmitimos”, dice Laura confesando que le provoca mucho disfrute pero también mucho estrés salir a la calle.

¿Y qué dicen los chiquilines que participan? Nahuel, antes de poner el pie en el pedal, explica entusiasmado que están preparando el viaje de fin de año: “Nos vamos varios días y hacemos un campamento. El año pasado fuimos hasta Punta del Este. Creo que ninguno habíamos ido nunca. Fue hermoso llegar con la bici”. Carlos dice que en el taller les enseñaron muchas cosas que no sabían: “Ahora usamos casco y chalecos flúo y sabemos que tenemos que ir en fila y con mucho cuidado. Hay que tener a mano el agua, alguna fruta o un caramelo”. Cuenta que cuando salen, los más experimentados y entrenados ayudan a algún compañero que se esté cansando. “Les dan un empujoncito y llegamos todos.” Catalina recuerda que empezó a venir a las bicicleteadas hace dos años y que le pareció interesante. “Después dejé de venir porque iba al liceo de tiempo completo. Soy de Las Piedras y me interesa mucho la mecánica. Me encanta esa parte. Traje mi bici para arreglar.” Pero también está pensando en ir más allá: “Quiero hablar con Carlos para que me ayude a entrenar. Yo soy competitiva y quiero competir aunque no gane. Estar en una carrera ya será un logro para mí”.

Lejos de los tiempos de su inventor, hoy se calcula que hay más de mil millones de bicicletas andando por todo el mundo. Fueron muy populares en la década de 1890 y, luego

en los años 50 y 70. Actualmente su uso crece considerablemente porque es un medio de transporte sano, ecológico y económico, útil para trasladarse tanto en la ciudad como en zonas rurales. Pero sirve además —y los integrantes o ex integrantes del taller de Mandalavos lo saben bien— para aprender algunas de las cosas más importantes de la vida: a valernos de nuestro propio esfuerzo, a ser responsables y solidarios, a pensar en grupo, a estar siempre alerta y a disfrutar de las metas alcanzadas.



PINTAR SU ALDEA

MATÍAS RODRÍGUEZ

Azul Cordo



Comparten la noche el perro, el gato y la moto. Uno con ladridos que mastican la oscuridad, otro peleando en los techos de chapa y la cilindrada rompiendo el silencio negro de Las Piedras.

Amanece gris, despacio y denso. A diez cuadras de la plaza céntrica alguna gallina cacarea, le avisa al perro que deje de custodiar lo que no puede. Un poco más acá, Matías Rodríguez prepara el mate y sale desde su casa montado en una bicicleta naranja.

Viene de un mundo “triste y alegre, tierno y cruel, bello como todo”, diría el poeta surrealista francés Jacques Prévert.

—Cada vez que veo su arte no puedo creer, pensando en lo que vivió, lo que ha pasado. Es sublime. Está despegado —dice Jorge Gaeta por teléfono, recordando a Matías y los dibujos que hace ahora. Ahora que tiene 22 años, o desde hace una década cuando le regalaron una caja con lápices de colores, tras descubrir un par de ilustraciones en la libretita que llevaba para todos lados.

Jorge Gaeta trabaja desde hace más de 20 años como educador popular. Conoció a Matías en 2006 cuando tenía 10 años y andaba junto a su hermano Diego y otros gurises “que hoy ya no están” por las calles de Corfrisa.

Así se llama el barrio donde Matías se crió. Una “zona roja”, dirá él. Un barrio “complicado”, definirá Gaeta, “por las bocas de pasta base”. Un lugar muy estigmatizado porque se dice que los malandros están ahí, agregará un vecino.

—Hay como veinte bocas. Desde que soy chico siempre fue así.

Corfrisa es homónimo del frigorífico que rodea las ca-

sitas de ese barrio: el primer lugar donde el Ministerio del Interior realizó un megaoperativo policial por fuera de Montevideo, en el año 2011, para “incautar drogas y motos robadas”, informaba la prensa en esos días. Matías ceba un mate y recuerda los helicópteros, los milicos entrando a las casas, las detenciones.

—Van con todo, pero no sé si sirvió de algo, la gente se renueva.

Cinco años antes de esos operativos de saturación, Jorge recorría por la tarde la ciudad canaria de Las Piedras. Junto a otros dos compañeros de El Abrojo identificaron a Matías, a su hermano y a los que ya no están (por muertos o por presos) que andaban en la calle.

—Nos poníamos a jugar en el campito de Corfrisa. Les llevábamos una leche calentita.

Comenzaba a gestarse Trampolines, un espacio de puertas abiertas que El Abrojo crearía con el apoyo de Unicef y luego del INAU, destinado a actividades lúdicas y socioeducativas, por donde pasan unos 120 niños y niñas de entre 6 y 12 años de edad, que están en situación de calle o en otras condiciones de vulnerabilidad social. Luego sumaron talleristas y maestras. Por ese entonces, el hambre era un indicador claro para captar niños que andaban en la vuelta. Hoy “las situaciones por las que los gurises andan en calle son más complejas o específicas”, dicen desde la Asociación Civil que celebra 30 años de existencia.

En Trampolines, Matías, que ya tenía ojos grandes, ovalados, apenas achinados, que ya usaba gorros azules y miraba de reojo a la cámara, paseó y acampó por el país y comenzó a expresarse artísticamente, a “canalizar”, dirá Gaeta.

—Trabajábamos todo lo que tiene que ver con el hacer y con descubrirse, ver en qué puede ser bueno cada uno.

Recuerda este educador salesiano que “los gurises tenían

problemas actitudinales (en la escuela) porque no podían canalizar por otro lado, no se podían expresar”. Mediante talleres como plástica y arte escénico “se despiertan otras habilidades que los gurises no las pueden despertar en otros lugares: lo corporal, el sentir”.

Sabrina Speranza es el primer nombre que recuerda Matías por sobre todas las talleristas y educadores que ha tenido:

—Hacíamos teatro con Sabrina Speranza —dice sentado en uno de los bancos de madera que hay en la plaza—. Era todo lo diferente a lo cotidiano.

—Un divino, Matías. Un sobreviviente. No sé el hermano en qué está, también me acordé pila de él. Corfrisa estaba salado a nivel del imaginario social. Fui tallerista de teatro durante años en Trampolines y en aquel momento Matías ya pintaba con una sensibilidad especial —rememora la actriz multiplicadora de teatro del oprimido.

Fernando Ferreira, Diego Olivera, Jorge Gaeta, son otros referentes que el joven recordará de su paso por el club de niños, así como La Banda del Loco Meñique, una grupo de música infantil que surgió del taller de música que funcionaba en Trampolines.

Además de teatro, el barro era su material favorito para la creación artística durante los talleres de plástica. Y hacer mil paseos, por todo el país.

Tras dos años de estar en Trampolines, el pequeño pisaría la adolescencia y el límite de edad para permanecer en el club de niños. Los abrojeros pensaron que era necesario seguir trabajando con esos gurises, acompañarlos, y crearon el club juvenil Mandala Vos: “Una extensión de Trampolines —define Matías— que tuvo y tiene un fuerte anclaje en lo artístico y en el apoyo al estudio.”

En Mandala tuvo su primer taller de animación y tiempo después se formaría él mismo como animador, con capacita-

ción de El Abrojo. Gaeta opina que así se forma a los gurises de manera más integral.

—Mientras juegan, se ríen, aparecen emociones de ellos, se animan a más. Como educadores hay que aprovechar la expresión para trabajar cómo se sienten como adolescentes y permitirles mostrarse de otra manera.

Matías era un gurí como “para adentro”, le costaba demostrar las emociones, a los 14 o 15 años tuvo como cierta tensión entre ser él o seguir los pasos de algunos de sus amigos que se estaban “autodestruyendo”, dice Gaeta.

—Ahora está despegado. La expresión artística fue liberadora para él: poder sublimar por ahí, desconectarse de sus mambos. Creo que si sigue así le va a ir muy bien.

Así, con autorretratos, con murales.

—Estoy tratando de dibujar lo que siento.

Así, con trazos a veces coloridos, a veces monocromáticos. Con ojos grandes intentando averiguar qué hacen ahí.

\*\*\*

—El surrealismo me encanta —dice en esta extraña mañana de otoño, mañana de mayo. En pocas horas la temperatura ascenderá a 26 grados celsius, algo surrealista. Luego vendrá una lluvia que durará días, de esas tormentas cercanas al presagio que dice que lloverá siempre.

Dalí, Picasso, Frida, Rivera. Matías nombra aquellos artistas que influyen en su arte. De Uruguay se disculpa por no gustarle ni Figari ni Torres García. En cambio, admira a Carlos Páez Vilaró:

—Yo saco mucho del estilo de él: la forma de pintar, las figuras.

Por participar en Trampolines y Mandala “conocí lugares que nunca hubiera imaginado”, entre los que estuvo Ca-

sapueblo, el mundo blanco de Páez Vilaró en Punta del Este.

Matías viene de pasar un fin de semana movido, emocionante. Viene de un éxito. El viernes 25 de mayo se presentó el libro *La casa y otros relatos* de Diego Borges en el centro cultural Miguel Ángel Pareja, el único centro cultural de Las Piedras, ubicado frente a la estación de tren. Cada relato del libro tiene sus dibujos.

—Hay pila de gente que no esperaba que un chico de un barrio determinado pudiera ilustrar un libro.

Borges conoció al artista a través del Padre Mateo, coordinador del proyecto salesiano Minga, y le encargó las ilustraciones. Para eso le mandaba un cuento cada 15 días, Matías dibujaba y le enviaba la ilustración al narrador para sus ajustes y comentarios.

Guarda el libro dentro de una carpeta grande donde tiene “gran parte de su vida”: en cada folio hay certificados de talleres y cursos a los que ha asistido.

Sin embargo lamenta que desde El Abrojo no lo hayan llamado de nuevo como animador, tras la experiencia laboral que tuvo en el verano en Repique.

—La docencia me gusta. A través de la plástica se puede entrar pila con los gurises.

Lo sabe por él mismo y porque ahora lo prueba cada tarde de sábado en su labor de animador que hace en el Oratorio de los Salesianos, con niños y familias del barrio.

Caminamos hacia el local de Mandala, a media cuadra de la plaza. En el patio, una ronda de niños hace percusión corporal con el profesor. A la izquierda está el salón de plástica, de techo bajo y mesas largas de madera, con estantes que sostienen máscaras de barro y aroma a ténpera. Matías se proyecta como tallerista.

\* \* \*

—¡'Tas loco, me moví por todos lados con El Abrojo! — dice entusiasmada Belén Dolci, compañera de Matías en Mandala, recordando su pasado reciente—. Con el Mati pasamos pila de cosas en El Abrojo. Siempre al firme. Me conoce desde que iba a Trampolines, cuando tenía 11. Desde los 12 nos hicimos amigos y ahora voy a cumplir 20, imagínate. Compartimos mucho el tema de la música, los dibujos. Él era mi mejor amigo —dice con voz seca y cascada, los ojos entrecerrados, mientras sale a hacer un mandado.

A diferencia de Matías, que pudo encontrar apoyos en El Abrojo y en Proyecto Minga, donde pudo conocer a otros adultos que le solventaran hojas y cajas de lápices y la boletera para viajar todos los días a estudiar en la UTU “Escuela de Artes y Artesanías Eduardo Figari” en Montevideo, Belén se siente sobrecargada:

—A nosotros después de cumplir los 18, el INAU nos pega una patada en el culo y nos tenemos que rescatar solos. Ahora ando acá viendo si puedo hacer algo, conseguir un trabajo... porque hay mucha gente que espera de mí, mi mamá, mi abuela, dependen de mí, de que consiga todos los días para comer.

Ella dice estar “re agradecida” al Abrojo, “toda nuestra familia participó en El Abrojo”, pero:

—Hay días en que me pongo a pensar todo lo que yo hice, todos los talleres que hice, en realidad ahora, en esta vida que tengo, no me sirven. Mientras estaba en El Abrojo, en el Comité (de los Derechos del Niño de Uruguay) yo tenía lo que quería, pero ahora no tengo nada. Y viste cómo es la calle... está todo ahí, a la mano.

—Acá no hay muchas opciones para los gurises —dice Matías mirando la decena de personas desperdigadas a las diez de la mañana en la plaza: el señor que duerme por allí junto a su pareja que está en silla de ruedas y se acerca a vendernos unas curitas, el pibe algo mambeado que pide una

moneda en la puerta del supermercado—. Vas a Mandala o a Minga, o agarrás para la marihuana y el vino.

Belén dejó el liceo de Las Piedras y busca trabajo. Matías dejó el liceo y se metió en la UTU, le gusta más porque no hay tanta gente en la clase, ni son tantas horas ni tantas materias. Y puede hacer lo que más le gusta, aunque la profesora de dibujo le sugiera que, en lugar de hacer obras completas desde un trazo improvisado, ya es momento de que bosqueje la creación antes de pintar.

En blanco y el montón de lápices sobre la hoja.

—Pongo los colores y arranco con uno. Un trazo y veo hacia dónde me lleva. Nunca sé en qué va a terminar.

Esto, por ejemplo, empezó siendo una manzana —me muestra en su cuadernola de hojas rayadas— y acabó en un dibujo abstracto en el que se ven ciertas hojas moradas y verdes, un par de ojos, máscaras.

Vamos hacia la estación de tren. En una hora debe estar en Montevideo para entrar a clase. En la puerta habrá otros jóvenes escuchando música de los 80 en una radio, otros y otras bailando *break dance* mientras prenden un cigarro durante el recreo. El sol pegará de costado en el frente de la Figari y abrigará a un hombre en situación de calle que durmió en la plaza de Durazno y Minas y ahora se acurruca con su mochila en uno de los bancos que se intercalan entre los árboles de la empedrada Nuestra Señora de Encina, en el corazón del barrio Palermo.

Pero antes de dejar el andén repasamos otros recorridos posibles. A Matías le gusta ir a acampar con su grupo de amigos a 25 de Agosto, donde hay muchos murales.

—Ese pueblo es un lienzo.

Dice mientras mira el horizonte estrecho que tiene de frente, que se corta cruzando las vías.

Proyecta lo que en él parece un derecho inalienable: atrapar la vida en una imagen.



SI ME PRECISAN, ACÁ VOY A ESTAR

ROSA ACEVEDO

Federico Castillo



TALLER  
PLASTICA



“Acepto lo que venga”, dice Rosa. Menuda, mirada firme, cara curtida, ojos cansados. 52 años. 11 hijos. Nueve nietos. Rosa está en una pequeña oficina de Trampolines, este centro educativo para niños y preadolescentes en la ciudad de Las Piedras que ella no duda en definir como su segunda casa. Así de comprometida, así de cómoda está Rosa en este lugar. Pero también con una sensación agridulce, casi nostálgica, que la comienza a invadir. Es el penúltimo año de su hija Kiara, la última de sus 11, en Trampolines. Sabe que es el lazo que hoy la está uniendo con este centro y no quiere que se desate. Ni tiene que decirlo pero por las dudas lo dice: “Mi vida está muy ligada a esto, demasiado”. Y agrega: “Me da mucha tristeza en el corazón que mi hija se tenga que ir”. Kiara empezó en Trampolines a los seis años y ahora está por cumplir doce, la edad límite para poder estar en este sitio en el que pasa su tiempo después de salir de la escuela y aprende percusión, cocina, manualidades, serigrafía. Donde se divierte y encuentra contención. Y donde Rosa parece ser parte fundamental. Con su trabajo callado, su presencia, con sus ganas de hacer y ayudar sin demandar nada más a cambio que un lugar donde pertenecer. Martín, el coordinador de Trampolines, la define: “Es una referente. Es una madre que siempre está. Hagas lo que hagas, con Rosa puedes contar. Y eso me emociona porque no es fácil encontrar personas así, tan comprometidas”. Rosa escucha y baja la cabeza con algo de genuino pudor. “Acepto lo que venga”, dirá varias veces durante la charla.

Es un día de sol. Hace algo de frío pero un sol fuerte y luminoso le da calor al mediodía. Afuera, en el patio, hay una ronda de niños que imitan divertidos los movimientos de un

profesor de percusión. Se golpean partes del cuerpo, las piernas, el pecho, y sacan sonidos desde ahí. Rosa los mira por una de las ventanas. Trampolines es un lugar dominado por la presencia y la lógica infantil, con sus juegos, sus corridas y sus ruidos, pero es también un ancla para los padres. Un espacio que sirve como punto de encuentro para los adultos y sus propios temas. Y en eso Rosa también tiene su que ver. Ella impulsa e integra un grupo de madres y padres que son referentes y se encuentran cada quince días para tener una actividad en conjunto. Ahí hablan sobre los límites, los problemas de los niños, pero también sobre lo que pasa adentro de sus casas, de sus rutinas, de sus problemas. “Nos desahogamos. Hay confianza. Y hablamos mucho. Hay una hora que es para nosotros.” Dice que es la “más vieja” y que ya todos la conocen y saben todo de su vida. Acaso es de las pocas con cero falta en esas reuniones. “Pasamos lindo. Te podés reír, podés llorar. Hablamos hasta de lo más íntimo que pasa en tu casa, sobre la vida matrimonial. Me ayuda a desahogarme cantidad”. Después de la charla, hay tiempo para planificar acciones para ayudar a Trampolines: rifas, canastas, lo que sea. “Me encanta apoyar en todo”, dice. En esos encuentros además siempre hay un hueco para planear el broche de oro de cada año que es un paseo de ese grupo de madres y padres referentes por distintos puntos del Uruguay. Piriápolis, Quiyú, Minas, han sido algunos de los destinos. Cuando Rosa, esta mujer de 52 años que nació y vivió toda su vida en Las Piedras, habla de esas actividades le brillan esos ojos cansados.

A Trampolines lo conoció por pura casualidad. Fue hace más de diez años, cuando uno de sus hijos, Emiliano, comenzó a ir. Emiliano estaba matando el tiempo en la plaza de la ciudad y lo invitaron a participar de este proyecto que en un principio nació orientado a atender la situación de calle de niños y adolescentes en Las Piedras y que después amplió la

población para cubrir las necesidades recreativas y educativas de quien las necesite, independiente de cualquier condición social. A Emiliano le gustó el lugar, se lo contó a su madre, y Rosa ya no se pudo desligar de Trampolines. Por ahí han pasado muchos de sus hijos y también algunos de sus nietos.

“Es un lugar de distracción”, define Rosa. Pero también de aprendizaje. A Rosa, por ejemplo, le es de mucha ayuda que su última hija, que ya está entrando en la adolescencia, reciba información en los talleres sobre sexualidad. “No sé lo que hablan porque mi hija es muy reservada. Yo fui criada en un tiempo que era todo tabú. Tu madre no te explicaba. Aprendías mientras te estabas desarrollando. No soy muy abierta en esas cosas, me da vergüenza hablar con ella de cosas que me parece que están mal que yo las hable. Fui criada así”, se justifica.

Su vida no ha sido fácil, pero no se queja. Acepta. “Mi vida es muy sencilla”. Se crió en Las Piedras, terminó la escuela y empezó a trabajar. A revolverse en la labor rural de las quintas de la zona y como empleada doméstica en los pocos ratos libres que le pudo dejar la crianza de sus once hijos. Hoy se desempeña como acompañante de una señora mayor con Alzheimer. Es un trabajo que consiguió gracias al Sistema Nacional de Cuidados y que la tiene ocupada hace un año. En su casa vive con su actual compañero y con Kiara. El resto de sus hijos ya dejaron el nido. “Todos tienen su vida. Felices y contentos pero cada uno en su hogar. Pienso que es así la vida, puedes juntarte para un cumpleaños, a una reunión y después cada uno a su chiquerito. Es mi manera de pensar, no sé si está bien. Si me precisan, estoy. Pero mientras no, cada uno en su vida.”

Hay una fecha que tiene marcada con precisión de calendario: 23 de agosto de 2013. Ese fue el día que la operaron de un cáncer de mama. Y otra vez aparece Trampolines en su

vida. Rosa transitó la enfermedad con la contención de esa red de padres y educadores que conoció en la que hoy es su segunda casa y a la que no hubo cáncer que la haya podido mantener alejada. “Las primeras quimios fueron difíciles pero a los pocos días ya estaba haciendo mis cosas, normal”, cuenta. “Soy una persona que no sabe estar quieta. A esta enfermedad nunca la acepté. La tomé como algo que vino y punto. Nunca me afectó la cabeza ni me puse triste, ni nada. Hay otras personas que se deprimen...para nada”, confiesa Rosa. “Acepto lo que venga.” Otra vez su latiguillo. Asegura que se lo dice todo el tiempo a sus hijos: “Si viene algo es porque te toca pasar por eso. O son pruebas o son desafíos. Y hay que aceptarlos”. Toda una actitud ante la vida. “Si pasa algo es porque llegó mi hora. Hasta aquí llegué y punto.”

Martín, el coordinador, la escucha hablar y asiente con firmeza. Sabe que lo que está diciendo más que palabras son hechos. Ni la enfermedad le sacó las ganas de ayudar. De estar. “Para el proyecto es fundamental tener a la familia de aliada. Y Rosa es la muestra de eso, motiva a otras madres a que estén. Es el puntal que las acompaña.” Rosa, con sus brazos apoyados sobre la falda, su actitud enérgica, su cara curtida, sus ojos cansados, vuelve a lamentar que el próximo sea el penúltimo año de su hija en Trampolines. Pero deja un mensaje: “Si me precisan, acá voy a estar”.

EL CORAZÓN DE LAS VIVIENDAS

ESPACIO PLAZA PUNTA DE RIELES

Gabriel Sosa

# ESPACIO PLAZA

Actividades culturales, recreativas y deportivas  
Pensadas POR y PARA el barrio



Aunque tiene forma irregular, con un extremo mucho más ancho que el otro, habría que hacer demasiado esfuerzo para encontrarle similitud con un corazón. Siendo sinceros, no tiene forma de nada. Es un espacio irregular encajado entre complejos de viviendas, que a su vez se apiñan entre el bulevar Aparicio Saravia y Camino Maldonado.

Pero el Espacio Plaza, aunque sin la forma, sí que es el corazón de esos tres complejos, y forma parte del corazón de Punta de Rieles, a pocos cientos de metros de su ubicación. Ahí nomás, a una o dos cuadras, casi en el punto en que Camino Maldonado se convierte en la ruta 8, está la pañalera donde atesoran una foto en la que se ve, tal vez más de un siglo atrás, el mismo edificio que ahora ocupan, pero cuando era una pulpería. Y a su alrededor, no había nada. Literalmente, nada.

Ahora sí que hay cosas. Un gigantesco supermercado a la vez mayorista y minorista. Dos escuelas. Comercios varios, incluyendo una agropecuaria. El monumento al cacique Zapicán. El Teatro de Verano y su biblioteca. Y mucho tráfico.

Todo eso le da la espalda a los tres complejos de viviendas y su plaza. Y por el otro lado, por Aparicio Saravia, no hay nada ni parecido. Ahí todo es quietud, vacío y una sola línea de ómnibus.

El Espacio Plaza es tan viejo como el barrio. Probablemente su forma irregular se haya ido moldeando con las décadas, a medida que se construían los diferentes edificios y casitas que lo rodean. Primero fueron los edificios de tres plantas formalmente conocidos como INDE 22, pero que desde siempre los vecinos llaman “el complejo policial”. No hay ningún misterio con el nombre: originalmente fueron viviendas construidas por el Ministerio del Interior para sus funcionarios.

Varios años después llegaron los nuevos complejos, esta vez cooperativos: Coviutex (del gremio de los textiles) y Copviunpro (Complejo de viviendas Unión y Progreso). Entre los tres, y la avenida Punta de Rieles por el norte, terminaron de encerrar el Espacio Plaza.

Desde mucho antes de que Copviunpro y Covitex fueran ni siquiera proyectos ansiados de cooperativistas emprendedores, en el Espacio Plaza, que era también propiedad del Ministerio del Interior, había una cancha de fútbol, de administración dudosa. La usufructuaba un club de baby fútbol llamado (claro) Club Policial, que con el tiempo pasó a llamarse Club Integración Policial, y finalmente Club Integración. El manejo de la cancha pasó por distintas etapas y directivas, a medida que la propiedad del predio se hacía más y más confusa. Ocurrió que el Ministerio del Interior, propietarios originales, lo cedió al Ministerio de Deporte y Juventud, que proyecto construir allí mismo la Plaza de Deportes número 16.

Por esas cosas de las reestructuras estatales, cuando el deporte perdió su estatuto ministerial (en el medio fue parte del Ministerio de Turismo y Deporte) y se convirtió en tema de la Secretaría Nacional del Deporte (Senade), resultó que esta dependencia no tenía recursos para ocuparse de las plazas de deporte (ni de las reales ni de las proyectadas), y gentilmente se las cedió a la Intendencia de Montevideo (IM). La IM gentilmente aceptó algunas, descartó otras, y ese tejemaneje significó la muerte de la plaza 16.

Y para el Espacio Plaza, eso pareció la condena definitiva. A esa altura no era mucho más que un gran baldío con cancha de fútbol en un extremo, desnivelado, sucio, lleno de escombros y basura, sin más mejoras que un edificio rectangular de bloques y otra construcción, dos amplios vestuarios con baños, que en sí era demasiada amplitud para las actividades del club. También sobrevivía a un lado una casa de propiedad

igualmente dudosa, al parecer originalmente del Ministerio del Interior y por entonces refugio de gente en situación de calle. Un desperdicio de terreno, como hay tantos en Montevideo.

Hasta que revivió.

\*\*\*

Una vecina de Covietex llamada Verónica fue la primera en acercarse, recuerda Mariana Sayagués. Se había enterado por Facebook, no se sabe bien cómo, que en el edificio de la plaza, antes semi abandonado y de uso exclusivo de los dirigentes del club de fútbol para fiestas y reuniones, se iban a comenzar a organizar actividades. Yoga, gimnasia, algo de eso. En el barrio iba a haber algo que hacer.

Mariana es integrante de El Abrojo, y junto con Lorena Briozzo fueron las que, en 2015, se hicieron cargo de llevar adelante el convenio que la organización había realizado con la Senade para organizar diversas actividades en el Espacio Plaza. Para revivirlo, podría decirse. Ya había una comisión de vecinos interesados en la plaza, pero al enterarse de que una ONG se iba a hacer cargo de la gestión, y por esas cosas de los prejuicios, renunciaron todos menos uno.

No era un comienzo muy auspicioso. Un enorme baldío sin mejoras. Ninguna comisión vecinal. Ningún vecino. Ningún proyecto definido. Apenas estaba Antonio Coronel, contratado para cuidar los espacios y manejar las relaciones con el club de fútbol, relaciones que desde el arranque no fueron nada buenas. Hoy Antonio sigue ocupándose de todo lo relacionado con el Espacio, y de abrirle los vestuarios a los jugadores de fútbol, además de asegurarse de que todo el material de las diversas actividades vuelva completo y a salvo cada día. “Es el único que sabe dónde está todo”, dice Mariana.

Pero nunca hay que minimizar las ganas de un barrio de tener su identidad propia. Primero fue Verónica, que comenzó a pasar el dato. Luego siguieron llegando, primero pocos, luego algunos más, a veces muchos. El contrato original con El Abrojo era de siete meses, a los que se agregaron dos más de prórroga. En realidad, estuvieron dos años, y cuando venció el acuerdo, el Espacio Plaza que dejaron no tenía comparación con el que encontraron, más en la parte social que en la física.

Las mejoras físicas, tomando en cuenta lo que había que remontar, tampoco fueron menores. Se reciclaron las construcciones existentes, se demolió la vieja casa deshabitada, se acondicionó el “salón multipropósito”. Se instalaron juegos infantiles en madera, donados por Antel y contruidos por los Scouts. Se organizó una pequeña huerta comunitaria. Y se instaló una estructura de caño para realizar acrobacias en tela, una de las tantas actividades organizadas.

Pero el gran éxito fueron las excursiones de los sábados a nadar, primero a la Plaza de Deporte 5, y luego al Complejo Deportivo Ituzaingó. Se realizó un convenio con Ucott, y cada sábado dos ómnibus repletos llevan a los residentes de una zona sin playa, sin arroyos y sin piscinas, a tomar clases de natación. Hubo que tomar la medida de limitar a 80 los cupos disponibles, porque no se daba abasto. Sobre todo en verano, claro. Hasta se organizó un viaje al lago Calcagno, a navegar en kayak.

Todo esto se realizó a fuerza de voluntad pura. La caja chica de la que disponían Mariana y Lorena era de 2000 pesos mensuales. Hubo que moverse, y mucho, para conseguir todo lo que se logró: profesores que dieran clases, material para actividades diversas, una pequeña biblioteca, mejoras en las estructuras. Una de las tácticas fue prestar el salón para reuniones privadas, como solía hacer el club de fútbol antes, pero en lugar de cobrar, se pedía que se pagaran dos bolsas de

portland en una barraca cercana. Así se hizo obra.

Hoy hace más de un año que Mariana tuvo que dar por terminado el vínculo con el Espacio Plaza y su gente. Pero no los olvida, ni ellos a ella. Cuando Mariana habla de su época de reuniones de los jueves con la comisión, usa el tono que evidencia aquellas experiencias muy cercanas al corazón.

\*\*\*

Uno de los grandes logros de la gestión de Mariana y Lorena fue la formación de una auténtica comisión pro plaza. En la actualidad tiene cinco miembros, y todos muy comprometidos. Ronald Olivera hace 34 años que vive en el INDE 22, prácticamente toda su vida. José “Chiche” Álvarez se mudó hace 23 años a INDE 22. Andrea Andino vive en el mismo complejo hace 16 años, y su hijo adolescente Nahuel también es integrante de la comisión (y participante entusiasta en las actividades de acrobacia en tela). Laura Schevzer es la última en integrarse al barrio, y así y todo ya hace 11 años que vive en Coviunpro.

Todos ellos llevaban al menos una década, algunos hasta tres, viendo el abandono cada vez mayor del corazón geográfico de su barrio. Que era “suyo” fragmentadamente.

“A los de las viviendas policiales no nos querían mucho”, recuerda José compartiendo mesa con sus compañeros de comisión. Y nadie lo desmiente. “Los gurises sí se integraban entre ellos, iban y venían sin problema. Pero los mayores no se juntaban para nada.”

Y ese fue el mayor triunfo de la comisión para el desarrollo del Espacio Plaza. Unificar en una zona compartida a tres sectores de un barrio que antes no tenían nada en común, a pesar de estar pegados unos a otros. Ahora, cada sábado dos ómnibus repletos llevan gente de los tres complejos, y de todos los

alrededores, a nadar juntos. Las clases que se estén realizando en el momento, de yoga, gimnasia, artes marciales, acrobacias, son abiertas a todos. Unifican.

\*\*\*

La mayor alegría para el colectivo de vecinos (y para el barrio) fue enterarse de que la IM, con apoyo de la Senade, iba a invertir en el Espacio Plaza, y convertirlo en un verdadero centro de actividades. Toda la plaza se va a nivelar, reparar y reconstruir. Habrá canchas, espacios de juegos, paseo perimetral...

“El arquitecto no quería poner bancos”, rezonga Andrea. “A quién se le ocurre que no haya dónde sentarse.”

La comisión se reúne ante el último plano de la futura plaza. Ya se convocó a las empresas constructoras para que presupuestaran el trabajo, ya está la financiación aprobada. Nadie se arriesga a dar una fecha de inicio de obras (ni mucho menos de finalización), pero que se hace, se hace. Hubo cambios, idas y venidas, pero al fin hay un proyecto definido. Los dos edificios existentes se unificarán en uno, con puertas corredizas separando ambientes (la idea mucho no le gusta a la comisión: las puertas corredizas que ya existen no son nada prácticas, prefieren otros mecanismos más funcionales a las características de la plaza). La cancha de fútbol será aislada del resto de la plaza, y se construirán sus propias instalaciones. Habrá una cancha polideportiva, un espacio para skaters y patinadores, árboles, otros espacios señalados con colores en el plano que no se sabe bien qué serán, y no habrá una fuente con aguas danzantes como pretendía el arquitecto. Y a futuro, quieren y merecen, el sueño de la piscina propia, por qué no. Para algo la comisión ahora representa a todo un barrio unido y motivado, deseoso de gestionar su propio espacio y de crear redes con el resto de los (pocos) espacios culturales de Punta de Rieles. Básicamente, al día de hoy, el Teatro de verano y la biblioteca.

Este es el próximo desafío que pretenden encarar: presentarse a un llamado del MEC para proyectos de redes culturales barriales.

Y así, paso a paso, sumando siempre, algún día, qué duda cabe, llegarán a la piscina propia. Que, viendo lo abigarrado y completo del proyecto municipal para la plaza, puede generar la duda: ¿dónde ubicar esa piscina tan querida?

De inmediato casi todos los dedos de la comisión se apoyan decididos en el mismo sector del plano: la cancha de fútbol.

\*\*\*

El barrio se sigue expandiendo. Del otro lado de Aparicio Saravia, aunque todavía queda muchísimo terreno libre, se están multiplicando los complejos de viviendas. Algunos cooperativos, otros de diversos programas estatales, realojos de asentamientos, de todo. Cada vez más lejos, cada vez más gente. Y si los servicios son dudosos y escasos (por Aparicio Saravia pasa una sola línea de ómnibus, que en horas pico es tristemente inadecuada), hay que imaginarse los espacios sociales y culturales. Nada indica que la expansión del barrio vaya a detenerse, y no sería raro que dentro de una década el Espacio Plaza sirviera de punto de referencia al doble de gente, o al triple.

Previendo eso, el colectivo de vecinos decidió formalizarse a lo grande, y se convirtió en una asociación civil sin fines de lucro, que les permitiera por su cuenta presentarse a llamados, apoyos o programas oficiales, como el del MEC que ya tienen en la mira. Hubo una larga discusión acerca de si lo más conveniente era la asociación civil o una cooperativa, y se decidió por la primera. Para lograr el reconocimiento como tal, se necesita mucha gente. Una veintena de personas.

“La gente está”, dice Laura, y sonrío.



## LOS AUTORES

**Anabella Aparicio** (Montevideo, 1989). Actualmente es productora periodística del programa “Arriba Gente” en canal 10 y corresponsal para la productoras ZoominTV (Europa) y PearVideo (China).

Egresada en las áreas de periodismo, radio y televisión de la Escuela de Comunicación Social-UTU, comenzó a trabajar como colaboradora en *La Diaria*. También escribió en los diarios *Últimas Noticias*, *El Observador*, *Revista Seis Grados* y el portal *Ecos*. Trabajó en medios radiales como *Carve* y *Metrópolis FM*.

Como documentalista independiente realizó los trabajos: *Sangre, sudor y Samba* (2015), largometraje sobre la historia de la Escuela de samba de Artigas, Imperio del Ayuí y el carnaval local, así como la serie de cortometrajes *Antártida te visita* (2017), sobre el trabajo que realiza Uruguay en dicho continente en las áreas científica, relaciones internacionales y mantenimiento de la base.

**Sebastián Cabrera** (Montevideo, 1977). Es periodista con más de 20 años de experiencia en medios en Uruguay. Hoy es jefe de la *web* de “Telenoche” en canal 4. Antes, entre 2014 y 2018, trabajó en la productora de televisión ZUR, a cargo de la producción periodística del programa “Desayunos Informales” en canal 12 y de *El Observador TV*. También tuvo un blog en *El Observador*, “Biromes y Servilletas”. En ese diario publicó crónicas e informes como colaborador. Trabajó en el diario *El País*, entre 2000 y 2002 y entre 2003 y 2014. Allí es-

cribió en la sección Deportes, Nacional y en los últimos años en el suplemento *Qué Pasa*. También trabajó en *El Diario* de la noche, revistas *Guambia* y *Freeway*, *X FM*, *Radiofutura* y *Metrópolis FM*. Es licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica del Uruguay Dámaso Antonio Larrañaga. Entre 2002 y 2003 cursó el máster en Periodismo BCNY, organizado por la Universitat de Barcelona con el apoyo de la Universidad de Columbia de Nueva York. Realizó una práctica de tres meses en *El País* de España, en la dependencia de Barcelona, donde publicó una veintena de artículos.

**Ana Casamayou** (Montevideo, 1948). En 1983, estando exiliada en México se inicia en la actividad fotográfica y al año siguiente integra la agencia fotográfica Cámara 2 realizando una cobertura sobre el terremoto de 1986 en aquel país. De regreso en Uruguay en 1988 funda con otros fotógrafos la Escuela de Fotografía Dimensión Visual, donde se desempeña como docente y directiva hasta 2007. Desde 1992 participa en diferentes cursos de capacitación que tienen que ver con su profesión y con la educación popular. Entre otros: Taller fotográfico con el fotógrafo estadounidense William Noland en 1995, Taller con la artista plástica Nelbia Romero en el 2000 y Taller del Buen Querer con el fotógrafo Joao Ripper en 2014.

Desarrolla una amplia actividad vinculada a las muestras y concursos de fotografía, no solo como participante y expositora sino también desempeñándose como coordinadora o como jurado. Participa con otras fotógrafas en varias muestras colectivas abordando distintos temas. En 1996 integra la exposición “Diez para Muestra” auspiciada por el Ministerio de Educación y Cultura con motivo de los 50 años de la aprobación de los Derechos Civiles de las mujeres uruguayas. Interviene en numerosas muestras colectivas en Uruguay y el exterior (México, Suecia, Argentina). Expone las muestras

individuales “La Estrella”(2009), “Mano a Mano” (2011) y “Náufragos en la ciudad” (2013).

A partir del 2011 junto con la Comisión de Género del Municipio B proyecta y realiza una actividad fotográfica denominada “Autorretrato” en distintos barrios de Montevideo como forma de trabajar sobre la autoestima de las mujeres. Participa como fotógrafa, junto con más de 50 colegas, en “Miradas Simultáneas” en 2015, proyecto financiado por los Fondos Concursables del MEC.

Desde 2015 integra el Colectivo En Blanca y Negra participando en el trabajo fotográfico “Hijas de Vidriero” (2016) intervención urbana que se expuso en la Plaza Mártires de Chicago y en varios lugares del país. También con Blanca y Negra participa en distintos eventos que abordan temas de género.

**Federico Castillo** (Lascano, 1979). Es periodista. Estudió en la Universidad Católica. A inicios de la década del 2000 trabajó en la radio FM *Del Sol* y luego incursionó en la prensa. Se desempeñó como cronista del diario *Últimas Noticias*, del suplemento *Qué Pasa*, del diario *El País*, y de la sección Nacional de ese mismo diario. Actualmente forma parte de la redacción del semanario *Búsqueda*. Es coautor, junto a Horacio Varoli, del libro *Hasta la última gota. Vida de Fabián O’Neill*, editado por Sudamericana.

**Azul Cordo** (La Plata, Argentina, 1985). Periodista, licenciada en Comunicación Social (UNLP). Premio Nacional de Prensa Escrita “Marcelo Jelen” en Uruguay (2017). Diplomada en Género y Políticas de Igualdad (Flacso Uruguay). Sus artículos e investigaciones abordan las luchas y reivindicaciones por los derechos humanos, con especial énfasis en mujeres, niños, niñas y adolescentes, cárceles, violencia machista, salud mental, expresiones culturales comunitarias.

Forma parte del equipo de *Radio Mundo Real*, colabora en el semanario *Brecha* y en el portal *Latfem* (Argentina). Coordina el taller literario en el Espacio Cultural Urbano (DNC-MEC) y el taller de crónicas El Muro. Trabajó en *La Diaria*, *Uypress* y *UniRadio*, entre otros medios de comunicación. Participó en talleres de periodismo narrativo con Roberto Herrscher, Alberto Salcedo Ramos, Martín Caparrós y Julio Villanueva Chang, maestros de la Fundación Gabriel García Márquez.

**Angelina de los Santos** (Rocha, 1991). Trabajó en *La Diaria* y *Brecha*; publicó en revista *Lento*, *Qué Pasa*, revista *Rocket*, *Freeway*, *Incorrecta* y *La era de la Regulación*. En 2016 recibió una Mención Especial del I Premio Nacional de Prensa Escrita Marcelo Jelen, por el reportaje “Los de abajo” (revista *Lento*). Actualmente trabaja en la agencia de noticias *Sputnik*.

**Daniel Erosa** (Montevideo, 1967). En el año 86, siendo estudiante de Ciencias de la Comunicación, comienza a trabajar como periodista en el quincenario *Mate Amargo*, fue uno de los fundadores del *Semanario 20/21*, colaboró con el diario *La República*, *El País Cultural*, revista *Posdata*. Trabajó en la Editorial Fin de Siglo como productor de libros periodísticos y corrector de estilo. Publicó un libro de poesía (*Disparos*, Ediciones de UNO) y otro de cuentos (*Cuentos de las Noches Buenas*, Editorial Fin de Siglo), además de integrar con sus textos algunos libros colectivos. Entre 1995 y 2001 trabajó como redactor creativo en varias agencias de publicidad obteniendo premios nacionales e internacionales. En 2004 colabora en el semanario *Brecha* como *freelancer*. En 2005 ingresa como periodista de planta y se dedica a la investigación social, con preferencia en los temas de infancia, niños en situación de

calle, privación de libertad de adolescentes, medios y seguridad pública, situación de las cárceles, salud, educación, medio ambiente, entre otros. En 2007 integró el primer equipo de El Abrojo que desarrolló la agencia de noticias por los derechos de la infancia, *Voz y Vos*, incluida en la red latinoamericana Andi, con apoyo de Unicef. En marzo de ese mismo año asume como editor de la sección Sociedad en *Brecha*, coordinando un equipo de 10 periodistas además de publicar notas e informes propios. Fue jefe de redacción y editor de la sección Política entre 2009 y 2011. Entre 2012 y 2017 ejerce como Director Periodístico en *Brecha*. Ha colaborado con sus crónicas en las revistas *Ajena* y *Quiroga*.

En octubre de 2017 publicó el libro *Serrano Abella, La voz desnuda*.

**Laura Gandolfo** (Rosario, Argentina, 1973). Periodista, Licenciada en Psicología y terapeuta. Trabajó en el semanario *Búsqueda*, diario *El País*, revistas *Tres* y *Posdata*.

**Leonel García** (Montevideo, 1976). Es periodista, y actualmente subeditor del portal de noticias *Ecos*. Licenciado en Comunicación Periodística en la Universidad ORT, en la que también fue docente, trabajó en el diario *El País* por 15 años y en radio *El Espectador*. Es autor de los libros *Hugo Batalla, las luchas más duras* (2013) y *Gente seria, perfiles de uruguayos que hacen reír* (2014), ambos editados por Ediciones B. Es padre de una niña, Emma.

**Leonardo Haberkorn** (Montevideo, 1963). Periodista. Trabajó en *Punto y Aparte*, *Aquí*, *Búsqueda*, *Tres* y *Plan B*, entre otros medios. Fundó y dirigió entre 2000 y 2006 el suplemento *Qué Pasa* del diario *El País*. Publicó en revistas internacionales como *Gatopardo*, *Etiqueta Negra* e *Interna-*

zionale, entre otras. Ha sido incluido en antologías de periodismo narrativo publicadas en Chile, México, España e Inglaterra. Entre sus libros están *Historias tupamaras*, *Crónicas de sangre, sudor y lágrimas*, *Milicos y tupas* (premio Bartolomé Hidalgo), *Gavazzo. Sin piedad* y el más reciente *La muy fiel y reconquistadora*. Hoy es corresponsal en Uruguay de la agencia de noticias Associated Press (AP), colabora con el diario *El Observador* y el portal *Ecos*, e integra el equipo del programa radial “La mañana de *El Espectador*”.

**Emilio Martínez Muracciole** (Florida, 1979). Trabaja como periodista para *Radio Uruguay* (RNU), *La Diaria* y la revista deportiva *Túnel*.

Ha escrito para diferentes medios, como *La República*, *El País* y la *Revista de la Educación del Pueblo*, entre otros. Fue coordinador de equipos técnicos de organizaciones de la sociedad civil, en la ejecución de programas estatales dirigidos a población en situación de vulnerabilidad socioeconómica.

**Mariángel Solomita** (Montevideo, 1984). Desde 2008 integra la redacción del diario *El País*. Publica perfiles, críticas de cine, crónicas y reportajes. Forma parte del equipo periodístico del suplemento de investigación *Qué pasa*.

**Gabriel Sosa** (Montevideo, 1966). Es periodista, escritor y editor. Desde principios de los 90 trabajó o colaboró en diversos medios de prensa nacionales y extranjeros, incluyendo la revista *Posdata*, el suplemento *Cultural* de *El País* y el suplemento *Qué Pasa* del mismo diario. Es autor o coautor de cinco libros de narrativa, editados en Uruguay y Argentina. En 2018 publica su primer libro de no ficción, *El lado oscuro de parir*, recopilando testimonios sobre violencia obstétrica. Es responsable del sello *Irrupciones*.

**Horacio Varoli** (Montevideo, 1981). Es periodista egresado de la Universidad Católica. Tiene una maestría en periodismo de la Universidad Torcuato di Tella, auspiciada por el diario *La Nación* (Argentina). Trabajó en el diario *El País*, la revista *Galería de Búsqueda*, en radio *Sarandí*, en *Nuevo Siglo TV*, y desde junio de 2017 en *Telemundo*, el programa informativo de *La Tele* (canal 12). Es coautor, junto con Federico Castillo, de *Hasta la última gota. Vida de Fabián O'Neill* (Sudamericana, 2013).

## ÍNDICE

*Prólogo* | 9

### **1988 - 1997**

Todo cambia, nada cambia  
Las mujeres de Verdisol | 15

Perlita negra  
Paola Artigas | 25

Las letras con amor entran  
Tejiendo redes | 35

Le pasé por arriba a mi niñez  
Yahir López | 45

La trapecista  
Fabiana | 61

### **1998 - 2007**

El barrilete y el vagón  
Fabián y Matías | 73

Acomodar el cuerpo:  
Mañanas complejas y el MIDES  
Gustavo Leal | 83

Bailar sin descarrilar  
Hugo Pelallo | 97

Abrasando y abrazando  
Carlos del Horno y Francisco Russo | 105

Todo ser humano necesita sentirse querido  
Kevin Rivero | 115

Jugar rejuvenece  
Adrana Alvez | 127

Desde el fondo  
Natalia Bonanata | 137

Embarrarse los pies a cielo abierto  
Proyecto Remolino | 145

La guardiana de los cuentos  
Verónica Balta | 155

Emergencias y reducciones  
Políticas de drogas y la incidencia de El Abrojo  
Julio Calzada | 165

Cuando hay hambre...  
El Abrojo y Las Láminas  
Pepe Querejeta y Elisa Bandeira | 175

### **2008 - 2018**

El F5 didáctico  
Hugo Minetti | 191

Siete vidas en la montaña rusa  
Andrea | 203

Voz de tierra adentro  
Voz y Vos | 217

Señora presidenta  
Ángela Benavidez | 227

La barra de Mirta  
Cooperativa de Trabajo El Vencedor | 239

635 kilómetros de ilusiones y lágrimas  
Nancy Duarte y Stefany Díaz | 249

El camino y la recompensa  
Ana María de los Santos | 261

El espíritu de los abrojos jóvenes  
Kapakuala Unga | 269

Yo quería ver el mundo  
Omoshalewa Arewa, "Shally" | 281

Risas de infancia  
Los niños de El Abrojo | 289

La vida es parecida a andar en bicicleta  
Carlos Rivero | 299

Pintar su aldea  
Matías Rodríguez | 313

Si me precisan, acá voy a estar  
Rosa Acevedo | 323

El corazón de las viviendas  
Espacio Plaza Punta de Rieles | 329

*Los autores* | 339









